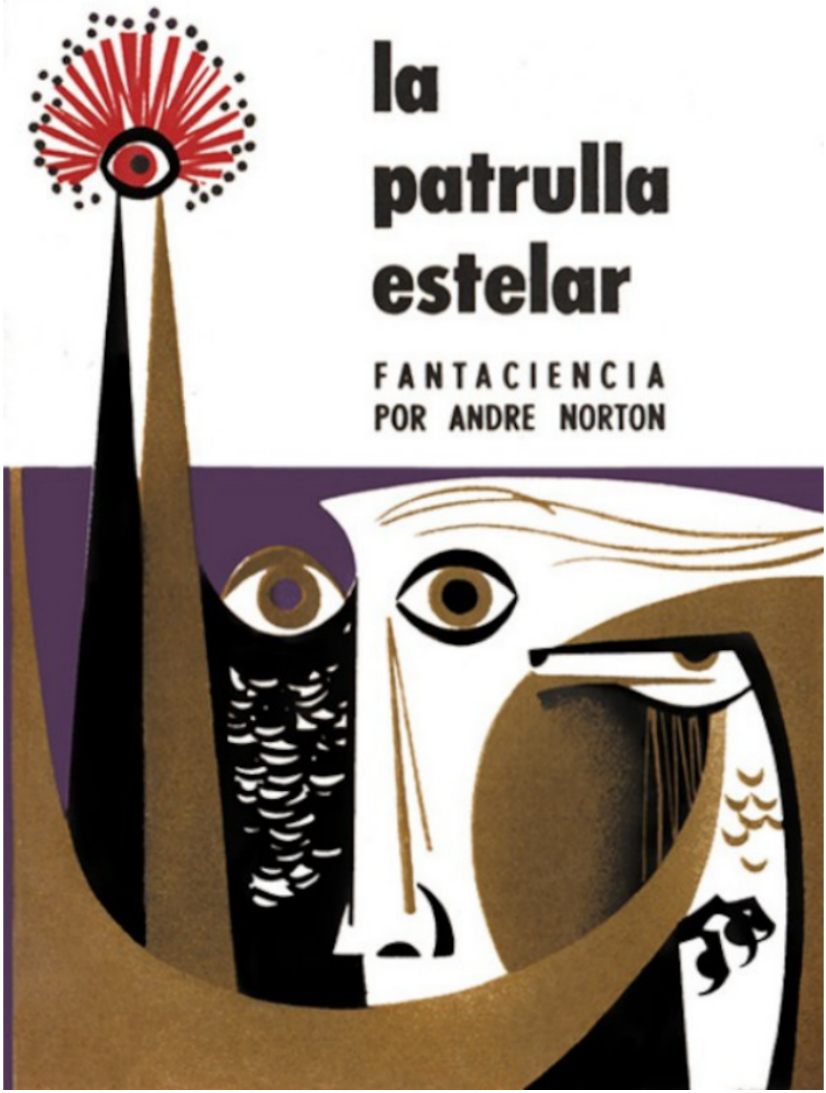
Unos tenian plumas, otros piel, otros escamas.
Pero una misma cultura los hermanaba.

la patrulla estelar

FANTACIENCIA
POR ANDRE NORTON



No se podía hablar de «los hombres» de la patrulla. No todos eran hombres. La raza humana había partido de la Tierra y a su paso por los planetas de la galaxia había ido ganando a esos pueblos para su superior civilización, para su peculiar forma de vida. Y con el correr de los siglos, todos se fueron integrando en una sola «humanidad».

Habían pasado diez mil años. La parábola de la conquista de las estrellas se había cumplido. Y hoy el hombre regresaba al pequeño planeta de donde había partido.

Una historia de odios, de luchas, de rivalidades infinitas había quedado a sus espaldas. Y la patrulla estelar era poseedora de la llave que cerraría definitivamente esa puerta.

Andre Norton

La patrulla estelar

Control Central - 1

ePub r1.0
Titivillus 08.05.2023

Título original: *Star Rangers (The Last Planet)*
Andre Norton, 1953
Traducción: Eduardo Goligorsky, 1957
Ilustración de cubierta: De los Heros

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

Hay una antigua leyenda que nos habla de un emperador romano, el cual, para demostrar su poderío, escogió al tribuno de una legión leal, y ordenó que condujese a sus hombres a través de Asia hasta el fin del mundo. Y fue así como mil hombres desaparecieron en el seno del más grande continente para ser devorados para siempre. En algún campo de batalla desconocido, el último puñado de sobrevivientes debe haber formado un cuadro que fue aniquilado por una embestida de los bárbaros. Y quizá su águila se haya mantenido sola y enmohecida durante toda una generación en una tienda de cuero de caballo. Pero aquéllos que conocen el orgullo de esos hombres por su institución y por su tradición, pueden adivinar que marcharon hacia el este mientras hubo uno de ellos que podía mantenerse en pie.

En el año 8054 d. de J. C. la historia se repitió… como siempre ocurre. El Primer Imperio Galáctico se estaba desmoronando. Los dictadores, emperadores, consolidadores, le arrebataban el gobierno de sus propios sistemas solares o de los vecinos al Control Central. Los piratas del espacio levantaban banderas y reclutaban flotas para hartarse con los despojos de este caos. Era una época en que sólo los inescrupulosos podían triunfar.

Acá y allá un hombre, o un grupo de hombres, intentaban vanamente poner dique al desborde de corrupción y desunión.

Y entre estos últimos luchadores que se resistían a echar por la borda su fe en el gobierno imparcial del Control Central, se distinguían los restos de la Patrulla Estelar, una organización encargada de imponer la ley, cuya autoridad había permanecido inconmovible durante casi mil años. Quizá porque ya no encontraban seguridad fuera de sus propias filas, estos hombres se aferraban más fuertemente a lo que en la nueva era parecía un anticuado código de ética y moral. Y su obstinada lealtad a un ideal desaparecido resultaba al mismo tiempo exasperante y digna de compasión para los nuevos gobernantes.

Jorcam Dester, último Agente del Control en Deneb, que alimentaba ciertas ambiciones propias, resolvió con un método romano el problema

de librar a su sector de la Patrulla. Convocó a media docena de oficiales que todavía comandaban naves en condiciones de volar, y les ordenó —con el sello del Control— que se lanzasen al espacio para localizar (según sus palabras) y trazar nuevamente sus mapas, sistemas galácticos limítrofes olvidados, que nadie visitaba desde hacía por lo menos cuatro generaciones. Ofreció una vaga promesa de establecer nuevas bases desde las cuales la Patrulla podría volver a levantarse, revitalizada y fortalecida, para luchar por los ideales del Control. Y fieles a su antiguo compromiso y levantaron vuelo en cumplimiento de esta misión, con tripulaciones insuficientes, mal aprovisionadas, sin ninguna ilusión verdadera, pero decididas a cumplir con las órdenes hasta el fin.

Una de estas naves era el explorador vegano STARFIRE.

1 — ÚLTIMO DESTINO

La nave patrullera *Starfire,* con registro vegano, llegó a su último destino a primera hora de la mañana. Y tuvo un aterrizaje accidentado, porque dos de sus gastados tubos estallaron en el preciso instante en que el piloto se disponía a afirmarla sobre sus aletas. Entonces sufrió una sacudida y se escoró, quedando acostada sobre un flanco cubierto de cicatrices meteóricas.

El sargento explorador Kartr se tomó la muñeca izquierda con la mano derecha y se lamió la sangre de los labios lastimados. El costado de la escotilla de la carlinga del piloto se había convertido en el piso, y el picaporte de su puerta estaba clavado contra una de sus rodillas temblorosas.

Uno de sus compañeros, Latimir, no había sobrevivido al descenso. A Kartr le bastó una mirada al ángulo absurdo en que estaba doblada la cabeza negra del astronauta para saber esto. Y Mirion, el piloto, colgaba flojamente de la desgarrada red de amortiguación, frente al tablero de controles. La sangre le chorreaba por las mejillas y goteaba desde su mentón. ¿Los hombres muertos seguían sangrando? Kartr creía que no.

Lanzó un suspiro experimental, y se sintió más tranquilo cuando éste no fue seguido por una puntada de dolor. Esto significaba que sus costillas seguían intactas, a pesar del golpe que lo había colocado en su actual posición. Sonrió sin ningún humor mientras estiraba los brazos y las piernas con la misma precaución. A veces convenía ser un bárbaro recio y salvaje de la frontera.

Las luces parpadearon y se apagaron. Fue entonces cuando Kartr estuvo al borde de perder la serenidad, a pesar de su tranquilidad de veterano cuidadosamente cultivada. Tomó el picaporte de la portezuela y tiró de él. Fuertes puntadas torturantes partieron de su muñeca herida y le devolvieron la cordura. No estaba encerrado. La portezuela se *había* movido unos centímetros. Podría salir.

Tenía que salir y encontrar al médico para que revisase a

Mirion. No deberían mover al piloto mientras no conociesen la importancia de sus heridas…

Entonces Kartr lo recordó. Ya no llevaban al médico con ellos. No los acompañaba desde hacía tres —¿o acaso eran cuatro?— planetas. El explorador sacudió su cabeza dolorida y frunció el ceño. Ese vacío de su memoria era aún peor que el dolor de su brazo. ¡No debía perder el control!

Tres aterrizajes atrás… ¡Eso era!

El médico Tork había caído, con la garganta atravesada por un dardo envenenado, cuando ya habían conseguido escapar de la embestida de los verdines, después que el escape de la nariz de la nave se había atascado.

Kartr volvió a sacudir la cabeza y empezó a trabajar pacientemente, con una mano, tratando de mover la puerta. Pareció transcurrir mucho tiempo hasta que pudo abrirla lo bastante como para que una persona se escabullese por ella. De pronto un rayo azul lo iluminó a través de la abertura.

—¡Kartr! ¡Latimir! ¡Mirion!

El llamado siguió a la luz. Y en la nave había un solo hombre que llevaba una linterna azul.

—¡Rolth! —exclamó Kartr. En cierta forma resultaba alentador que fuese uno de los miembros de su propio escuadrón de exploradores especialistas quien lo esperaba abajo—. Latimir murió, pero creo que Mirion sigue con vida. ¿Puedes subir? Me parece que tengo la muñeca fracturada…

Retrocedió para dejar que el otro se escurriese hacia adentro. El fino rayo de luz azul recorrió el cuerpo de Latimir y se fijó sobre el piloto. Entonces Kartr se encontró con el tubo de la linterna en su mano sana, mientras Rolth se arrastraba para desenmarañar la red que retenía al hombre desmayado.

—¿Cuál es nuestra situación? —preguntó Kartr, levantando la voz para ser oído por encima de los gemidos que escapaban ahora de labios del piloto.

—No lo sé. Nuestro compartimiento de exploradores quedó indemne, pero se atascó la compuerta de la sección de turbinas, y cuando golpeé sobre ella, no obtuve respuesta…

Kartr trató de recordar quién había estado de turno en las turbinas. Estaban tan escasos de personal, que todos cumplían

tareas ajenas. Incluso los exploradores intervenían en los trabajos de la Patrulla, en otro tiempo celosamente restringidos. Esta era la situación desde el ataque de los verdines.

—Kaatah… —llamó alguien desde el corredor, con un silbido más que con una palabra.

—Todo bien —respondió el sargento casi automáticamente—. ¿Tienes una luz verdadera, Zinga? Rolth está aquí arriba, pero tú sabes para qué sirven estas baterías de dos por un crédito…

—Fylh está buscando una de las lámparas grandes —respondió el recién llegado—. ¿Tienes dificultades?

—Latimir está muerto. Mirion sigue respirando… pero no sé de qué gravedad son sus heridas. Rolth dice que la gente de la sección de turbinas no contestó. ¿Estás bien tú?

—Sí. Fylh, yo y Smitt de la tripulación, fuimos sacudidos un poco, pero no fue nada grave. ¡Ah!…

Un rayo amarillo rojizo de alguna intensidad recortó la silueta del que hablaba.

—Fylh trae una linterna de combate…

Zinga subió y empezó a ayudar a Rolth. Zafaron a Mirion y lo depositaron sobre el piso antes que Kartr hiciese la siguiente pregunta:

—¿Y el capitán?

Zinga giró la cabeza lentamente, casi como si no tuviese deseos de contestar. Su agitación, como siempre, era delatada por el temblor de su collar puntiagudo de piel, que no se quedaba quieto sobre sus hombros cuando estaba preocupado o excitado.

—Smitt fue a buscarlo. No sabemos…

—Dentro de la desgracia tuvimos un golpe de suerte —comentó Rolth, con su voz desprovista de emoción, como siempre—. Este es un planeta de tipo Erra. ¡Teniendo en cuenta que no volveremos a levantarnos muy pronto de él, será mejor que le demos las gracias al Espíritu del Espacio por esto!

Un planeta de tipo Erra, en el cual la, tripulación de esta nave en particular podría respirar sin cascos, caminar sin la incomodidad de una gravitación anormal, y probablemente comer y beber los productos naturales sin temor a una muerte súbita. Kartr apoyó la muñeca sobre su rodilla. Esta era una suerte pura. El *Starfire* podría haber estallado en cualquier lugar durante los últimos tres meses.

Lo único que lo había mantenido unido eran los cables y la esperanza. Pero encallar en un mundo de tipo Erra era para sus sobrevivientes una suerte mejor que la que ellos se habrían atrevido a implorar después de las negras desilusiones de los últimos años, años de demasiadas misiones y de ninguna reparación.

—Tampoco ha sido quemado —comentó casi distraídamente.

—¿Por qué habría de estarlo? —preguntó Fylh, con la voz salpicada por un ligero sarcasmo… pero un sarcasmo amargo—. Este sistema está muy lejos de nuestros mapas. Completamente apartado de todos los beneficios de nuestra civilización.

Sí, los beneficios de la civilización del Control Central. Kartr parpadeó cuando captó el significado de estas palabras. Su propio planeta, Ylene, había sido quemado cinco años atrás, durante la Rebelión del Sector Dos. Y sin embargo, él soñaba a veces con regresar en la nave correo, llevando su uniforme de explorador, orgulloso de las Barras del Sector Cinco y de la Estrella Errante, con volver a la región de los bosques, a una pequeña aldea a orillas del mar del Norte. ¡Quemado! Nunca había podido ver la roca quemada donde había estado esa aldea, ni la ceniza muerta que era actualmente Ylene, un horrible monumento a la guerra interplanetaria.

Zinga atendió su muñeca, y le puso un cabestrillo. Kartr pudo ayudar cuando pasaron a Mirion por la portezuela. Cuando tuvieron acostado al piloto en el camastro, entró el patrullero Smitt, conduciendo a una figura con el rostro tan vendado que resultaba irreconocible.

—¿El comandante Vibor? —preguntó Kartr. Estaba de pie, con los hombros erguidos, con los talones unidos fuertemente, de modo que el cuero de vlis de sus botas raspaba suavemente.

La cabeza vendada giró hacia él:

—¿Explorador Kartr?

—¡Sí, señor!

—¿Quiénes más…? —La voz empezó a hablar con su acostumbrado tono tajante; luego se perdió en un silencio.

Kartr frunció el ceño. El cuero de vlis dejó escapar otro susurro cuando cambió la posición de sus pies.

—De la Patrulla, Latimir está muerto, señor. Acá tenemos a Mirion… herido. Y Smitt se encuentra bien. Los exploradores Fylh,

Rolth, Zinga y yo, también estamos bien, Rolth informa que la portezuela del compartimiento de turbinas está atascada y que nadie contestó cuando la golpeó. Ahora investigaremos eso, señor. Lo mismo que los dormitorios de la tripulación.

—Sí, sí. Continúe, explorador.

Smitt saltó a tiempo para tomar en sus brazos el cuerpo fláccido y depositarlo lentamente sobre el piso. El comandante Vibor no se encontraba en condiciones de retomar la jefatura.

Kartr volvió a experimentar esa sensación de pánico que lo había invadido cuando se apagaron las luces. El comandante Vibor, el hombre al que ellos habían llegado a reverenciar como un bastión de confianza y seguridad en ese mundo caótico… Aspiró el aire viciado de la antigua nave y aceptó la situación.

—Smitt —se volvió en primer lugar hacia el técnico de la Patrulla, que por las rígidas reglamentaciones del servicio tenía indudablemente más autoridad que un simple sargento de exploradores—. ¿Puede ocuparse del comandante y de Mirion?

Smitt tenía algunos conocimientos médicos. En una o dos ocasiones le había servido de ayudante a Tork.

—De acuerdo —dijo el más bajo de los hombres, sin siquiera levantar la vista mientras se inclinaba sobre el dolorido piloto. Vaya a investigar los otros daños sufridos, volador…

Volador, ¿eh? Bien, los orgullosos e importantes miembros de la Patrulla podían sentirse muy satisfechos de que los voladores estuviesen con ellos en este trance. Los exploradores estaban entrenados para estudiar y utilizar los productos de cualquier mundo desconocido. Después de un accidente, estarían más en su medio en un planeta ajeno, que cualquiera de los patrulleros.

Apretando con fuerza su brazo lastimado contra el pecho, Kartr se dirigió hacia el fondo por el pasillo, seguido por Rolth, cuyos ojos cubiertos por antiparras estaban protegidos contra lo que para él era un violento fuego proyectado por la vulgar linterna que el sargento llevaba en su mano sana. Zinga y Fylh marchaban a retaguardia, y según notó Kartr se habían armado con un soplete portátil para abrirse paso por las escotillas atascadas.

Aun así tardaron más de diez minutos en atravesar la portezuela de la sala de turbinas. Y a pesar del estrépito que causaron durante el trabajo, no obtuvieron respuesta desde adentro. Kartr se preparó

interiormente y fue el primero en entrar. Miró una sola vez lo que cayó bajo el rayo de su linterna, y entonces retrocedió, descompuesto y tembloroso. AI ver su rostro, los otros no hicieron preguntas.

Cuando se apoyó contra el borde de la escotilla destrozada, conteniendo su náusea, todos oyeron los golpes que llegaban desde la sección de cola.

—¿Quién…?

—Armería y provisiones —respondió Fylh—. Esos deben ser Jaksan, Cott, Snyn y Dalgre. —Los contó con las puntas de sus dedos huesudos provistos de garras—. Tienen que estar…

—Sí —dijo Kartr, que ya estaba conduciendo al grupo de rescate en dirección al lugar desde donde llegaba el ruido.

Tuvieron que aplicar nuevamente la potencia de la llama a las planchas retorcidas de metal. Y luego debieron esperar que el metal se enfriase antes de que los tres hombres maltrechos y ensangrentados saliesen arrastrándose del compartimiento.

Jaksan… sí. Kartr habría apostado los créditos de un año de paga a que el rudo, muy rudo oficial de la Patrulla sobreviviría. Y Snyn y Dalgre.

Jaksan empezó a hablar aun antes de haberse puesto de pie.

—¿Cuál es la situación?

—Smitt se encuentra bien. El comandante tiene algunas heridas en la cabeza. Mirion está mal. Los restantes… —Kartr separó las manos en un gesto de su infancia, una de esas extrañas exuberancias bárbaras que había tenido mucho cuidado de reprimir durante sus años de servicio.

—La nave…

—Soy explorador, y no técnico patrullero. Quizá Smitt podría informarle mejor al respecto. Es lo más próximo a un experto que nos queda.

Las uñas de Jaksan rasparon la barba de su mentón sin afeitar. Tenía un largo jirón en su manga derecha, y una herida ensangrentada debajo de él. Miró distraídamente a los tres exploradores. Probablemente ya estaba calculando las pérdidas. Si el *Starfire* volvía a funcionar, sería gracias a su energía y su decisión.

—¿El planeta?

—Es de tipo Erra. Mirion estaba tratando de posarse sobre lo que parecía un campo abierto, cuando estallaron los tubos. No vimos señales de civilización antes de descender.

La información pertenecía a la especialidad de Kartr, y la dio con toda confianza.

Si los trineos de los exploradores no habían quedado demasiado averiados, podrían salir pronto y empezar un reconocimiento. Naturalmente, tendrían el problema del combustible. Quizás había bastante en los tanques de los trineos como para un viaje… con muchas probabilidades de que la patrulla exploradora tuviera que regresar a pie. A menos que el *Starfire* estuviera definitivamente perdido y pudiesen usar su provisión… Pero podría pensar más tarde en eso. Por lo menos, estaban en condiciones de echar un vistazo por los alrededores más inmediatos.

—Vamos a salir —dijo Kartr, con tono cortante y seguro, sin pedirle permiso a Jaksan ni a ninguno de los otros tripulantes—. Smitt está con el comandante y con Mirion en el camarote…

El oficial de la Patrulla hizo un gesto afirmativo. Este retorno a la rutina era correcto. Kartr observó que parecía serenarlos a todos, mientras se encaminaba hacia el dominio propio de los exploradores. Fylh llegó allí antes que él, separando sus mochilas de la confusión general que se había producido después del choque. Kartr meneó la cabeza.

—No llevaremos equipos completos. No nos alejáremos más de un cuarto de milla. Tú, Rolth —le dijo por encima del hombro al falthariono con las antiparras—, te quedarás aquí. El sol de Erra es malo para tus ojos. Cumplirás tu turno después que oscurezca.

Rolth hizo un gesto de asentimiento y se encaminó hacia el camarote. Kartr levantó un cinturón de explorador con una mano, pero Zinga se lo quitó:

—Esto lo haré yo. No te muevas.

Los dedos con escamas de Zinga ajustaron la correa de cuero de vlis alrededor del abdomen liso del sargento. Le dio un tirón para equilibrar mejor su peso. No necesitaba tomar un desintegrador. No podría dispararlo con una sola mano. La corta pistola lanzallamas tendría que servirle como única arma.

Afortunadamente no habían caído con la compuerta de aire hacia abajo. En ese momento a ninguno de ellos le habría agradado

tener que abrirse paso con los sopletes, pero les bastó con golpear la escotilla y pasar por ella. Kartr fue empujado por sus compañeros. Entonces se deslizaron por la superficie metálica opaca y averiada hasta el suelo todavía humeante, y corrieron por él hasta la tierra limpia, fuera del alcance de la explosión de los tubos. Una vez allí se detuvieron y giraron para mirar la nave.

—Malo… —canturreó Fylh, enunciando en palabras toda la desesperación de los tres hombres—. No volverá a levantarse de aquí.

Bien, Kartr no era ningún técnico, pero podía manifestarse de acuerdo con esta opinión. La nave retorcida y quebrada que tenían frente a ellos nunca volvería a surcar los senderos del espacio, aunque consiguiesen llevarla a un muelle de reparación. ¡Y quién sabe a cuántos soles de distancia estaba el más próximo de ellos!

—¿Por qué habríamos de preocuparnos por eso? —preguntó Zinga suavemente—. Desde que levantamos vuelo para este viaje, comprendimos que no habría regreso.

Sí, en lo más profundo de sus corazones, en el fondo de sus mentes, habían temido esto, con ese estremecimiento de terror y de aislamiento que crispaba los nervios de los hombres cuando viajaban entre los sistemas y las estrellas. Pero ninguno de ellos se lo había confesado abiertamente a otro. Ninguno… a menos…

Quizá los humanos no lo habían confesado, pero los bemmys quizá lo habían hecho. La soledad se había convertido desde hacía mucho en una parte de sus vidas, porque frecuentemente eran los únicos individuos de sus respectivas especies que viajaban en una nave. Si Kartr se sentía como un extraño entre las tripulaciones de la Patrulla, porque no sólo era un explorador especializado, sino también un bárbaro de un sistema fronterizo, ¿qué podían sentir Fylh o Zinga, que ni siquiera podían reclamar el parentesco de especies comunes?

Kartr dejó de mirar la nave caída, para contemplar la planicie arenosa salpicada por afloramientos rocosos. Debía ser aproximadamente mediodía, y los rayos del sol caían a plomo sobre ellos. Zinga gozó con este manto de calor. Su collar se ensanchó, formando un abanico detrás de su cabeza calva, palpitando con un color cada vez más rojo a medida que pasaba el tiempo, y su fina lengua se asomaba y desaparecía rápidamente entre sus labios

amarillos. Pero Fylh fue a buscar la protección de la sombra de las rocas.

Este era un terreno desértico. Los orificios de la nariz de Kartr se dilataron, captando y clasificando los olores desconocidos. No había vida, excepto…

Su cabeza giró bruscamente hacia la izquierda. ¡Vida! Pero Zinga estaba delante de él, y sus grandes pies de cuatro dedos corrían ligeramente por la arena, mientras las membranas interdigitales impedían que el explorador reptil se hundiese en el terreno donde los otros resbalaban y tropezaban. Cuando Kartr se reunió con él, el alto zacatanio estaba en cuclillas junto a una roca sobre la que se enroscaba un látigo con el cuerpo cubierto de escamas. Una angosta cabeza se levantó, y su lengua entraba y salía velozmente.

Kartr se detuvo e intentó un contacto mental. Sí, ésta era la vida aborigen. Desconocida, naturalmente. Con un mamífero podría haber establecido comunicación. Pero éste era un reptil. Quizás Zinga no tenía el mismo poder de transmisión mental que el sargento, pero si este ser tenía un parentesco lejano con su raza… ¿podrían hacerse amigos? Kartr luchó para captar e interpretar esas extrañas impresiones que rondaban por el límite de las ondas de pensamiento que él podía leer. El ser se había alarmado por su llegada, pero ahora estaba interesado en Zinga. Tenía un elevado grado de confianza en sí mismo, y esto hacía pensar que debía tener una poderosa arma natural.

—Tiene colmillos ponzoñosos —manifestó Zinga, aclarando su duda—. Y no le agrada el olor de ustedes. Creo que le sugieren un enemigo natural. Pero no se preocupa por mí. No puede decirnos mucho… no es pensante.

El zacatanio tocó la cabeza del animal con la punta escamosa de su dedo. Aquél le permitió con desconfianza que se tomase esta libertad. Y cuando Zinga se puso de pie, la cabeza de la criatura también se levantó, balanceándose a mayor altura sobre los anillos de su cuerpo, como para ver mejor.

—No nos servirá de mucho, y para ustedes podría resultar peligroso. Haré que se vaya —dijo Zinga. Miró fijamente al animal enroscado. Su cabeza empezó a oscilar en un arco breve. Entonces silbó y se fue, introduciéndose en una grieta entre las rocas.

—¡Venga aquí, pies de plomo! —llegó la voz de Fylh desde el cielo.

La cabeza coronada de plumas del trystanio, con sus grandes ojos redondos desprovistos de párpados, los miró desde el más alto de los picos rocosos. Kartr lanzó un suspiro. Esa ascensión podía ser muy fácil para el hombre-pájaro con sus huesos livianos, pero *él* temía intentarla, especialmente con una sola mano para ayudarse.

—¿Qué ves? —preguntó.

—Allá hay objetos en crecimiento… —informó, y el brazo dorado que tenía sobre la cabeza giró hacia el este, con la larga garra extendida para dar mayor énfasis.

Zinga ya estaba trepando por el costado de la roca bañada por el sol.

—¿A qué distancia? —inquirió Kartr.

—Quizá dos fals… —empezó a decir Fylh después de un titubeo.

—Medidas espaciales, por favor —pidió Kartr pacientemente. Con su cabeza dolorida no podía trasladar las medidas del planeta natal de Fylh a términos humanos.

—Quizás una milla —respondió Zinga—. Esos objetos en crecimiento son verdes…

—¿Verdes? —preguntó Kartr. Bien, no era muy extraño. Desde que se había puesto la insignia del Cometa, había visto vegetación de todos los colores: amarillo verdoso, azul verdoso, púrpura opaco, rojo, amarillo, incluso una repugnantemente blanca.

—Pero éste es un verde distinto —afirmó el zacatanio, y sus palabras flotaron lentamente hacia abajo, como si Zinga estuviese intrigado por lo que veía con sus ojos.

Y Kartr comprendió que él también debería verlo. Como explorador del espacio había pisado el suelo de incontables planetas en infinitos sistemas. Actualmente le resultaba difícil calcular cuántos. Naturalmente, había algunos fáciles de recordar, por la impresión horrorosa que le habían producido sus extraños habitantes. Pero los restantes no eran más que un laberinto de colores y vidas desconocidas, y ahora tenía que recurrir a viejos informes y al libro de bitácora de la nave para recordarlos. Hacía mucho que había pasado la emoción de otros tiempos, cuando se había abierto paso por primera vez entre una vegetación extraña, o cuando había intentado captar las ondas mentales de seres que no

alcanzaba a ver. Pero ahora, mientras buscaba un apoyo para su mano y clavaba las punteras de las botas en las asperezas de la roca, empezó a experimentar nuevamente un leve renacer de esa emoción olvidada.

Los dedos con garras y los otros con escamas se estiraron hacia abajo para cerrarse sobre el correaje de su hombro y sobre el cinturón, y para levantarlo hasta la angosta plataforma rocosa. Frunció el ceño por efecto del calor de la piedra, y se protegió los ojos con las manos en pantalla, contra el reflejo del sol.

Lo que Fylh había descubierto era fácil dé ver. Y volvió a sentir un cosquilleo de excitación en su interior. ¡Porque esa cinta de vegetación *era* verde! ¡Pero verde! No tenía un tinte amarillento, ni el tono azulado que había visto en su propio Ylene desaparecido. Era un verde lujuriante como nunca lo habían contemplado sus ojos, y formaba una delgada franja a través de la región desértica, al seguir algún curso de agua. Parpadeó para aclarar su visión, y entonces, porque sabía que sus poderes naturales a esa distancia eran mucho menores que los de Fylh, desenganchó sus lentes de visibilidad. Le resultó difícil ajustarlos con una sola mano, pero finalmente consiguió enfocarlos en la franja lejana.

Árboles, arbustos, saltaban hacia él a través de la roca desnuda. Casi podía tocar una de esas hojas, estremecida por una débil brisa. Y bajo esos mismos grupos de hojas alcanzó a distinguir un rayo de luz danzante. No se había equivocado. Era agua que corría.

Giró lentamente, con los lentes sobre los ojos, con las manos de Zinga cerradas sobre sus caderas para mantenerlo firme mientras se movía, siguiendo esa cinta verde hacia el norte. Muchas millas más adelante se ensanchaba y formaba una amplia mancha de descansado color. Debían haber caído cerca del borde del desierto. Y ese río podría guiarlos hacia el norte, hacia la vida. Fylh se estremeció a su lado, y Kartr volvió los lentes hacia el cielo, porque en su mente había captado una lejana vibración de vida. Las anchas alas se abrieron y planearon. Vio la curva cruel del pico de un halcón y las garras poderosas, mientras ese ser de las alturas pasaba volando orgullosamente sobre sus cabezas.

—Me gusta este mundo —dijo Zinga, y su voz siseante cortó el silencio—. Y creo que acá estaremos bien. Hay algunos de los de mi sangre, aunque muy lejanos, y allí en el cielo hay uno emparentado

contigo, Fylh. ¿Nunca lamentaste que tus antepasados hubiesen perdido las alas mientras seguían el camino hacia la sabiduría?

Fylh se encogió de hombros:

—¿Y qué me dices de las colas y de las garras de lucha que tu raza dejó atrás, valiente Zinga? Y en un tiempo la raza de Kartr estuvo cubierta de piel… y quizá también tenían cola, como otros muchos animales. Uno no puede tener todo.

Pero siguió mirando al pájaro hasta que éste desapareció de su radio visual.

—Podríamos tratar de zafar uno de los trineos. Debe quedar suficiente combustible para llevarnos hasta la sabana verde del norte. Donde hay pasto tiene que haber comida.

Kartr oyó una risita de Zinga.

—¿Es posible que nuestro defensor de bemmys y animales se haya convertido en cazador?

¿Podría matar… matar para comer? Pero en la nave quedaban pocas provisiones, si es que alguna se había salvado durante el accidente. Tarde o temprano tendrían que vivir de lo que les diese la naturaleza. Y la carne… la carne era necesaria para la vida. El sargento trató de pensar en esto con lo que deseaba que fuese un espíritu imparcial. Pero todavía no estaba seguro de poder fijar la mira de un arma y de apretar el disparador… ¡para conseguir carne!

—¿Volvemos para informar? —preguntó Fylh, mientras empezaba a descender sobre el borde del pico.

—Volvemos para informar —asintió Kartr sobriamente.

2 — COLINAS VERDES

—… un lecho de agua corriente con vegetación, y rastros de tierras mejores hacia el norte. Solicitamos permiso para zafar uno de los trineos y explorar en esa dirección.

—¿Y la nave?

Kartr descubrió que era desconcertante presentarle el informe a un laberinto de vendas inexpresivas, y que además le resultaba sorprendentemente difícil. Estaba en posición de atención, esperando la respuesta del comandante.

Si la etiqueta lo hubiese permitido, el sargento Kartr se habría encogido de hombros. Pero optó por contestar con cierta cautela:

—No soy técnico, señor. Pero me parece que está perdida.

Ya estaba dicho… bastante claramente. Nuevamente deseó ver la expresión del rostro debajo de esas tiras entrecruzadas de tela adhesiva blanca. El silencio del camarote sólo era interrumpido por la respiración, sibilante y dificultosa, que escapaba por los labios lastimados de Mirion. El piloto seguía sin conocimiento. La muñeca de Kartr le dolía intensamente, y después de la atmósfera despejada de afuera, el aire saturado de humedad y polvo del interior de la nave le resultaba casi insoportable.

—El permiso está concedido. Regresen dentro de diez horas.

Pero la respuesta fue mecánica, como si ahora Vibor no fuese más que una máquina grabadora que estuviese repitiendo sonidos fijados en el alambre mucho tiempo atrás. Esta era la orden oficial correcta que correspondía dar cuando la nave tocaba un planeta, y ahora la impartía como lo había hecho anteriormente en incontables oportunidades.

Kartr saludó y dio un rodeo al lecho de Mirion para llegar a la puerta. Deseó que hubiese un trineo en condiciones de volar. De lo contrario, tendrían que marchar a pie hasta donde resultase posible.

Zinga esperaba afuera, con su equipo sobre los hombros, mientras el de Kartr colgaba de su brazo.

—El trineo de babor está zafado. Lo cargamos con cubos de

combustibles de la provisión de la nave…

Ordinariamente no estaban autorizados a hacer esto. Pero ahora habría sido una locura no saquear los depósitos del *Starfire,* cuando éste no podría volver a usarlos. Kartr se arrastró por encima de la compuerta retorcida, hasta los soportes ahora abiertos del trineo. Fylh ya estaba impacientemente sentado detrás del parabrisas, probando los controles.

—¿Volará?

La cabeza de Fylh, con la cresta caída sobre el cráneo como si fuese un extraño y rígido mechón de pelo, giró y sus grandes ojos rojizos se encontraron con los del sargento. La sorna cínica con que el trystanio enfrentaba la vida se puso de manifiesto en su respuesta:

—Ojalá sea así. Naturalmente hay probabilidades de que, unos segundos después de levantar vuelo, no seamos más que un polvillo que flotará por el aire. Ajusten las correas, queridos amigos. ¡Ajusten las correas!

Kartr dobló sus largas piernas debajo del cuerpo, junto a Zinga, y el zacatanio aseguró la pequeña red de amortiguamiento alrededor de ellos dos. Las garras de Fylh apretaron un botón. El aparato salió sesgado del fuselaje del *Starfire,* lenta y delicadamente, hasta que estuvieron a bastante distancia de la nave, y entonces se levantó rápidamente, con la acostumbrada despreocupación de Fylh por los ajustes de velocidad. Kartr se conformó con tragar y aguantar.

—Hacia el río y luego a lo largo de él; conserva siete metros de altura…

Fylh no necesitaba esta orden. Esto era algo que ya había hecho anteriormente. Kartr se inclinó un par de centímetros hacia adelante, hasta la ventanilla de reconocimiento de la derecha. Zinga ya había ocupado una posición parecida a la izquierda.

Dio la impresión de que apenas había transcurrido unos segundos cuando ya estuvieron sobre el agua, mirando la maraña verde que cubría sus orillas. Kartr clasificó e hizo un inventario mecánicamente. Esta vez no era necesario tomar notas detalladas. Fylh había puesto en funcionamiento el mecanismo que registraba el paisaje mientras ellos volaban. El movimiento del trineo lanzaba bocanadas de aire contra sus cuerpos. El olfato de Kartr percibía

olores, algunos viejos, otros nuevos. La vida de abajo estaba en un peldaño muy bajo de la escala de inteligencia; reptiles, pájaros, insectos. Pensó que esta región desértica no debía albergar casi nada más. Pero ellos debían felicitarse de haber tenido dos golpes de suerte; que éste fuese un planeta de tipo Erra y que hubiesen caído tan cerca del borde del desierto.

Zinga se rascó pensativamente su mejilla escamosa. Le encantaba el calor, y su collar se extendió en su mayor volumen. Y Kartr sabía que al zacatanio le habría gustado mucho más atravesar a pie las arenas ardientes. Estaba emitiendo un alegre interés, y el sargento pensó con un poco de resentimiento que en esto casi se parecía a uno de los elegantes y relamidos oficiales de una base de Control o de Sector, que era escoltado en una excursión de recreo cuidadosamente preparada. Pero Zinga siempre gozaba cuando vivía en el presente. Su raza longeva tenía tiempo suficiente para saborear lo mejor de cada cosa.

El trineo atravesaba el aire serenamente, con un suave zumbido. Después de todo, el último ajuste que le habían hecho había dado resultados positivos, a pesar de que habían tenido que trabajar siguiendo instrucciones grabadas en un alámbrico manual de reparaciones de hacía diez años. Le habían puesto los últimos condensadores. Ahora no les quedaban prácticamente repuestos.

—Zinga —le preguntó súbitamente Kartr a su compañero de asiento—. ¿Alguna vez estuviste en un verdadero taller de reparaciones del Control?

—No —respondió Zinga alegremente—. Y a veces pienso que éstos no son más que mitos inventados para que se diviertan los principiantes. Desde que entré al servicio, siempre hicimos todo lo que estaba en nuestras manos para realizar nuestras propias reparaciones… con lo que encontrábamos o robábamos. En una ocasión en que tuvimos que hacer un arreglo total, que nos llevó tres meses, sacamos las piezas de dos naves abandonadas. ¡Qué abundancia de repuestos! Eso ocurrió en Karbon, cuatro… no, cinco años espaciales atrás. Entonces todavía teníamos un técnico jefe en la tripulación, y él supervisó el trabajo. ¿Cómo se llamaba, Fylh?

—Ratan. Era un robot de Deneb II. Lo perdimos al año siguiente en un lago ácido de una estrella sud. Era muy hábil con las máquinas… probablemente porque él era una de ellas.

—¿Qué le ha estado ocurriendo al Control Central… y a nosotros? —preguntó Kartr lentamente. ¿Por qué no tenemos los equipos y las provisiones necesarios… y nuevos reclutas?

—Es el caos —respondió Fylh secamente—. Quizás el Control Central es demasiado grande, cubre demasiados mundos, extiende su autoridad demasiado lejos y en muchos detalles. O quizás es demasiado antiguo, y por eso pierde su influencia. Piensa en las guerras de sector, en la lucha por el poder entre los jefes de sector. ¿No crees que el Control Central detendría esto… si pudiese?

—Pero la Patrulla…

Fylh se rió.

—¡Ah, sí, la Patrulla! Nosotros somos los obstinados sobrevivientes, los chiflados. Sostenemos que nosotros, la Patrulla Estelar, los tripulantes y los exploradores, mantenemos todavía la paz y el respeto por la ley galáctica. Volamos de un lugar a otro en naves que se caen en pedazos debajo de nuestros pies porque ya no hay nadie con los conocimientos y la habilidad necesarios para repararlas debidamente. Luchamos contra los piratas y exploramos mundos olvidados… ¿para qué?, me pregunto. Obedecemos órdenes que nos llegan con la firma de las dos C. Nos estamos convirtiendo aceleradamente en un anacronismo, en antiguallas que todavía viven, pero que estarían mejor muertas. Y uno detrás del otro desaparecemos en el espacio. Deberían juntarnos a todos y meternos en un museo para que los planetas nos miren con curiosidad, como a objetos sin función útil…

—¿Qué ocurrirá con el Control Central? —se preguntó Kartr, y apretó los dientes cuando una sacudida del trineo hizo que su brazo golpease contra las duras costillas de Zinga, despertando el dolor de su muñeca.

—El imperio galáctico… este imperio galáctico —manifestó el zacatanio con una sonrisa que revelaba su total despreocupación por el asunto— se está desmoronando. En cinco años hemos perdido el contacto con otros tantos sectores, ¿no es verdad? El C. C. no es más que un nombre, en lo que a su poder se refiere. Dentro de otra generación quizá ni siquiera lo recordarán. Hemos tenido una larga existencia, de casi tres mil años, y ahora las articulaciones están empezando a resquebrajarse. El resultado de las guerras de sectores… es el caos. Retrocederemos rápidamente, probablemente

muy atrás, quizás incluso a una barbarie confinada a un planeta y la lucha espacial quedará olvidada. Entonces volveremos a empezar…

—Quizá —fue la pesimista respuesta de Fylh—. Pero tú y yo, estimado amigo, no estaremos allí para presenciar el nuevo amanecer…

—No creo que nuestra ausencia tenga mucha importancia —comentó Zinga, haciendo un gesto afirmativo—. Hemos hallado un mundo al que podremos sacarle el mayor provecho. ¿Estamos muy alejados de los mapas civilizados? —le preguntó al sargento.

Sobre la pantalla de la nave tenían mapas, mapas filmados en cintas tan viejas, que sus fechas parecían absurdas, mapas de soles y estrellas que ningún viajero visitaba desde hacía dos, tres o cinco generaciones, con las que el Control no tenía contacto desde hacía quinientos años. Kartr había estudiado esos mapas durante muchas semanas. Y en ninguno de ellos había encontrado este sistema. Estaban demasiado alejados de la civilización… y demasiado cerca del límite de la galaxia. El rollo de mapas en el que se encontraba la información acerca de este mundo —si había existido alguna vez— ya debía estar gastado y fuera de uso, olvidado desde hacía generaciones en algún estante de los archivos del Control.

—Completamente —dijo, experimentando un agrio placer con su respuesta.

—Completamente afuera y completamente lejos —comentó Zinga animadamente—. Un nuevo comienzo para todos nosotros. Fylh, este río… se está ensanchando, ¿verdad?

Abajo, la corriente de agua se iba ampliando. Ya hacía un largo rato que volaban sobre la superficie verde… al principio sobre arbustos y manchones de vegetación baja, y luego sobre montes de árboles bastante grandes que se hacían más abundantes hasta formar bosques. Vida animal… La mente de Kartr se concentró en su tarea mientras el trineo se elevaba para seguir el nivel de ascenso del terreno que tenían debajo de ellos.

Ahora el viento les traía fuertes olores, olores agradables, de tierra y cosas en crecimiento, el aroma del agua. Todavía volaban sobre el lecho del río, y abajo la corriente se hacía más fuerte, pasando alrededor y por encima de las rocas. Entonces el río se curvaba en un recodo con una arboleda espesa y delante de ellos, quizás a media milla de distancia, había una catarata, un velo de

espuma que se estrellaba sobre el borde rocoso de la llanura.

Las garras de Fylh manipularon los controles. El trineo perdió altura y velocidad. Maniobró hacia una lengua de arena que nacía en la costa bordeada por árboles y rocas. Bajaron suavemente, con un aterrizaje perfecto. Zinga se inclinó hacia adelante, y lo palmeó sobre el hombro.

—Considérate felicitado, explorador. Un aterrizaje hermoso, sencillamente hermoso… —Su voz se quebró cuando intentó sin mucho éxito hablar con el tono agudo, que podía parecerse al de una parlanchina turista.

Kartr abandonó el asiento con movimientos torpes, y se detuvo sobre la arena, con las piernas un poco separadas. El agua ondulaba hacia ellos sobre las rocas cubiertas de verde. Vio pequeños movimientos vivos, criaturas acuáticas que se dedicaban a sus cosas debajo de la superficie. Se dejó caer sobre las rodillas y metió la muñeca en el fresco líquido. Este le lamió la piel y humedeció el borde de la manga de su túnica.

Y estaba lo bastante fría y lo bastante clara como para ofrecerle una tentación irresistible.

—¿Van a zambullirse? —preguntó Zinga—. Yo lo haré.

Kartr manipuló las hebillas de su cinturón y retiró el brazo cuidadosamente de su cabestrillo. Fylh se sentó con las piernas cruzadas sobre la playa, y los miró a los dos, con una evidente expresión de desaprobación, mientras se quitaban los correajes y los uniformes. Fylh no había entrado nunca voluntariamente al agua y no pensaba hacerlo tampoco ahora.

El sargento no pudo ahogar una exclamación de placer cuando el agua se cerró alrededor de él, subiendo desde el tobillo hasta su rodilla, hasta la cintura, a medida que se internaba tanteando cautelosamente con los dedos de los pies. Zinga agitaba el agua, avanzando audazmente hasta que sus pies no tocaron el fondo, y probó su fuerza con las corrientes más profundas del medio del río. Kartr lamentó no tener las dos manos sanas, para ir a reunirse con el zacatanio. Lo mejor que podía hacer era agacharse y dejar que el líquido corriese sobre él, lavando el ahogo de la nave, la suciedad de un viaje demasiado largo.

—Si ya han terminado con esta absurda diversión —dijo Fylh—, ¿me permiten que les recuerde que se supone que estamos

cumpliendo con una misión?

Kartr se sintió casi tentado de contradecirlo. Quería quedarse donde estaba. Pero los lazos de la disciplina lo hicieron volver a la playa arenosa donde, con la ayuda del trystanio, volvió a ponerse las ropas que empezaba a aborrecer. Zinga había nadado aguas arriba, y Kartr levantó la vista a tiempo para ver cómo el cuerpo amarillo grisáceo del zacatanio saltaba entre la niebla que había más abajo de la catarata. Le lanzó un llamado mental. Pero entonces hubo un resplandor de un color brillante, y un pájaro pasó por encima de él, distrayéndolo. Fylh se irguió con las manos estiradas, mientras un claro silbido brotaba de su garganta. El ave cambió de rumbo y describió un círculo sobre ellos dos. Entonces bajó para posarse sobre la garra del pulgar del trystanio, respondiendo a su trino con un melodioso canto propio. Sus plumas azules tenían un brillo casi metálico. Durante un largo rato le contestó a Fylh, y entonces levantó vuelo nuevamente, pasando por encima del agua. La cresta del trystanio estaba erguida orgullosamente. Kartr suspiró profundamente:

—¡Qué bello! —exclamó.

Fylh asintió, pero en sus labios hubo una expresión amarga cuando contestó:

—En realidad no me entendió.

Zinga salió del agua, silbando para sus adentros, como si se preparase para entrar a librar una batalla. Transfirió a su boca un objeto que había estado sosteniendo en la mano, lo masticó con una expresión de deleite y lo tragó.

—Estos seres acuáticos son excelentes —comentó—. ¡Lo mejor que probé desde que comimos ese almuerzo de Katyer asado en Vassor! Es una lástima que sean tan pequeños.

—¡Ojalá nuestras vacunas inmunizadoras no se hayan echado a perder —respondió Kartr sarcásticamente—. Si tú…

—¿Me pongo rojo y me muero será por mi culpa? —terminó el zacatanio por él—. De acuerdo. Pero a veces vale la pena morir por una comida fresca. La fórmula 1A60 no es mi ideal de una merienda sabrosa. ¿Y ahora hacia dónde nos dirigiremos?

Kartr estudió la plataforma desde la que caía el río. La espesa vegetación de arriba parecía prometedora. No se atrevían a internarse demasiado en una región desconocida con una provisión

de combustible tan escasa y con la perspectiva de un viaje de regreso. Quizá si volaban hasta lo alto del acantilado, tendrían un punto desde donde estudiar con más detenimiento el terreno de abajo. Esto fue lo que sugirió.

—¡Arriba, entonces! —dijo Fylh, volviendo al trineo—. ¡Pero no más de media milla, a menos que quieran volver caminando!

Esta vez Kartr percibió la dificultad del despegue, y se inclinó hacia adelante en el asiento, como si con su sola fuerza de voluntad pudiese levantar el trineo y llevarlo hasta la cima de la barrera rocosa. Sabía que Fylh podría aprovechar hasta la última gota de combustible del aparato, pero no sentía ningún deseo de volver a pie al *Starfire*.

En lo alto del acantilado no parecía haber ningún lugar para el aterrizaje. Los árboles estaban muy próximos al borde del río, y eran lo bastante espesos como para formar una ininterrumpida alfombra verde. Pero a un cuarto de milla de la catarata encontraron una isla, que era en realidad una diminuta mesa casi nivelada con el agua, alrededor de la cual se dividía el río. Fylh instaló el trineo sobre esa porción de tierra, separado del borde a cada lado por no más de un metro y medio. La piedra estaba caliente, calcinada por el sol, y Kartr se puso de pie en el trineo, desenganchando los lentes de visibilidad.

A cada lado del río los árboles y arbustos formaban un muro casi inexpugnable. Pero hacia el norte vio colinas, verdes y redondeadas, y el río cruzaba una llanura. Estaba guardando los lentes en su estuche, cuando percibió la presencia de un ser vivo.

Junto a la orilla del río un animal de pelaje castaño había salido de entre los árboles. Se instaló junto al agua para beber y luego metió las patas delanteras en la corriente. Algo plateado brilló en el aire, y las fauces de la bestia se cerraron sobre el ser acuático que había hecho saltar fuera del río.

—¡Formidable! —exclamó Zinga, festejando la hazaña—. ¡Yo mismo no podría haberlo hecho mejor! Ni un movimiento inútil…

Kartr tanteó delicadamente la mente oculta debajo de ese cráneo peludo. Allí había una forma de inteligencia, y le pareció que, si lo deseaba, podría dirigirse a ella. Pero el animal no conocía al hombre ni nada parecido al hombre. ¿Acaso este planeta era una selva sin ninguna forma superior de vida?

Hizo la pregunta en voz alta y Fylh le contestó:

—¿Acaso el golpe que recibiste cuando aterrizamos te estropeó las facultades mentales? En muchos planetas se encuentra alguna franja salvaje. Y el hecho de que este animal no conozca a otro superior a él mismo no demuestra que en otro lugar no exista…

Zinga había apoyado la cabeza sobre sus manos, y estaba mirando en dirección a la lejana planicie y a las colinas.

—Colinas verdes —murmuró—. Colinas verdes y aguas llenas de una comida excelente. Esta vez el Espíritu del Espacio nos está sonriendo. ¿Quieres preguntarle algo a nuestro amigo pescador?

—No. Y no está solo. Algo está pastando detrás de ese grupo de árboles puntiagudos, y hay otros seres vivos. Se temen los unos a los otros… responden a la ley de la garra y del diente…

—Primitivos —catalogó Fylh, y entonces agregó suavemente—: Quizá tengas razón, Kartr. Probablemente en este mundo no hay un amo humano o bemmy.

—¡Ojalá te equivoques! —dijo Zinga y levantó hasta el máximo sus párpados—. Estoy ansioso por enfrentar mi talento, como un audaz aventurero, contra algún monstruo perverso e inteligente…

Kartr sonrió. Por algún motivo siempre había encontrado más próximo a sus propios procesos mentales el cerebro del zacatanio de ascendencia reptil, que la fría indiferencia de Fylh. Zinga participaba en la vida con entusiasmo, en tanto que el trystanio era, a pesar de su intervención física, un simple espectador.

—Quizás entre estas colinas encontremos alguna colonia de rus monstruos peligrosos —sugirió—. ¿Qué opinas, Fylh? ¿Estamos en condiciones de llegar hasta ellas?

—No —respondió Fylh, midiendo con la punta de su garra la escala del tablero de controles—. Tenemos lo justo para volver desde aquí hasta la nave.

—Siempre que todos contengamos la respiración y empujemos —murmuró el zacathiano—. Muy bien. Y si tenemos que descender, caminaremos. No hay nada más agradable que sentir cómo la arena caliente se desliza entre los dedos de los pies —suspiró lánguidamente.

El trineo se levantó, asustando al pescador de pelambre castaña. Este se sentó sobre las patas traseras, con una pata estirada y chorreando agua, mirando cómo se alejaban. Kartr captó su

sorpresa… pero no sentía temor por ellos. Tenía pocos enemigos y no esperaba que éstos volasen por el aire. Cuando describieron un círculo en lo alto, Kartr hizo un experimento y lanzó un mensaje de buena voluntad a ese cerebro primitivo. Miró hacia atrás. El animal se había erguido sobre las patas posteriores y en posición humana, con las patas delanteras colgando flojamente, seguía al trineo con la mirada.

Pasaron sobre la catarata a tan poca altura, que la espuma les salpicó la piel. Kartr se tomó el labio inferior entre los dientes y lo mordió. ¿Esta era la forma de volar propia de Fylh, o acaso estaban perdiendo fuerza y por eso descendían? No quiso hacer la pregunta abiertamente.

—Si seguimos el curso del río para regresar —comentó Zinga—, alargaremos el camino. Si atravesamos la planicie desde ese piso, llegaremos a la nave…

Kartr hizo un gesto de asentimiento.

—¿Qué opinas, Fylh? ¿Seguirás el agua o no?

El trystanio inclinó los hombros, en su equivalente de un gesto de indiferencia.

—Sí, será más rápido —murmuró, y enfiló la proa de la nave hacia la derecha.

Dejaron atrás el río. Una alfombra de árboles se extendía debajo de ellos, y luego apareció un claro pastoso en el que comía un grupo de cinco animales castaño rojizos. Uno de ellos levantó la cabeza hacia el cielo, y Kartr vio que el sol se reflejaba sobre sus cuernos largos y amenazadores.

—Me pregunto si tendrán peleas con nuestro amigo de la orilla del río —manifestó Zinga—. Él tenía unas garras aparentemente muy poderosas… y estos cuernos no les sirven sólo como adorno. O quizá tienen un tratado de no agresión…

—¡Entonces estarían trabados en combate durante casi todo el tiempo! —exclamó Fylh.

—Tú eres un bemmy muy útil, amigo mío —afirmó Zinga, mirando afectuosamente la parte posterior de la cabeza de Fylh, coronada por su cresta—. En tu compañía nunca tenemos que molestarnos en pensar lo peor. Tú siempre te nos has adelantado. ¿Qué haríamos nosotros sin tus ojos negros, muy negros, clavados en el futuro?

Los árboles y los arbustos estaban raleando. Y al mismo tiempo aparecían extensiones cada vez más grandes de rocas y de tierras recalentadas y agrietadas, y las extrañas plantas retorcidas que parecían aborígenes del desierto.

—¡Espera! —exclamó Kartr, y su mano aferró el brazo de Fylh —. ¡Ahí, hacia la derecha!

El trineo giró obedientemente y descendió sobre una franja de terreno nivelado. Kartr se apeó, atravesó un matorral y llegó al borde de lo que había visto desde el aire. Los otros dos se reunieron con él.

Zinga se dejó caer sobre una rodilla y tocó ansiosamente el suelo blanco.

—No es natural —manifestó.

La arena y la tierra lo habían cubierto. Sólo un capricho del viento había dejado al descubierto este fragmento. ¡Pavimento… un pavimento artificial!

Zinga y Fylh recorrieron aproximadamente doce metros, el primero hacia la derecha y el segundo hacia la izquierda. Se arrodillaron y clavaron sus cuchillos en la tierra. Pocos segundos después, cada uno de ellos había descubierto una superficie dura.

—¡Un camino! —exclamó Kartr, apartando un poco más de arena. De modo que en alguna época aquí se utilizó el transporte de superficie. ¿Cuánto tiempo calculan que transcurrió desde entonces?

Fylh dejó caer la tierra floja entre sus garras.

—Esto sufrió el calor y la sequía, y creo que no pocas tormentas. Además la vegetación se extiende como en una jungla. Podrían haber pasado diez años… o diez mil.

—¡Diez mil! —repitió Kartr. Pero la chispa de excitación que había surgido en él se estaba avivando cada vez más. ¡De modo que aquí había habido una forma de vida superior! Hombres o alguien… habían construido este camino para viajar. Y generalmente los caminos conducían a…

El sargento se volvió hacia Fylh.

—¿Crees que podríamos sacar bastante combustible del tanque principal como para traer el trineo nuevamente hasta aquí, con el remolque?

—Quizá —murmuró Fylh—, si no necesitásemos el combustible para ninguna otra cosa.

La excitación de Kartr se desvaneció. Lo necesitarían para otros trabajos. El comandante y Mirion tendrían que ser transportados en el trineo cuando abandonasen la nave; habría que cargar las provisiones y todo lo necesario para establecer un campamento en la región más hospitalaria de las colinas. Le pegó rabiosamente un puntapié a la franja de pavimento. En otro tiempo su deber y su satisfacción habrían constituido en seguir esta tenue pista hasta su lugar de origen. Ahora su deber era olvidarla. Volvió con pasos pesados hasta el trineo, y ninguno de ellos habló cuando estuvieron nuevamente en el aire.

3 — MOTÍN

Describieron un círculo sobre los despojos del *Starfire* y vieron a una figura que les hacía señas desde cerca de la nariz de la nave. Cuando aterrizaron con el trineo, Jaksan los estaba esperando.

—¿Y bien? —preguntó ásperamente, casi antes de que la arena hubiese caído del fuselaje del trineo.

—Hacia el norte hay tierras buenas, despejadas y bien irrigadas —informó Kartr—. En los bosques hay vida animal.

—¡Seres acuáticos comestibles! —agregó Zinga, lamiéndose los labios al recordarlo.

—¿Hay rastros de civilización?

—Un viejo camino cubierto por la tierra, y nada más. Los animales no conocen ninguna forma superior de vida. Teníamos en marcha el registrador. Podremos pasarle la cinta al comandante…

—Sí él lo desea…

—¡Qué significa eso? —preguntó Kartr, deteniéndose en seco con el rollo de alambre encerrado en su mano sana, sorprendido por el tono de Jaksan.

—El comandante Vibor —respondió Jaksan fría y secamente— cree que nuestro deber consiste en permanecer en la nave.

—¿Pero por qué? —inquirió el sargento, con sincero asombro.

Nada podría levantar nuevamente al *Starfire.* Era una locura no entender esto inmediatamente y trazar los planes sobre esta base. Kartr hizo ahora lo que muy pocas veces se atrevía a hacer: trató de leer la superficie mental del oficial de armas. Allí había preocupación, preocupación y algo más… un sorprendente e indescifrable resentimiento cuando Jaksan pensaba en él, Kartr, o en cualquiera de los exploradores. ¿Por qué? ¿Se debía eso a que el sargento de exploradores no era un hijo del Servicio, que no había sido educado por una familia de la Patrulla en la dura línea de la tradición y el deber, como los otros miembros humanos de la tripulación? ¿Se debía acaso a lo que consideraban un amigo de los

bemmys y un forastero? El aceptó este resentimiento como un hecho concreto, lo archivó en su memoria para recordarlo cuando tuviese que trabajar con Jaksan en el futuro.

—¿Por qué? —dijo el oficial de armas repitiendo la pregunta de Kartr—. Un comandante tiene responsabilidades. Hasta un explorador debería entenderlo. Responsabilidades…

—¿Que lo obligan a morir de hambre en una nave inutilizada? —lo interrumpió Zinga—. Vamos, Jaksan, el comandante Vibor es una forma de vida inteligente…

Los dedos de Kartr se movieron haciendo la vieja señal de alerta. El zacathanio enmudeció y permaneció en silencio, mientras el sargento cubría sus palabras haciendo chocar los tacos.

—De todos modos querrá ver la cinta grabadora antes de trazar planes.

—¡El comandante está ciego!

—¿Está seguro? —exclamó Kartr.

—Smitt lo está. Quizá Tork podría haberlo salvado. Nosotros no tenemos esa capacidad… Las heridas están fuera del alcance de un botiquín de primeros auxilios.

—Bien, le daré mi informe —dijo Kartr y se encaminó hacia la nave, con la impresión de que llevaba varios kilos de plomo estelar en la suela de cada bota, y de que una carga vasta e indefinible se había instalado sobre sus hombros.

¿Por qué se sentía tan deprimido?, se preguntó cansadamente, mientras atravesaba la abertura de la escotilla. Indudablemente ahora el mando no recaería sobre él. Tanto Jaksan como Smitt tenían mayor grado que un sargento. Como oficial delegado de exploradores, él apenas si entraba dentro de los límites del Servicio. Pero ni siquiera el saber esto lo libraba de su preocupación.

—¡Kartr se presenta para informar, señor! —dijo, poniéndose firme frente al hombre vendado, acostado sobre dos mantas en el camarote.

—Trasmita el informe —ordenó mecánicamente el comandante. Kartr empezó a preguntarse si su superior lo oía verdaderamente y, si al oírlo, entendía una palabra de lo que decía.

—Nos estrellamos cerca del borde de un desierto. El grupo de patrullaje voló en un trineo hacia el norte a lo largo de un río, hasta una llanura arbolada y bien irrigada. Debido a la escasez de

combustible tuvimos que interrumpir el vuelo. Pero hacia el norte hay terrenos que parecen acogedores como base para un campamento…

—¿Rastros de vida?

—Muchos animales de distintos tipos y razas… y de una escala baja de inteligencia. El único rastro de civilización era una porción de carretera tan cubierta que hace pensar que no se la utiliza desde hace mucho tiempo. Los animales no recuerdan ningún contacto con formas de vida superior.

—Puede retirarse.

—Disculpe, señor —manifestó Kartr, sin moverse de allí—, ¿pero me da su permiso para emplear para el transporte lo que queda en el tanque principal?…

—¿La provisión de la nave? ¿Se ha vuelto completamente loco? ¡De ninguna manera! Preséntese a Jaksan para los trabajos de reparación…

¿Trabajos de reparación? ¿Acaso Yibor creía sinceramente que existía la menor posibilidad de reparar el *Starfire* Indudablemente… El sargento de exploradores titubeó un momento junto a la puerta y giró a medias para volver hacia el comandante. Pero adivinó que todo intento de discutir con Vibor resultaría inútil, y entró al dormitorio de los exploradores, donde encontró reunidos a sus compañeros. Una figura más menuda que estaba junto a la puerta resultó ser Smitt, quien se incorporó para enfrentar a Kartr cuando éste entró.

—¿Tuvo suerte, Kartr?

—Me ordenó que me presentara para trabajar en el grupo de reparación. ¿Qué quiso significar con eso, por los Vientos del Espacio?

—Quizás usted no lo crea —manifestó el técnico—, pero quiso significar exactamente lo que dijo. Tenemos que reparar la nave para despegar…

—¿Pero acaso él no ve…? —empezó a decir Kartr, y se mordió el labio al recordar. Era precisamente eso: el comandante no podía ver el estado actual de la nave caída. Pero esto no era una excusa para que ni Jaksan ni Smitt le explicasen…

Cuando el técnico captó este pensamiento en el aire, respondió:

—No quiere escucharnos. Me ordenó que regresase a mi

camarote cuando traté de hacérselo entender. ¡Y Jaksan se limitó a aceptar las órdenes que recibía!

—¿Pero por qué lo hizo? Jaksan no es ningún tonto. El sabe que no volveremos a levantarnos. El *Starfire* hizo su último vuelo.

Smitt se apoyó contra la pared. Era un hombre de baja estatura, delgado y nervudo y casi ennegrecido por el aire espacial. Y ahora parecía compartir algo de la indiferencia casi maliciosa de Fylh. Lo único que él apreciaba verdaderamente eran sus transmisores. En una ocasión, Kartr lo había visto mientras acariciaba furtivamente los suaves costados plásticos de los aparatos con una mano amorosa. Debido a la vieja división del personal de la nave: tripulación de la Patrulla y exploradores, Kartr no lo conocía muy bien.

—Usted puede aceptar fácilmente la idea de que estamos varados —manifestó el técnico en comunicaciones—. Usted nunca estuvo ligado como nosotros a este monstruo de metal. Su misión está en los planetas, no en el espacio. El *Starfire* es una parte de Vibor. El no puede perderse ahora en el infinito azul y olvidarse de la nave… Y lo mismo ocurre con Jaksan.

—Muy bien. Le creo que la nave significa más para ustedes, sus tripulantes regulares, que para nosotros —asintió Kartr casi cansadamente—. Pero ahora es una estructura muerta, y nada de lo que haga uno o todos nosotros servirá para levantarla nuevamente. Lo mejor será que la abandonemos… y tratemos de establecer una base cerca de donde haya agua y víveres…

—¿Quiere que rompamos los lazos con el pasado y empecemos nuevamente? Quizá. Puedo estar de acuerdo con usted… intelectualmente. Pero les sugiero que ustedes también chocarán con emociones, mis jóvenes amigos. ¡Y descubrirán que ése es un asunto completamente distinto!

—¿Y por qué tengo que preocuparme yo por todo esto? — inquirió Kartr lentamente.

—El proceso de eliminación lo designa a usted. Si estamos varados fuera de toda esperanza de salvación, ¿quién estará en mejores condiciones de comprender nuestros problemas… alguien que ha pasado toda su vida en el espacio, casi desde la infancia… o un explorador? ¿Qué *hará* usted?

Pero Kartr se negó a contestar esto. Cuanto más lo aguijoneaba

Smitt en esta forma, tanto más incómodo se sentía. Nunca había sido tratado con tanta franqueza por un oficial de la tripulación.

—El comandante decidirá —manifestó.

Entonces Smitt se rió, y su risa fue un breve sonido áspero, desprovisto de todo humor.

—¿De modo que tiene miedo de enfrentarlo, volador? Yo creía que ustedes, los exploradores, nunca se dejaban vencer por las dificultades, que los intrépidos y audaces aventureros…

La mano sana de Kartr se cerró sobre los pliegues de la túnica, un poco más abajo de la garganta de Smitt.

—¿Qué lío está tratando de provocar, Smitt? —preguntó, olvidando el respeto debido a un oficial.

Pero el técnico en comunicaciones no hizo ningún movimiento para apartar la mano del sargento ni para librarse de su presión. En cambio sus ojos se levantaron para enfrentar fijamente los de Kartr. Los dedos del sargento se aflojaron y su mano cayó. Smitt creía en lo que estaba tratando de decir, estaba convencido de ello, aunque se había mostrado sarcástico. Smitt había venido en busca de su ayuda. Ahora Kartr se alegró por primera vez de poseer su extraña cualidad: la capacidad de percibir las emociones de otros seres.

—Hable —murmuró, y se sentó sobre un camastro. Notó que la tensión que se había apoderado de todos ellos durante uno o dos segundos estaba disminuyendo. Y comprendió que los exploradores seguirían sus órdenes, y que estaban aguardando su decisión.

—Vibor ya no está con nosotros… Sufrió… una crisis —explicó Smitt, buscando torpemente las palabras. Y Kartr percibió en él un temor y una desolación crecientes.

—¿Eso se debe a la pérdida de su visión? Si es así, esta condición podría ser sólo temporaria.

—No. Hace mucho tiempo que se acercaba a una crisis. La responsabilidad del mando en las condiciones presentes… la batalla con los verdines… El era un gran amigo de Tork, ¿lo recuerdan? La nave se deshacía sistemáticamente y no había posibilidades de repararla… Todo esto contribuyó a aplastarlo. Ahora se niega a aceptar un presente en el que no se atreve a creer. Se retiró a un mundo propio donde las cosas marchan bien en lugar de marchar mal. Y quiere que nosotros lo compartamos con él.

Kartr hizo un gesto de asentimiento. Cada una de las palabras de

Smitt tenía un timbre de verdad. Naturalmente, él nunca había tenido mucho contacto personal con Vibor. Los exploradores no eran aceptados en el círculo interior de la Patrulla; apenas si se los toleraba. El no se había graduado en una academia de Sector, y ni siquiera era un producto de las filas de la Patrulla. Por eso siempre había estado apartado de la tripulación. La disciplina del Servicio, siempre estricta, se había hecho cada vez más rígida hasta convertirse en un sistema de castas, incluso durante los pocos años en los cuales él había lucido el Cometa… quizá porque el Servicio mismo había sido apartado de la vida regular de los ciudadanos medios. Pero en este momento Kartr pudo comprender los extraños incidentes de los últimos meses, ciertas inconsistencias en las órdenes de Vibor, uno o dos comentarios que había escuchado involuntariamente.

—¿Usted no cree que pueda recobrarse?

—No. El accidente rompió todas las vallas. Las órdenes que ha estado impartiendo las últimas horas… ¡Le repito que está terminado!

—Muy bien —dijo Rolth, y su voz cortó la espesa atmósfera—. ¿Entonces qué haremos…; o más bien, qué quiere *usted* que hagamos, Smitt?

Las manos del técnico en comunicaciones se abrieron en un gesto de impaciencia.

—Sinceramente no lo sé. Estamos varados… permanentemente, en un mundo desconocido. La exploración es la especialidad de ustedes. Y alguien tendrá que encargarse de sacarnos se aquí. Jaksan… bien; quizá siga a Vibor, aunque el comandante ordene que nos haga volar a nosotros y a la nave. Libraron juntos la batalla de los Cinco Soles y Jaksan… —Su voz se perdió.

—¿Y Mirion?

—Está sin conocimiento. No creo que se salve. Ni siquiera podemos diagnosticar la gravedad de sus heridas. Hay que descartarlo.

¿Descartarlo de qué?, se preguntó Kartr, y sus ojos verdes se entrecerraron. Smitt estaba insinuando la proximidad de un conflicto.

—¿Dalgre y Snyn? —inquirió Zinga.

—Los dos pertenecen al escuadrón de Jaksan. ¿Quién sabe a

quién obedecerán si él empieza a impartir órdenes? —preguntó el técnico en comunicaciones.

—Hay algo que me tiene intrigado —intervino Fylh por primera vez—. ¿Por qué vino a nosotros, Smitt? No formamos parte de la tripulación…

Esta era la pregunta que se habían hecho todos y que por primera vez salía a descubierto. Kartr también esperó la respuesta.

—Bien: porque creo que ustedes son los que están mejor equipados para el futuro. Esta es su especialidad. De todos modos, ahora yo soy un peso muerto. El choque arrumó los Transmisores. La tripulación también es un peso muerto, sin una nave para conducir. Por lo tanto, tenemos que prepararnos para aprender lo necesario para seguir viviendo…

—Un recluta, ¿eh? —comentó Zinga con una risita—. Pero es muy novato. Bien, Kartr, ¿lo aceptamos?

La cabeza grotesca del zacathanio giró hacia el sargento.

—Está diciendo la verdad —respondió Kartr muy sobriamente—. ¡Convoco a discusión! —exclamó, y la orden los alertó a todos—. ¿Rolth?

El rostro de tez blanca, la mitad del cual estaba oculto por las antiparras oscuras, era difícil de descifrar.

—¿La tierra es buena?

—Muy prometedora —respondió Zinga inmediatamente.

—Es evidente que no podemos permanecer anclados aquí para siempre —murmuró el explorador del oscuro Falthar—. Voto por que retiremos de la nave todo lo que se pueda usar, y establezcamos una base. Luego buscaremos…

—¿Fylh?

Las garras del trystanio tamborilearon sobre su ancho cinturón.

—Estoy completamente de acuerdo con eso. Pero es probablemente demasiado razonable.

Su final irónico parecía dirigida a Smitt. Fylh no estaba dispuesto a olvidar muy fácilmente la vieja división entre un explorador y un tripulante de la Patrulla.

—¿Zinga?

—Sí, establecer una base. Yo diría que debe estar próxima al río que alberga a seres tan deliciosos. En este momento una buena merienda de ellos….

Sus párpados bajaron con fingido éxtasis.

—Mi voto es el mismo que el de ellos —dijo Kartr mirando a Smitt—. Nos queda un trineo en condiciones de ser utilizado. En él podríamos transportar al comandante, a Mirion y las provisiones. Si vaciamos el tanque principal, tendremos combustible suficiente para varios viajes. Los otros irán caminando, con el equipo cargado sobre las espaldas. La tierra es buena, se puede encontrar agua y comida, y parece estar desierta, sin rastros de nadie parecido a los verdines, que esté dispuesto a luchar por ella. Si yo fuese el comandante…

—¡Pero no lo eres… explorador bemmy, no lo eres!

La mano de Kartr bajó hacia la culata de su pistola aun antes de ver al hombre que entraba por la puerta. La onda de amenaza que él emitía fue como un impacto para la sensible percepción del explorador.

Kartr titubeó, sabiendo que cualquier respuesta que emitiese verbalmente no haría más que aumentar la cólera del patrullero, y en ese momento de silencio, Smitt aceptó el desafío.

—¡Cállate, Snyn!

La luz se reflejó sobre la pequeña arma casi completamente oculta en la mano del patrullero cuando éste se volvió hacia el técnico en comunicaciones. Las ondas de odio provocado por el miedo eran tan densas, que Kartr se maravilló de que los otros no pudiesen percibirlas también. Sin tratar de alcanzarlo en los pies, el sargento se abalanzó hacia un costado, y su hombro golpeó a Snyn en la rodilla. Un rayo de fuego verde atravesó el aire cuando el dedo del tripulante se contrajo convulsivamente sobre el disparador. Se tambaleó hacia adelante cuando Kartr trató en vano de usar su mano sana para hacerle perder el equilibrio.

Uno o dos segundos más tarde, todo estuvo terminado. Snyn seguía retorciéndose y mascullando maldiciones debajo de Zinga, pero Fylh le doblaba metódicamente los brazos detrás del cuerpo, para poder encerrar sus muñecas con una barra de seguridad. Una vez hecho esto, lo acostaron sobre la espalda y lo pusieron en posición para interrogarlo, con sacudidas que eran cualquier cosa menos suaves.

—¡Está loco! —afirmó Smitt honestamente convencido—. ¡Usar en esa forma un lanzallamas de mano…! ¿Qué diablos…?

—Lamento no haberlos quemado a todos —espetó el prisionero —. Siempre supe que no se podía confiar en los demonios exploradores. ¡Todos ustedes son bemmys!

Pero su odio desnudo estaba formado por tres cuartas partes de miedo. Kartr se dejó caer sobre la cama y miró al patrullero enfurecido con desconcertada preocupación. Siempre había sabido que a los exploradores no se los aceptaba como miembros indiscutidos de la Patrulla, y también sabía que había un prejuicio creciente contra las razas no humanas —los "bemmys"—, pero esta ira quemante dirigida por un tripulante contra sus propios compañeros era peor que todo lo que había creído posible.

—No hemos hecho nada contra usted, Snyn…

El tripulante escupió. Y Kartr decidió que no podría convencerlo con ningún razonamiento. Le quedaba un solo recurso. Pero era algo que él había jurado hacía mucho tiempo no utilizar… por lo menos contra los de su estirpe. ¿Y los otros se lo permitirían si él lo deseaba? Miró a Smitt, por encima del cuerpo del patrullero caído.

—Es peligroso…

Smitt contempló la grieta de la pared, que todavía estaba al rojo.

—¡No es necesario que subraye eso! —exclamó el técnico, cambiando de posición nerviosamente—. ¿Qué se propone hacer con él?

Mucho después, Kartr comprendió que ése había sido el momento decisivo. Porque en lugar de pedir la aprobación de Smitt o de sus propios compañeros, tomó la decisión por su cuenta. Con la velocidad del rayo y violentamente, proyectó su voluntad contra las defensas del hombre que tenía frente a él. El rostro crispado de Snyn estaba violáceo, y su boca torcida estaba salpicada de espuma. Pero no tenía control ni barreras mentales para oponer al poder del sargento. Sus ojos brillaron, fijos en el vacío. Dejó de luchar, y su boca se relajó.

Smitt desenfundó a medias su pistola.

—¿Qué le está haciendo?

Snyn ya estaba tranquilo y muy quieto, con los ojos clavados en el techo metálico.

Smitt estiró la mano para aferrar el hombro de Kartr.

—¿Qué le hizo?

—Lo calmé. Ahora dormirá y se olvidará de todo.

Pero Smitt estaba retrocediendo lentamente hacia la puerta.

—¡Déjeme solo! —gritó con voz temblorosa—. ¡Déjeme en paz… maldito bemmy!

Trató de llegar a la puerta con aterrorizada urgencia, pero Rolth lo alcanzó antes que él para bloquearle la salida. Smitt se volvió y los enfrentó, respirando agitadamente, como un animal acorralado.

—No lo tocaremos —dijo Kartr sin levantarse de la cama ni subir la voz.

Rolth captó la seña que hizo con la mano. El falthariano titubeó un instante y entonces obedeció, atravesando el umbral. Pero aun al ver despejada la salida, Smitt no se movió. Siguió mirando a Kartr y preguntó temerosamente:

—¿Puede hacerle eso… a cualquiera de nosotros?

—Probablemente. Ninguno de ustedes ha cultivado nunca un bloqueo mental elevado.

Smitt volvió a enfundar la pistola. Se frotó el rostro sudado con manos temblorosas.

—¿Entonces por qué no lo hizo… ahora…?

—¿Porque no usé mi poder mental contra usted? ¿Por qué habría de haberlo hecho? Usted no planeaba aniquilarnos; estaba completamente cuerdo.

Smitt se estaba tranquilizando. El pánico que lo había dominado estaba prácticamente extinguido. La razón controlaba a la emoción. Se adelantó y miró al patrullero dormido.

—¿Durante cuánto tiempo estará así?

—No tengo cómo saberlo. Nunca lo hice antes de ahora con un ser humano.

La admiración venció el temor de Smitt.

—¿Y puede dormirnos a todos nosotros en la misma forma?

—Con un hombre de mayor autocontrol o con fuerza de voluntad sería más difícil. Además, tendría que hacerles bajar su guardia mental. Pero Snyn no tenía ningún bloqueo preparado.

—Esta no será la solución a todos nuestros problemas, Smitt —intervino Zinga suavemente—. Si planea hacer que el sargento elimine en esta forma a todos nuestros adversarios, puede quitarse esa idea de la cabeza. Lo discutiremos con ellos o…

Pero Smitt terminó la frase por él.

—¿O lucharemos? —preguntó con tono sombrío—. Pero eso

feria…

—¿Un motín? Naturalmente, estimado señor. Sin embargo, d usted no hubiera estado pensando en eso desde el primer momento, no habría venido a nosotros, ¿verdad? —inquirió Fylh.

¡Motín! Kartr trató de analizarlo serenamente. En el espacio o en el planeta, Vibor era el comandante del *Starfire*. Y todos los hombres de a bordo habían prestado en una ocasión juramento de obedecer sus órdenes y defender la autoridad del Servicio. Tork, consciente de la condición del jefe, podría hacerlo desplazado. Pero Tork estaba muerto, y ninguno de los tripulantes de la nave tenía un derecho legal para desobedecer las órdenes del comandante. El sargento se puso de pie.

—¿Pueden traer a Jaksan y a Dalgre…?

Miró a su alrededor. No, sería mejor realizar la entrevista en un lugar más neutral. Afuera, decidió rápidamente, donde el efecto psicológico de la nave en ruinas frente a sus ojos durante toda la discusión, podría tener un efecto decisivo.

—¿Afuera? —dijo, terminando la frase.

—Muy bien —asintió Smitt, aunque con cierto tono de desgano. Salió del dormitorio.

—¿En qué lío nos hemos metido ahora? —preguntó Zinga, cuando vio que el técnico en comunicaciones estaba lejos y no podría oírlo.

—Esto tenía que ocurrir tarde o temprano; era inevitable después del accidente —respondió la voz suave de Rolth—. Cuando estábamos en el espacio, sus vidas tenían un aliciente. Podían cerrar los ojos y las mentes antes las cosas, narcotizándose con una serie de trabajos rutinarios. Nosotros somos los que tenemos una finalidad… una tarea. Y porque somos… distintos, siempre se sospechó de nosotros.

—¿De modo —manifestó Kartr, traduciendo en palabras el pensamiento que había estado formándose en su propia mente— que, a menos que entremos en acción y les demos algo de qué ocuparse, *nosotros* podríamos convertirnos en el blanco de su miedo y de su resentimiento? Estoy de acuerdo.

—Podríamos liberarnos —sugirió Fylh—. Cuando la nave se estrelló, nuestros lazos con ella quedaron rotos. Los legajos… ¿quién volverá a ver nuestros legajos? Y estamos en condiciones de

vivir con lo que nos da la Naturaleza…

—Pero quizás ellos no tengan esa ventaja —comentó Kartr—. Y es precisamente por eso por lo que no podemos desentendernos del asunto e irnos. Por lo menos ahora. Tendremos que tratar de ayudarlos…

—Siempre idealista, Kartr —se burló Zinga—. Yo soy un bemmy, Fylh es un bemmy, Rolth es medio bemmy y tú eres un amigo de los bemmys y todos somos exploradores, lo que no nos convierte precisamente en amigos de los supuestamente humanos patrulleros. Muy bien, trataremos de convencerlos. Pero yo argumentaré mejor con un lanzallamas al alcance de mi mano.

Kartr no se opuso. Después del resentimiento con que los había recibido Jaksan a su regreso del viaje de reconocimiento, y del irracional ataque de Snyn, sabía lo suficiente como para comprender que esta desconfianza por parte de ellos era justificada.

—Lo que no sé es si debemos contar con Smitt —murmuró Zinga —. Nunca me pareció un buen recluta de explorador.

—No, pero es inteligente —respondió Rolth—. Kartr —se volvió hacia el sargento—, éste queda bajo su responsabilidad. Usted se encargará de hablar.

Los otros dos hicieron gestos de asentimiento. Kartr sonrió. Interiormente sentía una tibieza agradable. La había conocido antes: los exploradores se mantenían unidos. Frente a cualquier contingencia enfrentarían solidariamente el peligro.

4 — LA LUZ

Los cuatro exploradores cruzaron juntos el terreno quemado por los escapes de la nave, para detenerse parcialmente bajo la sombra del afloramiento rocoso. Ahora el sol estaba cerca del horizonte y lanzaba rayos rojos y amarillos de luz hacia el cielo del oeste. Pero el calor del día todavía se irradiaba de la arena y de la piedra.

Jaksan, Dalgre y Smitt los esperaban, con los ojos entrecerrados por el resplandor reflejado por el fuselaje metálico del *Starfire,* y se encontraban muy juntos como si estuviesen esperando… ¿qué? ¿Un ataque? La boca del oficial de armas estaba rodeada por arrugas de amargura. Era de edad mediana, pero siempre había elasticidad en sus movimientos y una viveza en su voz y en sus modales que habían desmentido los abundantes mechones de cabello gris de sus sienes. En los tiempos de oro del Servicio, descubrió Kartr con gran sorpresa, que Jaksan no había estado en el espacio. Mucho tiempo atrás los reglamentos lo habrían retirado a algún puesto administrativo en uno de los puertos interplanetarios. ¿Pero tenía todavía la Patrulla estos puertos? Ya hacía cinco años que Kartr no aterrizaba en uno de ellos.

—Bien, ¿de qué quieren hablarnos? —preguntó Jaksan, tomando la iniciativa.

Pero Kartr no aceptó dejarse impresionar o intimidar en forma alguna.

—Es necesario —dijo, y por instinto volvió al lenguaje formal que había oído en su infancia— que pensemos en nuestro futuro. Miren la nave —agregó, y no necesitó señalar con la mano al monstruo averiado. Ninguno de ellos había conseguido apartar la vista de él—. ¿Pueden pensar sinceramente que volverá a levantarse? Iniciamos este viaje con provisiones insuficientes. Y aquellos víveres que hemos reunido durante varios meses ya se deben estar agotando. No nos queda más que un solo recurso: desmantelar la nave y establecer un campamento en esta tierra…

—¡Este era el desplante que esperábamos de usted! —espetó Dalgre—. Todavía tiene que obedecer órdenes… nos hayamos estrellado o no.

Pero no había sido Jaksan el que hizo esta apasionada declaración. Jaksan estaba hundido en la Patrulla, en las órdenes, en la tradición… pero no se dejaba cegar o ensordecer por ellas.

—¿Las órdenes de quién? —preguntó Kartr—. El comandante está incapacitado. ¿Se ha hecho cargo usted del mando, señor?

Le habló directamente a Jaksan.

El rostro del oficial de armas, curtido por el espacio, no podía palidecer, pero estaba arrugado y envejecido. Dejó los dientes al descubierto con un rugido animal de ira, dolor y frustración. Antes de contestar, volvió a mirar la nave caída.

—Esto matará a Vibor —murmuró, mordiendo las palabras una por una.

Kartr se puso rígido cuando la emoción desatada del oficial desgarró su sentido perceptivo. Él podría calmar el dolor de Jaksan uniéndose a los otros, negándose a creer que la vieja vida estaba pasada y terminada. Quizás el Servicio los había aturdido a todos; tanto a los exploradores como a la tripulación; quizá necesitaban la seguridad de las órdenes, de la rutina… aunque el ajustarse a las formas no fuese ahora más que un lastre.

El sargento saludó militarmente:

—¿Tengo su permiso para preparar el desmantelamiento de la nave, señor?

Por un momento se puso tenso cuando Jaksan giró sobre sus talones. Pero el oficial no desenfundó su lanzallamas. En cambio, sus hombros se encorvaron, y las arrugas de su rostro se hicieron más profundas, convirtiéndose en surcos de dolor.

—¡Haga lo que le parezca mejor! —exclamó, y se alejó de ellos, desapareciendo detrás de las rocas. Nadie lo siguió.

—Zinga, Rolth —ordenó Kartr, tomando la jefatura—, saquen el trineo y provisiones para dos días. Saquen el combustible del tanque principal. Luego levanten vuelo y establezcan una base más abajo de la catarata. Vuelve con el trineo, Rolth, y trasladaremos al comandante y a Mirion…

Comieron una insulsa ración alimenticia y pusieron manos a la obra. Un rato más tarde, Jaksan volvió a reunirse con ellos, para

trabajar obstinadamente en silencio. Kartr le pasó agradecido la responsabilidad de reunir los armamentos y las provisiones de la tripulación. Los exploradores se mantuvieron apartados de los patrulleros. Tenían bastante que hacer desmantelando su propia sección y retirando todo el equipo de exploración que transportaba el *Starfire*. Piloteado por Rolth, para quien la noche era tan clara como el día, el trineo hizo tres viajes en la oscuridad, llevando a los heridos y al desvanecido Snyn, lo mismo que a las cargas de provisiones.

Una luna solitaria se elevó en el cielo nocturno. Se alegraron de que su luz supliese la escasa potencia de las pequeñas lámparas portátiles. Trabajaron, con breves períodos de descanso, hasta que el gris del amanecer orló el desierto. Fue durante la última hora de labor cuando Jaksan hizo el descubrimiento más prometedor. Había entrado solo a la cámara de conducción en ruinas, cuando lanzó un grito lo bastante fuerte como para atraerlos a todos a la carrera, a pesar de que estaban entumecidos por la fatiga.

Combustible… ¡todo un tubo extra de cubos! Miraron con los ojos dilatados por el asombro, mientras el oficial lo sacaba al corredor.

—Guárdenlos —jadeó Jaksan—. Quizá más tarde necesitemos usar urgentemente el trineo.

Kartr, que recordaba la altura de los acantilados de la catarata, hizo un gesto de asentimiento.

Por ello, a pesar del descubrimiento, cuando Rolth regresó nuevamente, cargaron el tubo en el trineo, pero le dieron órdenes de no volver. Ellos iban a comer, dormirían durante el caluroso día y harían el viaje a pie, cargando sobre la espalda sus equipos personales.

El sol estaba brillando cuando se reunieron en un pequeño grupo junto a las rocas. Y una sombra negra azulada proyectada por la nave inutilizada caía sobre tres montículos de arena. Jaksan leyó con labios resecos y con lengua torpe las antiguas palabras de la despedida del Servicio. No erigirían ningún monumento. Hasta que los años convirtiesen sus restos en polvo rojo, el *Starfire* montaría guardia junto a sus tripulantes.

Después de la ceremonia durmieron profundamente, y por última vez, en la nave desmantelada. Fylh sacudió a Kartr para

despertarlo después de lo que pareció apenas un momento de descanso… pero ya se aproximaba el crepúsculo. El sargento ingirió unos restos secos de ración junto con los otros. Entonces, y sin hablar mucho, cargaron sus equipos e iniciaron la marcha por el desierto, guiándose por las formaciones rocosas que Kartr recordaba del día anterior.

La noche no tardó en llegar nuevamente, iluminada por una luna llena, y no encendieron sus lámparas de mano. Lo cual era conveniente, pensó amargamente el sargento, porque no volverían a tener otra oportunidad de cargar las baterías. Como no estaban tratando de seguir el río, sino que viajaban a campo traviesa por la ruta que había seguido el trineo durante su primer regreso, llegaron a la sección nivelada de la carretera. Kartr se la hizo notar a Jaksan.

—¡El camino! —anunció, y el oficial salió por primera vez de su depresión. Se arrodilló para pasar la mano sobre en antiguo pavimento, encendiendo la linterna para verlo mejor.

—No se ve mucho de él. Debe haber estado aquí durante mucho, mucho tiempo. ¿Podría seguirlo?

—Con el registrador del trineo sí. Pero con tan poco combustible… ¿valdría la pena?

Jaksan volvió a ponerse cansadamente de pie.

—No lo sé. Podremos grabarlo en nuestras mentes. Quizá sería una pista, pero no sé… —Se concentró en sus pensamientos mientras continuaban la marcha; pero al hacer el alto siguiente, habló con un poco de su antiguo entusiasmo—: Dalgre, ¿cuál era ese proceso del que me habló en una ocasión… ése para adaptar las cápsulas de los desintegradores para obtener energía?

Su ayudante levantó la vista ansiosamente.

—Se trata… —manifestó; y después de tres palabras, se perdió en un torrente de términos técnicos que dejó a los exploradores tan desconcertados, como si estuviese hablando el idioma de alguna galaxia lejana. Quizás al *Starfire* le faltaba un mecánico técnico, pero Jaksan era un experto en su especialidad y había cuidado de que sus subordinados supiesen algo más que lo elemental respecto a la nave. Dalgre todavía estaba dando su explicación cuando reanudaron la marcha, y el oficial de armas caminó a su lado, escuchando y haciendo a ratos una pregunta que ponía nuevamente en actividad la lengua del hombre más joven.

No subieron por los acantilados hasta el terreno llano en una sola etapa. Mirion murió tres días más tarde y fue enterrado en un pequeño claro entre dos de los altos árboles puntiagudos. Fylh y Zinga trajeron una roca de gran tamaño desde la orilla del río, y Rolth usó un desintegrador de mano con la delicadeza de un cincel para grabar sobre su costado el nombre, mundo de origen y el grado de ese cuerpo macilento que pusieron a descansar debajo de ella.

Vibor no hablaba nunca. Comía mecánicamente, o mejor dicho, masticaba y tragaba lo que Jaksan o Smitt le ponían en la boca. Dormía durante la mayor parte del tiempo y no mostraba interés en lo que ocurría a su alrededor. La vieja división entre los exploradores y la tripulación, entre los veteranos y los especialistas menos rígidamente disciplinados, se estaba borrando lentamente a medida que trabajaban juntos, cazaban juntos, comían carnes, nueces y frutas desconocidas. Por el momento sus vacunas inmunizadoras seguían surtiendo efecto… o no habían probado nada venenoso.

En la mañana siguiente al entierro de Mirion, Kartr sugirió subiesen a las tierras más hospitalarias situadas detrás de las cataratas. Jaksan no puso ninguna objeción, y transportaron sus, equipos por medio del trineo hasta un punto situado una milla más arriba y más adelante de su primera base. Desde allí, Fylh llevó el trineo con Vibor y Jaksan como pasajeros hacia la promesa de terreno abierto, en tanto que los otros ocultaban los equipos que no podían cargar, y empezaron la marcha por tierra.

Zinga fue el primero en atravesar los charcos a lo largo de la orilla rocosa del río, y marchaba al frente porque tenía dos manos sanas, en lugar de la única de Kartr. El sargento lo seguía con Dalgre, Snyn y Smitt, y Rolth cerraba la marcha. En el aire de la mañana flotaba un aroma dulce. Estaba lo bastante fresco como para erizar la piel, pero sus perfumes eran agradables y prometedores. Kartr levantó la cabeza de frente al viento, cargando sus pulmones con aire. El ambiente viciado del *Starfire* había quedado muy atrás en el pasado. Descubrió que su pérdida no le inspiraba muchas lamentaciones. Si habían quedado definitivamente exilados allí, el solo hecho de haber encontrado ese mundo resultaba bastante afortunado!

Puso en funcionamiento su sentido de la percepción, bloqueando

la influencia de los que lo rodeaban, y trató de establecer contacto con la vida nativa. Un animal rojizo con una cola lanuda los siguió durante un trayecto, viajando por las ramas de los árboles y haciendo un ruido chirriante. Sólo manifestaba curiosidad y no experimentaba ningún temor.

Un pájaro… o quizás era una forma de insecto, atravesaba el aire trasladándose sobre alas que eran brillantes manchas de color. Otro animal trotó fuera de su escondrijo, casi treinta metros más adelante de ellos. Era grande, de un tamaño casi tan formidable como el del pescador de pelaje castaño que habían visto en el primer día. Pero el pelo de éste era amarillo-castaño y se movía silenciosamente como una sombra, deslizándose entre las rocas con seguridad y arrogancia. Estaba agazapado, con él vientre próximo a la piedra gris, y los miraba con sus rasgados ojos oscuros. La punta de su cola se agitaba. Zinga se detuvo para dejar que Kartr se reuniese con él.

Arrogancia —arrogancia y curiosidad— y el tenue cosquilleo del apetito, pero ningún rastro de miedo o de desconfianza. La bestia estaba empezando a considerarlos como si fuesen alimentos.

Kartr la estudió, vio cómo los músculos ondulaban debajo del espeso pelaje mientras avanzaba lentamente. Era un animal hermoso, tan magnífico en su libertad salvaje, que quiso saber más acerca de él. Estableció contacto y procuró introducirse en ese cerebro desconocido.

El apetito estaba allí, pero con su contacto empezó a disiparse y la curiosidad se hizo más fuerte. Se irguió, con las patas delanteras rígidas y los flancos contraídos. Solamente las sacudidas del extremo de su cola delataban su ligera nerviosidad.

Sin girar la cabeza, Kartr dio una orden:

—Marchen un poco hacia la izquierda; den un rodeo a esa roca. Ahora no nos atacará…

—¿Por qué no lo fulminamos? —preguntó Snyn quejosamente—. Siempre ese estúpido “no maten esto”, “no maten aquello”. Después de todo, no es más que un animal…

—¡Silencio! —ordenó Smitt, y empujó ligeramente a su subordinado para hacerlo caminar—. No trate de enseñarle a un explorador lo que debe hacer. Recuerde que si no hubiesen establecido contacto con esos seres voladores gelatinosos y

púrpuras, no nos habríamos salvado del ataque de los verdines… y esos diablos nos habrían aniquilado sin ningún aviso.

Snyn lanzó un gruñido, pero se volvió hacia la izquierda. Smitt, Dalgre y Rolth lo siguieron, y Zinga cerró la marcha. Kartr esperó hasta que el último integrante del grupo hubo pasado frente a la bestia de la selva. El animal bostezó bruscamente, mostrando sus fauces amenazadoras. Entonces, con ojos casi soñolientos, se sentó, inmóvil como una estatua, para verlos desaparecer. No sabía si seguirlos o no. La curiosidad lo empujaba detrás de los viajeros, el hambre le sugería buscar una víctima más próxima. Finalmente triunfó el apetito, y el contacto del sargento se borró cuando la bestia se internó nuevamente en la selva, lejos de su camino.

Pero el encuentro dejó a Kartr intrigado y ligeramente turbado. Había establecido contacto con bastante facilidad, y había podido convencer al animal de que ellos no servían como alimento y de que no ofrecían ningún peligro. Pero no había tenido ningún éxito al tratar de establecer una relación más allá. Indudablemente, aquí no había nada como ese ser gelatinoso y púrpura, algo con lo que se pudiese contar para ayudase al hombre. El animal de la selva tenía una independencia salvaje y orgullosa que rehusaba entregar su voluntad. Si todos los nativos de este mundo estaban condicionados en esta forma, los sobrevivientes de la nave quedarían solos y aislados.

El hombre, o por lo menos una forma superior de vida, había vivido allí en una época, ya que de lo contrario no habrían construido la carretera para viajar. Habían habitado el planeta durante mucho tiempo y en gran número, pues si no hubiese sido así, el camino no habría pasado junto al desierto. Y, sin embargo, ninguno de los seres que habían encontrado hasta ahora tenía un recuerdo, o un temor instintivo, respecto al hombre. ¿Cuánto hacía que había desaparecido la raza que había construido ese camino? ¿Adónde habían ido… y por qué? Sentía deseos de levantar vuelo con el trineo y de seguir con el registrador la carretera —que no podía estar tan profundamente sepultada como para que el indicador no pudiese captarla— y continuar el viaje hasta la ciudad que debía encontrarse cerca de su comienzo o de su fin.

Las ciudades estaban casi siempre en los bordes de las masas terrestres continentales, donde había posibilidades de viajes

marítimos, o en puntos estratégicos junto al curso de los ríos. Había mares en ese planeta, pensó, y volvió a lamentar en silencio la rotura del registrador del piloto que había inutilizado los datos recogidos durante el aterrizaje frustrado. Quizá si ahora viraban hacia el este… o hacia el oeste, encontrarían la costa del mar. ¿Pero en qué dirección? ¿Este u oeste? Había visto muy brevemente la pantalla de la nave y tuvo la impresión de que la masa de tierra sobre la que habían caído era muy extensa. Quizás había centenares de millas planetarias hasta cualquiera de las costas. ¿Y sería el camino el mejor guía?

Kartr se prometió que una vez que hubiesen establecido una buena base, utilizaría hasta el final esa fuente de energía de la que habían estado hablando Dalgre y Jaksan. Con una nueva provisión de combustible, el trineo podría explorar mucho más lejos de lo que permitían hacerlo los pies. Y tomando el camino como medio de orientación…

Rolth había detenido la marcha y estaba mirando hacia atrás.

—¿Estás contento?

Kartr comprendió que había estado silbando.

—Pensaba en el camino; en seguirlo.

—Sí, esa carretera se fija en la mente. Pero, ¿de qué nos servirá? ¿Crees sinceramente que encontraremos hombres, o incluso uno de sus parientes lejanos, cuando lleguemos al final de ella?

—No sé…

—Naturalmente, ésa es la verdadera respuesta —manifestó Rolth, moviendo los hombros para colocar su mochila en una posición más cómoda—. Lo que no sabemos, debemos averiguarlo… Es ese deseo de ir a ver lo que hay detrás de las colinas lo que hizo que nos convirtiésemos en exploradores. Estamos condicionados para esas excursiones… Debo confesar que una expedición como ésa me agradaría mucho más que arrastrarme de un lugar a otro a través de la jungla, inclinándome bajo la mochila como si fuese un pfph de carga de las islas exteriores de Falthar.

Tardaron casi dos días de viaje en llegar al campamento que habían levantado Fylh y Jaksan. Pero una vez allí, descubrieron que los estaban esperando con refugios construidos con ramas de árboles, con una fogata encendida para guiarlos a través de la penumbra del crepúsculo, y con el olorcillo de la carne asada para

apresurar sus pasos cansados.

Un dedo rocoso se internaba suavemente en el agua del río, ofreciendo una pista natural de aterrizaje para el trineo. Detrás de esa plataforma estaba apilado el material arrastrado por el río. Jaksan había encontrado unos granos silvestres, completamente maduros, y una fruta ligeramente agria, de árboles que crecían al borde del bosque. Kartr decidió que no resultaba difícil vivir en una tierra como ésa. Pensó en las estaciones, y se preguntó si experimentaban cambios durante el año. Era desagradable no saber nada, no tener guías. Las estaciones no tenían importancia cuando no eran más que visitantes en un mundo desconocido, pero ahora… Había tantas Mías que necesitaban saber y que tendrían que aprender por el duro camino de la experiencia…

Se acostó junto al fuego, tratando de hacer una lista de todas las tareas que tendrían que realizar. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos, que se sobresaltó sinceramente cuando Rolth le tocó el hombro. El mundo de la noche era el de Rolth, y estaba tan despierto en él como las bestias que ahora rondaban por fuera del círculo de luz.

—¡Ven! —exclamó, y su tono de urgencia hizo que Kartr se pusiese de pie. Echó una rápida mirada a su alrededor. Los otros estaban envueltos en las mantas, durmiendo, o simulando muy bien que eso era lo que hacían. El sargento se alejó de la luz, sin apoyar toda la planta del pie sobre el suelo hasta que llegó a las sombras.

—¿Qué?… —empezó a preguntar, pero no terminó la frase. La mano de Rolth estaba sobre su brazo y sus dedos se clavaron en su carne poniéndolo sobre aviso.

Entonces esos dedos descendieron hasta aferrarse a los de él, y Rolth lo condujo hasta donde la oscuridad era total.

Estaban subiendo por una cuesta que se hacía más empinada a medida que avanzaban. Los árboles se hicieron más escasos y desaparecieron, y ellos quedaron en el claro iluminado por la luna. Sobre la cima de la colina el falthariano hizo girar al sargento hacia el norte.

—¡Espera! —ordenó secamente Rolth—. ¡Mira hacia el cielo!

Kartr parpadeó en medio del manto de la noche. Esta estaba despejada, y las estrellas trazaban diseños conocidos y desconocidos en el firmamento. Recordó a otros soles y los billones de mundos

que nutrían.

Sobre el horizonte un rayo de luz blanco amarillento oscilaba desde la izquierda hacia la derecha, surgiendo de algún punto de la superficie en dirección al cielo. Tardó tres segundos en completar su ciclo. Kartr los contó. Sesenta segundos más tarde volvió a aparecer, moviéndose en la misma dirección. ¡Un reflector!

—¿Cuánto…?

—Lo vi por primera vez hace una hora. Es muy regular.

—Tiene que ser un reflector… o un faro indicador. Pero, ¿para quién, y manejado por quién?

—¿Acaso es necesario que alguien lo maneje? Recuerda a Tantor… —comentó Rolth pensativamente.

Tantor, la ciudad sellada. Sus habitantes habían sido diezmados dos siglos atrás por una plaga horrible. Sí, recordaba bien a Tantor. En una ocasión había volado sobre la enorme burbuja que la encerraba en una eterna prisión para seguridad de la galaxia, y había visto cómo las antiguas máquinas funcionaban abajo, manteniendo la actividad de una ciudad por la que no caminaba ni volvería a caminar ningún ser viviente. Tantor también había tenido sus reflectores, y sus llamados de auxilio seguían fluyendo mecánicamente hacia los cielos, mucho después de que las manos que los habían puesto en marcha quedaron convertidas en polvo. Detrás de las colinas que tenían al frente podía yacer muy bien otra Tantor… y eso explicaría el enigma de un mundo apto pero desierto.

—Llama a Jaksan —dijo finalmente Kartr—. Pero no despiertes a los otros.

Rolth desapareció y el sargento se quedó solo, mirando cómo la luz recorría el cielo con perfecta regularidad. La máquina que proyectaba el rayo, ¿era manejada o no? ¿Era ése pedido de auxilio, de un auxilio que no resultaba necesario desde hacía mucho tiempo? ¿Acaso era un indicador destinado a alguna nave de las estrellas que no había llegado nunca?

Oyó el ruido de pasos sobre el pedregullo. El oficial de armas se acercaba.

—¿De qué se trata? —preguntó Jaksan impacientemente un momento después.

Kartr no se volvió.

—Mire hacia el norte —indicó—. ¡Vea eso!

El rayo describió el arco sobre el horizonte. Kartr oyó una exclamación contenida.

—Debe ser algún tipo de señal —agregó el sargento—. Y sospecho que es emitida en forma mecánica…

—¡Desde una ciudad! —manifestó Jaksan ansiosamente.

—O desde una pista de aterrizaje. Pero… ¿recuerda a Tantor?

El silencio del oficial fue su respuesta.

—¿Qué se propone hacer? —preguntó Jaksan después de una larga pausa.

—Ese proceso que usted discutía con Dalgre… ¿se pueden usar cargas del desintegrador para hacer marchar el trineo? Tenemos que guardar el exceso de combustible para los casos de emergencia.

—Podremos intentarlo. En una ocasión lo hicieron, y Dalgre leyó el informe. Y si tenemos éxito… ¿qué?

—Iré en el trineo a investigar eso.

—¿Sólo?

—Con uno más —respondió Kartr, encogiéndose de hombros—. Si ése es otro monumento muerto, otra Tantor, será mejor que no nos precipitemos demasiado en la exploración. Y cuantos menos nos arriesguemos, mejor será.

El oficial meditó esto. Nuevamente el toque de resentimiento que no pudo contener llegó hasta Kartr. Adivinaba lo que decía estar sintiendo el otro. Esa señal que tenían al frente podía significar en el mejor de los casos una estación interplanetaria, una oportunidad de encontrar otra nave en condiciones de funcionar, con la que volverían a la vida segura y de rutina que el oficial de la Patrulla siempre había conocido. Y cuando menos, prometía los restos de una forma de civilización, aunque no fuese más que una pila de ruinas que podrían ser utilizadas para albergar a los hombres contra la vida inhóspita de un mundo salvaje.

A los exploradores les correspondía ser pacientes con hombres como Jaksan. Lo que para ellos era una promesa de una vida libre y satisfactoria, era para sus involuntarios compañeros un regreso a la más profunda oscuridad. Si Jaksan hubiese podido dar rienda suelta en ese momento a sus emociones, habría corrido ansiosamente hacia el trineo y habría volado en dirección al reflector. Pero reprimió este deseo. Él no era Snyn.

—Al amanecer pondremos el trineo en condiciones —prometió el oficial; y cuando Kartr inició el regreso cuesta abajo, Jaksan no se movió para seguirlo y agregó—: No, yo me quedaré un rato más.

Bien. Rolth estaba cumpliendo con sus rondas de guardia nocturna. El cuidaría de que Jaksan no sufriese ningún accidente. Kartr volvió solo al fuego. Se introdujo bajo las mantas, cerró los ojos y expresó su voluntad de dormir. Pero en sus sueños, un rayo de luz blanco amarillento lo amenazaba y le hacía señas.

Jaksan cumplió con su palabra. A la mañana siguiente Dalgre, Snyn y el oficial desmantelaron el más grande de los desintegradores y aflojaron cautelosamente su batería de energía. Como estaban manipulando un elemento de muerte súbita y violenta, trabajaban lentamente, probando una y otra vez cada una de las conexiones e instalaciones." Necesitaron todo un día de intenso trabajo en el trineo antes de poner fin a la tarea, y ni siquiera entonces se sintieron seguros de que levantase vuelo.

Antes del anochecer, Fylh ocupó el asiento del piloto, instalándose como si no le importase conservar su lugar sobre esas baterías de energía improvisadas. Pero le insistieron para que hiciese un vuelo de prueba.

El trineo se levantó con una sacudida y con un ímpetu excesivo. Entonces se enderezó adecuadamente, cuando Fylh aprendió cómo hacer los ajustes, y voló sobre el río, describió un círculo y volvió, y descendió con desusada cautela si se tenía en cuenta quién manejaba los controles.

—Tiene mucha más potencia que en cualquier otro momento. ¿Cuánto durará?

Jaksan se frotó la frente con una mano sucia.

—No podemos preverlo. ¿Qué decía ese informe, Dalgre?

—La conexión de Mona llevó a un crucero hasta su base en tres años luz. Luego la retiraron. Nunca averiguaron cuánto podría haber durado.

Fylh hizo un gesto de asentimiento y se volvió hacia Kartr.

—Bien, está esperando. ¿Cuándo partimos, sargento?

5 — LA CIUDAD

Finalmente los exploradores echaron suertes para ocupar el puesto de piloto, y el lugar le correspondió no a Fylh, sino a Rolth. Interiormente, Kartr se sintió satisfecho. Volar con Rolth en los controles significaba viajar de noche, y ésta sería la mejor estrategia cuando se trataba de explorar una ciudad desconocida. Y después de todo, Rolth había descubierto el rayo.

Partieron al anochecer, con las raciones y las mantas ajustadas debajo del único asiento que quedaba libre en el trineo. Y con las mantas iba el único desintegrador que les había quedado. Jaksan insistió para que lo llevasen.

Rolth canturreó suavemente cuando atravesaron el frío de la oscuridad, comparables a una de las brisas más moderadas de su propio mundo de tinieblas. Sin las antiparras protectoras, sus ojos claros cobraban vida en su rostro pálido.

Kartr se recostó contra el respaldo del asiento y miró cómo el suelo se oscurecía del verde a un azul tenebroso. Por si acaso puso en marcha el indicador. Si pasaban encima de algún objeto grande de construcción humana, serían alertados.

En las colinas de abajo había vida: animales carniceros en busca de una presa. Y en una ocasión los alcanzó un agudo aullido. Kartr leyó en ese sonido la furia y la frustración de la bestia, que había errado su salto y que tenía que volver a agazaparse. Pero ningún hombre caminaba por abajo. Nada, ni siquiera próximo a un ser humano.

El indicador hizo un ruido. Kartr se inclinó hacia adelante y consultó el dial. Nada más que un punto. Y pequeño. Pero ir construcción humana. Probablemente una casa aislada… quizá sepultada hacía mucho tiempo. No era el lugar desde donde partía el rayo.

En el momento en que pensó en él, el rayo describió su arco per el cielo oscurecido. No, lo que estaba abajo no tenía relación con eso.

Había colinas y más colinas. Rolth aumentó la energía que los levantó, planeando a veces muy cerca de las rocas que coronaban los picos. Entonces empezaron a bajar nuevamente, naciendo etapas para un descenso hacia otras tierras llanas. Y ahora pudieron ver lo que yacía en el seno de ese territorio. ¡Un estallido de luces, no todas blanco amarillentas, sino también color esmeralda, rubí y aun zafiro! Un manojo de gemas gigantescas desparramadas para titilar y brillar en la noche.

Kartr había visitado las ruinas encantadas de la perdida Calinn —torres en aguja y cúpulas iridiscentes—, una ciudad que ningún hombre que viviese en los días de la civilización humana podría imitar. Había visto la sellada Tantor, y la famosa Ciudad del Mar, construida con organismos vivos encerrados en piedras debajo de las aguas de Parth. Pero esto… era extrañamente conocido al mismo tiempo que nuevo. Era atraído y repelido simultáneamente por esa maravilla.

Puso una mano sobre los controles para que Rolth pudiese ponerse las antiparras. Lo que para el sargento era una luz brillante, resultaba enceguecedor para el falthariano.

—¿Descendemos, o será mejor que antes hagamos un reconocimiento? —preguntó Rolth.

Kartr frunció el ceño, proyectando hacia adelante su sentido de percepción como si fuese la mano delicada de un cirujano, espiando en la fuente de esa luminosidad.

Tocó lo que buscaba, lo tocó y se retiró instantáneamente, huyendo de la percepción por parte de la mente con la que había establecido contacto. Pero lo que había hallado resultaba tan desconcertante, que no pudo responder inmediatamente. Cuando lo hizo, su tono fue terminante.

—¡Exploraremos desde arriba!

Rolth disminuyó la velocidad del trineo. Lo hizo describir un arco alrededor del mar de luces.

—¡Nunca lo habría creído! —exclamó Kartr enunciando en voz alta su asombro.

—¿Hay habitantes?

—Por lo menos uno: ¡establecí contacto con una mente de Arturo Tres!

—¿Piratas? —sugirió Rolth.

—¿En una ciudad abierta… delatados por todas estas luces? Sin embargo, podrías estar en lo cierto. Quizás éste es el lugar donde se sentirían más seguros. Pero ten cuidado. No nos conviene meternos en algún rayo desintegrador. Y los de esa estirpe disparan antes de que uno pueda preguntar su nombre y planeta… ¡especialmente si ven nuestros Cometas!

—¿El captó tu contacto mental?

—¿Qué se puede saber acerca de lo que capta o deja de captar un arturiano? Nadie ha podido examinarlos, a menos que estén completamente desprevenidos o que se ofrezcan deliberadamente. En ese momento podía estar en cualquiera de las dos situaciones.

—¿Más de uno?

—Me retiré inmediatamente, cuando lo encontré. No me quedé para investigar.

El indicador funcionaba como enloquecido. Kartr lamentó no haber puesto en marcha también el registrador. Pero sin una máquina para leer el alambre, éste resultaba inútil. De ahora en adelante los informes de los reconocimientos serían orales. El trineo planeó lentamente sobre una sección donde los edificios estaban separados, con una espesa vegetación entre ellos.

—Mira —dijo Rolth, señalando hacia la izquierda—. Esa es una pista de aterrizaje, si yo vi alguna vez una. ¿Qué te parece si descendemos en la próxima y seguimos a pie?

—Antes acércate más a la parte central de la ciudad. No tiene objeto caminar varias millas después de aterrizar.

Encontraron lo que buscaban: una pequeña pista en lo alto de una torre que parecía baja cuando se la comparaba con los edificios que la rodeaban, aunque debía estar cuarenta pisos por encima del nivel del suelo. Pero era un buen lugar desde donde espiar la tierra.

Descendieron sobre ella. Entonces Kartr giró, con su lanzallamas desenfundado, apuntando al centro del objeto negro que tranzaba hacia él desde las sombras del techo. Al mismo tiempo intentó un contacto mental… para retirarse acometido por *un* verdadero pánico. Y Rolth expresó en palabras su descubrimiento.

—¡Un robot!… Quizás es un centinela…

Kartr volvió al trineo, y Rolth lo levantó sobre la cabeza de la figura.

El robot, guardián o mecánico, se detuvo en seco cuando el

trineo abandonó la pista de la torre. Cuando siguieron subiendo, giró en redondo y volvió a perderse en la oscuridad. Kartr se serenó. El guardián metálico podría haberlos fulminado a los dos antes de que tuviesen probabilidades de verlo. Naturalmente, quizá no era más que un empleado… pero no tenía objeto correr el riesgo.

—Basta de pistas de aterrizaje —dijo, y Rolth asintió fervientemente.

—Quizás esas criaturas están condicionadas a una voz o a una contraseña… Si uno contesta equivocadamente, lo aniquilan al instante.

—Un momento —manifestó Kartr, enfundando nuevamente su lanzallamas—. Nosotros juzgamos esta ciudad por lo que sabemos de nuestra civilización. —Miró encandilado el brillo de una luz de onda verde y recitó las instrucciones de su manual—: “Siempre hay algo nuevo para el explorador si tiene la mente abierta…”

—¡Y el lanzallamas preparado! —lo interrumpió Rolth—. Sí, sé todo eso. Pero la naturaleza humana sigue siendo la misma, y prefiero estar alerta antes que muerto. Mira hacia abajo… ¿Ves esos cuadrados de pavimento entre los edificios? ¿Qué te parece si descendemos sobre uno de ellos? No pondríamos en funcionamiento alarmas ni controles…

—Resulta prometedor. ¿Puedes colocarte detrás de ese edificio gigantesco? Su sombra nos ocultaría bien.

Quizá Rolth no le daba tanta velocidad al trineo como Fylh, pero su cautela en misiones como ésta resultaba más deseable que la audaz despreocupación del trystanio por las leyes de la gravitación. El descenso le exigió cinco minutos de dificultosas maniobras, pero finalmente quedaron en el centro del cuadrado de sombras que había indicado Kartr.

No se levantaron inmediatamente de sus asientos, sino que permanecieron alertas, buscando cualquier objeto en movimiento que pudiese significar una amenaza.

—Esta ciudad no es un lugar donde jugar a las escondidas —dijo Roth, expresando lo evidente—. Estoy seguro de que nos están vigilando… quizá desde allí arriba… —Indicó con el pulgar las hileras de ventanas oscuras que miraban hacia el patio en el que habían aterrizado.

Esta sensación espeluznante, de que millones de ojos los estaban

mirando con intención hostil desde la infinita negrura, también fue percibida por Kartr. Pero sus sentidos le indicaron que era falsa.

—Acá no hay nada viviente —le aseguró al falthariano—. Ni siquiera un robot.

Se alejaron del trineo, bordeando el edificio más próximo, manteniéndose entre las sombras, corriendo por los espacios iluminados. Rolth deslizó los dedos a lo largo de la pared que tenía junto al hombro.

—Vieja, muy vieja. Siento las marcas de la erosión.

—¿Pero las luces? ¿Cuánto tiempo pueden mantenerse en funcionamiento? —se preguntó Kartr.

—Pregúntaselo a tu amigo de Arturo. Quizás él las puso en actividad después de su llegada. ¿Quién podría saberlo?

Había pocos ornamentos en los edificios junto a los que pasaban, las paredes eran suavemente funcionales; y, sin embargo, la forma en que las torres y los edificios integraban un todo armonioso hacía pensar que eran el producto de una civilización tan avanzada en materia arquitectónica, como para presentar la ciudad como unidad, en lugar de una colección de construcciones y viviendas de gustos y períodos individuales. Por el momento, Kartr no había visto ninguna inscripción en las estructuras.

La linterna azul de Rolth se encendía y apagaba con regularidad mientras avanzaban, marcando el camino a través de este nuevo tipo de espesura. Cuando quisiesen volver sobre sus pasos, lo único que necesitarían sería dirigir nuevamente su luz hacia esas paredes, y los pequeños círculos azules brillarían en respuesta durante un segundo.

Los exploradores describieron un semicírculo alrededor de uno de los tres edificios que cerraban el patio, y enfilaron por una calle en cuya superficie sus pies se hundían casi hasta los tobillos. El viejo pavimento estaba cubierto por una espesa capa de pasto. Media cuadra más adelante, desde un receso situado entre dos edificios, jugaba un arco iris de luz. Se aproximaron cautelosamente a él, para encontrarse con una fuente, una fuente multicolor, y al mismo tiempo cantarina. El agua que se levantaba volvía a caer en una pileta redonda, cuyo borde estaba roto en el costado próximo a ellos en forma tal, que un pequeño curso de agua podía cortar un canal sobre la tierra hasta llegar a un agujero del viejo pavimento.

—No hay nadie cerca —susurró Kartr. No podría haber explicado por qué susurraba. Pero persistía la sensación de que los estaban vigilando, siguiendo. Debajo de las sombras de esas torres muertas sentía la necesidad de arrastrarse silenciosamente, para no despertar… ¿qué?

Se atrevieron a dejar la protección de la oscuridad y llegaron hasta el borde de la fuente. Ahora, a través de la espuma y de la luz, pudieron ver su columna central. En ella había una figura, de tamaño mayor que el normal) a menos que los arquitectos de la ciudad hubiesen sigo gigantes. No estaba tallada en una piedra que pudiesen reconocer, sino en un material blanco y brillante, sobre el cual el tiempo no dejaba rastros. Y al verla, tanto Kartr como Rolth se detuvieron bruscamente.

Era la figura de una muchacha, con los brazos levantados sobre la cabeza y con la cabellera flotando libremente hasta más abajo de su cintura. Sus manos levantadas sostenían un símbolo que ellos dos conocían: una estrella de cinco puntas. Y era de los vértices de estas puntas de donde brotaba el agua. Pero la muchacha… no era bemmy: era tan humana como ellos.

—Es Ionita, el espíritu de la lluvia de primavera.

Kartr hurgó en su mente, para recordar una leyenda de su mundo destruido.

—¡No, es Xyti de las Nevadas! —exclamó Rolth, que también tenía recuerdos de su mundo de frío y sombras.

Durante un segundo los dos se miraron casi coléricamente, y entonces sonrieron.

—Es ambas… y ninguna de ellas —sugirió Rolth—. Estos hombres también tenían sus espíritus de la belleza. Pero es evidente por sus ojos y su cabello que no es una falthariana. Y por sus orejas, que no pertenece a tu raza…

—¿Pero por qué…? —Kartr miró la fuente intrigado—. ¿Por qué me produce la impresión de que ya la conocía? Y esa estrella…

—Es un símbolo común; la has visto un centenar de veces en cien mundos distintos. No, es como yo dije. Ella es el ideal de la belleza y así la vemos, así como el que la imaginó y le dio vida.

Dejaron desganadamente el patio de la fuente y entraron a una ancha avenida que extendía su longitud verde directamente hacia el centro de la ciudad. A ratos las luces de colores formaban letreros

indescifrables en el aire o sobre los frentes de los edificios. Pasaron por lo que debían haber sido negocios, y vieron las telarañas de los antiguos almacenes formadas del lado interior de los escaparates. Entonces Kartr tomó a Rolth por el brazo y lo arrastró rápidamente al amparo de un zaguán.

—¡Un robot! —exclamó el sargento, con los labios pegados a la oreja de su compañero—. ¡Creo que está patrullando!

—¿Podremos ponerlo en cortocircuito?

—Depende de su tipo.

Lo único que podía guiarlos era su experiencia pasada. Ellos sabían que los robots patrulleros constituían un peligro mortal. Aquéllos que habían visto en otros lugares sólo podían ser desviados del cumplimiento de su deber por medio del delicado y peligroso acto de poner sus controles en cortocircuito. En caso contrario, el robot fulminaría sin preguntar nada a cualquiera que fuese extraño a ese lugar o que no supiese contestar según la clave prescripta. Esto era lo que los exploradores habían temido en la pista de aterrizaje, y ahora resultaba aún más difícil de enfrentar, sin un trineo con el cual emprender una veloz retirada.

—Eso depende de si es nativo o…

—O si ha sido traído por el arturiano? —lo interrumpió Rolth—. Sí, si lo trajo él, sabremos cómo manejarlo. Si es nativo…

Dejó de murmurar cuando oyó un ligero ruido de metal que chocaba contra la piedra. Kartr se irguió y paseó la linterna por encima de sus cabezas. El zaguán en el que estaban agazapados no era muy alto y estaba cubierto por una pequeña cornisa. Encima de ésta se encontraba la negra abertura de una ventana. Al verla, empezó a planear.

—Adentro… —le dijo Rolth—. Trata de llegar al primer piso, y asómate a la ventana por encima de la cornisa. Entonces yo atraeré la atención del robot y tú podrás quemarle la cápsula cerebral desde arriba.

Rolth desapareció, perdiéndose entre la oscuridad que no constituía una barrera para él. Kartr se apoyó contra el costado del marco de la puerta. Con una ligera contracción en la boca del estómago, pensó que ésa sería una carrera. Si el robot llegaba antes que Rolth alcanzase la cornisa… Si él, Kartr, no conseguía esquivar el primer ataque del patrullero… Afortunadamente, no tendría que

esperar mucho para seguir catalogando todas estas tétricas posibilidades.

Ahora alcanzaba a ver al patrullero. Estaba en el otro extremo de la cuadra. Las luces brillantes de los edificios se reflejaban sobre su cuerpo metálico. Pero el sargento estaba casi seguro de que era distinto de los propios de las ciudades galácticas. El casquete redondeado de su caja craneana, la delgadez de araña de sus miembros, la serenidad casi grácil de su marcha, estaban emparentados con la arquitectura de la ciudad.

Su paso era firme y tranquilo. Se detenía frente a cada puerta y desde su cabeza dirigía un rayo inquisidor hacia cada entrada. Evidentemente, estaba cumpliendo con su tarea de comprobar la seguridad de cada portal.

Entonces el sargento lanzó un suspiro de alivio. Rolth se había colocado en su emboscada, y ahora estaba agazapado por encima de la línea visual del robot. Con tal de que este patrullero estuviese construido según el modelo general que conocían, y se le pudiese producir un cortocircuito por la cabeza…

Pero cuando llegó al zaguán vecino, titubeó. Kartr se puso tenso. Esto podría resultar peor de lo que había imaginado. Este monstruo mecánico tenía otro sentido perceptor. Estaba seguro de que sospechaba su presencia. No se encendió ningún rayo inquisidor. En cambio, permaneció inmóvil, como si estuviese intrigado, tomando una decisión.

¿Estaría trasmitiendo una alarma a algún destacamento central cubierto por el polvo?

Pero sus brazos se estaban moviendo…

—¡Kartr!

Con visión nocturna o sin ella, Kartr no necesitó el grito de Rolth para ponerse sobre aviso. Ya había visto lo que empuñaba el robot. Se lanzó hacia atrás y cayó de bruces sobre el piso del corredor, dejando que el impulso lo llevase resbalando a través de alguna distancia. Detrás de él hubo un estallido de una llama enceguecedora que llenó todo el portal con un infierno. Sólo sus músculos experimentados y su sexto sentido de conservación lo habían salvado de cocinarse en medio de ese fuego.

Se alejó temblorosamente de ese horno, arrastrándose sobre el vientre. ¿El robot lo seguiría para terminar con su misión?

Hubo un ruido hueco de pasos…

—¡Kartr! ¡Kartr!

Se había sentado sobre el piso cuando Rolth apareció en un ángulo del corredor y estuvo a punto de tropezar con él.

—¿Estás herido? ¿Te alcanzó?

Kartr sonrió desganadamente. Bastaba con estar vivo… Lanzó un gemido cuando las manos de Rolth, que lo estaban examinando, tocaron su piel ampollada.

—¿Y él…?

—¿El depósito de tornillos? Lo fulminé; una descarga a través del casquete de la cabeza y cayó. ¿No te alcanzó?

—No. Y por lo menos nos indicó algo acerca de la civilización que tenían aquí. Todavía usaban las armas atómicas —el sargento miró con desagrado el incendio que había detrás de él—. Abrir un agujero en una cuadra de la ciudad para eliminar a alguien… ¿Qué habrían pensado de una pistola paralizadora?

Con la mano de Rolth debajo de su brazo, Kartr se puso de pie. Deseó que su muñeca no hubiese vuelto a romperse y que el dolor de la misma estuviese provocado sólo por la violencia de la caída. Se alegró de que Rolth lo sostuviese con firmeza, porque el piso pareció oscilar debajo de sus pies.

—Tengo la impresión de que será mejor que nos vayamos de aquí… pronto.

Lo que lo preocupaba era el recuerdo de la pausa momentánea del robot antes de atacarlo. Kartr estaba seguro de que el monstruo mecánico había despachado en ese instante un mensaje… ¿adonde? Si esa máquina se limitaba a cumplir con rondas de vigilancia que le habían sido establecidas generaciones antes de que la ciudad fuese abandonada por sus constructores, entonces ese informe no ofrecería ningún peligro… a menos que a su vez activase a otras máquinas. Por otra parte, si el misterioso arturiano controlaba los robots, entonces quizá los exploradores se habían salvado del primer ataque, sólo para tener que sufrir otros quizá peores.

Rolth se manifestó de acuerdo con él cuando expresó sus pensamientos en voz alta.

—De todos modos, ahora no podemos volver por ese camino —comentó el falthariano, señalando el brillo de las radiaciones que emanaban desde donde antes había estado la puerta—. Y quizá nos

estén buscando por las calles. Escucha: esta ciudad recuerda en cierta forma a Stiltu…

—La oí nombrar —contestó Kartr meneando la cabeza—, pero nunca estuve allí.

—Es la capital de Lydias I —explicó Rolth impacientemente—. Ahí todavía son anticuados y viven en grandes ciudades. Bien: tienen un sistema de comunicaciones subterráneas; una forma de viajar por debajo de la superficie…

—Hum —murmuró Kartr, y su mente pasó fácilmente al punto siguiente—. ¿Crees que debemos bajar y ver qué encontramos? Muy bien. Y si este robot alertó a la guardia antes que lo aniquilases, tardarán incluso algún tiempo en entrar aquí para averiguar si su compañero me destruyó. Busquemos el camino para bajar.

Pero, con gran asombro, descubrieron que no parecía haber ninguna forma de descender. Recorrieron las habitaciones y los pasillos, empujando los restos de muebles y de extrañas maquinarias que en otros tiempos los habrían hecho meditar durante horas, buscando una forma de escapar. Pero lo único que hallaron fueron dos escaleras para subir.

Finalmente descubrieron lo que querían en el centro de un cuarto. Era un pozo oscuro, un orificio negro en el cual el rayo de la linterna de Kartr no encontró un fondo. Pero si la luz no reveló mucho, los ayudó en otra forma, porque se le cayó a su dueño. Lanzó una exclamación y trató de alcanzarla… demasiado tarde. Rolth hizo un excitado comentario, volviendo en medio de su excitación a su dialecto nativo. Kartr sólo lo entendió después que le ordenó con tono áspero que tradujese sus palabras.

—¡No cayó! ¡Está flotando hacia abajo! ¡Flotando!

El sargento se sentó sobre los talones.

—¡Descenso invertido! ¡Todavía funciona!

Casi no podía creerlo. Quizá los objetos pequeños fuesen impulsados hacia arriba por los rayos de disgregación gravitacional, pero algo más pesado… por ejemplo un hombre…

Antes que pudiese protestar, Rolth se asomó por el borde y quedó colgado por las manos.

—¡Funciona! Estoy pisando aire. ¡Ahí voy!

Sus manos desaparecieron, y él también. Pero su voz subió por el pozo.

—¡Sigo caminando por el aire! ¡Ven, es una linda forma de nadar!

Quizás era agradable para Rolth, que podía ver hacia dónde iba. Descender por ese vacío negro con la esperanza de que el sistema antigravitacional *no* fallaría… Como en muchas otras ocasiones durante su carrera, Kartr maldijo en silencio su imaginación demasiado vivida y bajó sus botas al aire del pozo. Cerró involuntariamente los ojos y murmuró una plegaria al Espíritu del Espacio cuando se soltó.

—¡Pero estaba flotando! El aire se cerró alrededor de su cuerpo como un soporte casi tangible. Estaba descendiendo, naturalmente, pero a la velocidad de una pluma a merced de una suave brisa. Más abajo vio la luz azul de la linterna de Rolth. Su compañero había llegado al fondo. Kartr juntó los pies y trató de dirigir su cuerpo hacia el rayo de luz.

—¡Feliz aterrizaje! —exclamó Rolth saludando al sargento cuando éste tocó el suelo suavemente, con las rodillas ligeramente dobladas, y sin ninguna sacudida—. Ven a ver lo que encontré.

Lo que Rolth había hallado era una plataforma que se introducía en un túnel. Amarrada a ella por una delgada cadena, estaba una pequeña vagoneta, terminada en punta en sus dos extremos, y con un único asiento acolchado en el centro. Kartr no le veía ninguna rueda, y no tocaba el piso del túnel, flotando a unos treinta centímetros de él.

Delante del asiento había un tablero: los controles, según dedujo Kartr. ¿Pero cómo podrían dirigirla hacia algún lugar? Y si se lanzaban a ciegas por la oscuridad, podrían estrellarse contra algún derrumbe… El sargento empezó a analizar esta idea… Era demasiado arriesgado. Enfrentar a un batallón de robots resulta menos peligroso que quedar atrapado en el subterráneo, en la oscuridad.

—¡Aquí!

Kartr se sobresaltó al oír el llamado de Rolth. El otro explorador había ido hasta la parte posterior de la plataforma y estaba apuntando a la pared con su linterna. El sargento distinguió algo confuso bajo la débil luz. Sí, Rolth había encontrado algo. Un mapa de líneas negras que se cruzaban y volvían a cruzarse. Sólo podía tratarse del sistema de túneles.

Ellos habían resuelto problemas mucho más difíciles en el pasado, y pusieron manos a la obra… para descubrir que aparentemente este túnel llevaba directamente al corazón de la ciudad.

Diez minutos más tarde se apretujaron juntos en el estrecho asiento. Rolth apretó dos botones y Kartr soltó la cadena de amarre. Hubo un ruido suave como de un escape, y partieren hacia adelante y el aire húmedo del túnel les llenó los pulmones.

6 — LOS HABITANTES DE LA CIUDAD

—Debe de ser aquí —susurró Rolth.

La vagoneta se estaba deteniendo, acercándose al lado derecho del túnel. Al frente brillaba un débil luz. Debían de estar aproximándose a otra plataforma. Kartr miró el dial de su reloj de pulsera. Habían tardado exactamente cinco minutos planetarios en llegar a ese lugar. Si era o no el que ellos buscaban… era otra cuestión. Habían enfilado hacia el punto que según sus cálculos se encontraba directamente debajo de lo que parecía ser un gran edificio público en el centro mismo de la ciudad. Si alguna fuerza humana o bemmy había ocupado la metrópoli, ése sería el lugar más indicado para encontrarla.

—¿Alguien al frente? —preguntó Rolth, confiando como siempre en la percepción de Kartr.

El sargento lanzó una onda mental y meneó la cabeza.

—No hay rastros. O no conocen estos túneles, o no están interesados en ellos.

—Me inclino a creer que no los conocen —respondió el falthariano, y tomó el anillo de amarre cuando el vagón se detuvo junto a la plataforma.

Kartr se apeó y permaneció mirando a su alrededor. Este lugar tenía por lo menos tres veces más tamaño que aquél en el que se habían embarcado. Y otros túneles partían de allí en múltiples direcciones. Estaba artísticamente iluminado. Pero las luces no eran tan brillantes como para que Rolth tuviese que ponerse nuevamente sus antiparras.

—¿Ahora cómo haremos para salir… o mejor dicho, para subir desde aquí? —preguntó el falthariano, con las manos apoyadas sobre las caderas.

Estaban los otros túneles, pero su primera inspección no les mostró ninguna otra salida. Sin embargo, Kartr estaba seguro de que esta plataforma debía tener una. Fue el aire el que la delató. Un soplo más cálido y menos húmedo que lo alcanzó. Rolth también

debió notarlo, porque se volvió en la dirección de donde venía.

Siguieron esa tenue guía hasta un lugar redondo y chato, al pie de otro pozo. Kartr echó la cabeza hacia atrás hasta que su cuello no pudo doblarse más. Estaba seguro de que más arriba veía un tenue resplandor. Pero indudablemente no podrían trepar. Se volvió hacia Rolth amargamente desilusionado.

—¡No hay nada que hacer! Será mejor que volvamos…

Pero el falthariano estaba inspeccionando un tablero de botones instalado contra la pared.

—No creo que eso sea necesario. ¡Veremos si esto funciona!

Apretó el botón superior de la hilera. Entonces saltó para abrazarse fuertemente a su compañero cuando el disco cobró vida debajo de ellos y partió hacia arriba.

Los dos exploradores se dejaron caer instintivamente y se mantuvieron muy juntos. Kartr tragó para despejar la presión de las orejas que le zumbaban. Por lo menos, pensó agradecido, el pozo no estaba cerrado por arriba. No subían para ir a aplastarse contra una superficie sólida.

En dos oportunidades cruzaron frente a otras plataformas de descenso que se asomaban al hueco. Después que pasaron la segunda, Kartr cerró los ojos. Pensó que no le agradaría volver a experimentar la sensación de un ascensor abierto por los costados que se mueve a bastante velocidad. Era infinitamente peor, aunque parecida a un ataque de pánico espacial que había sufrido en una ocasión al perder la cuerda de amarre y flotar lejos de la nave, mientras hacía reparaciones en el fuselaje durante el vuelo.

—Ya llegamos…

Kartr abrió los ojos, satisfecho de oír un temblor en la voz de Rolth. ¡De modo que el falthariano no había gozado más que él con ese viaje!

¿Pero adonde habían llegado? El sargento descendió del disco, casi en cuatro patas, y miró a su alrededor. La habitación en la que se encontraban estaba bien iluminada. Arriba de él, hasta una altura vertiginosa, subían los múltiples pisos, todos ellos con galerías que rodeaban el centro. Pero no tuvo mucho tiempo para estudiar esto, porque un grito de Rolth lo hizo volverse.

—¡Se… fue! —exclamó el falthariano, mirando el piso con los ojos muy abiertos.

Y tenía razón. El disco sobre el cual habían hecho ese ascenso demasiado veloz había desaparecido, y el piso por donde había entrado era ahora, por lo que podía ver Kartr, una sección lisa e ininterrumpida de pavimento.

—Bajó nuevamente —dijo Rolth, ahora con voz más controlada —, y entonces se corrió una escotilla del costado y tapó el orificio.

—Lo que quizás explica el motivo por el cual no descubrieron los subterráneos —sugirió Kartr—. Supongamos que este pozo no se abrió hasta que nuestra vagoneta se detuvo en la plataforma de abajo, o cuando hicimos funcionar algún control automático… Quizás esté planeado para funcionar en esta forma…

—Hasta que nos vayamos de este maldito lugar —afirmó Rolth —, me mantendré apartado del centro de las habitaciones. ¿Qué ocurriría si tú estuvieses sobre la puerta trampa y alguien la abriese desde abajo? ¡Linda caída!

Miró el piso y caminó cuidadosamente, tanteando con cada paso, hasta llegar a la más próxima de las puertas. Kartr se sintió casi tentado de seguir su ejemplo. Tal como lo había dicho el falthariano, no había ninguna forma de saber qué otra maquinaria podría ser activada por su sola presencia en el edificio. Y entonces se preguntó si no habría sido el aterrizaje de su trineo el que había puesto en funcionamiento una alarma y había hecho que el robot saliese en su busca.

Pero pocos segundos más tarde fue alertado por una amenaza potencial mayor que la de las máquinas que podían existir o no. Adelante había un ser desconocido y vivo. ¿El arturiano? No. La extraña mente con la que estableció contacto no era tan poderosa. El que se encontraba ahora adelante de ellos carecía del sentido de percepción. Kartr no tenía que temer ser descubierto, hasta que lo viese. Rolth captó su seña. Y, aunque el falthariano no desenfundó su arma, su mano se acercó a la empuñadura.

Pero la sala situada después de la primera puerta estaba vacía. Era cuadrada y estaba amueblada con bancos de una sustancia opalina. Debajo de la pálida luz, que provenía de las próximas paredes, chispas de brillantes colores se encendían sobre la superficie lechosa de las piezas toscamente talladas. Esta debía ser una especie de antesala. Y en la pared de enfrente había dos puertas, de altura doble a la de Kartr, y con las primeras tallas en

relieve que había visto en la ciudad: una representación convencional y simbólica de hojas. El otro ser los esperaba detrás de esas puertas.

El sargento inició la tediosa tarea de bloquear sus propias impresiones, de concentrarse sólo en esa chispa de fuerza vital oculta más adelante. Tuvo suerte de que el desconocido no fuese sensitivo, lo que le permitía tomar contacto e insertar su onda mental, sin delatar su propia identidad.

Sí, humano. No más que un punto tres y medio. Un punto cuatro habría tenido vaga conciencia de su intromisión, se habría sentido ligeramente nervioso, y un punto cinco lo habría descubierto inmediatamente. Pero todo lo que sentía este desconocido era un abatimiento, una fatiga mental. Y no era un pirata, ni un prisionero de piratas. Toda sensación de violencia pasada o presente estaba ausente.

—Pero… Kartr acababa de apoyar la mano sobre el ancho picaporte de la puerta. Alguien acaba de reunirse con ese hombre. Y después del primer contacto de tanteo, el sargento inició una brusca retirada. ¡El arturiano! En el mismo instante en que reconoció esa mente, comprendió que debía perder toda esperanza de ocultación; que el arturiano sabía dónde se encontraban ellos tan bien como si sus ojos pudiesen taladrar la piedra y el metal para verlos. Kartr se mordió el labio. Era casi como si el arturiano hubiese bajado su propia barrera mental para que ellos cayesen en la trampa y se mostrasen. ¡Y si había sido así!… Los ojos verdes del explorador tenían en las pupilas una chispa de peligroso fuego amarillo. Le hizo una seña a Rolth.

La mano del otro se apartó desganadamente de su lanzallamas. Kartr lo estudió casi críticamente, y entonces contempló su propio cuerpo. Sus botas de cuero de vlis habían sobrevivido sin un rasguño a pesar de la vida difícil en la espesura. Y las resplandecientes insignias del Cometa seguían brillando sobre sus pechos y sus cascos. Aunque este Cometa estuviese modificado por el dardo y la hoja cruzados del explorador, era la insignia de la Patrulla. Y quien lo luciese tenía derecho a aparecer en cualquier lugar de la galaxia sin ser interrogado… y, en realidad, quien estaba autorizado para hacer las preguntas era él.

Kartr manipuleo los cierres de las puertas. Se separaron en el

centro, y sus mitades desaparecieron en las paredes, dejando una abertura que bastaba para seis hombres, en lugar de los dos que había en ella.

Acá la luz irradiada desde las paredes era más brillante, y gran parte de ella se enfocaba sobre una mesa ovalada situada en el centro exacto de la habitación; una mesa tan larga, que toda la tripulación de una nave podría haberse acomodado a su alrededor. Estaba tallada en piedra opalina y había bancos curvados para seguir su forma.

Ahí estaban sentados dos hombres, perfectamente tranquilos, aunque, según lo notó Kartr, había un lanzallamas cerca de la mano del más alto: el arturiano. Pero cuando *él* vio la insignia de la Patrulla, su rostro reflejó su asombro y se puso de pie con un movimiento rápido. Su compañero más menudo siguió mirando y se humedeció los labios… y Kartr notó cuando su inmensa sorpresa se convirtió en una alegría incrédula.

—¡La Patrulla! —exclamó el arturiano, y no hubo por cierto ninguna satisfacción en su tono. Pero su barrera mental estaba inexpugnablemente cerrada, y Kartr no pudo saber qué se ocultaba detrás de esos ojos negros, velados.

Estos dos no eran piratas. Los dos estaban vestidos con las túnicas fantásticamente cortadas y coloreadas de los sistemas internos decadentes. Y el lanzallamas colocado sobre la mesa era aparentemente su única arma. Kartr se adelantó.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz seca, modulando su expresión y su tono a los de Jaksan. Nunca había asumido antes las funciones de patrullero, pero mientras luciese el Cometa, ningún civil podría sospechar esto.

—Joyd Cummi, jefe de Subsector de Arturo —respondió el hombre alto con tono casi sarcástico. Tenía la acostumbrada arrogancia de su raza—. Este es mi secretario, Fortus Kan. Éramos pasajeros del Capella *X451*. Fue atacado por piratas y siguió el viaje averiado. Cuando logramos eludir a los agresores, descubrimos que el computador había fallado y que estábamos en una sección de la galaxia completamente desconocida. Teníamos combustible suficiente para dos semanas de viaje, y finalmente nos dimos por vencidos y tuvimos que aterrizar cerca de aquí. Hemos estado tratando de comunicarnos con algún punto de la civilización, pero

no imaginamos que habíamos tenido tanta suerte. ¿Ustedes son de…?

Un jefe de Subsector, ¿eh? Y, además, arturiano. Ahora Kartr estaba pisando un terreno peligroso. Pero decidió que no le explicaría a este Joyd Cummi que la Patrulla no había llegado para rescatar náufragos… sino también en calidad de refugiados. Ahí flotaba algo dudoso. Su percepción estaba alerta, tratando de analizar las palabras cuando no conseguía interferir las mentes.

—Somos el explorador Rolth y el sargento explorador Kartr, de la dotación del *Starfire*. Comunicaremos la presencia de ustedes a nuestro comandante.

—¿Entonces no vinieron en respuesta a nuestras señales? —estalló Fortus Kan. Su rostro redondo e infantil era la imagen de la desilusión.

—Estamos cumpliendo una misión de reconocimiento —respondió Kartr tan fríamente como se atrevió. La tensión del ambiente se hacía cada vez más intensa. Quizá la barrera del arturiano era fuerte, pero no podía controlar por completo sus emociones. Y quizá no estaba tratando de hacerlo.

Sí, un arturiano estaba en cinco punto nueve en la escala sensitiva. Pero a menos que Cummi hubiese conocido antes a otro ejemplar de la escasamente conocida raza de Kartr —lo cual era poco probable porque muy pocos de ellos se habían ofrecido para tareas en el espacio—, no podía imaginar que ahora estaba frente a un seis punto seis.

—Entonces… —la voz de Fortus Kan se aproximó a un gemido —, ustedes no pueden sacarnos de aquí. Pero por lo menos pueden traer auxilio…

—Comunicaré su presencia a mi comandante —respondió Kartr, meneando la cabeza—. ¿Cuántos son ustedes?

—Ciento cincuenta pasajeros y veinticinco tripulantes —contestó fríamente Joyd Cummi—. ¿Puede informarme cómo llegó a este edificio sin que nos enterásemos? Nosotros activamos para nuestra protección a los robots patrulleros que encontramos aquí…

Fortus Kan lo interrumpió, y esto lo disgustó visiblemente.

—¿Ustedes destruyeron a ese patrullero? —preguntó ansiosamente—. ¿El de la avenida Cummi?

¡La avenida Cummi! Kartr captó el significado de esto. De modo

que el jefe de Subsector gobernaba allí… con bastante poder como para bautizar arbitrariamente con su nombre a la arteria principal de la ciudad.

—Aniquilamos un robot en lo que creíamos que era una ciudad desierta —manifestó—. Teniendo en cuenta que la presencia de ustedes en este lugar es muy importante, pondremos fin a nuestra exploración y regresaremos inmediatamente al campamento.

—Naturalmente —asintió Cummi, ahora con un tono eficiente—. Hemos conseguido reparar varios de los vehículos de transporte terrestre que encontramos aquí. Uno de ellos los conducirá de regreso…

—Vinimos por aire —contestó Kartr inmediatamente—. Y volveremos en la misma forma. ¡Larga vida, jefe de Subsector!

Levantó la mano para hacer el saludo convencional. Pero no pudo escapar con tanta facilidad.

—Por lo menos podremos conducirlo hasta el lugar donde dejó su aparato, sargento explorador. Hay otros robots patrulleros en funcionamiento, y será más seguro que los acompañe alguien que conoce su clave. No podemos permitir que la Patrulla se arriesgue…

Kartr no se atrevió a rechazar lo que parecía una gentil invitación. Y sin embargo… ahí había un peligro oculto. Sintió que le corría por la espalda el cosquilleo helado de miedo que lo había prevenido en tantas otras ocasiones. ¡Si pudiese sondear a Fortus Kan! Pero no se atrevía a intentarlo en presencia del arturiano.

—Creo que por el momento será mejor no sobreexcitar a nuestra gente con la noticia de su llegada —agregó el jefe mientras escoltaba a los exploradores por la antesala—. Naturalmente, los animará saber que hemos establecido contacto con la Patrulla. Especialmente cuando, después de cinco meses de transmitir desde aquí con un débil comunicador, llegamos a pensar que habíamos quedado desterrados a perpetuidad. Pero yo preferiría discutir este asunto con su comandante antes de ilusionarlos demasiado. Probablemente usted notó la reacción de Kan ante su aparición. El vio en ella la promesa de un regreso inmediato a las comodidades de la civilización. Y como la nave de la Patrulla no podría transportarnos a todos, tendremos que tomar otras medidas…

En dos oportunidades, durante la conversación, el arturiano había asaltado la mente de Kartr… ¿para sondearla… o para

conquistarla? Pero el sargento tenía tendida su barrera, y sabía que Cummi sólo recibiría impresiones cuidadosamente simuladas de una nave patrullera que esperaba en un distrito lejano, una nave comandada por un oficial alerta y enérgico, un hombre al que un administrador civil encontraría difícil dominar.

—Creo que la suya es una buena idea, jefe de Subsector — intervino Kartr en la primera pausa oral—. ¿De modo que han estado cinco meses… en el interior de esta ciudad?

—No, al principio no. Construimos un campamento de emergencia a algunas millas de aquí. Pero la ciudad había quedado registrada en nuestras fotopantallas durante el descenso, y la encontramos sin muchas dificultades. Sus funciones están en un asombroso estado de conservación, y debemos considerar que fuimos extraordinariamente ayudados por la suerte. Naturalmente, también nos favoreció el tener entre nosotros a Trestor Vink y a dos de sus ayudantes. Es el técnico mecánico de la línea Capella. Y se dejó absorber por los progresos mecánicos de esta civilización. Cree que, originariamente, sus habitantes estaban más adelantados que nosotros en algunos aspectos. Sí, tuvimos mucha suerte.

Atravesaron la habitación del túnel subterráneo escondido y salieron a un ancho balcón que se asomaba sobre un salón tan enorme, que Kartr se sintió devorado por el espacio. Una escalinata conducía desde el balcón hasta el piso bajo de la sala… y los escalones eran tan anchos, que parecían diseñados para una raza de gigantes. Y el salón de abajo se abría hacia la calle por medio de una serie de columnas en forma de árboles.

—¡Coombs!

La figura apoyada contra una de las columnas se irguió bruscamente.

—Tomarás el vehículo terrestre y llevarás a estos patrulleros hasta su nave. No le digo adiós, sargento. —El jefe se volvió hacia Kartr con el porte de un superior que se dirige a su subordinado—. Volveremos a encontrarnos pronto. Usted ha realizado un excelente trabajo, y le estamos inmensamente agradecidos. Le ruego que le informe a su oficial comandante que esperaremos ansiosamente sus noticias.

Kartr saludó. Por lo menos el arturiano no insistía en acompañarlos hasta el trineo. Permaneció mirándolos mientras

ocupaban sus lugares en el pequeño vehículo, y el conductor lo ponía en marcha.

Cuando se alejaron del edificio, Kartr volvió su atención hacia el chofer. El mechón de pelo duro y negro, con sus extrañas manchas castañas, se reveló claramente cuando pasaron debajo de uno de los carteles luminosos de la ciudad… lo mismo que las largas mandíbulas. ¡De modo que éste era el motivo por el cual Cummi los había dejado ir solos! No era extraño que no hubiese creído necesario acompañarlos personalmente. Estaría con ellos en otra forma, ya que no corporalmente. El conductor era un Can-sabueso, el sirviente perfecto, cuya mente no era más que un aparato receptor utilizado en beneficio de su amo.

A Kartr se le erizó la piel como si algo viscoso se hubiese deslizado sobre ella. Tenía un horror instintivo por ese ser que se encontraba delante de él, un ser que no podía calificar ni como humano ni como bemmy. Y ahora tendría… tendría que… Esta sola idea lo hizo sentirse descompuesto y se le contrajo el estómago vacío. Esta era la tarea peor y más baja que se había visto obligado a cumplir. Tendría que introducirse en esa mente, con bastante habilidad, como para no ser detectado por el amo lejano, y grabar en ella algunos recuerdos falsos…

—¿Por dónde? —preguntó la voz que le hizo correr un escalofrío.

—Por esa calle ancha —ordenó él con los labios rígidos. Su mano se cerró sobre la de Rolth. El falthariano no se movió, pero respondió con una ligera presión.

Kartr inició la tarea, mientras su boca se crispaba en una atormentada mueca de disgusto, y su mente y su cuerpo luchaban con igual fiereza contra la voluntad que lo obligaba a hacer esto. Fue peor de lo que había esperado; se sintió degradado, indescriptiblemente manchado por ese contacto. Pero continuó. De pronto, el coche se desvió hacia un costado de la calle, entró al espacio abierto que había entre dos edificios y se detuvo en un patio. Permanecieron en él mientras Kartr libraba esa miserable batalla hasta el fin. Este llegó cuando la cabeza del Can-sabueso cayó hacia adelante, y su cuerpo se relajó en el asiento del conductor.

Rolth se apeó. Pero Kartr tuvo que tomar apoyo con sus manos

cuando lo siguió. Se tambaleó por el espacio abierto y quedó haciendo arcadas sobre el marco de una ventana. Entonces, Rolth lo alcanzó y sostuvo su cuerpo estremecido. Rodeado todavía por el brazo del falthariano, el sargento atravesó la calle.

—Al frente… —dijo Kartr dificultosamente, entre espasmos de descompostura.

—Sí, lo vi.

El tenue resplandor de la radiación era indudablemente más claro para los ojos sensibles a la luz de Rolth que para los suyos. Ahora estaban a casi cuatro cuadras del lugar donde el robot había incendiado el zaguán. Y desde allí en adelante pudieron seguir con facilidad el rastro marcado hasta el trineo.

Rolth no preguntó nada. Era una mano que le brindaba apoyo, y le daba una reconfortante sensación de limpia amistad. ¡Limpia!… Kartr se preguntó si podría volver a sentirse limpio. ¿Cómo era posible que un sensitivo —aunque fuese un arturiano— tuviese contactos mentales con una criatura como ésa? Pero ahora no debía pensar en el can-sabueso.

Cuando dieron un rodeo al fuego atómico del zaguán, ya caminaba firmemente. Y convirtió su paso en un trote rápido mientras seguía al falthariano que repasaba el rastro trazado anteriormente. Cuando llegaron al trineo, Kartr hizo una única sugestión:

—Desde aquí sigue una ruta zigzagueante. Quizás nos estén vigilando con alguna forma de pantalla.

Rolth murmuró algo entre dientes y asintió. El trineo levantó vuelo. Un viento frío los azotó, anunciando el amanecer. Kartr quería lavar con él la suciedad de su encuentro con el Can-sabueso.

—¿No quieres que conozcan nuestra base? —dijo Rolth, y sus palabras fueron parcialmente una pregunta y parcialmente una afirmación.

—Eso no corre por mi cuenta. Es un problema para Jaksan —respondió Kartr sacando fuerzas de su agotamiento. El esfuerzo de la batalla mental se traducía así en una pérdida de energías físicas. Quería acostarse y dormir, dormir simplemente. Pero no podía. Y trató de explicarle a Rolth lo que habían tenido que enfrentar, y lo que quizá deberían tener en el futuro.

—Ese conductor era un Can-sabueso. Y allí atrás dejamos algo

muy… muy dudoso.

Quizá Rolth no era sensitivo, pero como explorador sabía mucho. Espetó una o dos palabras cortantes en su propio idioma.

—Tuve que introducirme en su mente… crearle una serie de recuerdos falsos. Informará que nos llevó al trineo, y ciertas cosas que dijimos supuestamente durante el viaje… la dirección en que partimos…

—¡De modo que eso era lo que hacías! —exclamó Rolth, y sus ojos oscuros abandonaron el indicador de ruta el tiempo necesario para dirigirle a su compañero una mirada en la que se mezclaban el respeto y el temor.

Kartr aflojó la tensión y apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento. Ahora que estaban fuera del resplandor de la ciudad, las estrellas brillaban débilmente en el cielo. ¿Cómo se conduciría Jaksan en esta situación? ¿Ordenaría que se uniesen a los náufragos de la ciudad? Y Cummi, ¿qué haría en ese caso? ¿Qué estaba haciendo y planeando en ese mismo instante?

—¿Desconfías del arturiano? —preguntó Rolth, mientras seguía la ruta zigzagueante propuesta por Kartr.

—Es un arturiano, y tú sabes lo que significa eso. Es jefe de Subsector, y no queda ninguna duda de que domina absolutamente la ciudad. Y… no le agradaría que le disputasen su poder.

—¿De modo que quizá no vea a la Patrulla con buenos ojos?

—Quizás. En estos días los jefes de Sector están bastante intranquilos, con los tironeos por el poder. Me agradaría mucho saber por qué estaba viajando en una nave común de pasajeros. Si él…

—… estaba huyendo de algún conflicto local, le habría gustado mucho encontrar aquí un nuevo reino, ¿no es eso? Sí, lo entiendo perfectamente —comentó Rolth—. Ya estamos llegando.

El trineo describió una larga curva hacia la derecha. Rolth cortó las turbinas de propulsión, y sólo mantuvo en funcionamiento las pantallas de suspensión. Planearon lentamente por la nueva ruta. El viaje de regreso les insumiría tiempo extra; aproximadamente una hora. Pero a menos que la ciudad tuviese algo nuevo en materia de radares, ya estaban fuera del alcance de cualquier pantalla de vigilancia.

Hablaron muy poco durante el resto del viaje. En una ocasión,

Kartr se durmió y se despertó sobresaltado de su pesadilla. La necesidad de un descanso completo le enturbió la mente cuando trató de trazar planes con su cerebro cansado. Le comunicaría la situación a Jaksan. El oficial de armas era hostil a las impresiones de los sensitivos, y quizá no recibiría con agrado la descripción que le daría Kartr del ambiente de tensión de la cuidad. Y el sargento no tenía pruebas para respaldar su convicción de que cuanto más lejos se mantuviesen de Cummi, mejor sería. ¿Por qué le temía a Cummi? ¿Acaso era porque se trataba de un arturiano, otro sensitivo? ¿O acaso era por el Can-sabueso? ¿Por qué estaba tan seguro de que el jefe de Subsector era un enemigo?

7 — LOS EXPLORADORES SE MANTIENEN UNIDOS

—Debe confesar que su explicación era bastante plausible…

Kartr miraba a Jaksan por encima de la roca chata que servía de mesa al campamento.

—Y la ciudad —insistió despiadadamente el oficial de armas—, se encuentra en un excelente estado de conservación. No sólo eso, sino que el grupo del*X451* incluye técnicos mecánicos que han conseguido hacerla funcionar nuevamente…

El sargento asintió cansadamente. Debería haber traído a esta batalla de voluntades una mente despejada y un cuerpo descansado. Pero en cambio sufría el tormento de una fatiga tanto física como mental. Tenía que hacer un esfuerzo para defender su posición frente a la martilleante desaprobación de Jaksan.

—Si todo esto *es* cierto —dijo Jaksan, llegando por tercera vez a la conclusión que él creía lógica y razonable—, no entiendo su desconfianza, Kartr. A menos… —estaba irradiando hostilidad, pero el sargento estaba demasiado cansado para que esto le importase—, a menos que experimente desagrado hacia el arturiano por motivos personales.

Entonces hizo una pausa y la hostilidad fue reemplazada, por un instante, por una emoción próxima a la simpatía.

—¿Fue un arturiano el que dio la orden de quemar Ylene?

—Quizás lo haya sido. Pero ese no es el motivo por el que desconfío de este Cummi —empezó a decir Kartr, con toda la paciencia que pudo reunir.

Habría sido inútil explicar el uso que le daba Cummi al Cansabueso. Sólo otro sensitivo habría podido entender todo el horror encerrado en esto. Jaksan le había encontrado una explicación a la actitud de Kartr, y aquélla le resultaba razonable y se aferraría a ella. Hacía mucho tiempo que el sargento había descubierto que quienes no eran sensitivos experimentaban una gran desconfianza por la percepción y el contacto mental, e incluso algunos se

negaban a admitir su existencia. Jaksan casi pertenecía a este grupo; creía en la capacidad de Kartr para entenderse con animales y extraños seres no humanos, pero interiormente rechazaba que el sargento pudiese establecer contacto o leer las mentes de sus semejantes. El había hecho todo lo posible por evitar lo que sabía que sería el próximo movimiento de Jaksan. Ahora sólo le restaba esperar que la amenaza que él creía que había en la ciudad se manifestase.

Fue así como hicieron el viaje para reunirse con los sobrevivientes del *X451* y confesaron, a pesar de los ruegos de Kartr, que ellos también eran náufragos. Joyd Cummi los recibió amable y benévolamente. Había un médico de la nave para atender a Vibor…. y también había, según notó Kartr con desconfianza, lujosas habitaciones para los tripulantes y los oficiales en los corredores vecinos al departamento del mismo jefe de Subsector.

Sin embargo, la bienvenida dedicada a los exploradores, fue más fría. Kartr y Rolth fueron aceptados, y se les dio a entender en forma sutil que, como humanos, estarían en igualdad de condiciones con los habitantes del reino de Cummi. Pero el arturiano apenas les dirigió una inclinación de cabeza a Zinga y a Fylh, y no hizo ninguna sugestión respecto a su alojamiento. Kartr reunió a su pequeño grupo en el centro de una amplia habitación desnuda, donde ningún indiscreto podría escucharlos.

—Si sigues afirmando —manifestó Zinga cuando se instalaron sobre el piso con las piernas cruzadas—, que el olor que flota por estos pasillos está lejos de ser florido, me pondré de acuerdo contigo. ¿Hasta cuándo —agregó, volviéndose hacia Kartr—, permitirás que los lazos de la lealtad te arrastren a situaciones como ésta?

Las garras de Fylh rasparon las duras escamas del antebrazo de su compañero.

—Los exploradores sólo deben hablar cuando se les dirige la palabra. Y los exploradores bemmys deben permitir que sus superiores decidan qué es lo mejor para ellos. Deben ser serviciales y humildes y mantenerse en sus puestos…

El control que Kartr se había impuesto sobre su humor desde que su consejo había sido tan rápidamente descartado yendo a ese lugar que a él le parecía una trampa, fue bruscamente roto por este

comentario:

—¡Ya he tolerado bastante!

—Zinga tiene razón —afirmó Rolth, sin hacer caso del estallido de Kartr—. O aceptamos las condiciones que prevalecen aquí o nos vamos… si podemos. Y quizás no podamos esperar demasiado, ni reaccionar a medias.

—Si podemos —repitió Zinga, con una sonrisa que no exhibió ningún humor, pero sí muchos dientes afilados—. Es una idea muy interesante, Rolth. Me pregunto si había… o hay, algún bemmy incluido entre la tripulación o los pasajeros del *X451*. Ustedes notarán que tengo tendencia a utilizar al tiempo pasado cuando me refiero a ellos. Lo que he visto me hace pensar que esto es lo más adecuado.

Kartr estudió sus dos manos bronceadas, una de las cuales se asomaba del sucio cabestrillo, mientras la otra descansaba sobre su rodilla. Estaban ajadas y callosas, con las uñas gastadas. Pero aunque examinaba cada uno de sus surcos con minuciosa atención, en realidad estaba concentrado en el desagradable significado de las palabras de Zinga. No, el no tenía por qué aceptar los hechos tal como se presentaban. Tendría que hacer algunos preparativos por su cuenta.

—¿Dónde están nuestras mochilas? —le preguntó a Zinga.

Los dos párpados se unieron en un guiño rápido.

—Esos tesoros están debajo de nuestros ojos. Si tenemos que partir apresuradamente, podremos llevarnos nuestros equipos completos.

—Le sugerí a Jaksan que los exploradores se alojen en habitaciones propias… y juntos —dijo Kartr lentamente.

—En la esquina oeste de este edificio hay una torre de tres pisos —intervino Fylh—. Si nos retiramos a ese elevado refugio… bien, quizás a ellos les alegre tanto librarse de nosotros, que nos lo permitirán.

—¿Y dejaremos que nos embotellen así? —preguntó Zinga, con un tono agrio en la voz.

—Nadie quedará embotellado —respondió Fylh, castañeteando sus garras con un gesto irritado—. Por favor recuerden que estamos tratando con habitantes de ciudades con un elevado grado de civilización, y no con exploradores. Para ellos, todas las entradas y

salidas posibles de un edificio son sus puertas y ventanas.

—¿Entonces tu torre tiene un atributo no incluido en ese catálogo, y que nos serviría en un aprieto? —inquirió Rolth, con sus labios pálidos curvados por una tenue sonrisa.

—Naturalmente. De lo contrario no la habría elegido como fortaleza. Hay una serie de franjas que se proyectan simétricamente hacia abajo por los muros exteriores. Son tan “les como una escalera para cualquiera que sepa usar los dedos de sus manos y de sus pies.

—Con los ojos cerrados mientras lo hace —gruñó Zinga—. A veces lamento no ser civilizado y no poder llevar una vida sana y tranquila.

—Podemos permitir que esta gente crea que no les causaremos ninguna dificultad —explicó Fylh, retomando su buen humor—. Incluso podrán poner una guardia en la única escalera que conduce a lo alto de la torre, si lo desean.

—Veré a Jaksan —asintió Kartr—. Después de todo, somos exploradores pero también pertenecemos a la Patrulla. Y si queremos mantenernos unidos, ningún civil podrá negarnos ese derecho… ¡sea jefe de Subsector o no! Por el momento no se metan en líos.

Se puso de pie y los tres hicieron gestos de asentimiento. Quizás no eran sensitivos —aunque sospechaba que Zinga tenía algún poder parecido al suyo— pero sabían que eran solamente cuatro seres en un medio potencial peligroso. Con tal que pudiesen conseguir que los exilaran en la torre de Fylh!

Pero tuvo que esperar un largo rato para ver a Jaksan. El oficial de armas había acompañado a Vibor a visitar el médico. Y cuando volvió por fin a su habitación y descubrió que Kartr lo estaba aguardando, no se mostró nada cordial.

—¿Qué desea ahora? El jefe de Subsector estuvo preguntando por usted. Tiene algunas órdenes…

—¿Desde cuándo un jefe de Subsector tiene órdenes para un miembro de la Patrulla? —lo interrumpió Kartr—. Puede aconsejar y pedir… pero no le impartirá órdenes a quien luzca el Cometa, sea patrullero o explorador!

Jaksan se encaminó hacia la ventana y se detuvo junto a ella, tamborileando con las uñas sobre el antepecho, presentándole

tercamente al sargento sus hombros y su espalda. No se volvió cuando contestó:

—Creo que usted no toma en cuenta debidamente nuestra posición actual, sargento. No tenemos nuestra nave. No…

—¿Y desde cuándo es necesaria la nave? —exclamó Kartr. Pero quizás eso era exacto. Quizás para Jaksan y para la tripulación la nave *era* necesaria… y sin ella estaban desnudos, impotentes—. Si me opuse a que viniésemos aquí era porque temía precisamente algo como esto —agregó con más serenidad.

Tuvo que decir esto, fuese político o no.

—¡En estas circunstancias no nos quedaba mucho para elegir! —respondió Jaksan enérgicamente, mostrando un poco de su antigua fogosidad—. Por el Espacio, hombre, ¿quería que luchásemos contra la espesura para conseguir alojamiento y comida, cuando teníamos este lugar para refugiarnos? ¿Qué habría sido del comandante? Necesitaba atención médica. Sólo a un… —dejó la frase inconclusa.

—¿Por qué no termina, señor? Sólo a un explorador bárbaro se le podía ocurrir oponerse a esto. ¿Era eso lo que deseaba decir? Bien, como bárbaro que soy, sigo sosteniendo que hubiese sido mejor ser libre en la espesura que venir aquí. Pero hay algo que deseo saber claramente… ¿debo entender que usted le entregó la autoridad de la Patrulla a Joyd Cummi?

—La autoridad dividida es algo malo —contestó Jaksan, sin volverse para enfrentarlo—. Es necesario que cada hombro ayude a la comunidad con sus habilidades. Joyd Cummi descubrió pruebas de que se aproxima una estación de un frío muy severo. Creo que quiere enviar partidas de cazadores, porque los víveres podrían convertirse en un problema. Hay que proveer a mujeres y niños…

—Entiendo. ¿Y los exploradores se encargarán de la cacería? Bien, trazaremos algunos planes. Mientras tanto, tendremos nuestro alojamiento propio. Y será mejor elegirlo con el ojo puesto en el futuro… a menos que también encontremos a un carnicero entre estos ciudadanos civilizados.

—A Rolth y a usted les dieron habitaciones…

—Los exploradores prefieren mantenerse unidos. Como usted sabe, ésas son las disposiciones de la Patrulla. ¿O acaso la Patrulla ha desaparecido por completo?

Si Kartr no hubiese estado bajo la presión de una nerviosidad

creciente no habría agregado esto.

—Escuche, Kartr —manifestó Jaksan, volviéndose hacia él—. ¿No cree que llegó el momento de aceptar algunos hechos desagradables? Tendremos que permanecer aquí durante el resto de nuestras vidas. Somos siete hombres contra casi doscientos… y ellos tienen en marcha una comunidad bien organizada…

—¿Siete hombres? —preguntó Kartr—. Somos nueve si atamos al comandante.

—Hombres —dijo Jaksan, subrayando la palabra.

Ahí estaba… al descubierto. Ya hacía mucho tiempo que Kartr temía oír esto.

—Hay cuatro exploradores experimentados de la Patrulla y cinco de ustedes —contestó tercamente—. Y los exploradores se mantienen unidos.

—¡No sea estúpido!

—¿Por qué no habría de tener ese privilegio? —murmuró Kartr, con una cólera helada—. Todos ustedes parecen gozar ¿e él.

—¡Usted es un ser humano! Debe permanecer con los suyos. Esos bemmys…

—Jaksan —exclamó Kartr, repudiando definitivamente la autoridad del oficial de armas—, conozco esos argumentos vulgares y ofensivos. No hay necesidad de repasarlos. Me han sido inculcados por hombres como usted desde que ingresé al servicio y pedí ser incorporado al destacamento de exploradores…

—¡Mequetrefe idiota! Desde que ingresó al servicio, ¿eh? ¿Y cuánto hace de eso? ¿Ocho años? ¿Diez? Ahora no es más que un cachorro. ¡Desde que ingresó al Servicio! Usted no sabe absolutamente nada acerca de este… problema de los bemmys. Sólo a un bárbaro.

—¿Qué le parece si admitimos que soy un bárbaro y que tengo gustos particulares en materia de amigos? ¿Eh? ¡Admitámoslo, y dejemos el tema!

Kartr estaba recuperando el control de su ira.

Era evidente que Jaksan se esforzaba por justificar las condiciones que había aceptado o había sido obligado a aceptar, no sólo ante Kartr sino ante sí mismo.

—¿Qué le parece si me deja ir a mi perdición según mi gusto? ¿Esto de “todos los humanos deben estar juntos” es una regla de

Cummi?

Jaksan no aceptó enfrentar la mirada del sargento.

—Tiene muchos prejuicios. No olvide que es arturiano. En ese sistema tuvieron un problema interno cuando debieron tratar con una raza de bemmys…

—¡Y resolvieron ese problema rápida y efectivamente con una masacre a sangre fría de esos extranjeros!

—Olvidé… sus sentimientos hacia los arturianos…

—Lo que opino de los arturianos, que es muy diferente de lo que usted supone, no tiene ninguna relación con este caso. Simplemente me niego a aceptar, ahora o en cualquier momento, ese tipo de prejuicio contra cualquier extranjero humano o bemmy. Si el jefe de Subsector quiere que los exploradores hagan sus cacerías… está bien. Pero nos mantendremos formando una unidad. Y si el seguir así significa un conflicto… ¡estamos dispuestos a hacer frente también a esto!

—Oiga —dijo Jaksan, pegándole un puntapié a la manta caída sobre el piso—. No deje de pensarlo, Kartr. Tendremos que pasar aquí el resto de nuestras vidas. En realidad tenemos más suerte de la que creíamos. Cummi supone que esta ciudad podrá ser restaurada casi por completo. Podremos empezar nuevamente. Sé que usted no aprecia a Cummi, pero él fue lo bastante hábil como para organizar a un grupo de náufragos histéricos y fundar una colonia. Siete hombres no podrán luchar contra él. Todo lo que le pido por el momento es que no le repita a Cummi lo que acaba de manifestarme. Piénselo antes.

—Lo haré. Mientras tanto, los exploradores nos alojaremos juntos.

—Oh, está bien —respondió Jaksan, encogiéndose de hombros —. Háganlo, donde más les guste.

“Quizás debió haber dicho donde le guste a Cummi”, pensó Kartr al abandonar el cuarto.

Encontró a los exploradores que lo estaban esperando, y les dio sus órdenes.

—Rolth, sube con Fylh a esa torre. Si alguien trata de detenerlos, hagan valer la autoridad de la Patrulla. Quizás esta gente todavía le guarde algún respeto. Zinga, ¿dónde dejaste nuestros equipos?

Cinco minutos más tarde, Kartr y el zacathanio habían reunido

las cuatro mochilas.

—Mete un disco antigravitacional debajo de ellas —dijo Kartr—, y sígueme.

Con los equipos flotando a alguna altura del suelo, y fáciles de remolcar, se encaminaron hacia los fondos del edificio. Pero cuando se acercaban a la angosta escalera que según Zinga conducía a la terraza, se encontraron con Fortus Kan. Este se apretó contra la pared para dejarlos pasar, al ver que Kartr no se detenía. Pero mientras estaban pasando les preguntó:

—¿A dónde van?

—Al alojamiento de los exploradores —respondió el sargento lacónicamente.

—Sigue mirándonos —susurró Zinga mientras subían. No es un hombre muy valiente. Un grito de ira lo haría arrastrarse…

—No lo hagas —contestó Kartr—. Ya tenemos bastantes líos, sin necesidad de buscar otros.

—¡Oh! ¿De modo que averiguaste eso? Bien, es una vida corta y alegre, como decía frecuentemente mi compañero de huevo cuando todavía vivíamos juntos. ¿Dónde estará ahora Ziff? ¡Si conozco bien a ese granuja de corazón negro, está revolcándose en seda y comiendo brófidos tres veces por día! Aunque no me desagradaría ver su fea cara esperándonos arriba cuando hayamos terminado de trepar. Es un excelente luchador, y maneja con gran habilidad el puñal de propulsión. Zippp… y abajo un enemigo con las entrañas desparramadas.

Kartr pensó amargamente que no habría estado de más tener cincuenta luchadores como ése… o nada más que diez.

—¡Bienvenidos al hogar, viajeros! —exclamó Rolth, cuyos ojos con antiparras le daban a su rostro un perfil de insecto mientras los miraba. ¡Por fin el viejo pájaro nos encontró un buen nido! ¡Entren y descansen, muchachos!

—¡Murciélagos flamígeros! —exclamó Zinga, que pareció sinceramente sorprendido cuando miró a su alrededor, mientras entraba al cuarto.

Las paredes eran de un verde translúcido. ¡Y detrás de ellas se deslizaban formas de colores vividos, criaturas acuáticas que estaban nadando! Entonces Kartr vio que todo esto era una ilusión provocada por la luz y por una especie de proyector automático.

Zinga se sentó sobre las mochilas, y con su peso las bajó hasta el suelo.

—¡Delicioso! ¡Delicioso! Basta para tentar al paladar más exigente. El que ideó esta habitación era un sibarita. ¡Me gustaría estrechar su mano, aleta o tentáculo. ¡Estupendo! Ese rojo… ¿no se parece hasta en su última escama al suculento brófido? ¡Qué habitación maravillosa!

—¿Y las raciones? —le preguntó Kartr a Rolth, por encima de la cabeza de Zinga.

El falthariano arqueó las cejas hasta que se hicieron visibles por encima del borde de sus antiparras.

—¿Acaso piensas que tendremos que resistir un sitio? Tenemos algunas latas de provisiones básicas sin abrir. Comidas completas para casi cinco días, y el doble de eso si nos ajustamos los cinturones.

—¿Esto significa —lo interrumpió Zinga—, que me has traído a este lugar de promesas culinarias y que ahora quieres alimentarme con extractos nutritivos? ¡Bah, qué palabra! ¡Nutritivos! Como si la nutrición y la *comida* fuesen la misma cosa… I Tendremos que alimentarnos con extractos de hongos y el resto de esos desagradables jugos que debemos absorber cuando estamos trepando por la roca desnuda, sin probabilidades de poder cazar! Esta es una tortura imposible de perfeccionar. Insisto en mis derechos de ciudadano libre…

—¿Ciudadano libre? —se burló Fylh—. Sería más correcto decir de segunda… o tercera categoría. Y no tienes absolutamente ningún derecho…

Pero Rolth había estado estudiando la expresión de Kartr, e intervino.

—¿Sinceramente… es así?

—Me temo que se le parece mucho —dijo Kartr, y se sentó sobre el único mueble de la habitación: un banco opalino—. Hablé con Jaksan. Me informó que Cummi tenía órdenes para mí.

—¿Ordenes? —repitió el falthariano, y sus cejas volvieron a delatar su sorpresa—. ¿Un civil dándole órdenes a la Patrulla? ¡Quizás seamos exploradores, pero también pertenecemos todavía a la Patrulla!

—¿De veras? —se preguntó Fylh—. Un patrullero tiene naves,

una fuerza que lo respalda. Ahora no somos más que sobrevivientes, y no podemos llamar a la flota si nos encontramos en un aprieto…

—Jaksan opina lo mismo. Creo que abdicó más o menos su poder en manos de Cummi. Su idea consiste en que el jefe de Subsector está interesado en poner esto en marcha…

—¿Y nosotros tenemos la suerte de estar incluidos en sus planes? —preguntó Rolth—. Sí, entiendo ese argumento. Pero Jaksan… es un patrullero veterano hasta la médula. ¡Y esto equivale a rendirse! Hay algo que no resulta lógico.

Fylh hizo un gesto, como para dejar de lado los asuntos menos importantes.

—La reacción psicológica de Jaksan no debe interesarnos tanto como otro problema. ¿Debo entender que aquí los bemmys son considerados seres inferiores?

—Sí —respondió Kartr secamente.

—Debo entender que te aconsejaron que… evitases el contagio —murmuró Zinga, echándose hacia atrás y cerrando sus garras sobre las rodillas.

—En parte.

—¿Hasta dónde puede llegar su estupidez? —exclamó Rolth—. Si quieren que cacemos para ellos, deben necesitar víveres. Y un grujió de estos hombres debilitados de los sistemas interiores, no conseguirán muchas presas saliendo de la ciudad y husmeando en los matorrales. En lugar de despreciarnos, deberían hacernos concesiones.

—¿Desde cuándo los prejuicios tienen una manifestación lógica? Y Jaksan parece haber aceptado este plan de “abajo los bemmys”, ¿no es cierto? —inquirió Fylh, cuyos ojos rojos tuvieron reflejos nada agradables.

—No sé qué le ocurrió a Jaksan —estalló Kartr—. ¡Y no me importa! Ahora lo más grave es lo que va a ocurrir muy pronto…

—Tú y Rolth no tienen por qué temer —comentó Fylh.

Kartr se puso de pie con un salto, y atravesó el cuarto en dos pasos hasta que sus ojos verdes quedaron fijos en los rojos y redondos de su compañero.

—¡Quiero que ésta sea la última vez que oigo algo parecido! Le dije a Jaksan, y si es necesario se lo diré a Cummi, que los exploradores se mantendrán unidos.

Fylh apretó sus finos labios. Los reflejos llameantes de sus ojos se suavizaron. Hizo un gesto cordial con sus garras, y cuando habló volvió a hacerlo con serenidad.

—¿Cuál fue la reacción de Jaksan a tu discurso?

—Un montón de palabras. Pero me dio una excelente oportunidad para explicar el hecho de que nos alojásemos juntos aquí.

Zinga se puso de pie y empezó a pasearse por el cuarto.

—¿Ustedes dos exploraron algo más? —le preguntó a Rolth—. ¿Cuál es la disposición de las habitaciones?

—En este piso hay otro cuarto del otro lado de esa arcada. Tiene dos ventanas, y ambas se asoman sobre la escalera exterior de Fylh. Hay otra habitación amplia inmediatamente arriba de ésta y una tercera encima de ésa, con un baño vecino. ¡Créanlo o no, el agua está corriendo en este último!

Kartr no hizo caso de la entusiasta exclamación de aprobación.

—¿Una sola entrada, a menos que alguien trepe por la pared? ¿Estás seguro de eso?

—Sí. Naturalmente, podrían caer sobre nosotros desde el cielo. Pero no creo que debamos temer eso. Y se puede cerrar esta puerta… Miren.

Rolth pisó un pedal rojo que había en el piso. Una puerta salió silenciosamente de la pared de la derecha y clausuró la entrada. Sobre ella había una placa de metal, y el falthariano apoyó la mano sobre ella por un instante.

—Ahora trata de abrirla —le dijo al sargento.

Pero ni siquiera con la fuerza de Zinga y de Fylh sumadas a la suya, Kartr consiguió abrir la puerta. Entonces Rolth volvió a pisar el pedal, y se abrió fácilmente.

—Fylh me encerró afuera cuando estábamos explorando, y nos costó bastante descubrir cómo se abría nuevamente. Las personas que construyeron esto eran muy ingeniosas, aunque estuviesen tan atrasadas como para usar la fuerza atómica. Se necesitaría un desintegrador pesado para forzar esta entrada.

—Lo que me hace preguntarme si tienen uno —dijo Zinga, expresando en palabras el pensamiento de Kartr.

Pero esta preocupación desapareció cuando percibió que alguien subía por la escalera. En respuesta a la señal del sargento, los

exploradores se separaron. Zinga se aplastó contra la pared, junto a la puerta, para quedar detrás de cualquiera que entrase, antes de que el visitante Se percatara de su presencia. Fylh se colocó boca abajo detrás de la pila de equipos, y Rolth desenfundó su lanzallamas, poniéndose un poco más atrás del sargento, que esperaba con su mano sana vacía.

—¡Kartr!

Conocían la voz, pero esto no los tranquilizó por completo.

—Adelante.

Smitt obedeció. Tuvo un sobresalto cuando Zinga apareció detrás de él. Pero en su rostro había una expresión preocupada, y Kartr comprendió que él no significaba ningún peligro para ellos. Por segunda vez el técnico venía porque estaba en un aprieto, y no porque fuese un enemigo.

—¿De qué se trata? —preguntó el sargento, con tono poco cordial. Después de todo, Smitt debía ser contado normalmente entre las fuerzas de Jaksan.

—Están hablando… mucho. Dicen que ustedes, los exploradores, son demasiado extraños para merecer confianza.

—Bien —murmuró Kartr, y sus labios se curvaron en algo que no fue ni la sombra de una sonrisa—, oí eso muchas veces antes de ahora, y no entiendo por qué tenemos que alarmarnos.

—Quizás antes fuera así. Pero este arturiano… ¡tiene que estar loco! —estalló Smitt—. Les digo que tiene que estar completamente loco —repitió, y su voz subió de tono.

—Qué le parece si se sienta… allí, donde podamos vigilarlo, y nos cuenta todo —siseó Zinga.

8 — REVOLUCIÓN PALACIEGA

Se trata precisamente de eso. No tengo casi nada en concreto para contar. Es una especie de presentimiento… la forma en que insiste en mantenernos apartados de todos, excepto de sus propios hombres. Tiene un guardia, ese Can-sabueso, un par de pilotos del *X451,* uno de los oficiales, dos plantadores de intal, y tres mercenarios profesionales. Todos están armados… con lanzallamas producidos por el Control y con puñales de propulsión. Pero no vi a ninguno de los otros oficiales del *X451* ni oí hablar de ellos. Y Cummi domina la situación… ¡nos da órdenes a *nosotros!* Dalgre y Snyn fueron enviados para que se sumasen a sus técnicos y ayudasen a manejar la ciudad. Entiendan bien: les ordenaron que lo hiciesen… ¡y ellos son patrulleros! Y Jaksan no protestó.

—¿Y a usted todavía no le encomendó ninguna misión? —preguntó Rolth.

—Afortunadamente no estaba allí cuando fueron a buscar técnicos. Oigan… ¿cómo se atreve a darle órdenes a la Patrulla?

Su asombro era sincero.

—Será mejor que se convenza, Smitt —explicó Kartr por segunda vez—, de que en lo que respecta a usted, a Cummi y al resto de nosotros, la Patrulla ha dejado de existir. No tenemos con qué respaldar ningún despliegue de autoridad, y él sí lo tiene. Por este motivo…

—¿Usted sostuvo que no debíamos venir aquí? —preguntó Smitt, apretando los labios, y con una cólera que Kartr alcanzó a percibir—. Bien, tenía razón. Sé que ustedes, los exploradores, no opinan respecto al Servicio lo mismo que nosotros, los tripulantes. Siempre han sido independientes. Pero mi padre murió en las barricadas de las compuertas de aire del Altra; estaba en la retaguardia que se mantuvo en sus puestos el tiempo necesario para que las naves sobrevivientes pudiesen huir. Y mi abuelo era segundo oficial del acorazado Promixa cuando trató de llegar a la

Segunda Galaxia. Hemos prestado servicios durante generaciones en la Patrulla. ¡Y que me consuma el Espacio si aceptaré órdenes de Cummi mientras todavía luzca esto!

Su mano subió hasta la insignia del Cometa.

—Ese fino sentimiento no lo ayudará si algún miembro de la policía privada de Cummi viene a cazarlo —comentó Zinga—. Pero lo que lo hizo venir hasta nosotros, ¿fue solamente su negativa a aceptar órdenes de un civil?

—No es necesario que se muestre tan altanero —le dijo Smitt al zacathanio—. Oí lo suficiente como para saber que Cummi se opone a muerte a la fraternización con los bemmys, y esto se aplica también a los otros exploradores —miró a Kartr—. Corre el rumor, que me llegó en forma de un consejo de uno de los plantadores de intal, de que Cummi ya hizo fulminar a dos…

—¿A dos qué? —preguntó Fylh, con la cresta levantada—. ¿Bemmys? ¿O a qué especie pertenecían?

—No lo sé —contestó Smitt, meneando la cabeza—. El plantador no fue muy claro. Lo que es evidente es que Cummi no los tratará en igualdad de condiciones. Y yo no aceptaré sus órdenes. Quizás no hayamos estado antes muy unidos, pero ahora tenemos que enfrentar un problema común.

—¿Y bien? —exclamó Fylh, acariciando su cresta con sus garras —. ¿Pero qué es lo que nos ofrece usted en cambio?

—Él tiene algo que podríamos necesitar —intervino Kartr.

El llamado del técnico era sincero. Quería aliarse con ellos.

—Esto dependerá de usted, Smitt. ¿Puede vencer su orgullo lo suficiente como para cooperar con el grupo de Cummi… cooperar hasta que conozca algo respecto a sus planes, al poder que ya tiene Cummi, hasta saber si hay rebeldes entre sus pasajeros? Nosotros no golpearemos a ciegas —agregó, dirigiéndose a los exploradores—. Ustedes dos, Fylh y Zinga, tendrán que pasar inadvertidos hasta que conozcamos nuestra situación. Sería contraproducente atraer la atención. En cuanto a mí, desde mi conversación con Jaksan, no dudo de que me tienen en su lista negra, marcado con una estrella doble. Rolth no puede trabajar durante el día. De modo que si quiere colaborar con nosotros, Smitt, mantenga ese deseo bajo barrera; entienda bien: *bajo* barrera. El arturiano es sensitivo, y lo que él no consigue captar de una mente desprevenida, el Can-

sabueso puede averiguarlo para su amo. Será una misión difícil, Smitt. Tendrá que unirse al partido antibemmy y pro-Cummi, por lo menos con un tibio entusiasmo. No estará de más una débil rebeldía inicial; es lo que esperarán de un patrullero con sus antecedentes. Pero usted puede hacer ese doble juego, Smitt… ¿quiere hacerlo?

El técnico en comunicaciones lo había estado escuchando en silencio y finalmente levantó la cabeza e hizo un gesto de asentimiento.

—Puedo intentarlo. No entiendo nada acerca de estas barreras mentales —titubeó un momento—. No soy sensitivo. ¿Qué puede hacer Cummi conmigo?

—El es un cinco punto nueve. No puede controlarlo, si eso es lo que teme. Usted viene de Luga… o su familia era originariamente de Luga, ¿no es así?

—Mi padre venía de Luga. Mi madre pertenecía a Desart.

—Luga… Desart… —murmuró Kartr, mirando a Zinga.

—Núcleo de elevada resistencia —le informó inmediatamente el zacathanio—. Imaginativo, pero con un excelente control. Percepción, cero-cero-ocho. No, ningún arturiano podría dominarlo. Y usted tiene una barrera mental, Smitt, aunque nunca haya intentado usarla. Cuando esté cerca de un sensitivo, limítese a pensar en algún aparato de comunicación. Concéntrese en alguna fase de su antiguo trabajo…

—¿Así? —preguntó Smitt ansiosamente.

Fue como si hubiese movido un conmutador. Donde estaba sentado Smitt había ahora un vacío mental. Kartr contuvo una exclamación y dijo:

—¡Siga así, Smitt! ¡Zinga…!

Lanzó todo su poder hacia el técnico, y entonces sintió que una segunda corriente de energía se sumaba a la suya, penetrando con ella en ese vacío como la punta de un rayo fulminante. ¡De modo que había estado en lo cierto! Zinga también era un sensitivo, y en un grado que él ni siquiera podía medir. Sus voluntades unidas se estrellaron contra Smitt, y chocaron contra una barrera qué resistió con la fuerza del casco de una nave espacial.

Kartr tenía la frente perlada de sudor, y las gotas se reunían debajo del borde de su casco y rodaban por sus mejillas y su mentón. Entonces su mano libre se movió en un gesto de

impotencia, y se serenó.

—No debe temer ninguna invasión mental, Smitt… a menos que se descuide.

—¿Entonces somos aliados? —preguntó el técnico, poniéndose de pie, y con tono casi avergonzado, como si hubiese esperado que rechazaran su oferta.

—Lo somos. Ahora muévase por la ciudad, y vea lo que consigue averiguar. Pero si es posible evite que lo trasladen a donde nos podamos comunicarnos con usted. Si surge un conflicto, quizás tengamos que partir apresuradamente…

—De acuerdo… —murmuró Smitt, y se encaminó hacia la puerta. Entonces titubeó y se volvió. Antes de salir, su mano hizo un gesto que los incluyó a todos, humanos y bemmys, con el saludo de un patrullero a sus pares.

—Ahora, por si acaso… —Fylh atravesó el cuarto y apretó el pedal que controlaba la puerta.

—Sí —asintió Zinga—, uno se siente más seguro cuando no es necesario pensar en cuidarse las espaldas. ¿Quieren que nos acostemos?

Kartr sacó la muñeca izquierda del cabestrillo y la frotó pensativamente.

—Aquí tienen un médico. Quizás…

Rolth se colocó a su lado.

—¿Estás pensando en aventurarte solo en la guarida del monstruo?

—Un hospital bien equipado de una nave tiene que incluir un rayo restaurador. Y si tenemos que entrar en la batalla, me gustaría hacerlo con dos manos sanas, y no con una sola. Además esto me da un buen pretexto para pasearme por abajo. Podré hacer preguntas…

—Muy bien. Pero no vayas solo —manifestó Rolth—. Por algún motivo no me entusiasma que uno de nosotros recorra solo este edificio. Dos forman una buena compañía… y dos lanzallamas abren un boquete más ancho que uno.

—¡Nada de eso! Soy un paciente en busca de un médico, ¿recuerdas? —pero los labios de Kartr se retiraron a lo que durante estos últimos días se había convertido en una curva desusada, una auténtica sonrisa—. ¿Ustedes dos tienen bastante con qué divertirse mientras estamos ausentes?

—No te preocupes por nosotros —respondió Zinga. sonriendo, y sus colmillos de dos centímetros y medio brillaron bajo la luz verdosa con un resplandor siniestro—. Nos convertiremos en amas de casa. ¿Quieren que cerremos la puerta detrás de ustedes?

—Sí. Y ábrela sólo cuando recojas nuestras ondas mentales.

Zinga ni siquiera parpadeó al oír esto. Naturalmente, había revelado la intensidad de su poder cuando había ayudado a Kartr a atacar la barrera mental de Smitt. Pero con su acostumbrada indiferencia por las emociones humanas, aparentemente no encontró ningún motivo para discutir ahora este prolongado ocultamiento de sus facultades.

Fylh abrió la puerta y empezaron a bajar por la escalera. Abajo reinaba el silencio, y estaban casi en el corredor cuando la percepción de Kartr le previno que un desconocido se estaba acercando. Era un hombre joven, con el uniforme algo llamativo de oficial de una nave de pasajeros, que se acercaba confiadamente a ellos.

—¿Usted es el sargento Kartr?

—Sí.

—El jefe del Subsector desea verlo.

Kartr se detuvo y miró con interés al recién llegado. Quizás el sargento era uno o dos años más joven que este altanero Piloto del Espacio… tomando en cuenta las diferencias planetarias y de raza, pero de pronto se sintió casi paternal.

—No recibí órdenes de mi oficial superior, delegándome para trabajar al servicio de la Sección Civil del Control Central.

Y esta pomposidad desconcertó al joven oficial. Quizás la vieja magia de la Patrulla conservaba todavía un pequeño poder. Kartr y Rolth reanudaron la marcha, pasaron al oficial, y hablan recorrido algunos metros por el corredor cuando el otro volvió a alcanzarlos.

—¡Escuchen! —exclamó, y trató de darle un tono de mando a su voz, aunque éste se disipó cuando los dos exploradores giraron hacia él con severa y cortés atención—. El jefe Cummi gobierna aquí… como ustedes saben —agregó débilmente.

—Ordenes generales, sección sexta, párrafo ocho —respondió Rolth—. “La Patrulla es guardiana de la ley bajo el Control Central puede ayudar a la rama civil si y cuando se lo soliciten. Pero en ningún momento y en ninguna forma entrega su autoridad a ningún

consejero o gobernante planetario o seccional, excepto por orden directa y sellada por el Control Central.”

El joven se quedó con la boca ligeramente abierta. Lo que menos habia esperado, pensó Kartr con una íntima sonrisa de verdadero humor que consiguió reprimir, era que le espetaran en la cara las órdenes generales. A Zinga le habría encantado oír esto. Kartr deseó que el zacathanio los hubiese seguido mentalmente, y se estuviese divirtiendo.

—Pero… —se dispuso a protestar el oficial, mas sus palabras murieron en sus labios al ver que la expresión amable pero impaciente de los exploradores no cambiaba.

—Ahora —dijo Kartr, cuando el oficial no agregó nada más—, quizás podrá explicarme cómo se llega al consultorio de su médico. Necesito que me atienda esto —indicó su muñeca.

—Baje dos pisos —explicó el oficial ansiosamente—, y doble hacia la derecha. El doctor Tre ocupa las cuatro primeras habitaciones del corredor.

Permaneció donde estaba, y siguió mirándolos cuando se alejaron.

—¿Qué crees que le informará al gran Cummi? —preguntó Rolth, mientras seguían sus instrucciones—. Creo que no me gustaría estar en sus botas. ¿Supones…?

—¿Que procedí correctamente al resistirme? Quizás no, pero Jaksan ya les debe haber informado que soy hostil. Y… esto era algo que tenía que hacer —agregó Kartr, con el rostro completamente desprovisto de expresión—. ¡Nos echó encima al Can-sabueso!

Rolth, que había visto antes ese rostro de luchador, y que sabía lo que cubría su máscara, decidió no decir nada más.

No encontraron a nadie en esos dos pisos. Aparentemente esta parte de la fortaleza de Cummi estaba casi desierta. Y se estaban acercando a la primera puerta por el pasillo del médico, cuando un suave murmullo les llamó la atención. Acá había altos ventanales empotrados en profundas aberturas, y la voz había llegado desde una de éstas.

—Una mujer…

Pero Kartr ya sabía esto, porque había encontrado la barrera que siempre impedía que un sensitivo interpretase las emociones de una

persona del sexo opuesto. Ella estaba inclinada hacia adelante, y les hacía señas con una mano. Rolth se encaminó hacia ese costado del corredor, y Kartr hizo un gesto afirmativo. El falthariano conversaría con la mujer mientras él seguía hacia su lugar de destino. Si además de Zinga algún otro los estaba vigilando mentalmente, este movimiento lo confundiría.

Rolth se introdujo en el profundo marco de la ventana, llevando a la mujer con él. No resultaban visibles para nadie que no estuviese directamente adelante de la abertura. Kartr siguió un metro más y miró hacia atrás. Rolth había adoptado una estrategia acertada. El no podía verlos.

El sargento entró por la primera puerta que encontró abierta. Evidentemente era el consultorio del médico, según se lo demostró el equipo que había allí. Casi en el mismo momento un hombre alto salió de una habitación interior. Kartr intentó un contacto mental, y entonces perdió parte de su tensión. Este no era un arturiano, y tampoco un enemigo. No encontró nada más que buena voluntad en los pensamientos del desconocido.

—¿Tiene un rayo restaurador? —inquirió, sacando el brazo del cabestrillo.

—Sí. Aunque no sé durante cuánto tiempo funcionará, conectado con la corriente de esta ciudad. No podemos estar seguros de nada. Soy el médico Lasilo Tre. ¿Una fractura? —sus dedos ya estaban palpando activamente la muñeca de Kartr, quitándole las vendas que Zinga le había puesto por la mañana.

—No sé. Ah… —Kartr aspiró bruscamente cuando Tre empezó a apretar la carne lastimada y amoratada.

Entonces el explorador fue empujado hasta un taburete, frente al foco del restaurador, y su brazo dolorido quedó bajo el rayo concentrado, sintiendo nuevamente el influjo de esos invisibles corpúsculos curativos. En dos oportunidades Tre cortó la corriente y se acercó para examinar la lesión con las delicadas yemas de sus dedos, e inmediatamente volvió a poner en funcionamiento el aparato, meneando la cabeza. La tercera vez quedó satisfecho. Kartr levantó el brazo lentamente y flexionó primeramente los dedos y luego la muñeca. Aunque ya había estado en una ocasión debajo del rayo —para restaurar una pierna casi hecha pulpa— volvió a maravillarse con su acción tanto como antes. Se quitó el cabestrillo

y le sonrió alegremente al médico.

—Mejor que nuevo —comentó Tre—. Ojalá su oficial pudiese ser curado con la misma facilidad, sargento…

¡Vibor! Kartr casi se había olvidado del comandante.

—¿Cómo se encuentra?

—Las heridas físicas… pudimos curarlas —respondió Tre, frunciendo el ceño—. Pero las otras… no soy psico-sensitivo. Necesita un tipo de cuidados y tratamiento que ya no podrá recibir… A menos que ocurra un milagro y seamos rescatados…

—Cosa que usted no cree que ocurra nunca —intervino Kartr.

—¿Cómo podría creerlo un hombre cuerdo? —exclamó el médico. Pero había algo más, otra emoción oculta detrás de sus palabras—. Este planeta… este sistema solar, ni siquiera estaba anotado en ninguno de los mapas del X#7.

—Pero quienes construyeron esta ciudad habían alcanzado un alto nivel de civilización —comentó Kartr—. ¿A dónde se fueron?

—Sí, mecánicamente estaban muy adelantados. Pero hay algunos vacíos extraños. Tengo entendido que ustedes, los exploradores, están entrenados para estudiar las civilizaciones desconocidas. Me interesaría conocer su reacción frente a las ruinas de esta ciudad, cuando haya tenido tiempo de estudiarlas. Lo que yo he notado, es que aquí no hay ningún astro-puerto, y que nunca lo hubo. Quizás los hombres de este mundo no conocieron nunca el vuelo espacial.

—¿Pero qué se hizo de ellos?

—Por lo menos, ésta no es una segunda Tantor —respondió Tre, encogiéndose de hombros—. Nos aseguramos de eso antes de entrar en la ciudad. Y no encontramos restos humanos. Casi produce la impresión de que todos se fueron un día, equipados para regresar cuando lo quisiesen, y que dejaron la ciudad preparada para el día de ese retomo. Hay rastros del tiempo: alguna erosión. Sin embargo, la maquinaria quedó bien protegida, aceitada, dispuesta en forma tal como para hacer que nuestros mecánicos echasen a correr rogándole a la gente que viniese a ver un excelente trabajo de conservación.

—Entonces deben haber planeado el regreso —murmuró Kartr, dirigiendo esta información. ¿Quedaría en otra masa terrestre de ese mundo desconocido, algún resto de civilización?

—Si ésa era su intención, no consiguieron llevarla a cabo. Pasó mucho tiempo desde que se fueron, i Su muñeca está en buenas condiciones, sargento?

Kartr no se sorprendió por el abrupto cambio de tema. Sabía que Rolth estaba en la puerta, detrás de él.

—El doctor Tre, el explorador Rolth —anunció, mirando hacia atrás antes de hacer la presentación. No tenía necesidad de informarle al médico que era un sensitivo.

El médico contestó al saludo del falthariano.

—Mucho gusto en conocerlo, explorador. ¿Viene a comunicar algún dolor o enfermedad? ¿Las antiparras siguen en buenas condiciones? ¿Necesita alguna crema para quemaduras de piel? ¿Usted es falthariano?

Los labios de Rolth formaron una sonrisa que se ensanchó en respuesta a la cordialidad del médico.

—¿De modo que usted conoce todos mis problemas, doctor?

—En una ocasión tuve un paciente falthariano… con una grave quemadura de piel. Eso fue lo que me hizo investigar las cremas. Encontré una que lo ayudó mucho. Espere un momento…

Se encaminó hacia un gabinete que estaba en el rincón y empezó a hurgar entre una multitud de tubos plásticos.

—Pruebe esto —dijo, entregándole uno—. Extienda la crema antes de colocarse bajo los rayos del sol. Creo que le evitará la irritación.

—Gracias, doctor —contestó Rolth, y guardó el tubo en el bolsillo de su cinturón—. Hasta ahora me he sentido muy bien. El sargento era el único que tenía trabajo para usted.

Kartr articuló la muñeca restaurada hacia arriba y abajo.

—Y esto quedó como nuevo. ¿Cuánto le debo?

—Las tarjetas de crédito no tienen mucho valor aquí, ¿no le parece? —comentó Tre riéndose—. Si durante su exploración encuentra algo que pueda interesarme, comuníquemelo. Me conformaré con eso. De todos modos, es un gusto para mí poder serle útil a la Patrulla, en cualquier momento. Ustedes se merecen lo mejor que podamos dar los civiles. Oí que irán a cazar… ¿Hay alguna posibilidad de acompañarlos durante una excursión?

Kartr quedó sorprendido. Esta pregunta fue hecha con un tono de urgencia, y los ojos del médico se clavaron en los de él, como si

Tre estuviese tratando desesperadamente de comunicarle algo: un mensaje de vital importancia para ellos dos.

—No veo por qué no —respondió el sargento—. Si es que partimos. Todavía no hemos recibido órdenes. Gracias nuevamente, doctor…

—No hay de qué. Fue un placer poder ayudarlos. Hasta pronto…

Pero ese llamado urgente seguía presente en su tono. Entonces los ojos de Kartr se dilataron. Los dedos de la mano derecha del médico se habían movido, se estaban moviendo nuevamente, para formar una figura que él conocía bien. ¿Pero cómo… cómo y dónde había aprendido Tre esto? Automáticamente dio la respuesta prescripta con su índice, mientras decía en voz alta:

—Si partimos, se lo comunicaremos. Cielos despejados.

—Cielos despejados —respondió el médico, contestando el saludo del explorador.

Una vez afuera, la mano de Kartr se cerró brevemente sobre la de Rolth. El falthariano empezó a hablar inmediatamente acerca de la cacería.

—Esas bestias con cuernos que vimos en el claro deben ser un manjar excelente —manifestó mientras subían nuevamente por las escaleras—. Quizás haya cómo salar la carne… si pudiésemos encontrar depósitos de sal. Y lo mismo digo respecto a esos seres acuáticos de los que Zinga habla constantemente. Aunque no convendrá enviarlo a él en busca de ellos —agregó el falthariano, riéndose con tanta despreocupación como si no hubiese captado el mensaje, y como si no supiese que ahora hablaba para otros oídos —. Se comería más de lo que nos traería.

—Será mejor que no usemos los lanzallamas —intervino Kartr, como si estuviera muy interesado en el problema—. Arruinan demasiado la carne. Los puñales de propulsión…

—Hay que acercarse mucho para usarlos, ¿verdad? —preguntó Rolth, dubitativamente.

Los dos estaban subiendo más de prisa. Ahora había alguien detrás de ellos. La mente de Kartr estableció contacto, y entonces retrocedió asqueada. El Can-sabueso los estaba siguiendo. Pero no corrieron, aunque respiraban agitadamente cuando llegaron al último piso y vieron que la puerta de la torre se abría lo necesario para dejarlos pasar. Zinga la cerró sobre sus talones con un rugido

de furia.

—¡De modo que los sigue!

—Solamente como espía, según creo. Dejemos que se consuma afuera. Ahora, Rolth, ¿qué quería esa mujer?

—Pensó que éramos héroes valientes llegados para rescatarlos. Cummi mantuvo nuestra llegada en secreto, pero corrió la noticia… Nuestros uniformes son demasiado bien conocidos. Vino a pedir ayuda. La situación aquí es la que nosotros imaginábamos. Cummi se instaló como un Control Central de bolsillo. El que no hace lo que él ordena, no come. Y quienes protestan demasiado, desaparecen.

—¿Cuántos corrieron esta suerte? —preguntó Fylh.

—El capitán del *X451* y otros tres o cuatro. También había cuatro pasajeros bemmys… y desaparecieron. Pero no en la misma forma. Tengo entendido que inmediatamente después del aterrizaje comprendieron cuál era la suerte que les estaba reservada, y huyeron por cuenta propia…

—¡Bemmys! ¿De qué especies? —preguntó Zinga, y su collar formó un abanico detrás de su cabeza. Todavía permanecía junto a la puerta, como si estuviese escuchando lo que ocurría del otro lado.

—No pude sacarle eso. Ella no los vio hasta después que la nave descendió: era una nave de dos clases. De todos modos, ahora hay un partido Cummi, pequeño pero armado y peligroso, y un partido anti-Cummi mal organizado y que protesta donde no puede ser oído por el amo y señor. Cummi se mantiene oculto, mientras sus secuaces patrullan los corredores. Los que tienen alguna especialidad, los técnicos y el médico, están al alcance de su voz. El Can-sabueso es una de sus grandes amenazas.

—¿Se nos invitó a unirnos al partido anti-Cummi? preguntó Fylh.

—No creo que hayan progresado tanto. Pensaban que la Patrulla había llegado para hacerse cargo del gobierno. Y creo que eso es lo que podríamos haber hecho si hubiésemos encarado la situación como lo querías tú, Kartr, dejándoles creer que teníamos una nave en buenas condiciones y que estábamos aquí en cumplimiento de una misión. Tuve que explicarle a la mujer que no controlamos la situación. Pero también le informé que los exploradores ge

mantienen unidos.

—Quizás planeen una revolución palaciega —murmuró Kartr—. Muy bien. Nos quedaremos aquí hasta que sepamos algo más.

—¿Dónde aprendió ese médico las señales de los exploradores? —comentó Rolth.

—Se lo preguntaré si alguna vez se presenta la oportunidad. El es otro que sugirió que esperemos, y que mantengamos los ojos abiertos y las bocas cerradas.

—Nuestros ojos y otras cosas abiertas… —dijo Zinga, apretando la cabeza contra la superficie de la puerta—. El Can-sabueso se dispone a espiar. ¡Pronto! Piensen algo agradable para que él lo capte.

9 — ENFRENTAMIENTO

—Entonces uno aprieta esta perilla y… Asombroso, ¿verdad?

Kartr tuvo que manifestarse de acuerdo con el zacathanio. El resultado de apretar la perilla era asombroso. Agua, agua verdadera, transparente y fresca, brotaba de un caño disimulado en la cabeza de un monstruo y caía en la pileta empotrada en el piso; una pileta lo bastante grande como para recibir con comodidad incluso el tamaño de Kartr.

—¡Vamos, pruébala! —exclamó Zinga—. ¡Yo lo hice… des veces! Y no ves que haya empeorado por eso, ¿eh?

Giró lentamente, flexionando los músculos y sonriendo.

Rolth se apoyó contra el marco de la puerta y miró el agua con desconfianza.

—¿Y la provisión de agua? ¿Crees que nuestros amigos podrán cortarla desde abajo si lo desean?

Kartr había desabrochado y tirado a un costado su cinturón y su túnica. Ahora se detuvo dubitativamente. Quizá sería más aconsejable conservar el agua en lugar de desperdiciarla en baños. Pero el zacathanio meneó la cabeza.

—Los caños que la traen suben por dentro de las paredes. Si cortan la provisión, probablemente también tendrán que cortar la de ellos. De todos modos, si en sus planes futuros está incluido un sitio, nosotros seríamos unos tontos si nos dejásemos embotellar más tiempo del necesario para descender por la pared exterior. No seas aguafiestas. ¿O acaso te gusta estar sucio?

Kartr se quitó el resto de sus ropas y las envió con un puntapié a través del piso. En su valija tenía un uniforme limpio, y soñaba con usarlo.

—¿Qué aspecto habrán tenido…? —probó la temperatura de la pileta con los dedos de los pies y la encontró agradablemente tibia; mucho más a su gusto que el río de la montaña.

—¿Quién? Oh, ¿te refieres a los que construyeron este maravilloso lugar? Bien… —Zinga indicó las paredes cubiertas de

espejos—, no se avergonzaban de mirarse en la cara. No creo que hayan reflejado antes a bañistas tan feos como tú…

Kartr se rió y salpicó al zacathanio.

—¿Qué me dices de ti, Zinga? No sé si sabrás que mi rostro no es considerado adecuado para asustar criaturas.

O acaso eso ya había cambiado, se preguntó súbitamente, y por primera vez estudió con interés su imagen tal como aparecía en el espejo que ocupaba toda la pared detrás de la pileta.

La piel bronceada que proclamaba su oficio espacial todavía tenía muy pocas arrugas. Naturalmente, por encima de esa superficie oscura, el color de su cabello resultaba bastante extraño. Pero su tono crema suave y castaño-rojizo en mechones ondulados era perfectamente natural para un hijo de Ylene. Tenía dos ojos, verdes, ligeramente sesgados, una nariz recta, una boca situada en el centro… todos los rasgos propios de un humano.

—Dientes demasiado pequeños…

Kartr se sonrojó y vio cómo el rubor se extendía sobre los bien definidos huesos de sus pómulos.

—¡Congélate, Zinga! ¿No puedes dejar tranquilos los pensamientos de un hombre?

—Se estaba admirando a sí mismo, ¿eh? Pero no estoy de acuerdo respecto a los dientes; los grandes no son símbolos de belleza entre nuestra raza…

Zinga estaba delante de su sección del espejo, con la boca abierta.

—¿Y por qué no? Son simultáneamente hermosos y útiles. Me gustaría verlos a ustedes dos, débiles humanos, librando uno de nuestros duelos guerreros. Sin garras… sin verdaderos dientes… ¡no durarían un minuto!

—La hermosura está en los ojos de quien contempla, y condicionada a la educación —anunció el falthariano—. El pueblo de Kartr tiene cabellos de dos colores… y por lo tanto ése es su ideal de la belleza —se iba quitando el casco y la túnica mientras hablaba—. Mi raza tiene cabellos blancos, piel blanca, ojos claros. Por lo tanto, para nosotros estos atributos son indispensables para ser considerado bello.

—Oh, tú eres lo que sueñan todas las doncellas —exclamó Fylh desde la puerta—. ¿Por qué no terminan con esas absurdas

zambullidas en el líquido y vienen a comer? Qué forma estúpida de desperdiciar el tiempo…

Pero Kartr no quiso darse prisa, y Rolth gozaba parsimoniosamente con el descubrimiento de Zinga. Cuando volvieron a vestirse y siguieron a Fylh al cuarto vecino, encontraron al trystanio arrellanado sobre la cornisa de una ventana abierta, intercambiando trinos con varios pájaros grandes.

—Chismeando otra vez —comentó Zinga—. ¿Y dónde está esa comida que debíamos ingerir con tanta urgencia? ¡Apuesto dos créditos a que se la pasó a uno de esos amigos con plumas!

—Si lo hubiese hecho lo merecerían. Pero la encontrarán debajo de sus narices.

Las raciones concentradas eran doblemente insípidas para cualquiera que hubiese comido recientemente carne asada y las frutas frescas de la espesura. Kartr masticó y tragó concienzudamente y deseó volver al pasado.

—Retiro lo dicho —masculló Zinga después de tragar el último cubo—. Fylh no les habría pasado este veneno a los pájaros. Los quiere, y esto los habría matado…

—De todos modos, ¿qué estamos haciendo aquí? —preguntó Fylh y saltó al suelo. Antes que cerrara la ventana, afuera se oyó el murmullo de las alas que se alejaban—. Deberíamos habernos quedado en el bosque. Este es un lugar muerto, y no es lógico pretender resucitarlo.

—No te preocupes. Probablemente nos iremos antes de lo que supones. Bajaremos y aceptaremos salir a cazar como buenos exploradores, y entonces partiremos… ¡para no regresar nunca!

Kartr levantó la vista. Podía entender este deseo de Zinga, y una parte de él ansiaba hacer exactamente lo que proponía el zacathanio. Y también participaba de la idea de Fylh de que éste era un lugar muerto resucitado artificialmente.

Pero… en la ciudad había mujeres y niños y se acercaba una estación fría, a menos que Cummi hubiese mentido también en esto. Quizás los plantadores de intal y algunos otros pasajeros sabían cazar, ¿pero bastarían sus esfuerzos para proveer lis necesidades de toda la comunidad? Y la mujer que le había hablado momentos antes a Rolth, creía en su ayuda sólo porque ellos lucían los Cometas.

—Tenemos que verlo en esta forma —empezó a decir lentamente el sargento, tratando de expresar sus sentimientos confusos con las palabras adecuadas, y de presentarles a sus compañeros las dos caras del dilema—. ¿Tenemos algún derecho a huir cuando quizás nos necesiten? Por otra parte, si el plan antibemmy de Cummi los pone a ustedes dos en peligro, deben partir…

—¿Por qué…?

—Todavía no nos iremos —intervino Zinga, interrumpiendo a Fylh—. Pero entiendo lo que quieres significar. Aunque debo prevenirte, Kartr, que hay momentos en que un hombre… o un bemmy, tiene que endurecer su corazón. No es necesario que tomemos decisiones esta noche. Un buen descanso…

—Con la puerta cerrada o no, propongo una guardia —manifestó Fylh.

—No tratarán de sorprendernos… por ese lado —respondió Kartr, meneando la cabeza.

—Piensas… ¡en el contacto mental! —exclamó Rolth, y lanzó un silbido—. Entonces Fylh y yo no resultaremos muy útiles.

—Es cierto. Zinga y yo nos repartiremos la noche.

Las horas siguientes estuvieron cargadas de tensión. Tres envueltos en las mantas, uno montando guardia, deslizándose descalzo de un cuarto al otro, hacia arriba y hacia abajo, escuchando con las dos orejas y con la mente. Cumplieron turnos de dos horas, y Kartr se había acostado por segunda vez cuando Zinga atrajo su atención con un silbido. El sargento se levantó con un suspiro para reunirse con el zacathanio junto a la ventana abierta.

—Se acerca Smitt… por ese otro techo…

El zacathanio estaba en lo cierto. Las ondas mentales del técnico en comunicaciones lo identificaban. Y sólo un explorador veterano podía verlo. Sus saltos de una sombra a la otra, su empleo de cualquier medio de amparo, eran un ejemplo de las mejores habilidades de la Patrulla.

—Iré a recibirlo —dijo Kartr, y antes de que Zinga pudiera protestar, el sargento salió por la ventana y bajó por la escalera formada por el diseño de la pared. Afortunadamente era una noche nublada y pensó que a menos que alguien lo estuviese vigilando con lentes de visibilidad resultaría imposible descubrirlo, ya que su

uniforme tenía casi el mismo tono que la piedra.

Cuando el sargento llegó a medio metro del techo por el que avanzaba Smitt, lanzó un silbido con la contraseña de la Patrulla. Hubo un momento de silencio y entonces recibió la respuesta y el técnico se acercó corriendo a él.

—Soy Kartr…

—¡Bendito sea el Espíritu del Espacio! ¡Hace horas que trató de comunicarme con usted!

—¿Qué ocurre?

—Los hombres, ésos que se oponen al Cummi. Tomaron nuestra aparición como una señal para sublevarse. ¡Qué imbéciles! El tiene un desintegrador montado en cada pasillo principal, y ellos no pueden acercarse a él. Y el Can-sabueso eliminó a dos de sus cabecillas; los durmió como lo hizo usted con Snyn en la nave. ¡Será un suicidio si intentan asaltar las habitaciones de Cummi! Tiene a Jaksan encerrado con el médico… y los guardias están bajo vigilancia. Eliminará a toda la oposición…

—¿Qué planes tiene para nosotros?

—Puso una bomba de fuerza al pie de la escalera de la torre. Si intentan bajar, ¡será el fin! Y él y el Can-sabueso están planeando algo especial para hacerlos salir…

¡Algo especial! Si el arturiano creía que estaba tratando con un sensitivo de poderes iguales a los suyos, podría intentar muchas cosas. Pero contra un seis punto seis y Zinga, esos ataques podrían fallar.

—Tengo que regresar —dijo Smitt, empuñando el lanzallamas con una mano—. Debo impedir que esos estúpidos se lancen al ataque. ¿Ustedes pueden hacer algo?

—No lo sé. Pero lo intentaremos. Detenga a sus hombres durante el mayor tiempo posible. Quizás podamos invertir las posiciones…

Smitt desapareció en la noche. Si mantenía su barrera mental, sería un aliado formidable para las fuerzas rebeldes. Ni el arturiano ni el Can-sabueso conseguirían alcanzarlo en esta forma. Kartr trepó nuevamente a la ventana de la torre, y descubrió que todos los exploradores lo estaban esperando.

—Era Smitt —dijo Rolth. Como siempre, la oscuridad no lo había desorientado—. ¿Qué quería?

—Hay una rebelión contra Cummi. El otro bando tomó nuestra

llegada como una señal para iniciar el ataque.

—Y naturalmente, Cummi no se quedó dormido mientras tanto. ¿Qué tienen sus hombres preparados para combatirnos?

—Sí, ¿qué nos está esperando? —preguntó a su vez Rolth.

—Smitt dijo que hay una bomba de fuerza al pie de la escalera, lista para estallar apenas bajemos…

—Un juego violento, ¿eh? Creo que alguien debería hacerles sentir el rigor de la Patrulla a estos caballeros…

—¿Dónde está Zinga? —lo interrumpió Kartr.

—Bajó para hacer lo que llama "escuchar" —informó Fylh. Entonces depositó la linterna sobre el piso, la cubrió parcialmente con el borde de su manta, y junto a la luz atenuada empezó a contar los cargadores de su lanzallamas. Desgraciadamente no tardó mucho en terminar este trabajo.

—¿Es todo lo que tenemos? —preguntó Kartr, preocupado.

—Tienen las cargas de las pistolas y las de los cinturones… si han seguido el reglamento. Estas son las restantes.

—Muy bien. Quedan tres para cada uno, y la que Sobre es para Rolth. Si ésta ha de ser una lucha nocturna, tenemos que darle la ventaja a quien mejor pueda aprovecharla.

El falthariano estaba ocupado, armando las mochilas. Si debían huir apresuradamente, lo mejor sería llevar también parte de su equipo.

—Llevaron nuestro trineo al corredor de abajo, y probablemente ahora está bajo custodia. Sin embargo, si triunfamos…

—Si triunfamos podremos ir a buscarlo —lo interrumpió Fylh—. De todos modos tendremos que hacerlo. ¿Qué es lo que demora a ese viejo lagarto?

A Kartr también lo había asaltado esta duda, y lanzó una interrogación mental que fue contestada instantáneamente con una fuerte impresión de peligro El sargento recogió Su parte de los cargadores y los metió debajo del cinturón antes de atravesar el cuarto y bajar a la cámara de los peces verdes. Zinga estaba apretado contra la puerta, como si quisiese confundirse con su superficie. Kartr se reunió con él para "escuchar".

Había movimientos no muy lejos de allí; quizás un poco más adelante del pie de la escalera. Dos seres vivientes se retiraron, y un tercero se quedó: el Can-sabueso. Pero, ¿por qué dejaban a éste de

guardia, a menos que…?

"A menos", respondió instantáneamente el pensamiento de Zinga, que sospechen que tú… o yo, no seamos lo que parecemos. Pero no saben toda la verdad, porque en ese caso no habrían dejado el Can-sabueso. Especialmente después de la forma en que tú te desembarazaste de él en la ocasión anterior. No deben haber descubierto nunca…"

"¿O acaso era un señuelo?", respondió Kartr mentalmente, gozando con la sensación de libertad que le producía esta intercambio que siempre había ansiado experimentar pero para el que nunca había hallado ocasión anteriormente.

"Eso es lo que averiguaremos. ¡Esta vez la tarea me corresponde a mí… hermano!"

Kartr retiró el contacto mental y se concentró únicamente en la percepción de la proximidad de cualquiera que pudiera romper el control de Zinga. Sintió cómo el cuerpo del zacathanio se ponía tenso, e imaginó la agonía que debía estar sofriendo Zinga.

Era como si hubiesen salido del tiempo; del tiempo planetario. Kartr no supo nunca durante cuánto tiempo libraron esta batalla sorda hasta que él tuvo que dar la voz de alerta.

—Se acerca alguien —dijo en voz alta, sin atreverse a introducirse en el campo mental.

—Era un señuelo —siseó Zinga, lanzando un suspiro, como si su poder mental estuviese casi agotado—. Pero no como nosotros lo temíamos. Ha estado bajo observación durante todo el tiempo… Si se retiraba contrariando las órdenes, habrían deducido que somos lo bastante fuertes como para controlarlo. De modo que sospechan… pero no saben.

—¿Dices… que enfrentamos a alguien más que a Cummi y el Can-sabueso?

—Cummi aprendió a utilizar la energía mental de algunos otros; no sé de cuántos. Si un cinco punto nueve puede hacer esto…

—¿Hasta dónde podrá levantarse a sí mismo? —preguntó Kartr, y gran parte de su confianza fue disipada por esta idea. ¿Incluso con la ayuda de Zinga podría enfrentar a Cummi reforzado en esta forma?

—Sugiero que por un tiempo nos ajustemos a los lanzallamas como armas de ataque —dijo Zinga un poco secamente, como si él

también estuviese desconcertado—. En esa forma, será más fácil enfrentar los peligros.

—Y tendremos que salir de aquí para poder usarlos. Si nos vamos, ese ser que está abajo, lo sabrá inmediatamente.

—Lo cual nos deja una sola solución. Por el momento tendremos que separarnos. Tú y Rolth saldrán y verán lo que pueden hacer en medio de la confusión general. Fylh y yo defenderemos el recinto y procuraremos que dos piensen por cuatro.

Kartr comprendió la agudeza de este plan. Como humanos, él y Rolth tenían más probabilidades de obtener la cooperación de los rebeldes. Al mismo tiempo, los dos bemmys estarían a salvo de ser asesinados despiadadamente.

El descenso hasta el techo por el que Smitt se había acercado fue ridículamente fácil. Se detuvieron allí el tiempo necesario para ponerse las botas, y luego se deslizaron por él desde una sombra hasta otra. Cuando llegaron al parapeto, Rolth miró hacia abajo. Entonces retrocedió y acertó los labios a la oreja de Kartr.

—Un piso más abajo hay una cornisa. Conduce hasta una ventana iluminada. La pared es lisa, y no creo que quien esté en ese cuarto espere visitas llegadas desde arriba.

—¿Y cómo llegaremos hasta la cornisa?

—Nuestros cinturones unidos y pasados por aquí… así… —el falthariano apoyó la mano sobre un ornamento del parapeto con forma de diente.

Si Kartr se imaginó lo que significaba colgar en forma tan precaria sobre el abismo, no dio ninguna indicación de ello.

—Es una suerte que los dos seamos altos —comentó Rolth, uniendo su cinturón al que el sargento le pasó desganadamente—. Un hombre bajo no podría hacerlo.

El falthariano enganchó en el ornamento el nudo corredizo de un extremo de su lazo improvisado y pasó por encima del parapeto. Manteniendo el cuerpo en ángulo con el muro, medio se deslizó y medio caminó por la pared. Kartr se aplastó contra el borde, y miró con un esfuerzo. Entonces Rolth se detuvo y el cinturón colgó flojamente entre los dedos del sargento.

Kartr recorrió el mismo trayecto, no con tanta habilidad como Rolth, manteniendo la vista clavada en la piedra que tenía adelante, tratando de no pensar en el oscuro abismo. Descendió durante una

eternidad, y finalmente la mano de Rolth lo ayudó a erguirse y sus botas tocaron la cornisa. Descubrió que era más ancha de lo que parecía desde arriba. Podía apoyar sobre ella casi todo el pie, exceptuando una pequeña porción del taco.

—¿Hay alguien en el cuarto? —preguntó Rolth mientras se deslizaba hacia la ventana.

Kartr hizo un tanteo mental.

—En el cuarto no, pero cerca…

El falthariano contestó con una risa apagada.

—¡Somos casi tan ágiles como algunos de los amigos alados de Fylh! ¡Vamos!

Se tomó del marco de la ventana y se lanzó hacia ésta, abriéndola con la rodilla. Protestó con un tenue chirrido, y Rolth aterrizó silenciosamente sobre sus pies, y Kartr se reunió con él un segundo más tarde.

Estaban en una habitación donde alguien se alojaba como en su propia casa. Sobre un camastro había una pila de mantas que evidentemente habían sido arrancadas de los soportes de la nave. Contra una pared había dos costosas valijas de valcunite, y una mesa, también del equipo de la nave; estaba cargada con objetos de uso personal.

—¡Qué olor! —comentó Rolth en voz baja, frunciendo la nariz.

Kartr trató de recordar dónde había aspirado anteriormente esta empalagosa fragancia de flor de cura.

—¡Fortus Kan! —exclamó. Cuando esa mañana casi habían tropezado con el secretario en el corredor, había olido indudablemente a lirio de cura.

Y como si esta identificación hubiese sido un llamado o una señal para la entrada, el ayudante del jefe de Subsector se encaminó en ese momento hacia ellos. Kartr recibió el alerta con bastante anticipación como para aplastarse contra la pared junto a la puerta, y Rolth, al ver este movimiento, hizo lo mismo del otro lado de la abertura.

Se podían leer ondas de recelo en la mente del hombre que estaba accionando el intrincado y antiguo picaporte. Fortus Kan estaba asustado. La cerradura desafiaba su habilidad, y entonces la exasperación empezó a vencer al temor. Perdió los estribos lo suficiente como para pegarle un puntapié a la puerta cuando ésta

cedió. Con esta confusión de emociones, le sería fácil a Kartr…

El sargento lo dejó internarse cuatro pasos en el cuarto antes de apoyar la palma de la mano contra la puerta y volver a cerrarla. Fortus Kan giró en redondo… para encontrarse con las pequeñas y mortales bocas de dos lanzallamas de la Patrulla. Y este espectáculo desmoronó toda su resistencia.

—¡Por favor! —exclamó, y sus manos subieron hasta su boca temblorosa. Retrocedió sin mirar hacia dónde se encaminaba, hasta que sus corvas tropezaron con el borde del lecho y cayó sentado sobre la cama como si fuese un invertebrado de Lydia V.

Cuando Kartr se acercó a él, el hombrecillo se encogió como si quisiese desaparecer entre las cobijas.

—Cualquiera podría pensar, Kartr, que este caballero tiene una conciencia culpable.

Las palabras de Rolth pudieron haber sido un látigo de un capataz de esclavos de Centuria, por la forma en que reaccionó Fortus Kan. Dejó de tratar de perderse debajo de las sábanas y quedó rígido como una piedra, con la boca temblorosa, y los ojos vidriosos por efecto de algo que Kartr reconoció como miedo puro.

—Por favor… —dijo el secretario con un gran esfuerzo, pero esta palabra parecía el tapón que había detenido el torrente—. Por favor… yo no tuve ninguna relación con eso… ¡ninguna! Le aconsejé que no enfrentase a la Patrulla. Conozco la ley… Oh, tengo un primo segundo que está empleado en la oficina de administración de ustedes en Sexti. Yo no me atrevería a luchar contra la Patrulla… nunca. ¡No tuve absolutamente nada que ver con esto!

Su miedo era tan intenso, que parecía casi un olor en el cuarto. ¿Pero de qué estaba asustado? ¿De la trampa de la bomba de fuerza? ¿De la treta con el Can-sabueso? Había una sola forma de obtener la verdad completa. Y por segunda vez en su vida Kartr invadió despiadadamente el cerebro de otro ser humano, venciendo la débil barrera, explorando, descubriendo en parte lo que le interesaba. Fortus Kan gimió y luego se quedó callado. Ahora permanecería así durante un largo rato. Kartr se volvió. Había mucho que hacer. Era lamentable que Cummi no hubiese confiado más en el hombrecillo; había claros importantes en su información; claros que podrían resultar fatales si los exploradores no procedían

con cautela.

—Sí —dijo el sargento, volviéndose hacia Rolth—. Hay una bomba de fuerza debajo de la escalera de la torre. Y el Can-sabueso está allí para hacernos salir y volamos. Todos están siendo retirados de los pisos superiores de aquí antes de que estalle. Kan volvió para buscar algunos de sus preciosos bienes personales. La escalera está bajo vigilancia…

—Podríamos abrirnos paso por la fuerza, aunque eso sería un poco ruidoso.

—Sí. Hay algo que me intriga. Por qué tenían tantas escaleras, si también había pozos gravitacionales. Es extraño… y quizás importante.

—Este era un edificio del estado —le recordó Rolth—. Quizás usaban las escaleras para las ceremonias. Como los de Opolti que vuelan por todas partes menos en la región de Affid. No hay rastros de otros medios para bajar de aquí. ¿Y los muchachos? Si el Can-sabueso se cansa de esperar que ellos salgan, podría hacer estallar igualmente la bomba, y confiar en que la suerte lo ayude.

—Sí…

Kartr se puso rígido. Estaba desvaneciéndose: primero desaparecieron los corredores, luego la habitación, su contacto con Rolth. con Fortus Kan, con su propia persona. ¡Lo logró! Su mente se comunicó con la de Zinga. Le dio la alarma. Y entonces volvió al cuarto en desorden, sacudiendo la cabeza como aturdido, y vio a Rolth que estaba en cuclillas junto a la puerta. Dos… o tres hombres… avanzaban por el pasillo exterior… ¡directamente hacia esa habitación!

10 — BATALLA

Un golpe seco en la puerta inmovilizó a los dos exploradores.

—¡Kan! ¡Ya nos vamos! ¡Acompáñenos!

Pero Fortus Kan estaba sumergido en un mundo propio.

—¡Kan! ¡Venga, idiota!

Kartr estableció contacto mental. Afuera estaba el joven oficial que había conocido ese día, más temprano, junto con otros dos, humanos y no sensitivos. Estaban impacientes… como consecuencia del miedo. Y el miedo los venció. Después de una conversación apresurada, que atravesó la puerta sólo en forma de murmullo, se alejaron. Rolth se encaminó hacia la ventana y estudió lo que había abajo.

—Supongo que tendremos que irnos de prisa —comentó sin volverse.

—Estaban asustados; demasiado asustados para quedarse más tiempo. ¿Qué hay abajo?

—Otro techo, pero está tan abajo que será imposible alcanzarlo sin las ventosas que usan los escaladores.

—Tenemos un sustituto para las ventosas —dijo Kartr. Bajó a Fortus Kan de la cama y empezó a desgarrar las sábanas en tiras que Rolth tomaba y unía con nudos. Trabajaba apresuradamente pero probaba cada ligazón, de modo que finalmente tuvieron una soga resistente.

—Tú adelante —ordenó el sargento—. Luego esto —tocó a Fortus Kan con la puntera de la bota—. Yo bajaré último. Vamos; debe faltar poco para que se cumpla el plazo, porque de lo contrario no habrían tenido tanta prisa.

Rolth salió casi antes de que él hubiese terminado de hablar. Kartr se asomó por la ventana para seguirlo con la mirada, pero el falthariano desapareció tan rápidamente entre las sombras que sólo los movimientos de la soga le indicaron que había dejado de descender y que había llegado sano y salvo. Kartr izó nuevamente la improvisada escala, con las palmas mojadas sobre la tela

desgarrada. Lo aguijoneaba un terrible apremio. Ató la soga por abajo de los brazos de Kan y pasó el cuerpo inerte del secretario por encima del antepecho, bajándolo lo más lentamente posible, hasta que un enérgico tirón le indicó que Rolth se había hecho cargo de él. Kartr ni siquiera esperó que Kan estuviese desatado para iniciar su descenso.

Y cuando sus pies tocaron la superficie del techo, ocurrió lo esperado. Al principio no hubo ningún ruido. Pero el suelo bailó bajo sus pies. Cayó de bruces y se cubrió la cabeza con los brazos, sin atreverse a mirar lo que ocurría arriba. Sí, era una bomba de fuerza. En una ocasión había sido alcanzado por el efecto retardado de una de ellas. ¿Habrían conseguido Zinga y Fylh escapar a tiempo? Resueltamente apartó este temor de su mente. Oyó un débil gemido de Kan. ¿Rolth…?

Pero la voz del falthariano cortó su pensamiento.

—¡Qué espectáculo! A Cummi le gusta emplear la violencia, ¿eh?

El sargento se sentó. Estaba temblando, quizás como reacción por el frenético descenso… pero, decidió, principalmente como consecuencia de la cólera brutal que lo dominaba cada vez que pensaba en el arturiano. Una cólera que tendría que ahogar, porque de lo contrario otro sensitivo podría aprovecharla como arma contra él.

—¿Cómo saldremos de aquí? —preguntó. Tenía que depender de la habilidad de Rolth para horadar las tinieblas. Porque ahora estaban verdaderamente envueltos en una oscuridad impenetrable. Las luces titilantes de la ciudad habían desaparecido… y ellos estaban agazapados en el centro de una mancha negra.

—Ahí hay una ventana… No está demasiado alta y se la puede alcanzar. ¿Qué haremos con este paquete premiado? ¿Lo cargaremos con nosotros?

—Se despertará por la noche. Mételo en una habitación y déjalo. No creo que hagan estallar otra bomba.

—No, a menos que quieran que el edificio se derrumbe sobre sus cabezas. Vamos. Si levantas las piernas de Kan, yo me haré cargo de sus hombros.

Kartr avanzó tambaleándose, y confiado en la percepción de Rolth. Llegaron hasta la ventana, la abrieron, y entraron con su

carga inerte.

—¿No estamos en otro edificio? —preguntó el sargento—. Creo que bajamos por allí…

—Tienes razón. Este es otro. Pero era la ruta más fácil y rápida. ¿Los muchachos lograron escapar?

Por segunda vez Kartr trató de encontrar a Zinga… y lanzó sus ondas mentales al espacio. En una ocasión, y por una feliz fracción de segundo, creyó haber establecido contacto… y luego lo perdió. No se atrevió a seguir buscando. El Can-sabueso —si este monstruo seguía con vida— o incluso Cummi podrían interceptar la señal.

—Es inútil —le dijo a Rolth—. No lo encuentro. Pero esto no significa que tengamos que preocuparnos. Quizás estén demasiado lejos… Nunca hemos logrado descubrir qué gobierna la recepción mental ni hasta qué distancia puede llegar una onda. Y quizás están escondidos porque el arturiano se encuentra demasiado cerca. Pero me comuniqué con Zinga antes del estallido, y dispusieron de varios minutos más que nosotros para huir.

Kartr sabía que esto no bastaba para fundar muchas esperanzas. Pero con veteranos como Fylh y Zinga era casi suficiente.

—¿Trataremos de encontrar a Smitt?

—Creo que sí. O por lo menos buscaremos a sus rebeldes.

Kartr metió los dedos debajo del cinturón de Rolth y dejó que el falthariano lo guiase por las habitaciones y los corredores oscuros, mientras él trataba de mantener alerta su sentido de la orientación.

—Ya estamos al nivel de la calle —dijo un susurro bienvenido.

—Creo que nos encontramos frente a la arteria que pasa delante del cuartel general de Cummi.

Pero antes de que Rolth pudiese confirmar o desmentir esto, un rayo brillante de fuego atravesó la oscuridad, y los dos se agacharon instintivamente.

¡El disparo de un lanzallamas! Y otro partió del extremo de la calle. Un tercer rayo arrancó como respuesta un grito ahogado y horrible.

—¡Estalló la guerra! —explicó Rolth sin ninguna necesidad—. ¿Y cuál es nuestro bando?

—Por el momento, ninguno. No quiero equivocarme y que me frían —respondió Kartr amargamente—. Hay alguien a nuestra izquierda… aproximadamente a un metro y medio. Está

deslizándose oblicuamente… Trataré de establecer contacto cuando pase junto a nosotros, para saber quién es.

Los rayos de fuego siguieron iluminando la calle a intervalos irregulares. No hubo más gritos, de modo que la puntería seguía siendo mala, o era excepcionalmente buena.

El tirador pasó junto a su escondrijo.

—No usa uniforme —manifestó Rolth—. A mí me parece que es un civil. Pero sabe empuñar el lanzallamas. Quizás es un veterano de una guerra de sectores.

—No es un secuaz de Cummi, pero… —Kartr no tuvo tiempo para dar la alarma.

No, el hombre no era uno de los partidarios de Cummi, pero había percibido instantáneamente el intento de contacto mental… cosa que nunca le había ocurrido antes a Kartr. Y su arma se volvió hacia los exploradores.

—¡Patrulla! —gritó Rolth.

El lanzallamas titubeó, y luego los encañonó firmemente.

—Salgan… con las manos en alto —ordenó una voz áspera—. Coloqué el disparador en "pulverización" y lo usaré así si es necesario.

Kartr y Rolth obedecieron, avanzando agachados porque otros tiradores estaban en actividad un poco más adelante.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó su captor.

—Exploradores de la Patrulla. Queremos encontrar a Smitt, nuestro técnico…

—¿Sí? —preguntó la voz, con un tono de profunda desconfianza —. Ahora lo verán. Sigan avanzando. Yo estaré detrás de ustedes, y si intentan huir…

Obedecieron las órdenes, hasta que llegaron a un oscuro portal.

—Acá hay una escalera —le informó Rolth a su compañero.

—Sí —asintió el hombre que los seguía—. ¡Bajen por ella y cállense!

Pero cinco escalones más abajo se encontraron con otra puerta.

—¡Golpeen cuatro veces rápidamente, esperen un segundo y vuelvan a golpear! —ordenó el guardia.

Rolth hizo lo que le indicaban y la puerta se corrió hacia el costado. Atravesaron un espeso cortinaje y se encontraron en un corredor débilmente iluminado donde dos hombres los miraron sin

ninguna cordialidad, apuntándoles al vientre con sus lanzallamas. Pero cuando la luz iluminó sus Cometas, fueron reconocidos y esto trajo una reacción tranquilizadora. Uno de los guardias se acercó a ellos.

—Quítense los cascos —ordenó.

Los exploradores obedecieron, y entonces parpadearon cuando el rayo de una linterna se clavó sobre ellos.

—Está bien. No son hombres de Cummi; deben pertenecer a la Patrulla. Llévenlos ante Krowli. ¿Cómo marchan las cosas arriba?

—Estamos cuerpo a tierra y tiramos… y ellos hacen lo mismo. Por lo menos cortamos los cables de control de los robots para que no puedan volverlos contra nosotros. Por el momento, la situación es pareja —informó el captor de los dos exploradores—. Déjenme salir. ¡Tengo que volver a la línea de fuego!

—¡Despacha a uno en mi nombre, Pol!

—Lo haré. Lo freiré en un plato. ¡Buen aterrizaje!

—¡Y cielos despejados! —respondió uno de los guardias. Cerró la puerta y arregló los pliegues de la improvisada cortina de oscurecimiento. El otro les hizo una seña a los exploradores.

—Bajen por aquí.

Descendieron hasta una habitación amplia que era escenario de una actividad febril. Varios hombres estaban en cuclillas alrededor de algunos cajones, sacando del embalaje piezas de maquinaria. Otros dos estaban sentados frente a una mesa, y tres más preparaban comida en el extremo de la habitación. Los recién llegados fueron conducidos hacia los dos hombres que ocupaban la mesa. Uno de ellos irguió la cabeza, y entonces se puso de pie de un salto. Era Smitt.

—Sí, la situación es pareja —comentó el técnico en comunicaciones, pasándose los dedos por entre el cabello.

Kartr y Rolth estudiaron el tosco mapa extendido sobre la mesa.

—Los tenemos acorralados en el edificio de su cuartel de operaciones. Entre paréntesis, ¿volaron la torre? Sentimos una conmoción…

El sargento hizo un gesto afirmativo.

—Si Cummi tiene desintegradores —dijo—, no entiendo por qué permite que un puñado de tiradores lo acorrale. Podría abrirse paso cuando quisiera.

—Bien; Cummi no quiere estropear esta linda ciudad mientras pueda evitarlo —explicó sonriendo el hombre delgado y maduro que ocupaba la mesa junto con Smitt—. Y los francotiradores son difíciles de localizar.

—No para un sensitivo —respondió Kartr—. Déjeme afuera cinco minutos, y encontraré a cada uno de sus hombres. Cummi sólo necesita enviar al Can-sabueso y…

La sonrisa de Krowli desapareció como si hubiese sido borrada por una mano brutal.

—En eso tiene razón, sargento —confesó con voz suave, aunque sus emociones interiores bullían violentamente.

—¿Podría ser que Cummi no tuviese muchas cápsulaspara desintegradores en su arsenal? —intervino Rolth.

—Esa idea también se nos ocurrió a nosotros —contestó Krowli —. Pero es un poco difícil de probar. Cummi tuvo todos los armamentos bajo su control desde el segundo día de nuestra permanencia aquí. Nosotros tenemos sólo las armas de uso personal, que lógicamente él no podía quitarnos. Se armó este lío sólo porque él supo pensar más rápidamente que nosotros. ¡Y convénzase de que no perdió la oportunidad de reunir todas las armas posibles! Es cierto que podríamos asaltar el cuartel de operaciones de Cummi, pero si los desintegradores funcionan… ése sería el fin de los atacantes. Y él tiene dos sensitivos. Nosotros…

—También tenemos dos, si puedo comunicarme con Zinga. ¿Hay algún otro entre su gente?

—Somos… éramos —se corrigió Krowli, meneando la cabeza—, un grupo de ciudadanos tan vulgares como los que se puede encontrar en cualquier lugar del territorio del Control. Cummi se apoderó de todos los que podían resultarle útiles, junto con las armas.

Rolth estaba estudiando el mapa, y clavó una uña. en el centro del cuadrado que representaba la fortaleza de Cummi.

—Veo que no tienen marcado el túnel…

—¿Qué túnel? —preguntó Krowli.

Smitt descargó el puño sobre la mesa y lanzó un juramento de dolor.

—¡Parezco un idiota de Domanti! —exclamó, y entonces la explicación de Kartr lo interrumpió.

—Todo depende de si Cummi descubrió esas rutas subterráneas —dijo el sargento como broche final.

—¡No las conoce! ¡Estoy casi seguro de eso! Nadie las oyó mencionar… a menos que los técnicos las hayan descubierto y hayan mantenido el secreto.

—Si fuese así, nuestra ilusión podría arrastrarnos a la boca del lobo —comentó Rolth, levantando la vista.

—Y si no lo saben —exclamó Smitt, entusiasmado—, ¡estaríamos sobre ellos antes de que se diesen cuenta!

—Para esto habrá que elegir a los hombres adecuados —dijo Kartr, sin el entusiasmo de Smitt—. Usted sería uno de ellos, Smitt. No pueden penetrar su barrera mental. Pero los otros… Necesitaremos hombres sobre los cuales el Can-sabueso y Cummi no puedan influir. Tomemos por ejemplo al hombre que nos trajo aquí: no es un sensitivo, o por lo menos no parece serlo, y sin embargo, captó mis ondas mentales y nos atrapó inmediatamente.

—Debe haber sido Norgot. Tiene motivos para saber cómo protegerse contra las invasiones mentales. Fue uno de los rehenes de Satsati…

—¡Ajá! —exclamó Rolth—. No es extraño que se sintiese nervioso cuando trataste de investigarlo, Kartr. Sería un candidato perfecto para la partida de abordaje.

—¡Partida de abordaje! —murmuró Kartr. Era extraño cómo los términos espaciales se fijaban en el lenguaje, aún ahora, cuando estaban varados para siempre en tierra—. Sí —agregó en voz alta—. ¿Hay alguien más de su calibre?

Krowli le hizo una seña a uno de los hombres que terminaban de comer.

—Usted es sensitivo, sargento. Dejaremos la elección en sus manos.

Al final habían reunido ocho hombres cuyas barreras mentales eran lo bastante inexpugnables como para convertirlos en buenos candidatos. Kartr lamentó no poder contar con Zinga y Fylh, pero por el momento no había tenido noticias de los dos exploradores bemmys, aunque las patrullas rebeldes habían sido alertadas para buscarlos.

Los diez integrantes del grupo descendieron uno detrás del otro por el pozo gravitacional que habían descubierto en la primera

excursión. En la plataforma había una sola vagoneta, y tuvieron que apretarse mucho para viajar de a tres. Pero lo hicieron así, y Rolth manejaba los controles en cada uno de los recorridos. Finalmente estuvieron todos cerca del disco que servía de ascensor para llegar a las habitaciones de Cummi. Kartr no vio rastros de que hubiese habido visitantes allí desde la última ocasión en que él y el falthariano habían empleado ese medio para entrar al edificio.

Lo que ahora le interesaba eran las otras dos paradas del trayecto, por las que habían pasado de largo en la oportunidad anterior. Si había un comité de recepción esperándolos arriba, lo mejor sería detenerse antes. Por ello apretó el botón más bajo de la pared. Los cinco que habían logrado apretujarse sobre el disco se aferraron los unos de los otros mientras subían.

Llegaron a una plataforma desde la cual una rampa subía hacia la oscuridad. Sobre el piso había una capa de polvo fino que según comprobó Kartr no debía haber sido removido durante siglos. Y su percepción le aseguró que en las proximidades no había más seres humanos que ellos. Cummi debía desconocer esta brecha en su sistema defensivo.

El rumor del aire desplazado anunció la nueva llegada del disco, y entonces Smitt, Rolth y los otros tres rebeldes se reunieron con ellos. Rolth se asomó al pozo, y estudió el espacio que tenían arriba.

—Perfecto. Se cerró cuando el disco llegó abajo. A menos que alguien hubiese estado vigilando en este preciso instante, no lo sospecharán nunca.

Kartr apagó su linterna y Rolth se puso a la cabeza. Cada uno de los hombres estaba tomado del cinturón del de adelante, y formaban una cadena para atravesar la oscuridad por la que sólo Rolth podía pasar sin dificultad. Al principio el ángulo de la rampa era empinado, pero empezó a nivelarse hasta que se encontraron en un amplio salón, dando un rodeo a la base de un tabique para entrar a un espacio iluminado en el que vibraba el zumbido de una máquina en funcionamiento. De ese lado, el tabique parecía un muro sólido y a Kartr no le extrañó que la rampa y el túnel al jue ésta conducía no hubiesen sido descubiertos. En ese mismo momento no sólo vio al hombre que tenía adelante, sino que también consiguió identificarlo.

¡Dalgre!

El sargento le hizo una seña a Smitt.

—Dalgre está adelante… con otro hombre; quizás un guardia, a menos que se haya unido a Cummi. Probablemente usted tendrá más suerte que yo si conversa con él. Y yo podré cubrirlo…

El técnico respondió con un breve movimiento de cabeza, y les hizo una seña a los otros rebeldes para que permaneciesen donde estaban. Entonces, junto con Kartr, corrió desde la sombra de una gigantesca máquina hasta otra, hasta que pudieron ver el círculo de luz más brillante en el que Dalgre estaba sentado frente al tablero de controles. Un hombre con un uniforme arrugado de piloto se encontraba a poca distancia de él, con un proyector de rayos en el hueco del brazo.

Kartr tocó el hombro de Smitt, y señaló su propia persona y luego un corredor situado a la izquierda por el cual, con un poco de suerte, podría colocarse cerca del guardia. Avanzó por él, moviéndose como un jirón de niebla alrededor de las maquinarias cuya finalidad no podía adivinar, hasta que se colocó detrás del piloto. Desde el lugar donde estaba agazapado, alcanzaba a ver la punta de la cresta del casco de Smitt.

Entonces el técnico en comunicaciones avanzó audazmente, y en ese mismo instante Kartr se irguió, descargando la culata de su lanzallamas sobre el brazo derecho del guardia. Este gritó y se dobló contra el costado del tablero de controles, soltando el proyector que rodó por el suelo. A Dalgre le bastó un segundo para levantarlo, y quedó semiagazapado, listo para disparar. Pero cuando vio el conocido uniforme gris de Smitt en su mira, no apretó el botón.

—Perfecto —comentó el técnico—. Cualquiera pensaría que lo practicaste. ¿Me imagino que no te habrás convertido en partidario de Cummi, Dalgre?

—¿Eso te parece posible? —preguntó el patrullero, mostrando los dientes—. Me necesitaba… y por eso estoy con vida. Pero fulminó a Snyn y al Comandante… y quizás también a Jaksan, por lo que yo sé…

—¿Cómo? —preguntaron sus otros compañeros, casi al unísono.

—Lo hizo hace una hora. Según las últimas noticias, Jaksan y el médico estaban atrincherados en el ala oeste. Esto es un manicomio. ¡Era hora de que les hiciésemos respetar nuevamente el

Cometa a estos granujas del espacio! Si no fuese porque el Cansabueso puede averiguar dónde está cada uno y qué está haciendo, habría intentado huir antes de ahora…

El piloto estaba atado con su propio cinturón a las patas del banco colocado frente al tablero de controles. Kartr estudió los diales.

—¿Con esto puedes hacer algo que cambie la situación a nuestro favor?

—Temo intentarlo —murmuró Dalgre con una sonrisa amarga—. No soy técnico mecánico. Y me dieron nada más que media hora de instrucciones antes de ponerme aquí. Si muevo una palanca equivocada, podríamos volar nosotros. Es una lástima, porque si supiésemos lo que significan estos aparatos, lograríamos sacarlos del edificio.

—¿Cómo se sale de aquí? —preguntó uno de los rebeldes.

—Con un ascensor antigravitacional —explicó Dalgre, y los guio hasta un cuarto situado del otro lado del tablero de controles—. El único problema consiste en que quizás tengan un guardia en el piso superior, que podría sospechar si subimos antes que haya terminado mi turno.

—¿Y cuánto falta para eso?

—Media hora de tiempo planetario —respondió Dalgre, consultando su reloj de pulsera.

—No podemos esperar tanto —decidió Kartr—. ¿Hay otras paradas antes de la que tú debes usar?

—No.

—Pero aquí hay algo más —dijo Rolth, que había estado examinando las paredes del pozo—. Hay soportes para las manos y los pies; quizás para casos de emergencia. Podríamos trepar hasta arriba…

Y eso fue lo que hicieron. Kartr captó la presencia de un extraño al frente: el guardia que había temido Dalgre. También Dalgre tuvo una solución para esto.

—Dejen que lo llame…

El sargento se hizo a un costado y se sostuvo de la barras con una sola mano mientras el otro patrullero se escurría junto a él. Un momento más tarde oyeron que Dalgre llamaba al guardia que estaba arriba.

—Necesitamos ayuda…

—¿Qué ocurre?

—No soy mecánico; envíen a uno de sus hombres… Una de estas malditas máquinas escapó al control… ¡Quizás nos haga volar a todos!

Dalgre terminó de salir del hueco y se apartó de su boca.

—¿Dónde está Taleng? ¿Por qué no subió él con el mensaje? —preguntó el guardia, que evidentemente sospechaba algo anormal.

—Porque… —empezó a contestar Dalgre, y entonces llegó el ruido de una pelea.

El sargento subió los últimos peldaños y salió del pozo. Dalgre estaba luchando con el guardia por la posesión de un proyector de rayos de mano. Kartr despidió su cuerpo hacia adelante para hacer caer a los dos hombres. Estos se derrumbaron sobre él con bastante fuerza como para que el aire escapase de sus pulmones con un gruñido agonizante.

Minutos más tarde, la nebulosa escena empezó a despejarse nuevamente. El guardia estaba apoyado contra la pared, atado y amordazado, y Rolth estaba arrodillado junto al sargento, masajeando sus costillas para devolverle la respiración. Smitt, Dalgre y los rebeldes habían desaparecido. Rolth contestó la pregunta que el sargento no podía hacer por falta de aliento.

—No pude retenerlos.

—Pero… —murmuró Kartr con un jadeo doloroso—. Cummi… el Can-sabueso…

—Sinceramente no le temen mucho a los poderes de un sensitivo —le recordó Rolth—. Aunque hayan visto una demostración, se niegan a creer la evidencia presentada ante sus ojos. Así son casi todos los hombres…

—Es cierto. Afortunadamente para nosotros…

Kartr quedó paralizado y no terminó la frase. Se volvió hacia Rolth y despidió al falthariano hacia una puerta vecina.

—Vete en seguida y trata de impedir que esos tontos se conviertan en blancos vivientes. Sé que adelante los espera el peligro…

Miró cómo Rolth se erguía y echaba a correr. Se alegró de que el falthariano no se detuviera a hacer preguntas, porque sabía que el peligro no estaba adelante. Había un peligro, efectivamente, pero

estaba atrás, y se acercaba cada vez más.

Cummi se aproximaba, y esta vez Kartr sabía que habría una batalla entre ellos, una batalla a muerte sin cuartel para ninguno de los bandos: una batalla que no se libraría en un campo visible y que tenía por finalidad una victoria inimaginable.

11 — PERDIDO

Kartr estaba acostado sobre la espalda, mirando hacia un cielo plomizo, y las finas agujas de lluvia le castigaban los ojos y la piel. El frío lo entumecía, y desde algún lugar próximo llegaba un gemido. Después de algunos minutos comprendió que el que estaba gimiendo era él. Pero no pudo detener ese ruido, así como tampoco podía controlar los estremecimientos que recorrían todo su cuerpo dolorido. Con un esfuerzo movió las manos, y éstas se arrastraron pesadamente sobre la ropa hecha jirones y sobre la carne desnuda.

Entonces intentó sentarse. Su cabeza osciló torpemente y el mundo gris pareció girar a su alrededor. Pero vio las rocas y los arbustos que lo rodeaban. Su mente seleccionó las impresiones recibidas por sus ojos, y vio cómo la sangre brotaba de una herida que tenía sobre las costillas. Aceptó la realidad del dolor de su cuerpo, la plataforma rocosa sobre la que se encontraba, y los matorrales… Todo formaba parte de este mundo…

¿Este mundo? ¿Qué mundo?

Esta pregunta avivó un fuego quemante en su cerebro. Se encogió y trató de no pensar, mientras la lluvia lavaba la sangre de su pecho. Mientras no pensaba, se sentía casi satisfecho. Hubo una segunda ola de agonía que le atravesó la cabeza, y percibió la presencia de otra vida cerca de él. Un hocico peludo se asomó entre la vegetación, dos ojos amarillos lo miraron fijamente, y una fría curiosidad tomó contacto con su mente. Le envió un silencioso pedido de ayuda… y el animal desapareció.

Entonces lanzó un gruñido y se tomó la cabeza aturdida con sus torpes manos. Porque ahora sabía que para él no habría ayuda. Detrás de él quedaba una barrera que lo separaba del pasado. Se estremeció atormentado por el recuerdo.

Pero a mayor profundidad que el recuerdo habla un duro núcleo de resistencia. Lo aguijoneó a reaccionar. Jadeando, gimiendo, recogió los pies debajo de su cuerpo, y aferrándose a las rocas, se irguió sobre las rodillas y luego sobre los pies.

Perdió el equilibrio y cayó por una empinada barranca hasta un arroyo. Se arrastró fuera del torrente, y se acurrucó junto a una alta roca para luchar con su memoria.

El recuerdo era vivido y claro como una video-imagen; demasiado vivido, demasiado claro.

Estaba en un edificio desconocido, rodeado por altas paredes, y estaba esperando, esperando un peligro superior a todos los peligros. Se acercaba a él, sin prisa, deliberadamente. Podía sentir las palpitaciones del poder que lo rodeaba. Tenía que luchar. Y sin embargo ya conocía todos los movimientos de la batalla que se aproximaba, y sabía que estaba perdida…

Hubo un choque de voluntades, una embestida de energía mental contra otra energía mental. Hubo un súbito renacer de la confianza en su propia fuerza.

Otra mente llegó para ayudar a su enemigo, una mente maligna, cruel, que dejaba un rastro sucio. Pero las dos juntas no pudieron romper su barrera. Se mantuvo a la defensiva durante un rato, y entonces atacó. Ante esa arremetida la mente maligna se sacudió, se encogió. Pero él no se atrevió a seguir su retirada porque su aliado seguía luchando. Y ahora ese primer cerebro empezó a implorar… a prometer…

"Únase a nosotros. Somos de su estirpe. Formemos una alianza para gobernar a este estúpido rebaño… ¡Entonces nada podrá detenemos!"

El simuló escuchar, pero mientras tanto planeaba. Había un movimiento muy peligroso que todavía no había intentado. Pero era todo lo que le quedaba.

Entonces retiró su barrera, sólo por un instante. Con un rugido de triunfo el enemigo maligno arremetió a fondo y él lo dejó entrar. Una vez que se hubo adelantado demasiado para retroceder se volvió sobre él, lo cercó y prácticamente lo aniquiló. Hubo un grito que fue solamente mental. Y el perverso fue ahogado como si nunca hubiese existido.

Pero el otro, el que había hecho un llamado y había prometido, seguía esperando. Y en el momento preciso de su victoria embistió, no sólo con su propia fuerza, sino con otras energías que había conservado astutamente ocultas. Y él había sabido que eso ocurriría…

Luchó desesperadamente pero en vano, convencido de que el desenlace ya estaba decidido. Y se quebró, de modo que el otro, jubiloso, enardecido por el triunfo, ocupó su mente. Lo que había sido su voluntad quedó aprisionado, encadenado, en tanto que su cuerpo obedecía al enemigo.

Avanzó rígida y deliberadamente por el corredor, con un lanzallamas en la mano y con el dedo sobre el botón disparador. Pero por dentro estaba gritando en silencio porque sabía lo que se vería obligado a hacer.

Los rayos de los lanzallamas se cruzaban en un ancho espacio abierto. Y del otro lado de esa plazoleta estaba lo que le habían ordenado buscar: el trineo de los exploradores. Contra su voluntad se agazapó y corrió desde un refugio al otro.

Vio cómo los hombres caían, y el que compartía con él este siniestro viaje rugía de ira a medida que los derribaban. Los rebeldes estaban siendo vencidos… y los que los derribaban eran sus propios amigos.

Otra corta carrera lo llevaría hasta el trineo. Y mientras se preguntaba por qué el que lo dominaba tenía un interés tan urgente en eso, empezó a cruzar ese trecho. Pero dos figuras agazapadas detrás de su sombra lo miraron desconcertadas. El las reconoció… pero a pesar de esto su brazo y su mano fueron forzados hacia abajo y disparó. El gruñido de asombro que partió de las fauces armadas de poderosos dientes del ser más próximo retumbó en sus oídos mientras se instalaba en el asiento y tomaba los controles.

Con su mente asqueada y atemorizada, sólo se relajó a medias con el despegue que lo lanzó contra el respaldo acolchado del asiento. Y el otro que ocupaba su cerebro marcó el rumbo, que llevó al trineo en espiral hacia la cúpula oscura, subiendo y subiendo, hasta que tocó un balcón, a gran altura sobre las caberas de los combatientes, y el otro saltó al trineo.

Y la voluntad de ese otro lo impulsó a volar, alejándose del edificio y cruzando por encima de la ciudad a toda velocidad, enfilando hacia el horizonte donde un tenue halo grisáceo proclamaba la proximidad del amanecer. Aunque él obedecía esta orden, seguía luchando. Era un duelo silencioso, inmóvil, librado a gran altura sobre la antigua ciudad, de una voluntad contra otra, de una fuerza contra otra. Y ahora le pareció a Kartr que el otro no

estaba tan confiado… que estaba a la defensiva, conforme con lo que controlaba, y sin deseos de aumentar su dominio.

¿Cómo terminó… esa batalla en el cielo? Kartr apoyó la cabeza dolorida sobre una roca junto al arroyo, y trató en vano de recordar. Pero eso había pasado. Lo único que conseguía recordar era que… ¡que él había fulminado a Zinga! Que había sacado a Cummi sano y salvo fuera de la ciudad. Que con su exceso de confianza y de audacia había traicionado a aquellos que mayor motivo tenían para contar con él. Y al comprender esto… Cerró los ojos y trató de olvidar todo… ¡todo!

Quizás el agotamiento lo hizo dormir nuevamente. Porque cuando abrió los ojos quedó encandilado por el reflejo del sol sobre el agua. Tenía hambre… y este apetito accionó el mismo instinto de conservación que anteriormente lo había traído hasta el agua. Sus manos todavía eran lentas y torpes, pero consiguió atrapar a una criatura que salió de abajo de una piedra dada vuelta. Y había otras como ésa.

Hacia el atardecer volvió a ponerse de pie y se tambaleó a lo largo del arroyo. Cuando por fin se desplomó sobre la tierra no intentó levantarse nuevamente. Quizá soñó pero se despejó por completo de una pesadilla en la cual Zinga lo estaba llamando. Una vez despierto, la desolación lo envolvió. Zinga había muerto. Se clavó los dedos en los ojos casi cruelmente, pero no logró borrar la imagen del rostro del zacathanio cuando cayó bajo el rayo del lanzallamas de Kartr.

Lo mejor sería no intentar seguir adelante. Quedarse allí, hasta entrar a un mundo al cual el recuerdo no pudiese seguirlo… ¡Estaba tan cansado!

Pero su cuerpo se negó a aceptar esto; se estaba irguiendo para seguir la marcha. Y el arroyo lo condujo hasta una ancha planicie donde los altos pastos amarillos se enredaban con sus piernas, mientras pequeños seres innominados se alejaban chillando a su paso. Luego el arroyo se volcó en un río, ancho y poco profundo, de modo que en algunos lugares de su lecho las rocas mostraban partes secas por encima de la superficie.

Junto al agua empezaron a formarse lomas. Subió y resbaló y cayó dolorido sobre los obstáculos, y perdió la noción del tiempo. Pero no se atrevía a alejarse del río. Era una magnífica fuente de

agua y alimentos.

Estaba tendido cuan largo era sobre una roca, junto a un remanso, tratando de recoger algunos de los seres acuáticos, cuando tuvo un sobresalto y lanzó un grito. Alguien… algo… había tocado su mente… ¡y había establecido un contacto momentáneo! Sus manos subieron hasta su cabeza como para protegerla de un segundo llamado.

Pero éste llegó. Y él no pudo acallar la presencia ajena que lo invadía, preguntando, exigiendo. ¡Cummi! Era Cummi que quería apresarlo nuevamente, utilizarlo.

Kartr se dejó caer desde el lugar donde se encontraba, despellejándose el brazo, y echó a correr sin pensar. ¡Huir! ¡Lejos de Cummi, lejos…!

Pero la mente lo seguía, y era imposible escapar de su contacto. Encontró un angosto cañadón que se alejaba del agua, parcialmente ahogado por las zarzas y por las ramas arrastradas por el río durante las crecientes. Sin hacer caso de las lastimaduras, se internó entre los matorrales.

Era un pequeño zanjón cerrado, que terminaba en un hueco debajo del paredón de un barranco. Y él se introdujo ciegamente en esa cueva, como una criatura que se refugia de un monstruo de la oscuridad. Su cuerpo se convirtió en un ovillo, apretando todavía su cabeza con las manos, tratando de vaciar su cerebro, de erigir una barrera que el cazador no pudiera penetrar.

Al principio sólo tuvo conciencia de las frenéticas palpitaciones de su propio corazón, y entonces oyó otro ruido: el murmullo de una nave voladora. La mente que lo indagaba se estaba acercando. Pero él no podía haber explicado qué era lo que le asustaba tanto… a menos que fuera el recuerdo de cómo el dominio del otro lo había hecho matar a sus propios compañeros. Lo que Cummi había hecho una vez… podría muy bien repetirlo.

Y su miedo era el mejor aliado de su enemigo. El miedo debilitaba el control. El miedo…

Con el rostro sepultado entre los brazos, con la boca apoyada sobre la tierra, Kartr dejó de luchar contra su perseguidor y trató de serenar su propio pánico.

Oyó vagamente el ruido de un grito, los crujidos de las matorrales. ¡Cummi se estaba acercando por el cañadón!

Los labios del explorador formaron una mueca, y salió de su refugio natural. Sus manos encerraron, casi sin la ayuda del ojo o del cerebro, un trozo de roca puntiaguda. Lo habían seguido como a una bestia… ¡y como una bestia se defendería! Quizás el arturiano no esperaba un ataque físico; quizás creía que su presa estaba temblando impotentemente, esperando la llegada de su amo.

Kartr se irguió cautelosamente para apoyar la espalda contra la bienvenida solidez de las rocas del cañadón. Mientras balanceaba su arma de piedra en la mano, pensó que resultaría efectiva: tenía el tamaño y el peso ideales, y además estaba dotada de varias puntas prometedoras.

—¡Kartr!

El ruido con el que respondió al llamado, fue el gruñido de un animal acorralado.

Su nombre… ¡Cummi se atrevía a usar su nombre! Y el arturiano disimulaba incluso su voz. ¡Era un demonio astuto! Ilusiones… ¡cómo las creaba ese cerebro tortuoso!

Dos figuras salieron de entre los matorrales frente a él. La piedra cayó de sus dedos paralizados.

¿Cummi también controlaba su vista? ¿Acaso el arturiano podía hacerle ver esto?

—¡Kartr!

Se aplastó contra el muro de roca. Huir… huir… Pero no tenía escapatoria.

—¿Cummi…? —murmuró, y casi deseó creer que ésta era una treta del arturiano, que no estaba viendo verdaderamente a los dos que avanzaban hacia él, a esas dos figuras sonrientes con uniformes de exploradores.

—¡Kartr! ¡Por fin te encontramos!

Sí, lo habían encontrado. ¿Por qué no desenfundaban y lo fulminaban ahí mismo? ¿Qué estaban esperando?

—¡Tiren! —creyó gritar. Pero sus rostros no cambiaron mientras se acercaban hacia él. Y Kartr pensó que si ellos lo tocaban, no podría soportarlo.

—¿Kartr? —preguntó otra voz desde el cañadón.

Al oír esta palabra se sacudió como si un puñal de propulsión le hubiese desgarrado la carne.

Una tercera figura con uniforme de explorador salió de entre los

matorrales. Y al ver *su* rostro, el sargento lanzó un frito desesperado. Algo estalló en el cráneo de Kartr, y empezó a caer en un pozo de oscuridad, una oscuridad bienvenida y protectora, donde los muertos no caminaban ni saludaban sonrientes a sus asesinos. Se ocultó agradecido bajo ese manto de oscuridad.

—¿Kartr?

Los muertos lo llamaban, pero él estaba a salvo en las tinieblas, y si no contestaba, nadie podría sacarlo nuevamente _para enfrentar la locura.

—¿Qué le ocurre? —preguntó alguien.

El permaneció callado en las sombras, callado y a salvo.

—… tenemos que averiguarlo. Hay que llevarlo de regreso al campamento. Tenga cuidado, Smitt. Asegúrelo con las correas antes de subirlo a bordo. Podría caerse…

—¡Kartr!

Lo estaban sacudiendo, atormentando. Pero con un esfuerzo infinito apretó los labios, relajó su cuerpo y lo hizo pesar. Y finalmente su obstinación le dio una defensa. Lo dejaron solo en la seguridad de las tinieblas.

Entonces tomó conciencia lentamente de una tibieza, una tibieza calmante. Y, como en la primera ocasión en que había vuelto en sí en la espesura, permaneció inmóvil y sintió cómo su cuerpo recuperaba la vida. Unas manos se movían sobre él, pasaban sobre las heridas parcialmente curadas y dejaban detrás de ellas una agradable sensación de serenidad.

—¿Eso significa que está loco?

Las palabras fueron pronunciadas en la oscuridad. El no sentía deseos de ver quién las había dicho.

—No. Se trata de otra cosa. Sólo podemos imaginar lo que le hizo ese demonio; probablemente le inculcó un recuerdo falso. Usted vio cómo reaccionó cuando lo encontramos. Una persona inescrupulosa puede jugar muchas triquiñuelas con la mente, con la propia y con las de los otros, cuando uno es un sensitivo. En ciertas formas somos más vulnerables que ustedes, los que no tratan de ir fuera de los límites humanos…

—¿Dónde está Cummi? Me gustaría… —en estas palabras hubo una promesa fría y mortal, y en Kartr algo se estremeció para manifestar su acuerdo con lo que acababa de oír. Y esta reacción

emocionada lo apartó de la seguridad que le brindaba la oscuridad.

—¡A todos nos gustaría! ¡Y tarde o temprano, lo haremos!

Un borde duro fue apoyado contra sus labios, un líquido penetró en su boca y se vio obligado a tragar. Le quemó la garganta y se instaló en su estómago como un fuego agradable.

—Bien, ¿de modo que lo han hallado? —preguntó un nuevo interlocutor, desde las tinieblas que lo rodeaban.

—¡Haga Zicti! Lo estábamos esperando. Quizás usted pueda sugerir un tratamiento.

—¿Qué le ocurre al rescatado? No veo heridas de importancia…

—Las lesiones están aquí —y unos dedos tocaron la frente de Kartr. El trató de escapar de ese contacto. Lo amenazaba en una forma extraña.

—De modo que se trata de eso, ¿eh? Bien; debimos haberlo imaginado. Un recuerdo falso o…

Estaba huyendo, huyendo a través de la oscuridad. Pero el otro estaba detrás de él, tratando de forzarlo… Y, con un gemido de desolado dolor, Kartr se encontró nuevamente en el corredor, enfrentando a Cummi y al Can-sabueso, obligado a vivir por tercera vez esa vergonzosa y envilecedora derrota y el criminal ataque contra sus propios compañeros.

—¡De modo que Cummi lo dominó! ¡Tiene que haber utilizado otras mentes para reunir tanto poder!

¡Cummi! En lo más profundo de Kartr bullía una ira ardiente, que ahogaba la vergüenza y la desesperación… Cummi… Había que enfrentar al arturiano, enfrentarlo y derrotarlo. Si no hacía esto, nunca volvería a sentirse limpio. ¿Pero acaso se limpiaría aun si vencía a Cummi? Siempre perduraría ese horrible instante en el que había disparado contra el rostro desconcertado de Zinga.

—Me dominó —dijo una voz. ¿Era él el que pronunciaba estas palabras, o sólo resonaban en su mente?—. Yo maté… a Zinga…

—¡Kartr! Santo Espacio, ¿de qué estás hablando? ¡Tú mataste…!

—¡Describa cómo lo hizo! —ordenó una voz, y él no pudo desobedecer.

Kartr empezó a hablar lenta y dolorosamente, y luego lanzó un torrente de palabras que parecieron brindarle algún alivio. La lucha por el trineo, la huida, su despertar en la espesura. Lo contó todo.

—¡Pero… está completamente loco! ¡No hizo absolutamente

nada de eso! —protestó alguien—. Yo lo vi… y tú… y tú también. Atravesó el campo de batalla como si no nos viese a ninguno de nosotros, tomó el trineo y se fue. Quizás recogió a Cummi, como acaba de contar, pero el resto… es absurdo.

—Recuerdos fraguados —afirmó una voz con tono terminante—. Le fueron inducidos por Cummi… y tenían carácter culpable, para que él se mantuviese alejado de nosotros aunque Cummi no pudiera controlarlo por completo. Es sencillo.

—¡Sencillo! Pero Kartr es un sensitivo… El mismo hace estas cosas. ¿Cómo pudieron dominarlo?

—Precisamente porque es un sensitivo, resultaba mucho más vulnerable. De todos modos, ahora sabemos qué es lo que falla.

—¿Puede curarlo?

—Lo intentaremos. Quizás deje algunas cicatrices. Y dependerá del grado de influencia alcanzado por Cummi.

—¡Cummi! —y la palabra fue espetada como si se tratara de una blasfemia obscena.

—Sí, Cummi. Si podemos volver la voluntad de Kartr hacia… Bien, ya veremos.

Nuevamente una mano se apoyó suavemente sobre su frente.

—Duerme… estás durmiendo… duerme…

Y ahora él *sentía* una tranquilidad hipnótica, como si se hubiese librado de un peso. Se durmió.

El despertar fue brusco. Estaba mirando un techo inclinado de ramas y hojas entrelazadas; debía estar acostado en una enramada parecida a las que los exploradores construían cuando levantaban un campamento temporario. Tenía una manta sobre el cuerpo, una de las mantas de seda de araña de Uzakia que ellos llevaban en sus mochilas. Volvió la cabeza hacia el fuego. En la atmósfera flotaba una bruma o neblina que hacía borrosas las siluetas de los árboles que rodeaban el claro.

Alguien salió de la bruma y dejó caer un atado de leña. —¡Zinga!

—¡Vivito y masticando! —respondió alegremente el zacathanio, y para demostrarlo hizo chocar sus mandíbulas.

—Entonces *era* un recuerdo falso —exclamó Kartr, y lanzó un suspiro de admiración y de infinito alivio.

—Fue la mentira más grande que soñaste en tu vida, amigo mío.

¿Cómo te sientes ahora?

Kartr se desperezó voluptuosamente.

—Estupendamente. Pero tengo que hacer muchas preguntas.

—Que serán contestadas más tarde —respondió Zinga; volvió a la hoguera y levantó una taza que estaba sobre unas piedras próximas a las llamas—. ¿Qué te parece si antes te mandas esto al buche?

Kartr bebió. Era una tizana caliente y de sabor agradable. Levantó la vista con una sonrisa que pareció estirar músculos que no habían sido usados durante mucho, mucho tiempo.

—Excelente. Creo reconocer el delicado talento do Fylh para la cocina…

—Oh, sí, él se encargó de revolverlos a ratos, y le echó algunas de sus hojas misteriosas. Bebe hasta la última gota.

Pero Kartr todavía tenía la taza en la mano y sorbía a intervalos, cuando otra figura apareció a la luz del fuego. Y el sargento se interrumpió en la mitad de un trago, para mirar con los ojos dilatados por el asombro. Pero Zinga estaba ahí, a su lado. Entonces, ¿quién era ése, en nombre de los diablos de Tarnusia?

Zinga siguió la dirección de la mirada de Kartr, y sonrió.

—No, no produje un gemelo —le aseguró al sargento—. Este es Zicti… otro zacathanio, pero es técnico historiador y no explorador.

El otro hombre reptil se acercó a la glorieta.

—¿Está despierto, mi joven amigo?

—Despierto y… —Kartr les sonrió a los dos—, nuevamente cuerdo… según creo. Aunque quizás tarde un poco en separar los recuerdos verdaderos de los falsos. Quiero decir… están un poco mezclados…

—No te esfuerces demasiado en hacer esa distinción hasta que hayas recuperado tus energías —manifestó Zinga, meneando la cabeza—. En tu estado actual de debilidad, eso podría hacerte bailar como a un demonio del polvo de Tlalt.

—¿Pero de dónde…?

—Oh, yo viajaba en el *X451* junto con mi familia. Nos unimos a sus fuerzas ayer… o mejor dicho, los exploradores nos encontraron por la mañana temprano…

—¿Qué ocurrió en la ciudad después que me… fui?

La dura garra de Zinga acarició su mandíbula, produciendo un

ruido áspero.

—Decidimos irnos… después que terminó la lucha.

—¿Buscándome a mí?

—Sí, buscándote a ti, y por algunos otros motivos. Smitt y Dalgre encontraron una nave que la gente de la dudad había contraído. Nos trajo hasta aquí antes de averiarse. Todavía están trabajando en ella, con la ilusión de que podrán volver a repararla si consiguen resolver algunos de sus misterios interiores.

—¿Smitt y Dalgre?

—Sí, la Patrulla se retiró como unidad completa. En ese momento nos pareció lo mejor.

—Hum —murmuró Kartr, y pensó en todo lo que podían significar estas palabras. *Había* habido cambios. De pronto se sintió ansioso por saber cuántos.

12 — KARTR SIGUE EL RASTRO

Tres hombres con el uniforme de la Patrulla estaban en cuclillas frente al fuego. Kartr se sentó y apartó las mantas, mirándolos.

—No me explicaron… por qué dejaron la ciudad —dijo finalmente, rompiendo el silencio.

Ninguno de los tres pareció ansioso por enfrentar su mirada. Finalmente fue Smitt el que contestó, con un tono casi desafiante en su voz cansada.

—Quedaron agradecidos porque desalojamos a Cummi y a sus hombres.

Kartr siguió esperando, pero ésta pareció ser toda la explicación que pensaba dar el técnico en comunicaciones.

—Eso fue muy generoso de parte de ellos —agregó Dalgre después de una larga pausa, con una entonación seca en su voz.

—Decidieron que no querían cambiar al dictador oficial del pasado por otro —manifestó Zinga—, y la impresión que dios nos transmitieron fue de que sería mejor que la Patrulla no planease ocupar el lugar de Cummi. Por eso no nos recibían con simpatía… especialmente a los exploradores.

—Sí, lo dijeron con claridad —murmuró Smitt amargamente—. “Ahora que la guerra ha terminado, que se vayan las Tropas”, fueron sus palabras. Para ellos, éramos un factor de perturbación. De modo que tomamos una de las naves aéreas de la ciudad y partimos…

—¿Y Jaksan?

—Fue en busca del piloto que había fulminado al comandante. Cuando los encontramos más tarde, los dos estaban muertos. Somos los últimos integrantes de la Patrulla… con excepción de Rolth y Fylh, que están explorando…

Ninguno de los tres amplió su relato, y Kartr aceptó esa reticencia. Quizás para los náufragos de la ciudad que habían probado el apetito de poder de Cummi, la Patrulla se había convertido en un símbolo del viejo orden de cosas. Y por lo tanto la

Patrulla había tenido que desaparecer, después del dictador contra el que se había sublevado. Pero esto había traído una consecuencia beneficiosa: ya no había tripulantes ni exploradores; sólo existía la Patrulla. El segundo exilio había fortalecido los lazos que unían a los sobrevivientes.

—¡Ah, ya vuelven nuestros pescadores! —exclamó Zicti, que había estado dormitando al calor de las llamas, y se puso de pie para recibir a los tres que se acercaban a través de la pantalla de árboles—. ¿Tuvieron suerte, queridos?

—Pusimos la linterna azul de Rolth junto al borde del agua y las criaturas fueron atraídas por su luz, de modo que volvemos bien cargados —dijo la voz fina de una mujer zacathiana—. Este es un mundo muy rico. Zor, muéstrale a tu padre el ser con armadura que encontraste debajo de una roca…

El más bajo de los tres corrió a la luz de la hoguera, apretando con una mano un ser con muchas patas y fuertes pinzas que se agitaban frenéticamente. Zicti aceptó al cautivo, cuidando de no encontrarse con las pinzas, y lo examinó con expresión crítica.

—¡Qué extraño! Este podía ser un primo lejano de un poltoriano. Pero carece de inteligencia…

—Todos los habitantes del agua parecen carecer de ella —asintió su esposa—. ¡Sin embargo, debemos alegrarnos de eso, porque son muy sabrosos!

Kartr había visto a pocas mujeres zacathanias, pero su larga amistad con Zinga lo había acostumbrado a la diferencia entre los rasgos humanos y los zacathanios, y podía comprender que tanto Zacita como su joven hija Zora, debían ser consideradas atractivas por los de su raza. En cuanto al pequeño Zor, se parecía a los niños de todas las especies, y gozaba con cada minuto de esa vida rudimentaria.

Zacita hizo un gesto agradable, indicando que los hombres podían volver a sentarse. Kartr había notado que Smitt y ~aigre se habían levantado tan rápidamente como los otros tira saludar a las damas zacathanias. Era evidente que sus sentimientos respecto a los bemmys habían experimentado un profundo cambio.

A la mañana siguiente Kartr se despertó temprano y permaneció un largo rato mirando con el ceño fruncido el techo inclinado de la enramada. Había algo… Entonces su boca formó una dura línea

recta. Ahora sabía qué era lo que tenía que hacer, y debía darse prisa. Mientras tanto, salió de abajo de su manta. Por encima del amodorrado silencio del campamento, alcanzaba a oír el murmullo no muy lejano del río.

Se encaminó hacia la orilla con alguna dificultad al principio, y luego con paso más firme a medida que recuperaba el equilibrio. El agua estaba lo bastante fría como para arrancarle una exclamación cuando se metió en ella. Entonces perdió contacto con la arena del lecho y empezó a nadar.

—¡Ah, la suprema energía y los poderes de curación de la juventud!

La voz atronadora fue ahogada por un chapoteo. Kartr levantó la cabeza a tiempo para recibir una oleada de agua en la cara, en el momento en que Zor pasaba a su lado nadando a toda velocidad. Y Zicti se estaba deslizando cuidadosamente sobre una roca chata, dejando que la corriente lo cubriese poco a poco.

El severo zacathanio parpadeó benévolamente por encima de las ondas, mirando al sargento explorador. Con dos perezosas brazadas, Kartr se reunió con él.

—Me temo que esto es muy primitivo, señor…

El antiguo profesor de historia de la Universidad Galáctica de Zovanta hizo un gesto de indiferencia, pero contestó tranquilamente:

—A veces es beneficioso librarse de las comodidades de la vida civilizada. Nosotros los zacathanios no somos físicamente tan frágiles como ustedes los humanos. La idea que sustenta ahora mi familia es que ésta es una encantadora vacación, y que yo demuestro mucha más imaginación de la que me atribuían. Zor, por ejemplo, no ha sido nunca tan feliz… —sonrió mientras miraba cómo el cuerpecito cubierto de escamas atravesaba el torrente en busca de una criatura acuática.

—Pero ésta no es una vacación, señor.

Los grandes ojos serios de Zicti enfrentaron los de Kartr.

—Sí, hay que tomar eso en consideración. Un exilio permanente…

Miró en otra dirección, por encima de las rocas, de las colinas del otro lado del río, de la espesura verde.

—Bien, éste es un mundo rico… y vacío. Hay espacio suficiente.

—Tenemos la ciudad, parte de la cual está en condicionas de ser utilizada —le recordó Kartr.

Y en ese instante sintió que lo envolvía una sensación de confianza, una seguridad mental que no había conocido durante mucho tiempo. Zicti no estaba respondiendo con palabras mentalmente concebidas, sino con toda espontaneidad.

—Creo que debemos dejar a quienes están en la ciudad para que elaboren su propio destino —dijo el profesor finalmente—. En cierta forma, lo que ellos han elegido es ahora un retroceso. Quieren que la vida siga siendo como ha sido siempre. Pero esto es algo que no ocurre nunca con la vida. Crece, y uno avanza, o desciende, y uno retrocede. Y si uno intenta permanecer estático… eso también es un retroceso. Ahora siguen el camino por el que marcha todo nuestro imperio. Durante el último siglo, hemos estado deslizándonos lentamente hacia atrás…

—¿La decadencia?

—Efectivamente. Por ejemplo… la difusión de la antipatía hacia quienes no son humanos. Eso se está extendiendo. Afortunadamente los zacathanios somos sensitivos y estamos en condiciones de enfrentar situaciones como la que siguió a la caída del *X451*.

—¿Qué *hicieron* entonces? —preguntó Kartr, momentáneamente distraído.

—Nosotros también aterrizamos… en una nave de salvamento —respondió Zicti, sonriendo—. No lejos de allí había un bosque prometedor. Antes que ellos se repusieran de la sorpresa de vernos saltar por la escotilla de emergencia, nosotros ya estábamos fuera de su alcance. Pero… si no hubiésemos percibido la actitud de Cummi… quizás el fin habría sido otro. Venimos en esta dirección y levantamos un campamento. Y debo confesarle, sargento, que fui el ser más sorprendido de este sistema solar cuando accidentalmente establecí contacto con Zinga. ¡Otro zacathanio aquí! ¡Fue como si me hubiera encontrado frente a frente con un sutacl sin llevar mi lanzallamas de mano! Naturalmente, todo se explicó satisfactoriamente después que unimos nuestras fuerte; a las de su grupo. Ellos lo estaban buscando… Sus hombres tienen una excelente opinión de usted, Kartr…

Nuevamente el cerebro del sargento fue invadido por la fuerza de la seguridad y la confianza. Se sonrojó.

—Entonces, cuando me hallaron…

—Sí, cuando lo hallaron… bien, lo cargaron en la nave ¡se salvamento y lo trajeron aquí. Y su aventura nos enseñó a todos nosotros una lección importante: no hay que menospreciar al enemigo. Yo nunca hubiese creído que Cummi era capaz de lanzar un ataque tan potente. Pero al mismo tiempo, no era tan fuerte como se creía, ya que en ese caso usted no podría haber escapado de su control después que abandonaron la ciudad.

—¿Pero acaso me escapé? —preguntó Kartr, frunciendo el ceño —. A pesar de la curación, no puedo recordar lo que ocurrió entre el momento en que salimos de la ciudad, y el momento en que me desperté en la espesura.

—Sospecho que usted se liberó de él —afirmó Zicti sobriamente —. Pero examinemos los hechos… Los hombres de Ylene están en el seis punto seis de la escala sensitiva, ¿verdad?

—Sí, pero se supone que los arturianos están sólo en el cinco punto nueve…

—Es cierto. Pero últimamente siempre existe la posibilidad de tropezar con casos de mutaciones. Y éste es el momento oportuno del ciclo histórico para que aparezcan estas mutaciones. Es lamentable que no conozcamos mejor los antecedentes de Cummi. Si él *es* un caso de mutación, eso explicaría muchas cosas.

—¿Tiene inconveniente en informarme en qué grado de la escala sensitiva se colocan los zacathanios? —preguntó Kartr humildemente.

Los grandes ojos de Zicti centellearon.

—Intencionalmente no nos sometimos nunca a ninguna clasificación, joven. Siempre es mejor guardar ciertos secretos… especialmente cuando uno trata con seres no sensitivos. Pero yo calculo un promedio entre ocho y nueve. Durante las tres últimas generaciones hemos producido varios telecerebros, combinación de telépatas y teleptores, y otros muchos que están apenas un peldaño o dos por debajo de este punto. De modo que estoy seguro de que si esta mutación está aumentando entre mi pueblo, también debe producirse en otras razas.

—¡Mutantes! —exclamó Kartr, y tuvo un estremecimiento—. Yo estaba en Kablo cuando Pertavar inició la Rebelión de los Mutantes…

—Entonces usted sabe cuáles pueden ser las consecuencias de un aumento en la curva de los nacimientos mutantes. Todos los cambios tienen resultados buenos y malos. Dígame: cuando usted era pequeño, ¿tenía conciencia de ser un sensitivo?

—No —respondió Kartr, meneando la cabeza—. Casualmente, nunca conocí mis facultades hasta que ingresé a la escuela de cadetes exploradores. Entonces un instructor descubrió mis dotes, y me dieron una instrucción especial.

—Usted era un sensitivo latente. Ylene era un planeta fronterizo, con un pueblo demasiado próximo a la barbarie para conocer toda su fuerza. ¡Ah, pensar que se perdió un mundo tan vigoroso! ¡Los cuatro pecados de la guerra! Es precisamente porque ocurren con demasiada frecuencia hechos como el de la destrucción de Ylene, por lo que estoy convencido de que nuestra civilización se aproxima a su fin. Ahora formamos en nuestro campamento una extraña mezcla —salió del agua y se frotó vigorosamente con una toalla—. ¡Zor, es hora de salir! —le gritó a su hijo—. Sí, una mezcla extraña… una colección de todas las curiosidades del imperio. Usted y Rolth, Smitt y Dalgre, son humanos, pero todos pertenecen a razas distintas y a pueblos muy alejados entre sí. Zinga, Fylh y mi familia no somos humanos. Los habitantes de la ciudad son humanos y altamente civilizados. Y quizás también haya nativos en este mundo. Casi se podría pensar que Alguien o Algo se dispone a efectuar aquí un experimento —se sonrió y olió el aire—. Ah, comida… ¡y yo estoy vacío! ¿Quiere que vayamos a ver qué hay en las ollas?

Pero antes de llegar a la hoguera, Zicti tocó el brazo de Kartr.

—Hay una sola idea que quiero que usted fije en su mente, hijo mío. Sé poco respecto a su raza… Quizás no sean místicos, aunque la mayor parte de los sensitivos tienen la tendencia a mirar más allá de la carne y a buscar el espíritu, y quizás no tengan convicciones religiosas. Pero si nosotros hemos sido elegidos para cumplir aquí con algún fin, corresponde que nos mostremos merecedores de haber sido honrados con esta selección.

—Estoy de acuerdo —asintió Kartr brevemente, y supo que el otro reconocía su sinceridad.

—Bien, bien —murmuró el zacathanio—. Voy a aprovechar mis últimos años. Y pensar que me sucede esto cuando yo empezaba a

imaginar que la vida estaba desprovista de todo interés. Querida —le dijo a Zacita, levantando la voz—, el aroma de este guiso es delicioso. ¡Con cada paso que doy hacia el fuego, mi apetito aumenta!

Pero Kartr revolvió la Sopa mecánicamente. Era lógico que Zicti pintase el futuro con pinceladas tan audaces. Un profesor de historia siempre manifestaba una tendencia a estudiar la situación en general, y no los detalles. Pero el aprendizaje de los exploradores era completamente opuesto; lo que más importaba eran los pequeños detalles, el estudio cuidadoso del nuevo planeta, las largas horas dedicadas a estudiar pueblos o animales desconocidos, la reconstrucción de toda una civilización desaparecida, a través de unos pocos ladrillos.

Y siempre tropezaban con algún detalle que cada uno de ellos debía saber resolver personalmente.

¡Tenía que reducir a Cummi a la impotencia!

Esta era la idea que había retenido esa mañana al despertar, que había formado parte de sus sueños, y que ahora estaba cristalizada en un impulso incontrolable. Vivo o muerto, tendría que encontrar y encontraría al arturiano. Si Joyd Cummi seguía todavía con vida, era una amenaza para todos ellos.

Kartr sacudió la cabeza como para despejarla. Era extraño que estuviese tan aguijoneado por este pensamiento. Cummi era un peligro, y Cummi era algo de *su* incumbencia. Afortunadamente el arturiano no era un explorador experimentado, y debía dejar un rastro tan claro que para un patrullero sería un juego de niños seguirlo. Habían salido juntos de la ciudad. Esa noche se habían separado en algún lugar. ¿Acaso Cummi lo había empujado fuera del trineo en la oscuridad, con la intención de que la caída lo matase? Si había sido así, resultaría mucho más difícil hallar al arturiano… porque no quedaban rastros en las nubes. Lo que debía hacer Kartr era volver al lugar donde había recuperado el conocimiento por primera vez.

—Ese lugar está a diez… quizás quince millas hacia el norte…

El sargento oyó las palabras brotadas de los finos labios de Zinga… arrancadas de sus propios pensamientos.

—Y… no vayas solo, Kartr… y menos sobre ese rastro.

Se puso rígido. Pero Zinga debía haber captado su protesta antes

que él la manifestase en palabras.

—Es una tarea que me está reservada —respondió el sargento, apretando los dientes.

—De acuerdo. Pero insisto en que no sigas ese rastro solo. Tenemos la nave de salvamento que cubrirá el terreno con una velocidad que nos permitirá ahorrar tiempo. Y con ella será más fácil buscar rastros de la presencia de Cummi.

Esto era una manifestación de sentido común, aunque no por ello más fácil de asimilar. Kartr habría preferido abandonar el campamento solo, y sobre sus dos piernas. Por dentro lo roía la idea de que Cummi era suyo solamente, y que él no volvería a sentirse tranquilo mientras no hubiese enfrentado al arturiano y triunfado.

—Descansa un día más —aconsejó Zinga—, y te prometo que entonces partiremos. Cummi es un problema de excepcional importancia.

—Quizás otros no lo crean. Está solo, en una espesura de la cual no puede saber mucho. Quizás el bosque ya haya realizado nuestra tarea.

—Pero se trata de Cummi, seguirá siendo una amenaza hasta que sepamos con seguridad qué suerte corrió. ¿Zicti te dijo que cree que es un mutante? Recuerda a Pertabar y todo el daño que causó. ¡Y Cummi no triunfará la próxima vez que lo enfrentes!

Kartr le sonrió al zacathanio, y en la sonrisa no hubo más de un diez por ciento de humor.

—¡Amigo mío, creo que en eso estás en lo cierto! Y esta vez no me mostraré más confiado… Ese fue mi error de la ocasión anterior. No tiene al Can-sabueso… ¡y tampoco otros cerebros para sumar al suyo!

—Muy bien —dijo Zinga, poniéndose de pie—. Ahora deja que vaya a abrevar en el depósito de conocimientos mecánicos de Dalgre. Será bueno saber qué potencia le queda a la turbina de la nave.

Partieron a la mañana siguiente y nadie preguntó nada, aunque Kartr estaba seguro de que todos conocían su misión.

La pequeña nave no tenía el despegue amortiguado del trineo y su velocidad era menor. Zinga, que ocupaba los controles, la mantuvo sobre el curso sinuoso del río hasta que encontraron el arroyo que le había servido de guía a Kartr.

A ratos el zacathanio miraba ansiosamente las espesas nubes que cubrían el horizonte. Se acercaba una tormenta, y sería mejor que buscasen un refugio cuando embistiesen los vientos que arrastraban esas nubes. No sería una experiencia envidiable ser sacudidos por el cielo en esa liviana nave.

—¿Ves abajo algo que te resulte conocido?

—Sí. Estoy seguro de que crucé ese campo abierto. Recuerdo haber empujado esos pastos altos. Y los árboles que hay al frente resultan prometedores. ¿No te parece que será mejor descender a su amparo?

Zinga estudió la masa de nubes.

—Me gustaría más llegar a la cornisa donde recuperaste el conocimiento. ¡Murciélagos de fuego, está oscureciendo rápidamente! Lamento no tener la visión nocturna de Rolth.

La oscuridad se estaba haciendo más profunda y el viento adquiría más fuerza y sacudía a la diminuta nave como las olas de un mar embravecido. Kartr se aferró al borde del asiento, clavando las uñas en su tapizado.

—¡Espera! —exclamó, arriesgándose a morderse la lengua con uno de los brincos de la nave. A través de la penumbra había visto los rastros de un desmoronamiento reciente sobre la ladera de una colina próxima al arroyo—. ¡Me parece que ése es el lugar donde caí!

Ya habían pasado ese punto, pero Zinga emprendió el regreso mientras Kartr miraba a través de la oscuridad de la tormenta, tratando de imaginar qué aspecto tendría ese mismo lugar para un hombre acostado sobre la cornisa próxima a la cima de la loma.

La nave viró bruscamente hacia la derecha, sobre la cresta de la colina. Kartr ahogó su protesta cuando vio lo que había atraído la atención de Zinga. La copa de un árbol estaba astillada, y la madera del tronco recién quebrada tenía un brillo blanco. Manejando los controles con dedos experimentados, el zacathanio posó la nave sobre la cuesta de la loma, con una maniobra que en otras circunstancias le habría arrancado un elogio al sargento. Pero ahora Kartr tenía fija toda su atención en lo que podrían encontrar del otro lado del árbol roto.

Hallaron un montón de ramas quebradas y los restos del trineo. Nadie, ni siquiera el más experto técnico mecánico, podría volver a

armar lo que quedaba allí. El trineo estaba cubierto de hojas marchitas y de maderas rotas, y estaba vacío.

Zinga aspiró profundamente cuando su linterna reveló la desnudez del asiento.

—Ni siquiera hay sangre. El problema es éste: ¿estaban los dos o uno solo de ustedes en el trineo, al estrellarse?

Kartr meneó la cabeza, desconcertado por la magnitud del accidente.

—No creo que ninguno de los dos haya podido estar adentro. Quizás él me lanzó afuera y…

—Sí, y si tú te resististe él puede haber perdido el control y entonces ocurrió esto. Pero entonces, ¿dónde está Cummi… o sus restos? Algo habría quedado si lo hubiese devorado un animal carnicero…

—Quizá saltó antes del accidente —comentó el sargento—. Si tenía un disco antigravitacional en el cinturón, podría haber atravesado esta corta distancia sin sufrir ningún daño.

—¿Qué te parece si buscamos rastros? —preguntó Zinga, proyectando su larga mandíbula hacia adelante mientras miraba el cielo—. La lluvia podría borrarlos…

Finalmente las nubes estaban descargando su peso de agua. Los dos exploradores corrieron juntos bajo el diluvio hasta un afloramiento rocoso que ofrecía algún amparo. Los árboles podrían haber detenido con más efectividad ese torrente líquido, pero al ver cómo las ramas se agitaban a merced del viento, Kartr decidió que quizás ellos ofrecerían un refugio más peligroso que esas rocas contra las que se apretujaban jadeando, mientras la lluvia les castigaba la piel y se abría paso por todas las aberturas de sus túnicas y de sus botas.

—Esto no puede seguir así indefinidamente; no hay tanta agua —dijo Kartr, y entonces comprendió que el ruido de la lluvia apagaba su voz hasta dejarla convertida en un murmullo.

Estornudó y tuvo un estremecimiento, y pensó amargamente que Zinga había estado en lo cierto. Este diluvio borraría todos los rastros que Cummi hubiese podido dejar en las inmediaciones.

Entonces, instantáneamente, se irguió y sintió que Zinga tenía una reacción parecida. El zacathanio estaba tan desconcertado como él.

Habían captado un débil pedido de auxilio. ¿De Cummi? Por algún motivo, sospechaba que no. Pero había partido de un ser humano, o mejor dicho, de una mente inteligente. Aireen o algo que estaba con vida, y que razonaba, se encontraba en un aprieto. El sargento ge volvió lentamente, tratando de identificar el origen del llamado. ¡El dolor y el terror encerrados en él debían ser atendidos!

13 — EL REINO DE CUMMI

—Hacia el norte —gruñó Zinga, y la aguda percepción del zacathanio no se había equivocado.

—¿Nuestra nave puede arriesgarse contra esto?

La experiencia de Kartr con naves pequeñas estaba limitada a las de la Patrulla, y la estabilidad de los trineos de exploración era indiscutible: habían sido diseñados para viajes agitados en condiciones meteorológicas imprevisibles. Pero el aparato que deberían usar ahora no les inspiraba confianza.

—Bien, no es el trineo —comentó Zinga—. Pero la intensidad del viento está disminuyendo, y es indudable que no podemos ir caminando…

Corrieron bajo la muralla de agua. Y un momento más tarde estaban en la estrecha cabina de la nave. Era un alivio haber salido de la lluvia torrencial. Pero apenas se instalaron en los asientos, sintieron cómo se balanceaba la liviana nave. Si despegaban con toda la fuerza del viento… estarían volando en una hoja a merced de un remolino…

Sin embargo, no titubearon. Zinga puso en marcha los rayos propulsores y Kartr lanzó una onda mental, buscando la que había pedido su ayuda.

Algunos factores los ayudaban. La oscuridad de la tormenta se estaba despejando. Y Zinga no se había equivocado: el viento estaba disminuyendo de intensidad. La diminuta nave oscilaba, viraba y descendía peligrosamente mientras el zacathanio luchaba con los controles para conservar el rumbo. Pero ya estaban a bastante altura por encima de las copas de los árboles como para escapar a la suerte del trineo destrozado.

—¿Describimos un círculo? —pensó Zinga, sin expresarlo en palabras.

—¿Tenemos bastante combustible? —preguntó Kartr, mientras se inclinaba para leer el medidor del tablero de instrumentos.

—Tienes razón, no nos alcanza —asintió Zinga—. Después de

luchar contra estos vientos durante un cuarto de tak, tenemos que caminar de todos modos.

Kartr no intentó traducir “tak” a su propio sistema de medidas. Tenía que hacer una sugestión.

—Elige algún punto sobresaliente del terreno y descendamos…

—¿Y luego seguimos a pie? Quizá dé resultado… si amaina el diluvio. Y ahí tienes un punto culminante… ¿de acuerdo? Bajaré en el centro de eso…

“Eso” estaba un cuarto de milla más adelante, y era un ancho círculo de terreno desnudo y ennegrecido, cubierto por troncos chamuscados entre los cuales empezaban a asomarse las cabezas verdes de los brotes. No hacía mucho tiempo este bosque había sido quemado. Zinga aterrizó donde los troncos eran más escasos.

Y en el momento preciso en que abandonaron el salvavidas, ese pedido de auxilio volvió a alcanzarlos, y su tono de terror resultó más claro. Kartr captó algo más. Ellos no eran los únicos seres vivientes que acudían al llamado. En el sendero de adelante había un cazador, un cazador de cuatro patas… hambriento, que no comía desde hacía un día y una noche.

El resto de un viejo sendero conducía a través de la tierra quemada. Durante muchos años los cascos y las patas de los animales lo habían profundizado tanto que se lo podía seguir no sólo con la vista sino también con el tacto. Las botas de Kartr se deslizaban fácilmente sobre él, y el sargento trotó bajo la lluvia hacia un empinado montículo rocoso. El muro pétreo que en un tiempo había detenido el avance del fuego estaba quebrado en un lugar por una angosta abertura a través de la cual pasaba el sendero. Y entonces seguía cuesta abajo hasta el seno de un verdadero bosque.

El cazador estaba no mucho más adelante, muy cerca de su presa. Kartr estableció contacto con la mente de ésta última. Era un ser humano, pero no Cummi. Un desconocido, herido, solo, y muy asustado. Una mente distinta.

Ahora el cazador sabía que lo estaban siguiendo. Titubeó… Y Kartr oyó un grito que era apenas un poco más que un gemido. Había una pantalla de arbustos a través de la cual se abrió paso, y entonces quedó mirando las ramas quebradas di un árbol y un cuerpo delgado, tristemente flaco, apresado debajo de una rama

caída. Un rostro crispado estaba vuelto hacia él… y Kartr vio que el prisionero no era ninguno de los sobrevivientes de la ciudad.

Kartr se dejó caer sobre el suelo blando y trató de levantar el peso de la rama. Pero no pudo moverla lo bastante como para que el prisionero lograse escapar. Y ahora el cazador estaba esperando… detrás de un matorral vecino.

—Yahhhhhh…

Ese rugido agudo y escalofriante era el grito de batalla de los guerreros zacathanios. Kartr oyó la detonación de un lanzallamas sobre su cabeza.

El cuerpo peludo había sido detenido en la mitad de su salto por el rayo fulminante de fuego. Y la fuerza del impacto lo despidió, ya muerto, al mismo nido de hojas desde el cual había saltado. Un espeso olor a pelo y carne chamuscados flotó en el aire.

Kartr reanudó su trabajo. Estaba removiendo la tierra blanda de abajo de la rama cuando un chillido de terror irracional lo hizo girar.

El rostro del cautivo era una máscara de pánico puro, desfigurada por el miedo.

Pero no había nada que temer; el felino gigantesco estaba muerto. El único que estaba allí era Zinga, que volvía a enfundar su lanzallamas.

Zinga… ¡pero era precisamente el zacathanio quien había provocado ese terror!

Kartr no necesitó decir nada. Su compañero ya había entendido lo ocurrido, y desapareció entre los arbustos. Kartr vio que el cautivo tenía los ojos cerrados y estaba inerte, desmayado. Bien, si permanecía así durante un rato eso simplificaría la tarea.

Zinga volvió a aparecer tan silenciosamente como se había ido y trabajaron juntos hasta que el cuerpo delgado quedó libre, y lo estiraron entre los dos sobre el suelo. Las manos de Kartr hicieron un rápido y experimentado examen.

—No hay huesos rotos. Lo más grave es esto —y señaló un tajo profundo y desagradable sobre las costillas, que marcaba el lugar donde un pliegue de la piel del desconocido había sido apretado por una rama afilada.

El cuerpo era flaco, y las costillas estaban marcadas por debajo de la piel tostada por el sol. Y el desconocido era pequeño y liviano;

demasiado pequeño para haber completado su ciclo de crecimiento. Kartr decidió que se trataba de un niño. Su cabeza estaba cubierta por una maraña de cabellos amarillos, sucios de barro y abrojos, y tenía algunos brotes oscuros sobre la mandíbula y sobre el labio superior. Su vestimenta desgarrada consistía en un chaleco abierto y sin mangas, confeccionado con el cuero de algún animal, y en un par de polainas del mismo material, en tanto que sus pies estaban cubiertos con unas bolsas extrañas.

—Muy primitivo —comentó Zinga—. ¿Será un indígena?

—O el sobreviviente de otro accidente…

—Quizás —murmuró el zacathanio—. Pero entonces…

—Sí, si es el náufrago de otro accidente galáctico, ¿a qué se debe el terror que experimentó al verte?

Los zacathanios eran bien conocidos, y no provocaban alarma. Nunca habían sido piratas. Pero… Kartr estudió objetivamente a su compañero por primera vez… ¿Y si alguien no había visto nunca a un zacathanio? Suponiendo que uno viviese en un mundo habitado por seres más o menos parecidos a él mismo… Entonces el primer encuentro con esas mandíbulas puntiagudas y provistas de poderosos dientes, con esa piel cubierta de escamas, con el collar que rodeaba una cabeza calva… Sí, eso habría bastado para asustar a una mente primitiva.

Zinga hizo un gesto de asentimiento; él había seguido el razonamiento. Ahora tenía preparada una respuesta.

—Volveré al salvavidas y me mantendré oculto. Tú tratarás de descubrir de dónde vino, y todo lo demás. Si lo mueves, te seguiré. ¡Nativos en este mundo! ¿Qué ocurrirá si Cummi los encuentra?

Pero Kartr no necesitaba oír esta prevención encubierta.

—Vete… ¡creo que está recuperando el conocimiento!

Los párpados se agitaron. Los ojos que éstos habían protegido eran azules casi desteñidos. Primero se reflejó en ellos el terror, pero cuando vieron solamente los rasgos humanos de Kartr, el miedo desapareció y fue reemplazado por una especie de desconfiada curiosidad. El sargento estableció un ligero contacto y descubrió lo que había sospechado. Este era el sobreviviente de un naufragio espacial o, si el muchacho era un descendiente de viajeros galácticos, su llegada a este mundo olvidado se había producido muchas generaciones atrás.

Para comprobar esto, Kartr hizo su primera pregunta en el idioma común a todos los navegantes de los espacios estelares.

—¿Quién eres?

El muchacho quedó intrigado, y su sorpresa volvió a convertirse en miedo. Aparentemente no estaba acostumbrado a oír un idioma desconocido, y la lengua galáctica no significaba nada para él. Kartr suspiró y volvió al método más fácil de comunicación. Se tocó el pecho con el pulgar.

—Kartr —dijo lenta y claramente.

La desconfianza no se extinguió, pero la curiosidad se hizo más fuerte. Después de un titubeo, el muchacho repitió el resto del explorador y dijo:

—Ord.

Ord. Esta podía ser la palabra nativa que significaba hombre, pero a Kartr le pareció más probable que se tratase de un nombre propio. Nuevamente, y con infinita cautela, el sargento intentó un contacto mental. Esperaba un alejamiento, temor… Pero se sintió sorprendido e interesado al ver que el muchacho parecía familiarizado con este tipo de intercambios. Sí, indudablemente no era un sensitivo. Kartr penetró más profundamente y comprobó que el desconocido carecía de esas facultades.

Y esto podía significar una sola cosa: en el pasado había tenido contactos con un sensitivo; los suficientes como para no temerle a la indagación mental. ¡Cummi! El sargento le envió una señal a Zinga. El zacathanio estaba en la nave, preparado y a la expectativa.

Kartr se volvió hacia Ord. Acomodó al muchacho sobre un lecho de ramas, bajo la protección de la copa de un árbol próximo, donde la lluvia no podría empaparlos, y empezó su labor. Algún tiempo más tarde, gracias a los contactos mentales y a un vocabulario que aumentaba rápidamente, se enteró de que Ord era miembro de una tribu que vivía deambulando por la jungla. Cada vez que mencionaba la ciudad se encontraba con una asustada evasión: era una especie de tabú. En un tiempo esos “lugares brillantes” habían servido de alojamiento a los “dioses del cielo”.

—Pero ahora los dioses han vuelto —agregó Ord, y Kartr aguzó su atención.

—¿Los dioses regresaron?

—Uno de ellos vino a nosotros buscando nuestro clan… para

que lo sirvamos como corresponde…

—¿Qué aspecto tiene este dios del cielo? —preguntó el sargento, tratando de adoptar un tono de indiferencia, como si esto no tuviese mucha importancia.

—Se parece a usted. Pero… —los ojos de Ord se dilataron—, ¡pero entonces usted también es uno de los dioses del cielo! —e hizo un gesto apuntando al explorador con los dedos cruzados.

Kartr aprovechó la oportunidad.

—Según tu concepto, sí, vengo del cielo. Y estoy tratando de encontrar al dios que está ahora en tu pueblo, Ord.

El muchacho hizo un movimiento nervioso, apartándose del sargento. Su mano cayó sobre su flanco vendado, y levantó la vista con desconfianza.

—Dijo que quizá vendrían a buscarlo… los demonios de la noche y los seres malignos. Y… —el terror volvió a enronquecer su voz— cuando usted se acercó a mí por primera vez me pareció ver a uno de esos… ¡a un demonio! —su voz aumentó de tono hasta convertirse casi en un grito.

—¿Lo ves ahora, Ord? Solamente yo estoy a tu lado. Y tú dices que me parezco al dios del cielo que está con tu pueblo…

—Usted debe ser verdaderamente un dios… o un demonio. Mató con fuego al cazador silencioso. Pero si el dios que vino a nosotros es su amigo, ¿por qué dijo que los que lo siguiesen serían sus enemigos?

—Las costumbres de los dioses no son siempre las costumbre de los hombres —respondió Kartr altaneramente—. Si yo hubiese sido un demonio, Ord, ¿te habría sacado de abajo del árbol, habría vendado tu herida y te habría tratado bien? Creo que un ser maligno no habría hecho eso por ti.

El otro asimiló esta lógica casi con vehemencia.

—Es cierto. Y cuando usted venga conmigo al clan celebraremos una gran fiesta y luego iremos juntos al Lugar de Reunión de los Dioses, donde usted podrá estar como en los tiempos muy antiguos…

—Tengo mucho interés en ir contigo hasta tu clan, Ord. ¿Cómo podremos llegar allí?

El muchacho apretó su flanco herido y frunció el ceño.

—El campamento está a un día de viaje de aquí. Yo no podré

caminar con mucha rapidez.

—Ya nos arreglaremos, Ord. ¿Y este "Lugar de Reunión & los Dioses" es donde vive tu pueblo?

—No; está mucho más lejos. A diez días de viaje de aquí… o quizá más. Vamos una vez por año, todos los clanes juntos, y traficamos, y los guerreros son iniciados en el Fuego del Hombre, y las doncellas eligen sus compañeros. Se canta y se baila la Danza de las Lanzas… —su voz se perdió.

Kartr apartó la cabellera del muchacho de encima de sus ojos.

—Ahora dormirás —dijo. Los ojos celestes se cerraron, y la respiración del muchacho se hizo lenta y serena. Kartr esperó dos minutos, y luego se internó en la franja arbolada donde pocos segundos más tarde se reunió con Zinga.

—El "dios del cielo" del que habla debe ser Cummi —murmuró el sargento.

—Sí, Cummi, y con él en libertad, el factor tiempo es importante. Este Ord forma parte de una cultura primitiva y supersticiosa; lo ideal para los planes de Cummi…

—Con esa leña podría provocar un incendio que se extendería fácilmente —asintió Kartr—. Tenemos que apresarlo —tamborileó con las uñas sobre el cinturón—. Habrá que trasladar al muchacho —agregó—. Y según él, el campamento está por lo menos a un día de viaje. Yo no puedo transportarlo hasta allí…

—No. Usaremos la nave de salvamento.

—Pero, Zinga, él cree que eres un demonio. Estando tú a bordo, no podríamos hacerlo subir.

—¿No? Pero no habrá ningún problema. Usa tu astucia, Kartr. Tú eres un sensitivo, pero todavía no tienes idea del poder que posees. Cuando emprendamos el viaje, Ord verá y oirá sólo lo que yo quiera, y además nos guiará hasta su tribu. Pero no descenderemos en el campamento, porque yo no puedo controlar un número indefinido de mentes, especialmente donde Cummi ya metió las narices. Por eso tú te encargarás de llevarlo hasta su pueblo, y él no recordará el vuelo, ni que había un segundo explorador.

Todo se desarrolló tal como Zinga lo había prometido. Ord parecía estar sólo parcialmente despierto, y yacía entre ellos en un dulce ensueño. Contestaba sin titubear las preguntas del zacathanio.

La visibilidad era mejor que durante el resto del día, y estaban volando fuera de la zona lluviosa.

—¡Humo! —exclamó Kartr, señalando hacia la derecha.

—Ese debe ser su campamento. Ahora buscaremos un lugar para aterrizar… que no esté demasiado lejos. Tú lo llevarás hasta la aldea…

Diez minutos más tarde Kartr lanzó un gruñido al detenerse, con el cuerpo inerte del muchacho entre sus brazos. Estaba en el borde de una especie de parque abierto en el que se levantaban, sin ningún orden particular, numerosas tiendas de cuero. Percibía aproximadamente veinte individuos al alcance de su mente. Pero Cummi no estaba allí.

—¡Ord!

Una muchacha corría hacia el explorador, y largas trenzas del mismo color amarillo que el pelo del muchacho oscilaban sobre sus hombros.

—¿Ord? —repitió, y se detuvo bruscamente, mirando al sargento con una expresión lindante en el terror.

Afortunadamente su grito despertó al muchacho, que volvió la cabeza hacia ella.

—¡Quetta!

En ese momento otros salían de sus tiendas. Tres hombres, apenas más altos que el muchacho, avanzaron cautelosamente, con las manos cerca de las empuñaduras de los largos cuchillos que llevaban en el cinturón. Sus mejillas y sus mentones estaban cubiertos por abundantes matas de pelo; eran casi tan peludos como los animales.

—¿Qué hace? —preguntó el más alto de los tres.

—Su muchacho… herido; yo lo traje —respondió Kartr, formando las palabras lentamente, y con la mayor claridad posible.

—Padre, este es un dios del cielo; busca a su hermano —agregó Ord.

—El dios del cielo se fue. Está cazando.

Kartr agradeció en silencio esta oportunidad de tantear el terreno antes de la llegada de Cummi.

—Lo esperaré.

No discutieron por esto. Apartaron a Ord de su lado y lo colocaron sobre una pila de pieles en la más amplia de las tiendas.

Y al explorador le dieron un asiento junto al fuego y le ofrecieron una olla hirviente de guiso. Comió con mucho apetito, aunque el menjunje no era sabroso.

—¿Cuánto hace que se fue… el dios del cielo? —preguntó finalmente.

Wulf, el peludo cacique y padre de Ord entrecerró los ojos le dio una chupada a un rollo de hojas apretadas y secas que había encendido con una astilla y que movía incesantemente entre sus labios barbudos, echando un humo gris y picante.

—Con la primera luz. Es muy inteligente. Con su magia inmoviliza a las bestias hasta que los más jóvenes pueden matarlas. Desde que vino a nosotros hicimos muchos festines. Irá al Lugar de Reunión de los Dioses y allí llamará a los suyos y ellos vendrán a nosotros. Nuestras doncellas se casarán con ellos y seremos poderosos y dominaremos esta tierra…

—¿Su pueblo ha vivido siempre aquí?

—Sí. Esta tierra es nuestra. Hubo una época de fuego ardiente y los dioses partieron rumbo al cielo… y nosotros nos quedamos atrás. Pero sabíamos que ellos volverían y que traerían la vida feliz con ellos. Y así ocurrió. Primero vino Koommee —pronunció el nombre dificultosamente—, y ahora usted está aquí. Habrá otros… como lo prometieron los antiguos.

Fumó en silencio durante un momento, y luego agregó:

—Koommee tiene enemigos. Dijo que los demonios temen que nos haga nuevamente poderosos.

Kartr hizo un gesto de asentimiento. Aparentaba estar escuchando atentamente lo que decía el cacique, pero en realidad escuchaba con algo más que los oídos. Estos nativos eran expertos cazadores. Durante los últimos cinco minutos habían astado tomando posiciones en la oscuridad detrás de él. Planeaban un ataque por sorpresa, y la idea era buena y podría haber dado resultado con alguien que no fuera un sensitivo. Pero él podía volverse y poner una mano sobre cada uno de los hombres agazapados. Y tendría que adoptar alguna actitud antes que se produjese el ataque.

—Usted es un jefe poderoso e inteligente, Wulf. Y tiene muchos guerreros fuertes. ¿Pero por qué se agazapan en la oscuridad como chiquillos asustados? ¿Por qué el del labio partido se esconde allí —

el sargento señaló hacia la izquierda—, y el de los dos cuchillos ahí? —su mano se movió desde el bolsillo lateral hacia el fuego cuando Wulf giró la cabeza. Una lengua de fuego verde se levantó para iluminar la cara de los hombres que se creían perfectamente escondidos.

Hubo un aullido salvaje de miedo cuando saltaron hacia atrás, huyendo de la luz. Se dispersaron. Pero para darle al jefe el mérito que le correspondía, hay que aclarar que él no se movió. Sólo el rollo de hojas cayó de su boca para chamusquear la polaina de cuero de su pierna derecha.

—Si yo *fuera* un demonio —continuó Kartr con su voz acostumbrada—, esos hombres estarían ahora muertos, porque yo podría haberlos matado mientras se escondían. Pero en mi corazón no hay odio ni hacia usted ni hacia su pueblo, Wulf.

—Usted es el enemigo de Koommee —respondió el jefe secamente.

—¿Cummi lo dijo? ¿O usted lo adivinó? Esperemos su regreso…

—Ya ha regresado —dijo el jefe sin volver la cabeza, pero hubo una ligera alteración en su voz, un brillo de inteligencia en sus ojos, como si otra personalidad hubiese ocupado su cuerpo rechoncho.

Kartr se puso de pie. Pero no desenfundó el lanzallamas. Sólo utilizaría el arma como último recurso. ¡Indudablemente el arturiano no lanzaría a esos pobres idiotas contra él!…

—Lo creeré cuando lo vea. Los dioses no luchan protegidos por los hombres.

—¡Eso dice la noble Patrulla! ¡Los audaces exploradores! —los labios de Wulf se crisparon cuando pronunció estas palabras completamente ajenas a su lengua—. ¿Todavía está atado por esos códigos anticuados? Peor para usted. Pero me alegro de que haya vuelto a mí, sargento Kartr. Usted es un instrumento mejor que estos salvajes estúpidos.

Y antes que Wulf hubiese terminado su discurso, un rayo de fuerza mental golpeó a Kartr. Si Cummi no se hubiese traicionado con sus palabras, habría tenido más posibilidades de éxito. Pero el explorador estaba armado y preparado. Y a él se sumó la ayuda de Zinga, de modo que permaneció sonriendo tenuemente a la luz de la hoguera, mientras se preparaba para el duelo silencioso e inmóvil.

Cummi no intentó ningún asalto violento, sino que usaba rápidas embestidas cortas contra las que había que estar constantemente en guardia. Pero Kartr se sintió más confiado. Y con creciente alegría comprobó que él estaba realizando todo el trabajo: Zinga sólo se mantenía a la expectativa. Aunque Cummi fuese un mutante de poderes desconocidos, encontraría ahora su rival en un bárbaro de un planeta vencido. Y el sargento descubrió súbitamente una nueva circunstancia: Ylene había sido destruido porque un arturiano había comprendido la amenaza de ese mundo.

Su confianza aumentó. Quizás Ylene había estado destinado a poner freno a las crecientes ambiciones arturianas. Muy bien; un hombre de Ylene se preparaba para vengar a su pueblo y a su mundo.

14 — LA PESTE

Pero su confianza no duró mucho. La presión ejercida por mí se interrumpió tan bruscamente como si hubiese sido da por un puñal de propulsión. Y en su lugar apareció tumulto de pensamientos e impresiones deshilvanados.

¿Estaba esto destinado a hacerle levantar su barrera para verlo a merced de un ataque más sutil? Pero Kartr pereció alerta, listo para rechazar lo que viniera… y esto o con un estallido salvaje de desesperación, como si el arturiano hubiese comprendido la necesidad de triunfar inmediatamente.

Esa impresión desapareció, y el sargento siguió alerta, pensando que su enemigo se había retirado para reunir las fueres para otra embestida. Y casi murió con esta idea en su *mente.*

Porque el ataque no fue mental sino físico: el rayo de *fuego* de un lanzallamas.

Kartr cayó con un grito ahogado de dolor. Quedó inerte, alumbrado por las llamas.

El cacique meneó la cabeza y miró casi estúpidamente al explorador caído. Todavía se estaba poniendo de pie cuando erra figura salió de las sombras y se acercó al fuego, con un lanzallamas resplandeciente en la mano.

—¡Lo… lo maté! —exclamó, y hubo un breve titubeo en estas palabras de triunfo. Y antes de que hubiese llegado al cuerpo, el recién llegado se detuvo y levantó la mano a mecas hasta su cabeza. Entonces su rostro se crispó y lanzó un grito. El arma cayó al suelo, rebotó, y quedó junto al cuerpo de la víctima. Un segundo más tarde, él también se había desplomado sobre la tierra.

Kartr se incorporó. Se llevó la mano al hombro izquierdo. La chaqueta de cuero de vlis le había restado fuerza al disparo, y éste no había estado bien dirigido. Tenía una quemadura desagradable, pero todavía estaba con vida. Tomó el arma de Cummi, y terminó de erguirse.

Ese lanzallamas… ¿por qué Cummi había intentado fulminarlo? El sargento estaba seguro de que el arturiano confiaba en el poder mental… y el arma desentonaba con sus métodos. Cummi era demasiado civilizado, demasiado arrogante. ¿Y cómo había podido derribar al arturiano con tanta facilidad hacía apenas un minuto? ¡Cummi habla reaccionado ante su ataque como si no hubiese tenido absolutamente ninguna barrera mental!

Cuando el explorador se inclinó sobre él, Cummi se movió y gimió débilmente. El aliento del arturiano brotaba entrecortadamente, y su pecho se agitaba como si le resultara difícil aspirar cada bocanada de aire. Pero esto no era natural. ¿Qué le ocurría a ese hombre?

—¿Koommee? ¿Qué…?

Wulf se acercó tímidamente a los dos hombres. Kartr meneó la cabeza.

—Délo vuelta —ordenó secamente.

El cacique obedeció desganadamente, como si temiese tocar al hombre caído. Kartr se dejó caer sobre una rodilla, apretado los dientes para calmar la puntada de dolor que le causó este movimiento. Los rasgos angulosos del arturiano estaban claramente recortados por las llamas, y tenía la boca abierta y jadeaba. Una tenue sombra oscura se extendía alrededor de su nariz aquilina y de sus labios. Kartr se puso rígido.

—¡Fiebre inftérica! —exclamó, aunque Wulf no podía entenderlo.

Era una enfermedad bastante común, y él mismo había sido atacado por ella en una oportunidad. El remedio era la galdina. Pero antes de que los médicos hubiesen descubierto esta droga, la infteria había sido peligrosa. Los hombres afectados por ella morían asfixiados porque sus músculos contraídos les impedían respirar. ¡Galdina! ¿Pero cómo podrían encontrar galdina aquí? ¿La tenían en sus mochilas de exploradores? Trató de recordar si estaba incluida. Quizás no. Sus vacunas de inmunización los libraban de la necesidad de llevar este tipo de provisiones.

Mientras tanto, Cummi se iba a morir si no podía respirar. Y Kartr no podía hacerle la respiración artificial con un hombro quemado por el rayo de fuego.

—Usted… —dijo, volviéndose hacia Wulf—, ponga sus manos

allí. Luego empuje con fuerza y suelte, así…, uno, dos, uno, dos…

El jefe obedeció sus órdenes con evidente desgano. Kartr estableció contacto con Zinga.

—Excelente —fue la respuesta mental—. Buscaremos galdina en el campamento si tú puedes aguantar. Concédeme dos horas, quizás tres.

Kartr mordió con fuerza su labio inferior. Ondas cálidas de dolor se extendían desde la quemadura.

—¡Vete en seguida! —contestó él, también con su pensamiento.

Wulf lo miró fijamente desde abajo de su cabellera enmarada.

—¿Por qué debo hacerle esto a Koommee?

—Si no lo hace, él se morirá.

Por un momento el ritmo disminuyó cuando el jefe miró al explorador con evidente sorpresa.

—Pero no tiene ninguna herida. Y es un dios del cielo; uno de ésos que lo saben todo. ¿Usted lo hechizó… porque es su enemigo?

—No es un hechizo —respondió Kartr. Descartó apresuradamente dos explicaciones posibles y dio una tercera, que el nativo no sólo entendería sino que también aceptaría—. Cummi tragó unos demonios que no pueden ser vistos. No quieren salir, pero hay que sacarlos por la fuerza… o de lo contrario lo matarán tan efectivamente como si su cuchillo lo hubiese abierto en dos…

Wulf rumió esto y siguió su tarea. Los hombres y mujeres de la tribu los rodearon. Cuando Wulf empezó a cansarse, Kartr eligió al azar al más próximo y más fuerte de los hombres, y lo hizo trabajar en el lugar del cacique. El sargento miraba fijamente el rostro de Cummi. No podía estar seguro, pero le pareció que parte de la tensión estaba cediendo.

Quizás el primer ataque terminaría antes del regreso de Zinga. La infteria, según recordó, atacaba cíclicamente. Si primera parálisis desastrosa de la enfermedad no mataba, había un período de alivio antes de que empezase el segundo ataque. La segunda crisis sólo podía ser curada con galdina. Sin este tratamiento, el enfermo generalmente moría. La fiebre, que en cuatro generaciones se había reducido a débiles accesos de tos, había sido en otro tiempo una peste que había devastado planetas íntegros.

Sí, evidentemente Cummi estaba respirando con más facilidad. Obedeciendo a una seña del explorador, el hombre que ahora

estaba trabajando sobre el arturiano interrumpió sus movimientos, pero el jefe de Subsector continuó respirando. Kartr tocó la piel húmeda del rostro del enfermo; el característico sudor frío empapaba su frente y su labio superior.

—Traigan mantas para cubrirlo —les ordenó.

—¿Los demonios han salido? —preguntó Wulf, tirando de su manga.

—Se han retirado, pero todavía pueden volver.

Una mujer se movió junto al círculo de hombres, y tiró una piel oscura en dirección a Cummi. Pero no se acercó para extenderla sobre el hombre desmayado. Kartr mismo la puso torpemente en su lugar. Los nativos se estaban apartando. Wulf se había alejado al otro lado del fuego, donde se agazapaba nerviosamente, como si no supiera si seguir a su gente que formaba grupos apretados de murmuradores junto a las tiendas.

Zinga había hablado de dos horas, y quizá tres. Y probablemente después de todo no traería galdina. A Kartr no le gustaba ver cómo los nativos se reunían en esa forma, ni oír los susurros que cruzaban la oscuridad. Ellos no podrían atacarlo sin que él lo supiese. Pero él era uno contra veinte o más. Tenía dos lanzallamas… que usaría sólo como último recurso. Su largo aprendizaje como explorador no le permitía disparar a menos que esto fuese absolutamente necesario para salvar su vida.

—Usted…

Ese hilo de voz había brotado junto a él. Cummi estaba despierto.

—¿Qué…? —empezó a preguntar el arturiano.

—Infteria —fue la lacónica respuesta de Kartr.

—¡Vencido… por… por un virus! —murmuró, con tono de amargura—. ¿Hay galdina?

—Quizás. Envié a alguien para que buscase si estaba entre nuestros equipos.

—¡De modo que eran dos! —exclamó Cummi, y su voz pareció recuperar fuerzas—. Pero ahora está solo.

—Estoy solo.

Los ojos del arturiano se cerraron cansadamente. Tenía una impenetrable barrera mental. Quizá detrás de ella estaba tramando planes. Pero la infteria afectaba las facultades mentales, lo mismo

que los músculos. Ahora le resultaría muy difícil ponerlo en peligro.

—Usted tendrá dificultades con el clan —comentó con tono sereno, y con una especie de alegría maliciosa en su voz—. Yo tuve tiempo para adoctrinarlos debidamente. No tomarán mi colapso con tranquilidad; creerán que usted intentó asesinarme.

Kartr no contestó, y su silencio pareció aguijonear a Cummi.

—No triunfará en esta batalla, explorador, así como no triunfó en la anterior. Si muero, usted caerá bajo sus cuchillos y sus lanzas… Será un final adecuado para un bárbaro.

El sargento se encogió de hombros, aunque este movimiento casi le arrancó un grito de dolor. Los ojos de Cummi se entrecerraron, y una sonrisa curvó sus labios como una mueca animal.

—¡De modo que lo marqué! Bien, eso lo convertirá en una presa más fácil para Wulf y sus hombres cuando llegue la hora.

—Supongo que usted lo arregló perfectamente —comentó Kartr, atreviéndose a bostezar. Quizás no podía leer lo que se desarrollaba detrás de la barrera del arturiano, pero él podía adivinar cómo había reaccionado él mismo ante una situación parecida, y le otorgó a Cummi el mérito de haber ideado algo igualmente sencillo—. Me matarán, y entonces usted le tenderá una emboscada a quienquiera que venga con la galdina. Será más fácil quitársela a un muerto.

Pero los ojos de Cummi estaban nuevamente cerrados, y no le dio ningún indicio de que hubiese acertado. Kartr miró a Wulf. El cacique estaba nuevamente sentado con las piernas cruzadas, mirando el fuego. ¿Cummi estaría ocupado en establecer contacto mental con el nativo? El sargento suspiró. Durante los últimos días había descubierto muchas posibilidades inexploradas encerradas en su atributo. El hombre que le había dado lecciones había sido apenas un aficionado: este lo sabía desde su encuentro con Zicti y después de su comunicación con Zinga. Si él hubiese tenido *su* capacidad, habría podido interceptar cualquier orden o sugestión que el arturiano estuviese tratando de inducir en la mente de Wulf. No conocía el verdadero poder de Cummi, y si era un mutante, todo resultaba posible.

El resto del clan seguía agrupado en la oscuridad junto a las tiendas. Pero estaban en cuclillas, y no había peligro de un ataque inmediato. Bastaría con estar alerta y preparado.

El tiempo transcurría lentamente. A ratos alguien se acercaba

para alimentar el fuego. Wulf se adormiló con un brusca sacudida de la cabeza. Aparentemente, Cummi dormía o estaba desmayado. Pero Kartr permanecía vigilante. Afortunadamente el dolor de su hombro no lo dejaba descansar.

Finalmente oyó el ruido que se había estado esforzando por captar: el suave zumbido de la nave de salvamento. Lanzó un suspiro de alivio y se irguió. Entonces miró hacia abajo. Los ojos de Cummi estaban abiertos, y eran dos pozos oscuros de perversidad. ¿Qué intentaría el arturiano?

Wulf se movió y la mano de Kartr se acercó al lanzallamas que Cummi había dejado caer. El cacique se puso de pie con un movimiento rígido. Otros tres hombres salieron de la; sombras para reunirse con él.

—¡Kartr! —el llamado mental era imperativo, y partió de Zicti y no de Zinga—. ¡No hay galdina!

El explorador no había terminado de recibir el mensaje cuando Cummi estiró las piernas con un movimiento que podía haber derribado a Kartr si éste no hubiese saltado hacia atrás en el mismo instante. El arturiano estaba loco si creía que podría sorprender a un sensitivo. Pero con esta maniobra el jefe de Subsector había conseguido levantarse sobre las manos y las rodillas.

¡Había llegado el momento! Kartr saltó hacia la izquierda, manteniendo el fuego entre él y los nativos que se disponían a atacarlo. Empuñaban sus cuchillos. Y él no podía volver su lanzallamas contra esos pobres imbéciles. ¡No podía!

Le lanzó un puntapié a Cummi, que, con los reflejos debilitados por la fiebre, no pudo esquivar el golpe. Mientras el arturiano caía de bruces, el explorador comenzó a retroceder hacia el bosque, aproximadamente en dirección a la nave oculta.

Algunos segundos más tarde oyó una voz bienvenida detrás de él.

—Los tengo cubiertos, Kartr…

—Cummi los controla…

—Lo sé. También lo tengo a él. Métete entre los árboles. Zicti nos está esperando —dijo Rolth serenamente, mientras salía de las sombras para ponerse hombro con hombro junto al sargento.

Cummi se aferró a Wulf cuando el cacique pasó a su lado, puso de pie apoyándose en el nativo.

—De modo que no tienen galdina —les espetó. Su rostro ya no tenía una expresión maligna. Estaba crispado y pálido por obra del terror—. Quizá yo pueda considerarme muerto —agregó suavemente—, pero todavía tengo tiempo para terminar también con ustedes —soltó súbitamente a Wulf y lo lanzó hacia los exploradores—. ¡Mata! —rugió.

—Haremos todo lo posible por usted —dijo Kartr lentamente.

El arturiano se mantenía erguido con un esfuerzo que agotaba sus últimas energías.

—¡Siga ajustándose al código, idiota! ¡Pero viviré para Ter su sangre! ¡Bárbaro!

—¡Ahhhhh!

El chillido fue estridente y les crispó los nervios. Sólo podía haber surgido de la garganta de una mujer.

Wulf y sus hombres se volvieron a medias cuando estalló un segundo grito. Hubo un murmullo frenético que Kartr no alcanzó a entender. Pero el pensamiento de Zicti se lo tradujo.

—Un miembro de la tribu, una doncella, se ha enfermado. Creen que los demonios de Cummi han entrado en ella…

Wulf se había encaminado hacia el lugar de origen de los gritos; ahora se acercó al fuego, con pasos posados.

—Los demonios penetraron en Quetta —le dijo directamente al arturiano—. Si usted es verdaderamente un dios, hágalos salir.

Cummi se tambaleó, venciendo la debilidad de su cuerpo sólo gracias a su fuerza de voluntad.

—Es obra de ellos —exclamó, señalando a los exploradores—. Pídeselos a ellos.

Pero Wulf no desvió su atención.

—Koommee juró que es un dios del cielo. Estos no lo han jurado. Koommee trajo los demonios en su cuerpo. Son los demonios de Koommee y no de mi pueblo. ¡Ahora Koommee los hará salir del cuerpo de mi hija!

El rostro de Cummi, consumido y pálido, era una máscara de dolor al reflejo de la llama oscilante. Sus ojos negros estaban fijos en los exploradores.

Kartr vio que los labios del arturiano formaban la palabra "galdina". Entonces, lentamente, como si estuviese luchando hasta el fin, perdió el control y se desplomó sobre la tierra pisoteada y

sobre las cenizas del borde mismo de la hoguera.

Wulf se agachó y hundió los dedos en el pelo corto del arturiano, buscando un sostén, y luego tiró de la cabeza hacia arriba. Pero Cummi había perdido el conocimiento. Y antes de que los horrorizados exploradores pudiesen reaccionar, el cacique pasó la hoja de su cuchillo con un movimiento rápido por la garganta desnuda del jefe de Subsector.

—Acá hay una puerta abierta para que entren los demonios —dijo—, y también mucha sangre para que beban. Ojalá la encuentren pronto —limpio el cuchillo sobre la túnica de Cummi—. A veces se necesita mucha sangre para satisfacer la sed de un demonio fuerte —agregó, y miró a los exploradores.

Rolth tenía el lanzallamas preparado, pero Kartr meneó la cabeza. Los dos retrocedieron juntos hasta la oscuridad de la arboleda.

—Nos seguirán —murmuró el falthariano.

—Todavía no —aseguró Zicti—. Creo que aún están un poco desconcertados por la actitud de su jefe. Después de todo, no matan con frecuencia a un dios… o a un ex dios. Ahora démonos prisa para llegar a la nave.

Había nacido un nuevo día, y el sol brillante y cálido caía sobre las rodillas de Kartr, pero los pensamientos de éste eran grises y opacos.

—No pudimos hacer nada para ayudarlos —informó Smitt—. Si hubiésemos tenido galdina… quizás, si ellos no? hubiesen dejado acercar. Pero lo hemos estado intentando durante los últimos tres días. Cuando Dalgre y yo fuimos allí hace dos horas, uno de ellos salió arrastrándose sólo para lanzarnos un cuchillo. La mayoría de ellos ya están muertos —separó las manos en un gesto de impotencia—. Creo que cuando anochezca, no quedará ninguno con vida.

—Veinte personas, y quizá más, asesinadas. Fue un crimen —afirmó Kartr amargamente.

—Nosotros no nos contagiamos —comentó Dalgre.

—Las vacunas inmunizantes. Y los zacathanios nunca sufrieron la infteria. Pero así era antes: asolaba las ciudades como una plaga. No se repitió en esta forma durante muchos años…

—Nosotros teníamos galdina. Y recuerden que hace mucho que

conocemos la infteria. Nos atacó después que exploramos los mundos de Sirio. A través de las generaciones —explicó Rolth—, quizás hayamos adquirido también una inmunidad natural contra el virus. Eso ocurre con el hombre, por selección natural. ¿Pero cómo podremos saber cuántos otros gérmenes llevamos encima, inofensivos para nosotros pero devastadores para este mundo? Lo mejor que podemos hacer de ahora en adelante será mantenernos alejados de los nativos.

—Y esta actitud quizás no sea simplemente altruista —agregó Zinga—. Supongamos que ellos tengan algunos lindos virus propios. Roguemos que nuestras vacunas inmunizantes sigan haciendo efecto.

—Es una tragedia, pero no podemos hacer nada para ponerle fin —dijo Zicti, y se quitó su capa de viaje dejando que el sol cayese cálidamente sobre sus hombros—. De ahora en adelante nos mantendremos apartados de estos pueblos. Tengo la impresión de que no forman una raza numerosa…

—Creo que no —asintió Kartr—. Por lo poco que pude averiguar, no hay más que algunos clanes familiares, pero se juntan una vez por año en…

—El Lugar de Reunión de los Dioses. Sí, éste es un punto muy interesante. Estos "dioses" que partieron rumbo al cielo ¿quiénes eran? ¿Alguna colonia galáctica que luego emigró? Esto explicaría la ciudad que quedó en orden, esperando un regreso. Disculpen, caballeros. Me estoy dejando llevar nuevamente por mi tema favorito —murmuró el historiador sonriendo.

—Pero no había ninguna pista para las astronaves cerca de la ciudad —protestó Dalgre.

—Esa era una sola ciudad. Quizás haya otras —indicó Fylh—. Supongamos que tuviesen nada más que dos astro-puertos en todo el planeta. Eso no resultaría extraño en una colonia galáctica.

—El Lugar de Reunión de los Dioses —murmuró Zicti—. ¿Qué sugiere eso?

—¡Tenemos que ir allí! —exclamó Dalgre ansiosamente—. Lo que vimos de la maquinaria de la ciudad, estaba en un asombroso estado de conservación. Si encontramos un astropuerto, quizás haya allí una nave en condiciones de ser usada.

Una nave en condiciones de ser usada. Kartr frunció el ceño. Y

entonces se sorprendió al descubrir el instantáneo rechazo que habían encontrado en él estas palabras. ¿Acaso no deseaba abandonar este mundo?

Zacita y su hija salieron de la tienda rudimentaria en la que vivían, y se sumaron al grupo reunido junto al fuego. Kartr notó con un divertido cosquilleo interior con cuánta premura Zinga apilaba el pasto destinado a servir de asiento.

—¿Tienen novedades de importancia? —preguntó Zacita.

—Quizás haya un antiguo astropuerto cerca de aquí. El muchacho nativo le habló a Kartr de un "Lugar de Reunión de los Dioses", que sugiere esas posibilidades —respondió su esposo.

—Oh… —murmuró Zacita, y analizó la idea. Pero Kartr tuvo la fugaz impresión de que la noticia no la satisfacía mucho. ¿Por qué? Una dama zacathania de la más elevada alcurnia (la pintura dorada que usaba en la frente proclamaba que pertenecía a la rama de los Issittis, una de las nobles Siete Familias fabulosamente ricas) debería haberse alegrado al conocer esta posibilidad de regresar lo más rápidamente posible a la civilización galáctica.

—El técnico Dalgre cree que si encontramos una de las viejas naves, quizás podamos hacerla funcionar nuevamente… teniendo en cuenta que las maquinarias de la ciudad estaban en tan perfecto estado de conservación. Recuerda que utilizaron una nave espacial para llegar hasta aquí…

—Ojalá cualquier nave que encontremos dure más que ésa —murmuró Dalgre amargamente—. Nos trajo hasta aquí, pero entonces se hizo pedazos.

—Ese es un punto que vale la pena tener en cuenta —dijo Kartr, y le pareció leer en los ojos de Zacita una sutil expresión de aliento —. No tengo ningún deseo de partir en una nave que se quedará sin energía cuando hayamos penetrado en el espacio. Se me ocurren otras muchas formas más efectivas y menos dolorosas de suicidarse…

—Pero podemos visitar ese "Lugar de Reunión de los Dioses" —dijo Dalgre con tono casi imploratorio.

—Supongo que sí, si podemos mantenernos alejados de los nativos. Esta es la época de su peregrinación anual a ese lugar. Y no podemos mezclamos con ellos. Cummi infectó y mató a ese clan en forma tan efectiva como si hubiese llevado un desintegrador a su

campamento. ¡No podemos convertirnos en el símbolo de la muerte para toda una nación!

—Es cierto —manifestó Zicti—. Hagamos esto: enviaremos un grupo de exploración para que establezca contacto mental con algún grupo que se encamine hacia esa asamblea. Pero nuestros hombres se mantendrán ocultos. Los nativos hallados en esta forma, serán nuestros guías involuntarios. Una vez establecido el contacto podremos seguirlos con nuestras provisiones… ¿La nave de salvamento puede prestar algún otro servicio?

—Puede recorrer veinte… o quizás veinticinco millas más —respondió Dalgre.

—Bien; caminar es bueno para la silueta —dijo Zicti humorísticamente—. ¿Qué opina, sargento Kartr?

—Usted tiene la mejor solución —contestó Kartr.

Zinga se puso de pie, apuntándole a Rolth con su garra.

—Marcharemos por la noche. Nuestro amigo de los ojos de búho podrá ver mientras yo establezco el contacto mental. Si encontramos lo que buscamos, ustedes lo sabrán inmediatamente.

15 — EL LUGAR DE REUNIÓN DE LOS DIOSES

Antes de la medianoche recibieron el mensaje que habían estado esperando. Zinga y Rolth habían encontrado un clan de nativos acampados para pasar la noche, y comprobaron que estaban en viaje hacia el Lugar de Reunión de los Dioses. Al anochecer del día siguiente, los exploradores abandonaron su propio campamento y se encaminaron por el sendero marcado por sus guías involuntarios.

Al llegar a la octava mañana, tanto Kartr como los zacathanios captaron las ondas de una multitud reunida no lejos de allí: debían estar cerca de su objetivo. Escogieron un matorral aislado y bien protegido y establecieron un campamento. Durmieron nerviosamente y por turnos hasta que cayó la noche, y entonces Zinga, Kartr y Rolth partieron para estudiar el terreno que tenían al frente.

No eran las luces de una ciudad las que reflejaban su brillo en el cielo septentrional para recibirlos, sino las llamas de por lo menos cien hogueras. Los tres exploradores marcharon cautelosamente por el borde de la ancha y poco profunda depresión que albergaba a la asamblea de tribus, evitando todo contacto con los pocos grupos que llegaban atrasados.

—¡Este *es* un astropuerto!

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Kartr, esforzándose por ver lo que hacía hablar a Rolth con tanta confianza.

—El terreno sobre esta depresión, ha sido quemado una y otra vez por los escapes de las turbinas. Pero es muy antiguo… No veo ninguna marca nueva.

—Muy bien. Hemos hallado un astropuerto —murmuró Zinga, que parecía irritado, casi desilusionado—. Pero un puerto no es una nave. ¿Yes a alguna de ésas, ojos de gato?

—No —contestó Rolth serenamente—. Pero del otro lado hay un edificio… allí. ¿Ves? Esa fogata lo ilumina ligeramente…

Ahora que se lo señalaban, Kartr lo vio. Era una construcción de bloques macizos, apenas visible gracias a la débil luz.

—Es grande…

Rolth hizo una pantalla con las manos sobre sus ojos, para protegerlos del resplandor de las hogueras.

—Usemos los lentes de visibilidad, Kartr —dijo, y cuando los hubo utilizado agregó con un ligero tono de excitación:

—Es inmenso… ¡Más grande que cualquiera de los que vimos en la ciudad! ¿Y… alguna vez visitaste Central City?

—Vi un visigrama de ella —respondió Kartr con una risa amarga —. ¿Crees que alguna vez nosotros, los bárbaros, nos acercamos tanto a la fuente de toda sabiduría, como para contemplarla en la realidad?

—¿Y qué relación tiene Central City con esto? —inquirió Zinga —. ¿Alguna vez tú estuviste allí?

—No, pero por medio de los visigramas uno puede formarse una idea bastante aproximada acerca de ese lugar. Y el edificio que se levanta allí es una copia exacta del Centro de los Planetas Libres… ¡y si me equivoco estoy dispuesto a comérmelo piedra por piedra!

—¡Cómo! —exclamó Kart, y le arrancó a su compañero los lentes de la mano. Pero, aunque las fogatas y las figuras de los nativos que se movían alrededor de ellas saltaron al encuentro de sus ojos, el edificio permaneció convertido en una silueta borrosa envuelta por la noche.

—¡Pero eso es imposible! —afirmó Zinga casi triunfalmente—. Hasta las criaturas saben que el Centro de los Planetas Libres es arcaico, y que fue diseñado por arquitectos que vivieron hace tanto tiempo que ni siquiera sabemos sus nombres ni conocemos sus planetas de origen. ¡Y nunca fue copiado!

—Pero lo ha sido… aquí mismo —respondió Rolth tercamente —. Te repito que este mundo tiene algo de raro. Esos cuentos que oíste, Kartr, acerca de los “dioses” que partieron rumbo al espacio, que dejaron a la ciudad preparada, esperando el regreso de sus dueños, este lugar donde los nativos tienen una tradición tal que deben reunirse a intervalos regulares para aguardar ese regreso… todo esto tiene un significado… y si nosotros supiésemos descifrarlo…

—Sí —asintió Kartr—, aquí hay un misterio, mayor quizás que

todos los otros que intentamos resolver anteriormente. A pesar de nuestro entrenamiento como exploradores…

—¡Misterios! —se burló Zinga—. Y ahora, amigos míos, será mejor que nos retiremos de prisa, a menos que ustedes quieran ser pisoteados por un grupo seleccionado de nuestros amigos de abajo.

Pero Kartr había percibido la misma sensación de alerta y ya se estaba arrastrando hacia el borde del antiguo astro-puerto.

—Si describimos un círculo hacia el oeste —comentó Rolth—, podremos salir por atrás de ese edificio y verlo mejor.

El falthariano quería estudiarlo con mayor detenimiento, y Kartr compartía su impaciencia. ¡Un edificio único que se asemejaba al sagrado Centro de los Planetas Libres! ¡Tenía que llegar al fondo de este misterio! Un mundo que no estaba incluido ni siquiera en los mapas de rutas más antiguos que había visto, en un sistema solar tan próximo al borde de la galaxia que había sido pasado por alto… u olvidado, siglos antes de que él hubiese nacido. Sin embargo, junto a un ancestral astropuerto, se levantaba una réplica del edificio público más antiguo y más reverenciado que hubiese sido construido por seres humanos. Tenía que averiguar el porqué… y quién… y qué…

Durante las horas siguientes describieron el rodeo hacia el oeste que había sugerido Rolth, y cuando un poco antes del amanecer se les reunieron los otros exploradores y patrulleros, ya estaban detrás del edificio. A Kartr el sueño le pegaba los párpados, pero la excitación no le permitía volver al campamento. Tenía que ver lo que Rolth había descripto.

Avanzaron desde un punto de abrigo hasta otro, y finalmente se arrastraron como serpientes para llegar a un lugar desde donde podían ver con claridad.

—¡Rolth tenía razón! —exclamó Dalgre, y su voz fue convertida en un chillido por el asombro, mientras miraba la mole blanca—. Mi padre estuvo un año en el cuartel general, y nosotros vivimos en Central City. ¡Les repito que éste es el Centro de los Planetas Libres que está allí!

—Muy bien; aceptamos tu palabra al respecto —dijo Kartr, empujándolo hacia abajo con la palma de la mano—. Pero no levantes la voz ni la cabeza. Esos nativos son cazadores experimentados. Les sería fácil descubrirte.

—¿Pero cómo vino a parar aquí? —preguntó Dalgre, y volvió hacia el sargento un rostro sinceramente desconcertado.

—Quizás —murmuró Kartr, manifestando un pensamiento que habia concebido durante la noche—, quizás… esto es anterior…

—¡Anterior! —exclamó Smitt, y se irguió y acercó los lentes a sus ojos—. ¿Anterior? Pero, ¿cómo?

—¿Quiere saber cómo puede ser tan antiguo? —murmuró Rolth.

—Usted tiene los lentes, Smitt. Mire bien el borde del techo y los escalones que conducen hasta el pórtico…

—Sí —asintió el técnico un momento más tarde—. Están erosionados… el edificio es muy antiguo. Aún más antiguo que la ciudad —agregó—. A menos que el hecho de que esté sólo en medio de esta espesura haya apresurado el desgaste. Me gustaría verlo de más cerca.

—¿Acaso eso no nos gustaría a todos? —lo interrumpió Zinga—. ¿Cuánto tiempo creen que permanecerán sentados nuestros amigos ahí abajo?

—Por lo menos algunos días. Tendremos que contener nuestra curiosidad hasta que se vayan —contestó Kartr—. Probablemente encontraremos cómo distraernos, esquivando a los grupos que vienen y se van. Será mejor que de ahora en adelante permanezcamos a alguna distancia de este lugar.

Smitt dejó escapar un gruñido de protesta, y Kartr comprendió sus sentimientos. Estar tan cerca y a pesar de esto no poder recorrer el último cuarto de milla que los separaba del misterio, bastaba para irritar a cualquiera. Pero igualmente se retiraron, y nadie discutió la necesidad de mantenerse alejados de los nativos.

Su descripción del edificio, intrigó a Zicti, y a la mañana siguiente éste se apropió serenamente de los servicios de Zinga y dijo:

—Puesto que desgraciadamente no estoy interiorizado de los métodos apropiados para espiar, arrastrarse y escabullirse, necesitaré la ayuda de un experto para que me enseñe estas nuevas viejas tretas. Aunque me vea desterrado, quizás permanentemente, de mis salas de conferencias, no puedo reprimir mi deseo de reunir conocimientos. Las costumbres de estos nativos son indudablemente de gran interés, y con su permiso, sargento, nos acercaremos para espiarlos…

—Con mi permiso o sin él, señor —respondió Kartr sonriendo—. ¿Quién soy yo para dificultar sus investigaciones? Sin embargo…

—Sin embargo —intervino Zicti captando su pensamiento—, quizá sea la primera vez en muchos años que una persona de mi rango reúne materiales personalmente en el lugar del hecho. Bien, quizás éste sea uno de los efectos de nuestra civilización. Un poco de atención personal puede, frecuentemente, reparar ciertas grietas del conocimiento, y un hecho aprendido de un fragmento de una cultura puede ser aplicado para remediar los defectos de otra.

Kartr se pasó las manos por el cabello.

—Son buena gente, primitiva, pero podríamos ayudarlos. Ojalá…

—Si tuviésemos los conocimientos y la capacidad médica necesarios, podríamos mezclarnos con ellos sin peligro. O *ustedes* podrían hacerlo. El que acepten a un bemmy, es otra cuestión — agregó Zicti, clavando una de sus garras en su pecho. Entre los pueblos primitivos, ¿cuál es la reacción natural hacia lo desconocido? Lo temen.

—Sí, ese pobre muchacho pensó que Zinga era un demonio — respondió Kartr a regañadientes—. Pero con el tiempo… cuando descubran que no tenemos malas intenciones…

—Es una lástima que no haya un médico entre nosotros — comentó Zicti, meneando la cabeza tristemente—. Esta es una de las limitaciones de nuestra situación actual que me preocupa.

—¿Está preparado para partir, Haga Zicti? —preguntó Zinga, acercándose a ellos, inclinando la cabeza y dirigiéndose al anciano zacathanio con uno de los Cuatro Títulos del Respeto, lo que confirmaba las sospechas de Kartr de qua el historiador era un noble en su mundo.

—Ya voy, muchacho, ya voy. Hay algo que yo y mi familia debemos agradecer a la Primera Madre —manifestó—, ¡y es que tengamos tan buenos compañeros de infortunio!

Kartr, vio entusiasmado cómo los dos zacathanios se perdían, de vista. Comprendió que Zicti, a pesar de que reservaba sus opiniones hasta que se las pedían, y de que no se entrometía en las discusiones de los exploradores, era un conductor. Incluso Smitt y Dalgre, a pesar de su innata desconfianza no sólo hacia los bemmys sino también hacia los sensitivos, habían sido conquistados por la

simpatía, la urbanidad y el carácter sereno del historiador y de su familia. Los patrulleros servían alegremente y sin tardanza a Zacita y a Zora, y mantenían una actitud superior de hermanos mayores que deben soportar una carga hacia Zor. Así como había desaparecido la diferencia entre exploradores y tripulantes, lo mismo había ocurrido entre los humanos y los bemmys.

—¿Qué estás pensando, que te hace sonreír en silencio? —preguntó Fylh, dejando caer un manojo de leña y desperezándose—. Si no tienes nada mejor que hacer, deberías venir a cargar estos troncos.

—Estaba pensando que ha habido muchos cambios —comentó el sargento.

Pero esta vez descubrió que Fylh era tan intuitivo como Zinga.

—¿Quieres significar que ya no hay bemmys, ni tripulantes ni exploradores? Es algo que ocurrió… no sé cómo —se sentó sobre la pila de leña—. Quizá se deba a que cuando abandonamos la ciudad, ellos —volvió la cabeza en dirección al lugar por donde Smitt y Dalgre se habían alejado unos minutos antes—, tuvieron que elegir en forma definitiva. Eligieron, y ahora no miran hacia atrás. Ya no piensan en las diferencias, como nunca lo hicieron tú y Rolth…

—Nosotros también éramos casi bemmys; Rolth con su visión nocturna, y yo porque soy un sensitivo. Y además, yo era un bárbaro. Ellos dos son hombres de un sistema interior, más convencionales en su acondicionamiento. Tenemos que otorgarles el mérito de haber vencido algunos arraigados prejuicios.

—Sólo ahora empezaron a usar el cerebro —dijo Fylh, y su cresta se irguió. Levantó la cara hacia el cielo y lanzo una melodiosa serie de notas, tan puras y emocionantes, que Kartr contuvo el aliento maravillado. ¿Era así como Fylh desahogaba alegremente sus sentimientos?

Entonces vinieron las aves, planeando y aleteando. Kartr se puso rígido como una estatua, temeroso de romper el hechizo. Mientras el canto de Fylh crecía, disminuía y volvía a crecer, se juntaban más y más pájaros, con centelleos de plumas rojas, azules, amarillas, blancas y verdes. Saltaban junto a los pies del trystanio, se posaban sobre sus hombros, sobre sus brazos, describían círculos sobre su cabeza.

Kartr había visto cómo Fylh atraía en otras ocasiones a los seres

alados, pero nunca en esta forma. Para su vista maravillada, todo el campamento parecía haberse convertido en un hervidero de alas en movimiento y de plumas multicolores.

Los trinos se apagaron y las aves levantaron vuelo, en una bandada de color. Dieron tres vueltas alrededor de Fylh, ocultando su cabeza y sus hombros con un tapiz de infinitas tonalidades que tejían en su revoloteo. Y entonces se fueron perdiéndose en el cielo de la mañana. Kartr todavía no pudo moverse, y se quedó con los ojos clavados en Fylh. Porque el trysthanio estaba de pie, con los brazos extendidos, estirando el cuerpo hacia arriba como si le hubiese gustado seguir a sus amigos hacia el firmamento. Y por primera vez, el sargento percibió vagamente la melancolía que debía sufrir la raza de Fylh desde que había perdido las alas. ¿Había sido ésta una pérdida beneficiosa? ¿Convenía cambiar las alas por la inteligencia? ¿Fylh se preguntaba esto mismo?

Alguien suspiró a su lado, y él miró a su alrededor. Los tres zacathanios, Zacita, Zora y Zor, estaban allí. Entonces en niño se agachó para levantar una brillante pluma roja, y el encanto quedó roto. Fylh bajó los brazos, con la cresta de plumas plegada sobre la cabeza. Era nuevamente el explorador de la Patrulla y no el conjurador de una magia alada.

—Cuantas especies distintas… —comentó Zacita, con su tacto acostumbrado—. Nunca habría soñado que estos árboles albergan tantas. Sí, Zor, éste es efectivamente un color desusado para una criatura del cielo. Pero todos los mundos tienen sus maravillas.

Fylh se acercó al muchacho zacathanio que estaba alisando la pluma escarlata entre dos garras.

—Si lo deseas —dijo con una cordialidad que nunca había demostrado antes—, también puedo mostrarte a los que vuelan por la noche…

Los labios amarillos de Zor se ensancharon en una sonrisa.

—¡Esta noche, por favor! ¿Y podrá traerlos aquí en la misma forma?

—Si tú permaneces callado y no los asustas. Son más tímidos que los que viven bajo la luz del sol. Hay uno blanco gigantesco, que se desliza por la oscuridad como un fantasma de bruma de Corrob…

—Ésta —anunció Zor, con un estremecimiento exagerado—, es

la vacación más maravillosa que he pasado. Ojalá no termine… nunca.

Los ojos de los cuatro adultos se encontraron sobre su cabeza. Y Kartr comprendió que compartían el mismo pensamiento. Probablemente este exilio no terminaría nunca para ellos. ¿Pero esto le preocupaba a alguno?

Kartr quería preguntarlo, pero no se atrevía… todavía.

Los exploradores pasaron el día ordenando sus equipos y haciendo reparaciones de menor importancia. La vestimenta era un problema, a menos que siguiesen el ejemplo de los nativos y se cubriesen con pieles de animales. Kartr pensó en la próxima estación fría. ¿Deberían de enfilar hacia el sur para escapar a su rigor? Quizás tendrían que hacerlo, por los zacathanios. Sabía que los fríos excesivos entorpecían a ese pueblo reptil, hasta que, entraban en una hibernación total.

Espiaban a los nativos, yendo en parejas para esto, y le transmitían todas las informaciones a Zicti que las reunía como si tuviese la intención de dar una conferencia documentada sobre el tema.

—Entre ellos hay diversos tipos físicos —comentó una noche cuando Fylh y Smitt, que se habían encargado ese día de la vigilancia, hubieron pasado su informe—. Su clan de hombres de piel blanca y cabellos amarillos, Kartr, no es más que una variedad. Ahora Fylh ha visto una tribu de personas de piel muy oscura, con cabellos negros…

—Por sus ropas livianas y su extraño equipo, da la impresión de que vienen de regiones más cálidas —agregó el trystanio.

—Es extraño. Tantas razas distintas en un mismo mundo. Pero creo que ésta es un característica de los humanoides —explicó el biólogo—. Debería haber profundizado en más estudios de la fisiología humanoide.

—Pero todos son muy primitivos. Eso es lo que no trago —comentó Smitt con una expresión intrigada, mientras revolvía el resto de su guiso—. La ciudad fue construida… y dejada en condiciones para que funcionase nuevamente, por hombres que se encontraban en un estado de gran avance técnico. Sin embargo todos los nativos que hemos encontrado hasta ahora viven en tiendas hechas con cueros de animales, se cubren con pieles y le

temen a la ciudad. ¡Y juraría que los cacharros que los vi intercambiar hoy, estaban hechos con arcilla tosca trabajada a mano!

—A mí eso me resulta tan difícil de entender como a usted, muchacho —respondió Zicti—. Y nunca lo entenderemos si no penetramos en la bruma de su historia. Algún recuerdo… o una amenaza terrible, los ha mantenido fuera de la ciudad. Si poseyeron en otros tiempos alguna capacidad técnica, hace mucho que la olvidaron. Quizás borraron intencionalmente estos conocimientos porque eran sagrados para los "dioses", quizás esto se debió a un descenso general en cierto tipo de inteligencia; podría haber muchas explicaciones.

—¿Serán los restos de un pueblo esclavo, que quedó atrás cuando los amos emigraron? —preguntó Rolth.

—Esta también puede ser una explicación. Pero generalmente la esclavitud no acompaña a las civilizaciones altamente mecanizadas. Los esclavos serían los encargados de vigilar las máquinas… y en la ciudad había robots que habrían prestado mejor estos servicios.

—Yo creo que en este mundo hubo que tomar en una oportunidad una decisión —intervino Fylh—. Algunos hombres optaron por una revolución, y otros por otra. Algunos se fueron —sus garras indicaron el cielo—, en tanto que otros decidieron quedarse… vivir en contacto con la tierra y no permitir que nada se interpusiese entre ellos y la Naturaleza.

Kartr se irguió. ¡Esto parecía lo correcto! ¡Hombres que elegían entre las estrellas y la tierra! Sí, podía haber ocurrido así. Quizás él comprendía esto porque era un bárbaro nacido en un mundo fronterizo donde el hombre se había lanzado al espacio hacía poco tiempo. Y quizás el trystanio había sido el primero en intuir la respuesta del enigma porque su pueblo había tomado esa decisión mucho tiempo atrás, y a veces lo había lamentado.

—La decadencia… la degeneración… —intervino Smitt.

Pero Zacita meneó la cabeza.

—Si uno vive sólo por las máquinas, por la búsqueda del poder, del movimiento, si. Pero quizás para éstos no fue más que el progreso hacia lo que consideraban una forma mejor de vida.

¡Un progreso! La mente de Kartr se fijó ansiosamente a esto. Quizás había llegado la hora para su propio pueblo en la que

tendría que tomar una decisión que lo alejaría por completo de las viejas sendas… o lo haría retroceder…

El tiempo siguió transcurriendo para los exploradores hasta que los últimos nativos partieron. Incluso esperaron cinco horas después que se hubo retirado la última tribu, asegurándose de que no corrían el peligro de ser vistos por merodeadores. Y entonces, cuando promediaba la tarde, descendieron por la barranca, marchando entre los restos de los campamentos y dando rodeos a las brasas de las hogueras.

Dejaron sus equipos al pie de la escalinata que conducía hasta el pórtico del edificio. Había doce anchos escalones, gastados y marcados por los vientos del tiempo, con las huellas de las sandalias de cuero marcadas en el barro seco, donde los nativos habían entrado y salido. Subieron por estos escalones y atravesaron las hileras de altas columnas hasta llegar al interior.

Adentro tendría que haber estado oscuro, pero los arquitectos habían techado la parte central con un material transparente, de modo que casi podían pensar que se encontraban a la intemperie.

Lentamente, y formando siempre un grupo compacto, avanzaron por un corredor hasta el centro mismo del inmenso salón. Alrededor de ellos y sobre tres lados había secciones de asientos, divididos por angostos pasillos, cada uno de los cuales terminaba al nivel del suelo en un sillón macizo sobre cuyo respaldo estaba tallado con un relieve tal que el tiempo no lo había gastado, un símbolo. En el cuarto costado de la cámara había una plataforma en la que había otros tres sillones de respaldos altos, y el del centro estaba un peldaño más arriba que los otros dos.

—Es una especie de palacio legislativo, ¿no les parece? —preguntó Zicti—. El presidente debía sentarse allí —señaló la plataforma.

Pero la linterna de Kartr se fijó en el símbolo tallado en el más cercano de los sillones laterales. Mientras lo estudiaba, adoptó una expresión de incredulidad. Entonces dirigió el rayo luminoso hacia el símbolo del sillón vecino, y luego hacia el otro. Empezó a correr, contemplando esas imágenes que conocía… ¡que conocía tan bien!

—Deneb, Sirio, Rigel, Capella, Procyon —él no lo sabía, pero su voz se estaba levantando en un grito, como si estuviese pasando lista, como nadie lo hacía en esta cámara desde hacía cuatro mil

años o más—. Betelgeuse, Aldebaran, Pollux…

—Regulus —contestó Smitt desde el otro lado del salón, con la misma excitación en la voz—. Spica, Vega, Arturo, Altair, Antares… Y ahora Rolty y Dalgre también empezaron a comprender:

—Fomalhaut, Alfar, Castor, Algol…

Sumaban una estrella a otra, un sistema al otro, en ese llamado estridente. Finalmente se encontraron delante de la plataforma. Y permanecieron en silencio mientras Kartr, con un respeto y un temor que nunca había experimentado antes, levantó la linterna para iluminar mejor el último de estos símbolos. ¡Ahí estaba el más resplandeciente, el que debía brillar allí!

—¡La Tierra de Sol! —leyó en voz alta, y las cuatro palabras parecieron retumbar en la cámara con más fuerza que los nombres de las estrellas hermanas—. La Tierra de Sol… ¡la cuna del hombre!

16 — LA TIERRA LLAMA

—No lo creo —dijo Smitt con voz fina. Su atención estaba fija en el alto sillón y en su asombroso símbolo—.Estaño puede ser la Cámara de la Partida. Eso estaba en Alfa Centauro…

—¿De veras? —preguntó Kartr—. Nuestras leyendas la situaban allí. Pero las leyendas no siempre son ciertas.

—Y allí afuera —exclamó Dalgre, señalando el pórtico sin apartar la vista de la plataforma—, está el Campo del Vuelo.

—¿Cuánto hace…? —la pregunta de Rolth se perdió en el silencio, pero sus palabras siguieron flotando en el salón.

Kartr se volvió para enfrentar las hileras de sillones y los grupos de asientos encabezados por cada uno de ellos. Ahí, ahí mismo se habían sentado los comandantes, y más atrás los tripulantes y colonizadores. Y en esa forma debían haberse reunido, nave tras nave, durante años… quizás durante siglos. Se habían reunido, habían hablado juntos por última vez, habían recibido las órdenes y las instrucciones finales… para salir luego a la pista, desde donde las naves partían rugiendo hacia lo desconocido… para no regresar nunca. Algunos —unos pocos— habían llegado a destino. Ellos, Smitt, Dalgre, Rolth y él mismo, eran la prueba viviente de esto. Otros… otros habían llegado a su fin en el frío del espacio interplanetario, o en mundos que no podían mantener la vida humana. ¿Durante cuánto tiempo se había prolongado esa reunión, esa partida? Sin regreso. Lo bastante como para vaciar de vida las venas de la Tierra… hasta que sólo quedaron aquellos temperamentalmente inadecuados para lanzarse a la conquista de las estrellas. ¿Era ésta la respuesta a ese mundo de mitades opuestas?

—Sin regreso… —murmuró Rolth, captando en alguna forma su pensamiento—. Sin regreso. Y las ciudades murieron, y hasta el recuerdo de por qué existe esto, se extinguió. ¡La Tierra!

—Pero *nosotros* lo recordamos —respondió Kartr suavemente—.

Porque nosotros hemos cumplido el ciclo completo. El verde… es el verde de las colinas de la Tierra. Ha sido una leyenda, una canción antigua, un vago recuerdo popular, pero siempre fue nuestro, nos acompañó de un mundo a otro a través de la galaxia. Porque *nosotros* somos los hijos de la Tierra, los sistemas interiores, los sistemas exteriores, los bárbaros y los civilizados… ¡todos somos hijos de la Tierra!

—Y ahora —observó Smitt con meditada sencillez—, hemos vuelto al hogar.

Era un hogar que no tenía ningún parecido con las montañas oscuras y los valles helados del Falthar semicongelado de Rolth, con los altos bosques y las ciudades de piedra de Kartr, ahora convertidos en polvo, con los planetas altamente civilizados donde habían nacido Smitt y Dalgre. Era un planeta de selvas y ciudades muertas, de nativos primitivos y poderes olvidados. Pero era la Tierra, y por muy distintas que pudiesen resultar ahora sus razas, todos provenían originariamente de los pueblos que habían habitado su superficie.

Nuevamente Kartr miró los asientos vacíos. Casi podía poblarlos. Pero aquéllos a los que podría llamar para que se sentasen en ellos, no serían los que lo habían hecho en otra época. Los hombres de la Tierra habían partido hacía demasiado tiempo; estaban desparramados demasiado lejos.

Caminó lentamente por el centro del salón. Los zacathanios y Fylh se habían apartado. Debían estar contemplando con asombro el comportamiento de los humanos. Entonces Kartr intentó explicar…

—Esta es la Tierra…

Pero Zicti sabía lo que significaba esto.

—¡La antigua cuna de sus especies! ¡Qué descubrimiento asombroso!

Lo que pudo haber agregado fue ahogado por un grito que atrajo nuevamente la atención de todos hacia la plataforma. Dalgre estaba a la izquierda de la misma, haciéndoles señas. Rolth y Smitt habían desaparecido. Todos corrieron como un solo hombre para reunirse con Dalgre.

El nuevo descubrimiento estaba detrás de la plataforma, oculto por un alto tabique… y cubría casi toda la pared. Era una pantalla

gigante de un vidrio oscuro, sobre la cual pequeñas luces formaban un extraño diseño.

Debajo de ella había una mesa cuya superficie estaba cubierta por una multitud de interruptores y botones. Smitt se instaló en el asiento frente a ella, con una expresión atenta en el rostro.

—¿Un aparato para comunicaciones? —preguntó Kartr.

—Es eso, o un marcador de rumbo —respondió Dalgre. Smitt se limitó a gruñir impacientemente.

—¿Es posible que todavía funcione? —preguntó Zacita, maravillada.

—Todavía no podemos saberlo —murmuró Dalgre, maneando la cabeza—. La ciudad volvió a funcionar, cuando movieron las palancas debidas. Pero esto… —indicó el gigantesco mapa estelar y los intrincados controles de la mesa—. tendrá que ser estudiado antes que podamos apretar los botones correctos. Es imposible entender sus métodos para hacer conexiones…

El técnico, cualquier técnico, tenía posibilidades de poner nuevamente en marcha ese aparato. Pero Kartr sabía qua esta hazaña estaba completamente fuera del alcance de los exploradores. Estudió lentamente el mapa estelar, identificando los puntos que podía reconocer. Sí, acá estaba la galaxia tal como aparecía desde este antiguo planeta, próximo al borde. Notó el brillo de Vega, pasó a Alfa Centauro y a las otras. ¿Había marcado este tablero en un tiempo la ruta por la cual el hombre había partido hacia esos soles lejanos y hacia los mundos que éstos nutrían?

Estaba oscureciendo a medida que caía la noche. Pero aun cuando la luz se iba extinguiendo en el techo, un suave resplandor enmarcaba el mapa estelar e iluminaba la mesa… aunque el resto del salón permanecía envuelto en las sombras.

—¿Acamparemos afuera o volveremos a las colinas? —le preguntó Kartr a Zicti.

—No vio ningún motivo para regresar —contestó el zacathanio —. Si todos los nativos se han ido, tal como aparentemente lo han hecho, nada se opone a que permanezcamos aquí…

Zinga se rió detrás de él, y señaló a Smitt con una garra.

—Si crees que podrás arrancarlo de aquí aunque sea por la fuerza, estás en un lamentable error.

Y esto era cierto. El técnico en comunicaciones, enfrentado con

un misterioso aparato de su especialidad, se negó a apartarse de él aun para comer, y prefirió beber un vaso de agua y masticar distraídamente un trozo de carne dura mientras sus ojos permanecían fascinados por las maravillas que tenía delante.

Cuando terminó de anochecer, llevaron sus mantas al salón, y encendieron el fuego y se acostaron juntos debajo de los asientos vacíos de los colonizadores desaparecidos.

—Acá no hay fantasmas —dijo Zicti, y su voz retumbó en la cámara—. Aquéllos que un día se reunieron aquí, ya estaban viajando con el espíritu, aun mientras estaban sentados esperando el momento de la partida. No dejaron nada de ellos atrás.

—En cierta forma —asintió Rolth—, eso también es cierto en lo que respecta a la ciudad. Estaba…

—Abandonada —dijo Kartr, al ver que el falthariano titubeaba en busca de la palabra adecuada—. Abandonada como una ropa que le queda demasiado estrecha a su dueño. Pero usted tiene razón, señor; acá no encontraremos fantasmas. A menos que Smitt despierte algunos con sus manipuleos. ¿Pagará toda la noche ahí?

—Naturalmente —contestó Zinga—. Y ojalá no levante voces del pasado… aunque sean de tus abuelos humanos, amigo. Siento un extraño deseo de pasar esta noche durmiendo.

Kartr se despertó dos veces por la noche. Y bajo el tenue resplandor que se filtraba por los bordes del tabique, vio que la manta de Smitt seguía sin ocupar. El técnico en comunicaciones debía estar hipnotizado por su descubrimiento. Había un límite para todo. De modo que al despertarse por segunda vez, Kartr abandonó el calor de su lecho con un suspiro impaciente, se estremeció con el frío, y caminó descalzo por la piedra helada. Si Smitt no se acostaba voluntariamente, él lo arrastraría hasta su lecho.

El técnico estaba allí todavía en su asiento, con la cabeza echada hacia atrás y con la mirada fija en el mapa estelar. Bajo el reflejo de la luz sus ojos parecían hundidos, y sobre sus pómulos había sombras oscuras.

Kartr siguió la dirección de la mirada fija de su compañero. Vio lo que tenía fascinado a Smitt, parpadeó y contuvo una exclamación.

Sobre la superficie negra de vidrio había un punto rojo, un punto que se movía describiendo una curva constante.

—¿Qué es…?

Smitt contestó sin apartar los ojos del punto en movimiento.

—¡No estoy seguro! ¡No estoy seguro! —se pasó las manos sobre el rostro—. ¿Usted también lo ve?

—Veo un punto en movimiento. Pero, ¿qué es?

—Bien, yo sospecho…

Y Kartr comprendió la naturaleza de esa sospecha. Una nave… que atravesaba el espacio… ¡enfilando aproximadamente hacia donde estaban ellos!

—¿Viene hacia aquí?

—Esa es su ruta… ¿pero cómo podríamos saberlo? ¡Mire!

Otro punto apareció en la pantalla. Pero éste se movía con un propósito definido. Estaba sobre la ruta del primero: era un cazador sobre su pista.

Kartr se instaló junto a Smitt en el asiento. Su corazón latía tan violentamente, que sentía el martilleo de la sangre en las sienes. Ese vuelo y esa persecución eran muy importantes, según le decía una voz interior. Tan importantes que temía mirar.

Ahora el primer punto se movía en zigzag.

—Acción evasiva —murmuró Smitt. Él lo sabía. Había prestado servicios en un crucero de combate.

—¿Qué clase de naves son?

—Si entendiese esto… —Smitt paseó la mano sobre los controles que tenía adelante—, quizás podría contestar a esa pregunta… ¡Espere!

El primer punto hizo una maniobra complicada que careció de significado para el sargento, pero que lo colocó al nivel de su perseguidor.

—¡Es una nave de la Patrulla! Ofrece batalla… ¿Pero por qué…?

Los dos puntos estaban al mismo nivel. Y entonces apareció un tercer punto en el mapa. Era un poco más grande y se movía más lentamente, esquivando a los dos que no tardarían en trabarse en combate. Describió un arco para evitar el lugar de la lucha, y enfiló directamente hacia el sistema del Sol.

—Acción de escolta —explicó Smitt—. La Patrulla está defendiendo a la otra nave. Creo que es una misión suicida. ¡Mire, se han levantado las pantallas de combate!

Un tenue halo anaranjado rodeaba a los dos puntos situados

cerca del borde del sistema del Sol; Kartr nunca había participado en una batalla espacial, pero había oído bastantes relatos, había visto suficientes visigramas, como para crearse una imagen mental de la lucha que ahora comenzaba. El punto más grande no tomó parte en la batalla. Siguió su marcha a escasa velocidad, alejándose de las naves trabadas en mortal combate.

Una pantalla hacía presión contra la otra. Y cuando una de esas barreras cedía… ¡llegaba una muerte ardiente e instantánea! La nave de la Patrulla contenía al enemigo, mientras la presa indefensa huía.

—¡Si por lo menos pudiese entender esto! —exclamó Smitt, descargando los puños sobre el borde de la mesa.

De pronto en el tablero se encendió una pequeña burbuja de luz.

—¿Enviada por la nave que viene hacia aquí?

—Quizás —asintió Smitt. Se inclinó hacia adelante con una rápida decisión, y apretó el botón situado debajo del pequeño rayo luminoso. Se oyó un ruido, un rugido tremendo, como el de mil vientos huracanados, Miraron el mapa, casi ensordecidos. Y entonces a través del rugido llegó otro sonido, un repiqueteo agudo que seguía un orden determinado. Smitt se puso de pie con un salto.

—La Patrulla llama, la Patrulla llama… TARZ… TARZ…

La mano de Kartr bajó hacia d lanzallamas que no llevaba consigo. ¡El viejo llamado de alerta del Servicio! Detrás de él oyó gritos de sorpresa. Sus compañeros se habían levantado, y se apretujaban junto al tabique para ver y lo que estaba ocurriendo.

El repiqueteo del llamado retumbó huecamente en el edificio. Seguiría hasta el final de la batalla o hasta que recibíes alguna respuesta. Pero ésta no llegó. El halo que rodeaba a los puntos se hizo más espeso, hasta que los ocultó por completo y cada punto fue un fuego estacionario.

—¡El límite! —susurró Dalgre, detrás de Kartr—. Ya llegaron a la carga máxima. No podrán resistir mucho más tiempo. No podrán…

—Tar…

Un punto cambió de anaranjado a amarillo, a blanco incandescente. Hubo un momento de resplandor y entonces desapareció. Ellos parpadearon y volvieron a mirar. Pero no había nada… absolutamente nada de los dos puntos de fuego. En el lugar

donde habían estado, el vidrio oscuro de la pantalla estaba tan vacío y frío como la inmensidad del espacio que representaba.

—¡Los dos… estallaron! —dijo Dalgre—. El exceso de carga los destruyó a los dos. Una nave se llevó a la otra con ella.

—Pero la tercera… sigue intacta —intervino Zicti.

Era cierto. La batalla había eliminado dos naves, pero el tercer punto seguía moviéndose. La nave patrullera había caído para salvarlo. Y ahora seguía su rumbo… ¡hacia el Sol y la Tierra!

El repiqueteo cambió, y se convirtió en otra serie de llamados en clave. Smitt los escuchó, y los repitió en voz alta para, sus compañeros.

—Patrulla… auxiliar… nave de personal… *2210*… llamando nave o estación de la Patrulla más próximas. Hablen, por favor… hablen. Sobrevivientes de la Base de la Patrulla CC4… llamando a la nave o a la estación más próximas de la Patrulla… Estamos fuera de las rutas conocidas… Necesitamos llamado guía… Los esperamos, por favor…

—Los sobrevivientes de la Basa de la Patrulla CC4 —repitió Rolth—. ¡Pero ése era un Destacamento Explorador! ¡En nombre del Espacio…!

—Quizás fue un ataque pirata… —sugirió Zinga.

—Los piratas no atacan a la Patrulla —empezó a decir Dalgre.

—¡No la atacaban! Hace algún tiempo que estamos fuera de circulación y de los mapas. Una coalición de fuerzas piratas puede causar muchos desastres —comentó Zinga.

—Vean también que esa nave se aleja ahora de la regiones más pobladas de la galaxia —intervino Zicti—. Se dirige hacia lo desconocido; cosa que no haría si no hubiese alguna barrera entre ella y las rutas usuales.

—Una nave de sobrevivientes… Familias de los patrulleros —murmuró Dalgre, visiblemente conmovido—. ¡Deben estar prácticamente perdidos!

El repiqueteo de la clave seguía flotando en el aire húmedo de la cámara. Y el punto se movía sobre el mapa, y la luz seguía encendida sobre el tablero delante de Smitt. Y entonces, bruscamente, se apagó y otra se encendió en el cuadro vecino. Kartr miró alternativamente la nueva luz y el punto de la pantalla. Sí, el punto estaba notablemente más cerca del sistema del Sol.

Los dedos de Smitt titubearon sobre el tablero. Se humedeció los labios como si tuviera la boca seca.

—¿Hay probabilidades de guiarlos hacia aquí? —preguntó Kartr, aunque sabía que éste era el enigma que torturaba al técnico.

—No lo sé… —rugió Smitt, como un animal atormentado. Bajó el dedo y apretó el botón situado debajo de la segunda luz. Y entonces saltó hacia atrás, lo mismo que Kartr, jorque del borde de la mesa surgió una delgada varilla negra terminada en un bulbo redondo. El técnico en comunicaciones se rió histéricamente y aferró ese objeto.

Entonces empezó a hablar por él, no en clave, sino en el idioma común del Control Central.

—¡La Tierra llama! ¡La Tierra llama! ¡La Tierra llama! Estaban rígidos, callados, escuchando el repiqueteo del código que llenaba la atmósfera. Kartr relajó sus músculos. Después de todo no había dado resultado. Y entonces hubo una interrupción en la transmisión de la nave. Se había olvidado el intervalo de tiempo.

—La Tierra llama —repitió Smitt, ahora nuevamente frío tranquilo. A esta información le agregó una serie de palabras en clave y de repiqueteos. Repitió tres veces el mensaje, entonces se echó hacia atrás para aguardar la respuesta. La espera pareció demasiado larga, y les trituró sus nervios crispados. Pero finalmente llegó una respuesta. Smitt la tradujo para todos ellos.

—No entendemos bien. Pero creemos que podemos viajar sobre la onda de su mensaje. Si no tienen señales, sigan hablando. ¿Qué… dónde está la Tierra?

Y hablaron. Primero Smitt, hasta que su voz no fue más que un áspero susurro que brotaba de una garganta ronca, y luego Kartr, que empleó el lenguaje común y la vieja fórmula “la Tierra llama”, y luego Dalgre y Rolth…

La luz del sol brillaba alrededor de ellos, y luego volvió a oscurecer, y ellos siguieron agachándose por turno sobre el tablero, frente al mapa del cielo, y hablaron. Y el punto rojo siguió avanzando, ahora con una ruta que enfilaba directamente hacia la Tierra. Ya había llegado casi al nivel del planeta más lejano del sistema solar, cuando Zor le señaló al aturdido Kartr que estaba en funciones, la presencia de un recién llegado. Otro punto… que ya había pasado el lugar donde se había librado la batalla, y que

seguía la misma ruta que la nave de los refugiados. ¿Amigos o enemigos?

Kartr sacudió a Zor por el hombro y lo envió hacia el salón exterior, en busca de Smitt. El técnico en comunicaciones entró con paso vacilante, frotándose los ojos nublados por el sueño. Pero cuando Kartr le mostro el punto, se despejó por completo. Apartó al sargento del micrófono, y lanzó una pregunta cortante en clave.

Después de varios minutos recibió la respuesta:

—Indudablemente es una nave enemiga. Durante el último cuarto de hora hemos estado captando señales piratas…

Para los ojos cansados de Kartr la nave enemiga atravesaba el espacio como un dardo. Era una carrera en la que la nave patrullera quizás era ya la perdedora. Y mientras estaba pensando esto, brilló una luz en el tablero de controles. El enemigo estaba al alcance del aparato de comunicaciones. Smitt miró a Kartr con expresión sombría.

—Llama a uno de los zacathanios y a Fylh. Si ellos pueden hablar en sus idiomas, eso será mejor que usar como guía el lenguaje del Control o el código. En las naves piratas hay pocos bemmys. Todo lo que necesitan nuestros amigos es un sonido fijo para orientar sus pantallas…

Pero las últimas palabras las dijo al vacío. Kartr ya estaba corriendo en busca de los otros. Unos segundos más tarde, Zinga ocupaba el lugar de Smitt, y cerró sus garras sobre la base del micrófono y lanzó una serie de sonidos sibilantes que indudablemente no tenían ningún parecido con las palabras humanas. Cuando se cansó, Fylh lo reemplazó, y sus trinos y sus melodías siguieron orientando a la nave. Pero el otro punto continuaba su marcha imperturbable desde atrás, y parecía atravesar distancias enormes de espacio como si éstas no existiesen.

Zora trajo una cantimplora con agua, y todos bebieron afiebradamente. También comieron en la misma forma cualquier cosa que les ponían en las manos, sin mirar ni saborear.

La nave patrullera pasó junto a otros planetas. Entonces una tercera luz apareció en el tablero. Zor entró a la carrera.

—¡Una luz… está apuntando hacia el cielo! —gritó estridentemente.

Kartr se puso de pie para ir a comprobar esto personalmente,

cuando el repiqueteo de la clave lo detuvo.

—Encontramos el rayo de orientación. Podemos seguirlo. Si todavía disponemos de tiempo…

Zinga soltó el micrófono, y todos corrieron afuera. Zor estaba en lo cierto. Un rayo de luz apuntaba hacia el cielo del crepúsculo desde un lugar del techo situado directamente encima del tablero de controles.

—¿Cómo…? —empezó a preguntar Kartr.

—¿Quién puede saberlo? —respondió Dalgre—. En esos tiempos había grandes técnicos. Ese rayo debe tener bastante potencia para alcanzar a una nave que se aproxima al planeta desde una cierta distancia. Por lo menos ahora podremos dejar de hablar.

Finalmente todos volvieron al mapa… para seguir la marcha de la nave y de sus perseguidores. El espacio que los separaba se estaba acortando… demasiado rápidamente. Una última luz se encendió en el tablero de control: era de color rojo.

—La nave cruzó el límite de la atmósfera —dijo Smitt—. Que entren todos. Quizás no aterrice en la pista, y el desplazamiento de aire será brutal.

Esperaron en el interior de la antigua Cámara de la Partida, y oyeron más que vieron cómo la nave descendía en una pista que no había sentido el calor del escape de una turbina desde hacía por lo menos mil años. Pero el aterrizaje fue perfecto.

Smitt permaneció en el tablero.

—El otro se sigue acercando —anunció, para prevenir a sus compañeros.

¡Seguía acercándose! Kartr pensó que quizás todavía podrían caer vencidos, mientras veía cómo la planchada de descenso surgía del costado de la vieja nave mohosa apoyada en el campo sobre sus aletas de aterrizaje. Todo lo que necesitaría hacer el enemigo sería aminorar la marcha y acribillarlos con sus cohetes. No necesitaría aterrizar, pero cuando se alejase nuevamente no dejaría atrás nada más que un desierto ennegrecido y desprovisto de vida.

Si conseguían meter a los refugiados en el edificio, tendrían una ligera probabilidad de salvación. El sargento corrió hacia el borde del humeante astropuerto, y le hizo señas a la figura que había aparecido en la planchada.

—¡Haga entrar a su gente al edificio! —gritó—. ¡Los piratas se

acercan y pueden tratar de fulminarlos!

Vio el gesto de asentimiento y oyó las órdenes. Los pasajeros descendieron apresuradamente por la planchada. En su mayor parte eran mujeres, que llevaban niños en brazos o los conducían de la mano. Los exploradores y los zacathanios estaban preparados para servir de guías. Kartr empujaba a los desconocidos hacia el precario refugio ofrecido por el antiguo edificio. Y cuando se interrumpió la fila de fugitivos, corrió nuevamente hacia la planchada.

—¿Descendieron todos?

—Todos —respondió el oficial—. ¿Saben qué ruta sigue el corsario?

Zinga se acercó a ellos corriendo.

—Los piratas vienen por la misma ruta…

El oficial se volvió y entró en la nave. Kartr tamborileó nerviosamente con los dedos sobre la baranda de la planchada. En nombre del Espacio, ¿qué esperaba ese hombre?

Entonces el sargento estuvo a punto de ser despedido al suelo cuando cinco hombres salieron corriendo por la escotilla en dirección al edificio, llevando a los exploradores con ellos. Acababan de alcanzar el amparo del pórtico, cuando la nave patrullera levantó vuelo.

Enceguecido por el torrente de fuego, Kartr se tomó de una de las columnas para conservar el equilibrio.

—¿Qué…? —exclamó.

Y una lluvia de preguntas se sumó y ahogó las suyas.

17 — TODAVÍA NO LLEGÓ EL FIN

La dura superficie del tabique lastimó la espalda de Kartr cuando la presión de la muchedumbre lo aplastó contra la misma. Todos los refugiados estaban apretujados en el estrecho espacio que quedaba detrás de la mesa de control, tensos, a la expectativa, sin prestar atención a nada que no fuese el mapa mural del cielo. Junto al sargento, una muchacha alta con la túnica de miembro del Servicio Civil, manchada por el combate murmuró en voz alta para sus adentros:

—¡Hay uno sólo… por la Gracia de los Tres… ¡Tiene que enfrentar a uno solo!

Ese "uno" era el amenazante punto rojo de la nave corsaria que todavía enfilaba hacia la Tierra, dirigiéndose sin ninguna duda hacia el lugar del planeta donde ahora se encontraban ellos. Pero mientras observaban impotente su avance, un segundo punto apareció en la pantalla: era la nave de la Patrulla que iba al encuentro del enemigo.

—¡Es el momento de intentar una estrategia evasiva! —exclamó ansiosamente uno de los espectadores—. ¡Escabúllete, Corris!

Y como si ese ruego hubiese atravesado el espacio, el rumbo de la nave patrullera cambió. Ahora producía la impresión de que se forzaba inútilmente por salvarse, tratando de eludir al pirata. Allá arriba había un solo hombre inclinado sobre el tablero de controles, envuelto en una red le amortiguamiento, preparado para librar una última batalla para salvar a sus compañeros. ¡Un patrullero solitario!

Siguió evadiéndose con pericia, cambiando el rumbo lo necesario para atraer a su enemigo detrás de él, para persuadir a la otra nave de que se lanzara en su persecución y se alejase de la Tierra. El halo demostraba que estaba protegido por su pantalla. Esto servía además para desafiar al pirata. El impulso de la nave pirata sería de seguirlo, de quebrar esa débil barrera, de utilizar un rayo de tracción y aprisionar la nave patrullera. ¡Pero lo que el

capitán Corris piloteaba no era una nave, sino un arma mortífera! Y el enemigo que trataba de alcanzarla y capturarla no haría más que condenarse a muerte en el momento de acercarse a ella.

Kartr oyó sollozos apagados, y los murmullos coléricos de los que lo rodeaban.

—Tiene preparado el fulminante de tonita —dijo la muchacha, que hablaba como para tranquilizarse a sí misma, y no para informar a los otros acerca de lo que había detrás de esa batalla silenciosa en la oscuridad interplanetaria—. Íbamos a hacerlo estallar si nos atrapaban. Él lo disparará cuando lo atraigan… —su voz era ronca, casi frenética.

Los puntos rojos se movían como boxeadores a la espera de una abertura en la defensa enemiga, describiendo dibujos sobre la pantalla. Aunque Kartr no conocía Las maniobras espaciales, adivinó que estaba presenciando el último combate de un hábil piloto. Y sin embargo el corsario debía creer que era una nave impotente que luchaba desesperadamente para poder huir.

—¡Con tal que no sospechen! —exclamó la muchacha, con tono de plegaria—. Espíritu del Espacio, no dejes que desconfíen…

El final se produjo tal como lo había planeado el piloto patrullero. El brillo de las pantallas de combate envolvió a las dos naves, y entonces la que rodeaba a la nave patrullera desapareció. Los puntos se acercaron el uno al otro: el corsario había fijado su rayo magnético sobre su presa, y atraía a la nave indefensa para unir las cámaras de aire para el abordaje. Finalmente los puntos se tocaron.

Una lluvia de fuego estalló en la pantalla. Brilló sólo durante un segundo y entonces se extinguió, sin dejar nada atrás; absolutamente nada. El mapa quedó vacío, tal como lo habían encontrado por primera vez. Sólo las partículas que representaban a las estrellas brillaban en la inmensidad del vacío.

Ninguno de los espectadores se movió. Era como si no pudiesen creer la veracidad de lo que acababan de presenciar, como si no quisiesen creerlo. Entonces hubo un único suspiro, y el grupo se dispersó. La gente se encaminó hacia el salón con ojos que no parecían ver nada. Reinaba un silencio total, exceptuando el roce de los pies sobre la piedra.

En el cielo, la luz gris de otro amanecer brindaba su resplandor.

Kartr subió a la plataforma. Apoyó la mano sobre el respaldo del sillón que pertenecía a la Tierra, y miró por primera vez con atención a estos nuevos compañeros de infortunio.

Era una muchedumbre heterogénea, tanto en materia de razas como de especies, tal como se podía esperar de una base de exploradores de la Patrulla. Había otros dos zacathanios, una mujer de rostro pálido y dos niños con las antiparras de los falthariano colgadas de los cinturones, y estaba seguro de haber visto una cresta con plumas que sólo podía adornar la cabeza de un trystanio.

—¿Usted ejerce el comando aquí?

La atención de Kartr pasó de los refugiados a una muchacha, la misma que había presenciado la batalla a su lado, y a otros dos hombres que estaban junto a ella, al pie de la plataforma. La mano de Kartr subió mecánicamente hacia el casco que ya no llevaba.

—Sargento explorador Kartr, del *Starfire* vegano. Nos estrellamos aquí hace algún tiempo. Nuestro grupo consta de otros tres exploradores, un técnico en comunicaciones y un técnico en armamentos…

—Técnico médico Veelson —dijo el más bajo de los hombres, con una voz baja y sorprendentemente melodiosa—. Este es el oficial tercero Moxan de nuestra nave, y la sargento Adrana del servicio activo del cuartel de operaciones. Estamos a sus órdenes, sargento.

—Su grupo…

—Nuestro grupo —respondió Veelson inmediatamente—, se compone de treinta y ocho personas. Veinte mujeres y seis niños, parientes de los exploradores. Cinco tripulantes bajo las órdenes de Moxan, seis mujeres del Servicio Femenino encabezadas por la sargento Adrana… y yo. Por lo que sabemos, somos los únicos sobrevivientes de la Base CC4.

—Zinga, Fylh, Rolth —llamó, y dio la orden que se le ocurrió mecánicamente—, consigan leña y enciendan algunas fogatas —se volvió hacia el médico—. ¿Supongo que ustedes no traen muchas provisiones?

Veelson se encogió de hombros.

—Sólo las que pudimos cargar. Indudablemente no son muchas.

—Forme un grupo de cazadores, Zinga. Smitt, hágase cargo del tablero de comunicaciones. Si se acerca otra nave, no debe fallamos

desprevenidos. ¿Alguno de sus hombres es experto en comunicaciones, señor? —le preguntó a Moxan.

En lugar de contestar directamente, el tercer oficial giró sobre sus talones y llamó:

—¡Havre!

Uno de los hombres, con uniforme de tripulante, se acercó a la carrera.

—Trabajo de comunicaciones —gruñó el oficial—. Con este técnico.

—Supongo que se puede vivir de los productos del país, puesto que usted mencionó la caza —comentó Veelson.

—Este es un planeta perfectamente habitable. Casualmente… *es* la Tierra.

Kartr miró fijamente al médico para comprobar el efecto de sus palabras. Veelson tardó uno o dos segundos en captar su significado.

—La Tierra —murmuró Veelson con voz monótona, y entonces sus ojos se dilataron—. ¡La cuna de los Señores del Espacio! ¡Pero es una leyenda… una fábula!

—Una fábula muy concreta, ¿no le parece? —dijo Kartr, golpeando la plataforma con el pie—. Ahora se encuentra en la Cámara de la Partida… Mire los asientos de los primeros exploradores de las estrellas, si lo desea —señaló los sillones—. Lea lo que está tallado en el respaldo de éste. ¡Sí, ésta es la Tierra de Sol!

—La Tierra —repitió Veelson, y siguió meneando la cabeza maravillado, mientras Kartr le hablaba a la muchacha.

—Usted tiene a sus compañeras del Servicio. ¿Pueden hacerse cargo de las mujeres y los niños? —preguntó bruscamente. Esta tarea estaba fuera de su experiencia. Él había establecido campamentos, conducido expediciones, se había abierto paso por muchos mundos extraños, pero nunca se había sentido responsable de un grupo como éste.

Ella empezó a hacer un gesto afirmativo, se sonrojó, y levantó la mano para saludar. Un momento más tarde estaba circulando entre las mujeres cansadas y las criaturas nerviosas y demasiado excitadas… ayudada por la familia zacathania.

—¿Hay probabilidades de que los esté siguiendo otro corsario?

¿*Qué* es lo que ocurrió en la base? —le preguntó Kartr al médico, olvidándose ya de las mujeres.

—La base fue aniquilada. Pero las cosas empezaron a marchar mal antes de eso. Hubo una interrupción en algún lugar de nuestra ruta de comunicaciones y aprovisionamiento. Nuestra nave anual de abastecimiento llegó con tres meses de atraso aun antes del ataque. Durante dos semanas no recibimos mensajes del Control Central. Enviamos un crucero y no regresó. Entonces vino la flota corsaria. Era una *flota,* y el ataque estaba cuidadosamente planeado. Teníamos cinco naves en el astropuerto. Dos despegaron y derribaron a tres de los corsarios antes de ser destruidas. Manejamos los cañones perimetrales durante el mayor tiempo posible, y despejamos el espacio para que pudiesen escapar los sobrevivientes. Nos sorprendieron desprevenidos porque se acercaron con colores falsos, y los consideramos amigos hasta que ya fue demasiado tarde. ¡Eran naves del Control Central! O una sección de la flota se amotinó… o algo horrible ha ocurrido en todo el imperio. Actuaron como si la *Patrulla* hubiese sido declarada fuera de la ley… y su ataque fue brutal. Y como se habían acercado con todas las señales reglamentarias, no lo estábamos esperando. Fue como si *ellos* hubiesen sido la autoridad…

—Quizás ahora lo son —sugirió Kartr amargamente—. Quizás ha habido una rebelión en este sector. Probablemente el triunfador está barriendo sistemáticamente todas las bases de la Patrulla. Eso lo dejará en libertad para dominar las rutas del espacio a su gusto. Es un procedimiento muy práctico y necesario si ha habido un cambio de gobierno.

—A nosotros se nos ocurrió esa idea. No puedo decir que la recibimos con alegría —comentó Veelson, con voz amarga—. Bien, conseguimos subir a bordo de una nave de carga y de uno de los cruceros de la Patrulla. A partir de entonces, se inició la carrera a través del espacio. Se encontraban entre nosotros y las rutas regulares, de modo que tuvimos que enfilar hacia aquí. Perdimos el crucero…

—Lo vimos en la pantalla antes de lograr comunicarnos con ustedes —murmuró Kartr.

—Embistió a una nave insignia; una nave insignia de la flota, entiéndalo bien.

—Pero fue un golpe efectivo —le recordó el sargento—. ¿Está seguro de que los seguían nada más que dos naves?

—En nuestras pantallas aparecieron solamente dos. Y ahora… si no regresa ninguna… ¿Cree que enviarán otra para que nos busque?

—No lo sé. Creo que aceptarán la idea de que la Patrulla estaba bastante desesperada como para morir luchando. Y entonces estarán dispuestos a admitir que sus naves fueron embestidas por las nuestras, y que se destruyeron mutuamente. Pero Smitt y su hombre podrán seguir en sus puestos. Si se acerca otra nave, podrán dar la voz de alarma con tiempo.

—¿Y si eso ocurriera?

—Grandes extensiones de este mundo son boscosas. Tendríamos tiempo de cubrir una buena distancia, y no lograrían encontrarnos nunca.

Al finalizar el día, el nuevo campamento estaba establecido. Los cazadores habían tenido buena suerte, de modo que hubo víveres para todos. Un grupo encabezado por el Servicio Femenino se dispersó por las colinas, recogió ramas e improvisó lechos. Y no hubo ninguna alarma; la pantalla se mantuvo vacía durante todo el tiempo.

Ya había caído la noche. Kartr subió a lo alto de la escalinata y miró distraídamente el campo de aterrizaje. Un grupo de limpieza había trabajado bajo su dirección durante casi toda la tarde, eliminando los restos del campamento de los nativos. Y recogieron dos lanzas y un puñado de cabezas de flechas metálicas. Estos tesoros serían guardados hasta que llegara el día en que se agotaran las cargas de los lanzallamas, cuando las armas, producto del ingenio de la civilización quedarían inutilizadas.

Al día siguiente tendrían que cazar nuevamente y…

—Es una noche agradable, ¿verdad, señorita? Naturalmente, hay una sola luna en lugar de tres. Pero es muy brillante.

Kartr se sobresaltó y volvió la cabeza. Zicti se acercaba a él acompañado por Adrana, la muchacha.

—¿Tres lunas? ¿Ese es el número que brilla en Zacan? A mí me parecía más formal ver dos —comentó ella, riéndose.

Dos lunas. Kartr trató de recordar todos los mundos de dos lunas que había conocido, y se preguntó de cuál era nativa ella. Pero había por lo menos diez, y quizás más que él nunca había oído

nombrar. Ningún hombre, aunque viviese cuatro veces más que sus semejantes, llegaría a conocer todo lo que había dentro de los confines de la galaxia. Dos lunas eran una pista demasiada vaga.

—¡Ah, el sargento! ¿De modo que la noche lo atrae también a usted, muchacho? Cualquiera pensaría que es usted un falthariano, por el interés que demuestra por el mundo oscuro y durmiente.

—Sólo estoy trazando planes para el futuro —respondió Kartr—. No soy falthariano; apenas soy un bárbaro —y entonces agregó amargamente—: Ustedes saben lo que dicen de nosotros, los habitantes de Ylene: ¡que comemos carne erada y que reverenciamos dioses extraños!

—¿Y usted, señorita? —le preguntó Zicti a la muchacha—. ¿Sobre qué mundo brillan sus dos lunas?

Ella levantó la cabeza con un gesto casi desafiante, y miró hacia el astropuerto mientras contestaba.

—Nací en el espacio… y soy mestiza. Mi madre era de Krift. Mi padre venía de uno de los mundos del sistema exterior, no sé de cuál. Mi planeta con dos lunas lo conocí durante muy poco tiempo, cuando era pequeña. Pero conocí muchos mundos, porque dediqué mi vida al Servicio.

—Todos hemos visto muchos mundos —comentó Kartr—, y ahora creo que vamos a conocer uno a fondo.

Zicti aspiró gustosamente el aire de la noche.

—Pero es un mundo hermoso, hijos míos. Debo confesar que tengo grandes esperanzas por nuestro futuro en él.

—Es bueno saber que alguien las tiene —murmuró Kartr tristemente.

Pero fue Adrana la que recogió el desafío del zacathanio.

—¡Tiene razón! —afirmó, apoyando la mano sobre el brazo cubierto de escamas del historiador—. Este *es* un mundo hermoso. Esta mañana, cuando estaba en la colina, el aire parecía vino en mi garganta. ¡Es libre… vivo! Y nosotros somos muy afortunados. Por primera vez en mi vida —hizo una pausa, como sorprendida por sus propias palabras—, me siento en mi hogar.

—Porque ésta es la Tierra —sugirió Kartr—. Son recuerdos ancestrales.

—No lo sé. Después de tanto tiempo… eso no podría ser posible, ¿verdad?

—Quizá sí —murmuró Kartr, y agregó una confesión personal—. El primer día que aterrizamos aquí, cuando vi el verde de la vegetación, a mí también me pareció que lo recordaba.

—Bien, muchachos, yo *no* recuerdo la Tierra, ni ninguno de mi raza puede recordarla. Pero insisto en que descendimos en un mundo hermoso, un mundo que uno puede convertir con gusto en el suyo. Lo único que tenemos que hacer es…

—¿Y la ciudad y las tribus? —preguntó el sargento—. ¿Permanecerán impasibles, tolerando nuestra usurpación?

—Este es un mundo grande. Y ese problema lo enfrentaremos cuando se presente. Ahora, admiradores de la luna, como no soy falthariano, buscaré mi lecho. Disculpen mi retirada —dijo Zicti, y se ¡alejó sonriendo.

—¿Qué significa eso de la ciudad y las tribus? —preguntó la muchacha—. ¿Acá hay nativos?

—Sí —respondió Kartr, y le explicó brevemente cuál era la situación—. De modo que como usted ve —concluyó—, este mundo no está a nuestra disposición. Y como no podremos quedamos indefinidamente aquí, tendremos que tomar decisiones muy pronto.

—Cuénteles esto mañana a los otros —dijo ella—. Cuénteles todo lo que me contó a mí.

—¿Quiere decir… que deje la decisión en sus manos? —entonces se encogió de hombros—. Muy bien.

¿Y si los otros elegían la comodidad de la ciudad? Esta decisión habría sido natural. Pero él estaba seguro de que no volvería allí, y de que tampoco lo harían los otros que lo habían seguido fuera de ese monumento a un pasado demasiado antiguo.

Porque estaba de acuerdo en que cada uno debía tomar Bug propias decisiones, se irguió a la mañana siguiente en el charco de cálida luz solar que bañaba la plataforma. Tenía la garganta seca. Había estado hablando sin cesar. Y ahora se sentía cansado, tan cansado como si hubiese pasado la mitad del día corriendo por un denso matorral. Todos los rostros estaban vueltos hacia él, imposibles, controlados.

¿Alguno de ellos había oído lo que él había estado diciendo, y si lo había oído, lo comprendía? ¿Esta indiferencia era el resultado del pasado inmediato? ¿Estaban seguros de que lo peor ya había ocurrido, y que nada podría volver a conmoverlos?

—Y esta es la situación que enfrentamos ahora…

Pero los refugiados sentados permanecieron mudos. Entonces oyó el ruido de pasos sobre el pavimento, y retumbaron con mayor fuerza debido al silencio que reinaba en el salón. Veelson saltó a la plataforma para reunirse con él.

—Tenemos el informe del sargento explorador. Él nos ofrece dos caminos que podemos seguir. El primero: podemos tratar de establecer contacto con el grupo civil que ocupa ahora una ciudad no muy lejana, una ciudad que tiene restaurada una parte de sus funciones. Pero ellos tienen el problema de la escasez de víveres, y además —el médico hizo una pausa, y entonces agregó sin ningún cambio de tono o expresión—, ese grupo es humano en su totalidad.

Nuevamente los oyentes permanecieron impasibles. ¿Habían tropezado anteriormente con los sentimientos antibemmys? No podía ser de otro modo. Últimamente se habían difundido mucho. Pero si los tenían, esto no se notaba. En el ancho asiento con el símbolo de Deneb había una mujer falthariana que acunaba en sus brazos a un pequeño trystanio cuya madre no había sobrevivido al ataque a la base. Y Zor estaba sentado entre dos muchachos de su edad, de los sistemas interiores. En este grupo no había divisiones: bemmys con bemmys, humanos con humanos. ¡Estos eran los exploradores!

—De modo que podemos ir a la ciudad —repitió Veelson—, o podemos elegir la segunda solución, que significaría un sacrificio mucho mayor. Aunque nosotros los exploradores, por entrenamiento y tradición, estamos en condiciones de enfrentar lo que las circunstancias nos exijan. Que en este caso sería vivir de la Naturaleza como lo hacen los nativos. El sargento Kartr habló de una estación fría que parece estar aproximándose. También explicó que no podemos permanecer aquí, debido a la falta de víveres. Podemos viajar hacia el sur, como lo hicieron la mayoría de los nativos cuando partieron de aquí hace unos pocos días. El contacto con los aborígenes, que por el momento es imposible, según lo demostró la desgraciada experiencia del sargento, podrá ser permitido en el futuro, ya que tenemos algunos elementos y conocimientos de medicina. Pero quizás transcurran años antes que esta fraternización resulte posible. Estas son las dos soluciones entre las que deberemos optar en esta asamblea…

—¡Doctor Veelson! —exclamó uno de los tripulantes, poniéndose de pie—. ¿Entonces descarta la posibilidad de que nos rescaten? ¿No podríamos permanecer cerca de aquí y tratar de usar este transmisor para pedir auxilio? Cualquier nave de la Patrulla…

—¡Cualquier nave de la *Patrulla*! —respondió el médico, y nuevamente la falta de expresión de su voz subrayó sus palabras—. Un llamado nuestro podría atraer con la misma facilidad a los corsarios. No habrá forma de identificar a cualquier nave que consigamos atraer hasta que sea demasiado tarde. Y recuerde que la Tierra está fuera de todos los mapas conocidos… olvidada hasta el punto en que su mismo nombre es una leyenda.

Un murmullo corrió de un asiento a otro.

—¿De modo que debemos resignarnos al exilio? —preguntó una mujer.

—Creo que sí —respondió el doctor Veelson, con tono claro y decidido.

Siguió otra pausa. Ahora estaban enfrentados con la verdad. Y la estaban aceptando con serenidad, pensó Kartr orgullosamente.

—Me imagino que todos deseamos permanecer juntos —continuó Veelson lentamente.

—¡Sí! —y la respuesta fue tan estruendosa, que despertó un vago eco en el techo. La Patrulla se mantendría unida; el lema que les había pertenecido durante muchas generaciones, seguía ligándolos a unos con otros.

—Obedeceremos la voluntad de la mayoría. Aquéllos que deseen buscar el amparo de la ciudad, pueden ocupar sus lugares contra la pared. Quienes quieran vivir de la Naturaleza, colóquense aquí…

Veelson no había terminado de hablar, cuando se colocó a la izquierda de la plataforma con dos largos pasos. Y Kartr se reunió con él. Permanecieron muy poco tiempo solos. Adrana y sus seis compañeras se levantaron de sus asientos entre el grupo y se situaron junto al médico. Pero entonces hubo una pausa. Las otras mujeres no se movieron.

La que rompió el hielo fue la mujer falthariana. Sin dejar al niño trystanio, y empujando a sus dos criaturas, se encaminó rápidamente hacia la izquierda. Pero no llegó junto a los otros antes que Zicti y su familia.

Ahora hubo un ruido constante de pasos, y cuando volvió a

reinar el silencio no fue necesario contar las cabezas. No había nadie del lado de la ciudad. Habían tomado su decisión, pesando las circunstancias y las probabilidades del futuro.

Y al ver sus rostros serenos, Kartr comprendió que se mantendrían firmes. De pronto sintió una vaga compasión por los que estaban en la ciudad. Tendrían que luchar allí para conservar una parte de esa civilización mecánica. Quizás vivirían más fácilmente durante esa generación. Pero en cierta forma le habían vuelto la espalda al futuro y quizás no se les presentaría otra oportunidad.

Pero una vez tomada la decisión, la Patrulla estaba ansiosa por partir. Y al amanecer del segundo día los vio en formación de marcha, cargando los bultos con sus escasos bártulos, y con la mirada vuelta hacia las tierras desconocidas del sur.

Kartr miró cómo Fylh y Zinga encabezaban esa fila de mujeres y niños, tripulantes y oficiales, todos iguales bajo un sol extraño, y avanzando hacia el futuro.

Miró hacia atrás, en dirección al salón vacío. El sol iluminaba los símbolos de los asientos de los capitanes sobre un costado. La vieja Tierra. ¡Y ahí abajo, marchando hacia la espesura, estaba la NUEVA!

—¿Volveremos a levantarnos para ser los señores del espacio y los exploradores de las rutas estelares? —se preguntó—. ¿Empezamos en este día un segundo ciclo que conduce a otro imperio?

Se sobresaltó un poco cuando el pensamiento de Zicti contestó el suyo.

—Así es la historia, muchacho, así es la historia. Lo creamos así o no. Pero mi pueblo tiene un proverbio muy antiguo: “Cuando un hombre llega al final de cualquier camino, debe recordar que todavía no ha llegado al final, y que un nuevo sendero se abrirá para él.”

Kartr volvió la espalda hacia la Cámara de la Partida, y descendió rápidamente por la escalinata desgastada. El viento era fresco, pero el sol era cálido. Detrás de la columna en marcha se levantaba una polvareda.

—¡Sí, todavía no ha llegado el final! ¡Adelante!

FIN

ANDRE NORTON fue el seudónimo con que se dio a conocer como escritora Alice Mary Norton, nacida en 1912 en Cleveland (Ohio, EE.UU.). Norton fue bibliotecaria de la sección infantil de la Cleveland Public Library hasta que, en 1958, se dedicó exclusivamente a su trabajo de escritora. Especialista de la ficción escrita para niños y adolescentes, Norton ha obtenido gran éxito con temáticas que siempre bordean tanto la ciencia ficción como la fantasía.

Su obra todavía se conoce poco en España, donde sólo se tradujeron dos o tres novelas en los años sesenta. Cabe destacar el gran éxito mundial de la serie del Mundo de Brujas, que ha alcanzado ya casi la docena de títulos y transcurre en un mundo de fantasía en el que la magia se explica por habilidades y poderes psi. Publicada en 1963 con la novela del Tipismo título, la serie se ha convertido en un clásico, habiendo sido una de las primeras y más famosas apariciones de la temática fantástica en la ciencia ficción clásica.

En 1983 la sociedad norteamericana de escritores de ciencia ficción (SFWA) concedió a Andre Norton el titulo de «Gran Maestro Nébula». Por ello, Norton es la primera y por ahora única mujer en el reducido y selecto grupo de escritores a los que se ha concedido tal honor por toda una vida dedicada con gran éxito a la ciencia

ficción y la fantasía. No en vano la prestigiosa revista *Life* la ha denominado «La gran dama de la ciencia ficción».

Durante el final de su carrera, y pese a su avanzada edad, Norton colaboró activamente en nuevas novelas de fantasía, como *Imperial Lady* (1989, escrita con Susan Schwartz [*Dama imperial*, 1991]), *The Elvenbane* (1991, con Mercedes Lackey) y otras colaboraciones como *El trillium negro*. También publicó la interesante antología *Moon Mirror* (1989).